

P. JUAN NICOLAS GROU S.J.

**MANUAL DE
LAS ALMAS
INTERIORES**

P. J. NICOLAS GROU, S. J.

MANUAL DE LAS ALMAS INTERIORES

Traducción del P. Jaime Pons, S.J.

**Serie
Grandes Maestros
Nº 8**

**APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44
41003 – Sevilla**

www.apostoladomariano.com

ÍNDICE

Breve noticia de la vida del P. J. Nicolás Grou S.L.....	3
I. De la verdadera y sólida devoción	11
II. Idea de la verdadera virtud.....	15
III. Medios para llegar a la verdadera y sólida devoción	20
IV. Cómo hemos de procurar vivir la vida nueva de Jesucristo	24
V. De la violencia que es preciso haberse a sí mismo.....	29
VI. Necesidad que tenemos de llevar la cruz	32
VII. De la libertad de los hijos de Dios	37
VIII. Lo que puede el hombre por sí sólo y de lo que es capaz con el auxilio de Dios	43
IX. Conducta de Dios con el hombre	47
X. Del temor de Dios	51
XI. Motivos que deben impulsarnos a procurar la santidad	57
XII. La vida espiritual es una especie de negociación entre Dios y el alma	62
XIII. Cuánto tenemos de Dios y nada somos de nosotros mismos.....	67
XIV. Lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle a él.....	72
XV. Empleo del tiempo	77
XVI. Ceguera espiritual del hombre	82
XVII. Flaqueza de corrupción del corazón humano..	87
XVIII. Sobre aquellas tres palabras que dirigió un ángel a San Arsenio: Huye, calla, reposa.....	92
XIX. De la fidelidad de las cosas pequeñas	97

XX.	Del provecho que debemos sacar de las propias faltas	102
XXI.	Dirección espiritual	106
XXII.	Del amor al prójimo	111
XXIII.	Dignidad del hombre.....	114
XXIV.	De las tentaciones	120
XXV.	Cómo debemos portarnos en las tentaciones ..	125
XXVI.	De la generosidad en el servicio de Dios	130
XXVII.	De la obediencia.....	135
XXVIII.	De la humanidad	141
XXIV.	Providencia de Dios sobre sus hijos.....	148
XXX.	Preciosidad del alma	152
XXXI.	De la pureza de intención.....	156
XXXII.	Sobre el pensamiento de la muerte	161
XXXIII.	Sobre el pensamiento de la eternidad.....	168
XXXIV.	De la confianza en Dios	173
XXXV.	Del amor de Dios	179
XXXVI.	Del reposo en Dios.....	185
XXXVII.	De la vida del alma	190
XXXVIII.	De la paz del alma.....	195
XXXIX.	Verdades fundamentales referentes a la vida interior.....	199
	Primera verdad	199
	Segunda verdad	200
	Tercera y Cuarta verdad	201
	Quinta y Sexta verdad	204
XL.	De la infancia espiritual	205
XLI.	El interior de María.....	211
XLII.	El pesebre.....	216
XLIII.	Sobre Jesucristo	222
XLIV.	El interior de Jesucristo.....	226
XLV.	Sobre los efectos de la comunión.....	231
XLVI.	Relaciones que existen entre la Sagrada Eucaristía y la Cruz.....	235
XLVII.	El Crucifijo.....	239

**Breve noticia de la vida y escritos
del
P. JUAN NICOLÁS GROU, S.J.**

BIBLIOGRAFÍA.

Cadrès, S.L. Notice sur la vie et les ouvrages du P. Joan Nicolas Grou S.J., París, 1862, 8º.

J. Noury, S.J. Le livre du jeune homme. Avant-propos. París, 1874.

Caballero, S.J. Biblioth. Scriptorum S.J. Suppl. 2 p. 44

Sommervogel, Bibliothèque des écrivains de la C. de J.

Feller, Dict. historique.

Michaud, Biographie universelle.

Etudes Religieuses. Art. del P. de Bonniot. Diciembre de 1888 y Enero de 1889.

L'ami de la Religion, t. 31, p. 65 y sig.

Guilhermy, S.J.'Ménologe de la Comp. de Jésus. Assistance de France, t. II, p. 600 y sig

Oriundo de la Diócesis de Boulogne-sur-Mer, el Padre Juan Grou vino al mundo en el pueblo de Calais (Pasde-Calais), el día 24 de Noviembre de 1731; y a la tierna edad de los 15 años abrazó el Instituto de la Compañía de Jesús, entrando en el

noviciado de la provincia de Campania (Francia), en Noviembre de 1746. Hecho los votos del bienio aplicáronle al estudio las Humanidades y Retórica, en las cuales salió tan aventajado que pudo enseñarlas después con gran lucimiento en el Colegio de Pont-a-Mousson. Durante su magisterio depuróse más y más su gusto literario, a medida que iba ensanchándose la esfera de sus conocimientos; por manera que hizo concebir muy fundadas esperanzas de que sería con el tiempo un humanista de primer orden. Aficionóse especialmente a Platón y a Cicerón por hallar en ellos, junto con una riqueza incomparable de estilo, más elevación de ideas y una moral más pura que en los demás autores paganos. El primer fruto de sus asiduos trabajos literarios fué la traducción francesa de la República de Platón, a la que siguió muy pronto la del libro de Las Leyes, y algo más tarde la de Los Diálogos, del mismo autor¹. Durante la época de sus estudios y magisterio, supo hermanar admirablemente su aplicación a las letras con el ejercicio de las virtudes propias de un perfecto religioso; por manera que toda su conducta nos ofrece un perfecto modelo de estudiantes de la Compañía de Jesús.

Concluídos sus estudios teológicos, se ordenó de sacerdote; y apenas elevado a tan sublime dignidad, sobre todo después de unos ejercicios, a los cuales solía él llamar por humildad la época de su verdadera conversión y unión con Dios, el Padre Grou parecía haber recibido en muy alto grado, juntamente con el don de oración, una habilidad y gracia especial para encaminar y dirigir las almas que aspiran a las más elevadas cumbres de la perfección cristiana. Sus numerosas obras ascéticas y místicas respiran tanta unción y espíritu, que revelan bien a las claras un alma en quien reinaba en toda su plenitud el espíritu de Dios, a la par que campea en ellas tan perfecto domi-

1 La république de Platón, París 1762. 2 vol. 8º. --Loix de Platón, Amsterdam 1769. 2 vol. 8º. --De estas tres traducciones se han hecho en Francia numerosas ediciones, ora por separado, ora formando parte de las obras completas de Platón, traducidas al francés. Uno de los traductores del célebre filósofo griego, Victor Cousin, no hizo otra cosa que copiar literalmente al Padre Grou, con ligerísimas variantes ó correcciones de estilo, no siempre acertadas. Cf. los artículos que ha dedicado á este asunto el Padre J. de Bonniot S.J. en los Etudes religieuses (1888-1889), t. 45, págs. 569-93 y t. 46, págs. 50-64.

nio de la ascética y mística cristianas, así teórico como práctico, que con razón se le puede llamar maestro consumado en estas dos ciencias.

Poco antes de ordenarse de sacerdote el P. Grou fué suprimida en Francia la Compañía de Jesús, en virtud de una sentencia jacobina --dictada por el Parlamento de París el 6 de Agosto de 1762¹; más como él moraba a la sazón en Mont-a-Mousson, situado en la provincia de Lorena, vióse exceptuado de aquella inicua proscripción, por cuanto Estanislao de Polonia, que por aquel entonces reinaba en aquella provincia y en las de Alsacia, Franco Condado, Artois y Flandes, se negó resueltamente a poner en ejecución la sentencia draconiana del parlamento, proclamando a la faz de Francia que los hijos de Ignacio "eran los súbditos más fieles del Rey de Francia y la más segura garantía para conservar la moralidad y cultura de los pueblos" .

Hizo los últimos votos en el mencionado Colegio, pero sobreviniendo poco después la muerte de Estanislao, viéronse los jesuítas expulsados también de Lorena; por lo cual vióse precisado a trasladarse a París donde tomó el nombre de P. Clair. Durante su permanencia en la capital de Francia, llevaba una vida sumamente retirada, compartiendo el tiempo entre el estudio y los ejercicios de piedad, a los cuales consagraba muchas horas del día. Al principio, el celoso Arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, dióle el encargo de escribir sobre materias religiosas y apologéticas, señalándole una modesta pensión con que pudiera atender a las necesidades más perentorias de su existencia; más pronto vióse privado de aquel pequeño alivio, a consecuencia de haber sido desterrado el venerable Arzobispo, con motivo de su célebre Instrucción Pastoral en defensa de la Compañía de Jesús. No por esto desis-

1 Después que hubieron sido expulsados de Francia los Jesuítas, trabajó incesantemente el P. Grou en defender á la Compañía de Jesús de los ataques y calumnias que los jansenistas y enciclopedistas lanzaron contra ella. Además de las dos Cartas dirigidas a M*** Conseiller au Parlament de París (Roma 1763), en que prueba contundentemente que el supuesto Edit de Bannissement des Jésuites, dado por Enrique IV en 1595, no es otra cosa que una infame superchería literaria, colaboró el P. Grou y casi redactó por entero, bajo la dirección del P. Sauvage, la obra titulada: Réponse au livre intitulé: Extraits des assertions dangereuses et pernicieuses en tou genre, que les soi-disants Jésuites ont, dans tous le temps et persévérámmen soutenus... S. j. 1763-1765. 3 vol 4°. Fué traducida esta obra al castellano y publicada en Aviñón, en 1763-66.

tió el P. Grou de la tarea comenzada, sino que perseveró en ella con invencible constancia, consagrando al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ejercicios de piedad y los cuidados anejos a su ministerio sacerdotal.

Fruto sazonado de sus incesantes desvelos y asidua laboriosidad fueron varias obras ascéticas que por entonces publicó. La primera de este género fué la que intituló: *Moral sacada de las Confesiones de San Agustín* ¹, en la que se propuso principalmente presentar a buena luz la moral cristiana, en frente de los sistemas filosóficos de los enciclopedistas, apoyándose en los principales escritos del santo Obispo de Hipona. A esta obra fueron sucediéndose, con breves intervalos, otras tres: *Caracteres de la verdadera devoción* ² --*Máximas espirituales, seguidas de aclaraciones* ³, y *La ciencia del crucifijo en el uso de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía*. ⁴

Por aquel mismo tiempo redactó también las conferencias espirituales, que forman el presente volumen, las cuales hizo copiar para uso de una señora piadosa, perteneciente a la aristocracia francesa, cuya alma dirigía el P. Grou. El precioso manuscrito se conservó mucho tiempo en poder de la mencionada señora, hasta que en 1833 se dió a la estampa con el título de *Manual de las almas interiores* ⁵

1 Morale tirée des Confessions de Saint Augustin, Paris, 1766, 2 vol 8º. Ha sido traducida esta obra al alemán, inglés é italiano.

2 Caractères de la vraie dévotion, Paris, 1778. De esta obra preciosa se han hecho más de 50 ediciones en francés, y ha sido traducida al alemán, inglés, castellano, italiano y flamenco.

3 Maximes spirituelles avec des explications, Paris, 1789. Se ha reimpresso también muejísimas veces en su texto original, y fué además traducida al alemán.

4 La science pratique du Crucifix dans l'usage des Sacréments de Pénitence et d'Eucharistie, Paris, 1790. Además de haber sido reimpressa muchas veces, fué traducida esta obra al alemán y al castellano. El libro titulado: La science du crucifix, que muchos autores han atribuido al P. Grou, y lo han publicado con su nombre, es del P. Marie, S.J. en 1783 se publicó una nueva edición de esta obra, revisada por el R.P.G.***, y algunos interpretaron la sigla G.***, por Grou, cuando en realidad debe interpretarse Gasté, S.J., que fué quién revisó la mencionada edición.

5 Consta dicho manuscrito de 9 cuadernos en 12º. Como fueron redactados en diversas épocas y circunstancias, y sin plan preconcebido, no es de extrañar que haya en ellos algunas repeticiones. En el presente arreglo se han suprimido las más notables, y al mismo tiempo se han modificado ciertas ideas y maneras de decir, que si bien en la mente del autor tienen una explicación plausible; con todo podrían dar pie á que algún lector quisquilloso ó poco instruído, las tomara en sentido quietista, de lo cual anduvo muy lejos el P. Grou. Por esta razón se han suprimido semejantes

No fué tan afortunado otro manuscrito del P. Grou, que a no dudarlo contenía su obra maestra, a la cual había consagrado más de catorce años de incesantes desvelos y fatigas.

Al estallar la Revolución francesa anduvo algún tiempo perplejo el P. Grou acerca de la resolución que le convendría tomar en aquellas trístísimas y difíciles circunstancias. Resolvió al fin quedarse en París y permanecer allí oculto para poder ejercitar los ministerios espirituales con los católicos perseguidos, aunque adoptando las precauciones que aconsejaba la prudencia y el caso requería mas al cabo de pocos meses, cediendo a las vivas instancias de varias personas prudentes y autorizadas, juzgó deber suyo trasladar su residencia á Inglaterra, donde un hermano suyo en religión le deparó generosa hospitalidad en el castillo de un noble católico inglés, llamado Tomás Weild. Al abandonar a París, confió el manuscrito de la obra antes mencionada, a una señora de calidad; más como durante la época del Terror prendieran y encarcelaran los revolucionarios a la noble dama, sus criados arrojaron a las llamas el precioso depósito, temerosos de que pudiera contener algo que comprometiera a su señora.

Supo el P. Grou la irreparable pérdida algún tiempo después, pero era tal su presencia de ánimo y conformidad con la voluntad de Dios, que no salió de sus labios la más mínima queja, sino que dijo sencillamente, al que le daba tan triste nueva : *"Loado sea Dios. Si El hubiera querido sacar algún provecho de esta obra para su gloria, la hubiera sin duda preservado de las llamas"*.

Apenas albergado en el castillo del noble Tomás Weld, se atrajo el P.Grou la veneración y afecto de todos los miembros de aquella piadosa familia, que le eligió por su director espiritual. Su amabilidad y dulzura en el trato, su prudencia consumada y el conocimiento, así teórico como práctico, que había adquirido en lo tocante a las vías interiores del espíritu, conciliáronle el amor y confianza no sólo de la familia que le daba generoso albergue, sino también de todas las personas que tuvieron la dicha

conceptos, con el fin de que la obra pudiera ponerse en manos de toda clase de personas, así religiosas como seglares, sin peligro de falsas interpretaciones y con grande aprovechamiento espiritual de las almas.

de confiarle la dirección de sus almas, a las cuales procuraba él encaminar por las sendas de la más alta perfección cristiana.

Durante los treinta años que sobrevivió a la extinción de la Compañía de Jesús, decretada por Clemente XIV, el P. Grou no cesó jamás de observar, con inviolable fidelidad, todas las reglas de su Instituto hasta en sus menores detalles y con la misma distribución del tiempo. Levantábase todos los días a las cuatro de la madrugada, consagrando una hora, por lo menos, a la oración mental. Terminada ésta rezaba con gran recogimiento las horas menores y se preparaba para la celebración de la santa Misa, que jamás omitió hasta que se vió imposibilitado para celebrarla durante su última enfermedad. Observó fielmente hasta la muerte el voto de pobreza, no queriendo tener ni disponer de nada como de cosa propia: cuando le faltaba algo que creía ser necesario a su subsistencia, o para proseguir los trabajos literarios que llevaba entre manos ¹, lo pedía con sencillez y humildad religiosa a su generoso y noble bienhechor, a título de limosna y en nombre de Jesucristo.

Probole Dios con frecuentes enfermedades, dolores corporales y tribulaciones espirituales de todo género; pero las terribles persecuciones de que fué víctima la Compañía de Jesús, a la cual amó siempre como a la más cariñosa de las madres; la proscripción y el destierro de su patria, sumida en la más espantosa revolución y anegada sangre; las desolaciones y penas interiores con que Dios iba acrisolando más y más su hermosa alma, eran para el P. Grou todavía muchísimo más sensibles y penosas que los dolores del cuerpo, tales como la parálisis, ahogos continuos y una hidropesía terrible que le forzaba a permanecer día y noche, sentado, inmóvil y como clavado en un sillón. Más a pesar de todo siempre se le veía sereno y tranquilo, aceptando no sólo con entera resignación sino también con alegría sus penas y sufrimientos, que parecían dar nuevo brillo a la serenidad y apacibilidad de su semblante y

¹ Durante su permanencia en Inglaterra publicó el P. Grou su obra titulada *Méditations, en forme de retraite, sur l'amour de Dieu, avec un petit écrit sur le don de soi-même à Dieu*, Londres, 1797. De ambas obras se han tirado muchísimas ediciones. La 1a. ha sido traducida al castellano, alemán é italiano, y la 2a., *Du don de soi-même à Dieu*, ha sido también publicada por separado en francés, alemán, castellano, italiano y flamenco.

de su amable trato. Después de diez meses de crueles dolores, que no fueron obstáculo para que siguiera ejerciendo el ministerio apostólico de la dirección de las almas, y durante los cuales recibía dos veces por semana la sagrada comunión, exhaló su último suspiro, estrechando amorosamente entre sus manos el crucifijo de los votos y exclamando: "*Oh Dios mío! ¡cuán dulce es morir en vuestros brazos!* ".

Acaeció su precioso tránsito el día 13 de Diciembre de 1803, a los 70 años de su edad.

A su muerte dejó el P. Grou inéditas numerosas obras, las cuales fueron religiosamente custodiadas por la noble familia que le dió generosa hospitalidad en Londres, y más tarde fueron entregadas a los que habían sido sus hermanos en Religión. En 1815, doce años después de la muerte de su autor, publicóse por vez primera *El interior de Jesús y María* ¹, a no dudarlo, una de las más notables que salieron de la pluma de nuestro sabio y fecundo escritor. De ella se han hecho en Francia, hasta la fecha, más de 40 ediciones, y además existen, de la misma, dos traducciones alemanas, dos inglesas, otras dos italianas, una castellana y otra flamenca.

El P. Laurenson, S.J., publicó en 1817 una traducción inglesa de otra obra del P. Grou titulada: *The Christian sanctified by the Lord's Prayer* ² (El cristiano santificado por la oración del Padre Nuestro). Esta traducción inglesa fué a su vez vertida al francés en 1832, y reeditada varias veces, hasta que en 1858 el P. Cadrés publicó el texto original, que fué traducido más tarde al alemán y al italiano.

El Manual de las almas interiores no vió la luz, según dijimos

¹ L'intérieur de Jésus et Marie, Paris 1815, 2 vol. 8º Existen dos manuscritos distintos de esta obra, ambos autógrafos; y aunque el primero evidentemente no estaba destinado al público fué impreso y reimpresso varias veces sirviéndose los editores, no del manuscrito original, sino de una copia llena de equivocaciones. El segundo manuscrito, completamente mejorado por el autor, que lo tenía ya preparado para la impresión, no vió la luz pública hasta 1862 en que lo editó P. Cadrés, S.J. La traducción castellana publicada en Barcelona por los herederos de la Viuda Plá e 1841 (y lo mismo se diga de la que hizo D. Joaquín Roca y Cornet en 1846, corregida y reeditada por el P. Ramón Buldú en 1867), están tomadas de la edición francesa incorrecta.

² Le chrétien sanctifié par l'oraison dominicale, Paris, 1832.

arriba, hasta el año 1833 ², habiéndose tirado desde entonces acá más de 25 ediciones en su texto original. Tradújose al flamenco en 1852, al italiano en 1859; nuevamente al mismo idioma en 1868, al alemán en 1867, al inglés en 1871 y en 1889 hízose otra nueva traducción inglesa; y ahora ve la luz pública por vez primera en castellano. Otro libro del P. Grou titulado *Le livre du jeune homme, ou maximes pour la conduite de la vie*³, no llegó a publicarse hasta el año 1874, revisado por el P. Juan Noury. Había el P. Grou compuesto esta obra para la dirección de un joven inglés. Finalmente en 1885, el P.J. Doyotte. S.J., editó por vez primera, *L'Ecole de Jésus-Christ*⁴, precedida de una introducción.

Quedan todavía inéditas otras muchas obras importantes del P. Grou, cuyos manuscritos originales, en su mayor parte, se conservan en la Biblioteca de la Escuela de Santa Genoveva, S.J. en París. Entre ellas merecen citarse: *Retraite sur ce que c'est qu'un chrétien*.-- *Retraite sur le don de soi-même à Dieu*.-- *Retraite sur la connaissance et l'amour de Jésus-Christ*.-- *Retraite sur la Paix de l'homme*.-- *Novi Testamenti versio vulgata, e graeco emendata*.-- *Corrections de tout le texte de Cicéron*.-- *Corrections sur tout le texte d'Horace*.-- *Corrections du texte de Massillon*, etc.

No quiero poner fin a este sencillo bosquejo sin hacer notar que casi todas las obras del P. Grou, así las publicadas en vida del autor, como las que lo fueron después de su preciosa muerte, siguen reeditándose todavía no sólo en su texto original sino también en las lenguas á que han sido traducidas; lo cual habla muy alto en favor de su mérito literario y ascético.

JAIME PONS, J.S.

1 *Manuel des âmes intérieures*, París, 1833.

2 París, 1874.

3 París, 1885.

MANUAL

DE

LAS ALMAS INTERIORES

I

De la verdadera y sólida devoción

La palabra devoción, de la voz latina devovere (consagrarse, dedicarse), equivale a la de consagración o dedicación. Una persona devota es una persona consagrada a Dios. No hay expresión más exacta que esta de consagración, para denotar el aparejo interior del alma que está resuelta a aceptarlo y sufrirlo todo por aquel a quien está consagrada.

La consagración hecha a las criaturas (se entiende cuando es legítima y autorizada por Dios) tiene necesariamente sus límites; pero la que se hace a Dios ni los tiene, ni puede tenerlos. Desde el momento en que se le pusiera la menor reserva o la más ligera excepción, ya no sería verdadera consagración.

La verdadera y sólida devoción consiste, pues, en aquella disposición sincera del alma con la cual estamos prontos a hacer y sufrir, sin excepción ni reserva, todo aquello que sea del gusto

de Dios. Esta disposición es el don por excelencia del Espíritu Santo. Nunca será excesivo, ni el ardor ni la frecuencia con que lo pidamos; y jamás podremos gloriarnos de poseerlo en toda su perfección, puesto que siempre puede crecer, sea en sí mismo, sea en sus efectos.

Se comprende por esta definición, que la devoción es cosa interior y que procede de lo más íntimo de nuestro ser, puesto que afecta al fondo del alma en lo que tiene de más espiritual, a saber: la inteligencia y la voluntad. La devoción no consiste pues en el raciocinio, ni en la imaginación, ni en la sensibilidad. No somos devotos precisamente porque sepamos razonar bien acerca de Dios; ni porque tengamos grandes ideas y bellas imágenes acerca de objetos espirituales, ni porque alguna vez hayamos experimentado consuelos sensibles, aunque fuere hasta derramar lágrimas.

Se ve también que la devoción no es cosa transitoria, sino habitual, fija y permanente; que abraza todos los instantes de la vida y debe regular toda nuestra conducta.

La esencia de la devoción consiste en que, siendo Dios la única fuente y el autor único de la santidad, la criatura racional dependa de Él en todo, y se deja gobernar absolutamente por su espíritu. Debe por tanto permanecer la criatura unida a Dios en su interior, siempre atenta a escucharle dentro de sí misma, siempre fiel en cumplir lo que le pida en cada momento. De aquí que sea imposible ser verdaderamente devoto, sin llevar una vida interior y recogida, entrando frecuentemente dentro de sí mismo, o más bien no saliendo jamás de sí y gozando de la pacífica posesión de su alma.

Nunca llegará a ser realmente devoto quien se entregue a la vida de los sentidos, de la imaginación y de las pasiones; no ya en cosas malas y pecaminosas, pero aun en las meramente indiferentes: porque el primer paso para la verdadera devoción, es cautivar los sentidos, la imaginación y las pasiones, sin permitirles imperio alguno desordenado sobre la voluntad.

Quien sea amigo de curiosear, precipitado en sus obras y derramado al exterior, metiéndose a cada paso en negocios que le son ajenos, es imposible que sepa morar dentro de sí mismo. El murmurador, mentiroso, burlón, violento, desdeñoso, altivo y

susceptible en todo lo que toca a su amor propio; el que es apegado a su propio juicio, obstinado, terco, esclavo del respeto humano y del aura popular, y por consiguiente débil, inconstante y variable en sus principios y en su conducta, no será jamás devoto, en el sentido que hemos explicado.

El verdadero devoto es hombre de oración, que halla sus delicias en tratar con Dios, cuya presencia no pierde nunca, o casi nunca, de vista; no precisamente porque siempre esté pensando en Dios, lo cual es imposible en la presente vida, sino porque está unido siempre a Él con el corazón y se deja llevar del espíritu de Dios en toda su conducta.

Para hacer oración no necesita libros, ni de fórmulas, ni de esfuerzos de imaginación, ni siquiera de voluntad. Le basta con sólo recogerse suavemente dentro de sí mismo, pues allí encuentra siempre a Dios, en santa paz; unas veces jugosa, otras quizás desabrida, pero siempre íntima y real.

Prefiere aquella oración en que tenga que dar mucho de sí propio a Dios, aquella oración en que halle algo que sufrir, en que el amor propio se vea poco a poco minado y no encuentre pasto alguno; en una palabra, la oración sencilla, desprovista de imágenes, de consolaciones sensibles y de todo aquello que el alma puede experimentar o sentir en cualquiera otra especie de oración.

El verdadero devoto no se busca a sí mismo en nada que pertenezca al servicio de Dios, y tiene por norma de su conducta espiritual aquella máxima de la *Imitación*: Déjalo todo y lo hallarás todo. Dondequiera que hallares algo de ti mismo, renúncialo" ¹.

El verdadero devoto se esfuerza en cumplir perfectamente todos los deberes de su estado y aun en atender a las verdaderas y legítimas conveniencias de la sociedad. Es fiel en sus ejercicios de devoción sin ser esclavo de ellos; los interrumpe, los suspende y hasta los deja si fuere necesario alguna vez, por exigirlo así la razón o la obediencia: con tal de que no haga su voluntad, está siempre seguro de hacer la de Dios.

El verdadero devoto no anda a todas horas desasosegado bus-

¹ Lib. II, cap. XXII, n. 1.

cando entretenimientos y quehaceres exteriores, sino que espera se presente la ocasión para practicarlos. Hace de su parte cuanto puede para el buen resultado de los negocios u ocupaciones que trae entre manos; pero no huye de éstas cuando lo exigen así la gloria de Dios o la edificación del prójimo.

El hombre devoto no se agobia con oraciones vocales y prácticas piadosas que no le dejarían tiempo para nada. Conserva siempre la libertad de espíritu: no vive escrupuloso e inquieto respecto de sí mismo, sino que sigue su marcha con sencillez de corazón y confianza.

Tiene el firme propósito de no negar nada a Dios, ni conceder nada a su amor propio; está firmemente resuelto a no cometer falta alguna voluntaria, pero no por eso vive inquieto; procede con llaneza y sin preocuparse de mezquindades. Si cae en alguna culpa no se turba, sino que se humilla, se levanta y no se preocupa más de ella.

No se extraña de sus debilidades, ni de sus imperfecciones, y jamás se deja abatir por el desaliento a causa de ellas. Tiene la íntima convicción de que nada puede por sí mismo, pero que con el auxilio divino lo puede todo. No confía en sus resoluciones y buenos propósitos, sino solamente en la gracia y en la bondad de Dios. Aun cuando cayere cien veces al día, no se acobardaría, sino que tendería amorosamente las manos a Dios, rogándole que le levantara y que se compadeciera de su debilidad.

El verdadero devoto tiene horror al mal, pero aún es más intenso su amor al bien. Piensa más en practicar la virtud que en evitar el vicio. Generoso y magnánimo, no teme las heridas cuando se trata de exponerse por su Dios. En una palabra, prefiere hacer el bien, aun a riesgo de cometer alguna imperfección, que dejar de practicarlo por no exponerse al peligro de pecar.

No hay nada tan agradable en el trato social como un verdadero devoto. Es sencillo, recto, franco, sin pretensiones, manso, solícito, firme y sincero; su conversación es alegre y apacible, sabe prestarse a las distracciones honestas y lleva su condescendencia a todo lo que no envuelva ofensa de Dios.

Dígame lo que se quiera, la verdadera devoción no es triste y

desabrida, ni para el que la practica ni para los que le rodean y tratan. ¿Cómo podría estar dominado por la tristeza quien continuamente goza del verdadero y único bien del hombre, que es Dios?

Las pasiones desordenadas, la avaricia, la ambición, la lujuria y el orgullo son las que engendran la tristeza. Para distraerse de los pesares y remordimientos que les corroen el corazón, se lanzan muchas veces los mundanos a esos placeres tumultuosos, los varían sin cesar y agotan las energías del alma sin que logren jamás saciarla.

Mas el que se consagra de veras al servicio de Dios, experimenta la verdad de aquella máxima: "*servir a Dios es reinar*", aun en medio de los mismos desprecios, de la pobreza y de los sufrimientos. Y al revés, todos los que buscan su felicidad fuera de Dios, experimentan indefectiblemente cuán profunda verdad encierran aquellas palabras de San Agustín: "Hicísteisnos, Señor, para Vos, y nuestro corazón anda siempre inquieto y agitado, hasta que reposa en Vos."

II

Idea de la verdadera virtud

Hay muy pocos cristianos, aun entre los que se han consagrado a Dios de un modo especial, que tengan idea exacta de la verdadera virtud, muchos, en efecto, la hacen consistir en cierta rutina de piedad, y en la fidelidad a ciertas prácticas exteriores. Si juntamente con esto gozan, a intervalos, de algunos momentos de devoción sensible, sin discernir si ésta viene de Dios o de sus propios esfuerzos, se creen ya sólidamente virtuosos. Sin embargo, estos tales están sujetos a mil defectos, de los que ni siquiera se dan cuenta, y que en vano trataría uno de hacérselos reconocer. Son apocados, meticulosos, escrupulosamente exactos en sus prácticas piadosas, llenos de propia estimación, extremadamente susceptibles, aferrados a su juicio,

concentrados en su amor propio, fastidiosos y afectados en su modo de proceder: en una palabra, nada hay en ellos que revele la sinceridad, sencillez y naturalidad propia de las personas sólida y verdaderamente devotas.

Interiormente se estiman en más a sí propios que a sus semejantes, despreciando, condenando y persiguiend, hasta en los santos, la verdadera piedad, que ni siquiera conocen por el forro. Nada hay más común, en lo que podríamos llamar piedad mundana, que esa justicia falsa y farisaica. Las personas piadosas de verdad no tienen enemigos más temibles. Para retratarlos con un solo rasgo, podría decirse que esos falsos devotos son los descendientes de los que crucificaron a Jesucristo y los que le crucifican todavía en la persona de sus más perfectos imitadores. Desde el momento en que una persona se dé con todo su corazón a Dios y se aplique a la vida interior, puede tener la seguridad de que será el blanco de los celos y la crítica, y aún quizá de las calumnias y persecuciones de esos devotos farisaicos.

Si queremos comprender de raíz en qué consiste la verdadera virtud, es preciso considerarla en el mismo Jesucristo; puesto que Él es el único modelo que nos ha sido dado por el eterno Padre, para hacernos sensible y palpable la santidad. Por manera que toda santidad que no esté fundada y moldeada sobre la de Jesús es falsa, desagrada a Dios, engaña a los hombres y resulta completamente inútil para merecer el cielo. Estudiemos pues a Jesucristo, a fin de conocerle lo más perfectamente posible, y procuremos a la vez trasladar a nuestras almas su divina imagen, para lo cual necesitamos continuamente su luz y sus gracias.

Jesucristo jamás se buscó a sí mismo, ni puso la mira en sus intereses temporales ni espirituales: nunca hizo una sola acción con el exclusivo objeto de agradar a los hombres, ni se abstuvo de ninguna buena obra por el temor de disgustarles. Dios solo, su gloria y su voluntad, fueron el único objeto de sus pensamientos y de sus afectos, la única regla de su conducta. El lo sacrificó todo, sin reserva alguna, a los intereses de su Padre.

Jesucristo nos enseña prácticamente que la piedad verdadera consiste, ante todo y sobre todo, en las disposiciones interiores

que animan nuestro corazón; no en sentimientos vanos e ilusorios, sino en sentimientos sinceros y eficaces, que se traducen siempre en obras: o sea, en una disposición constante y eficaz de consagrarse a Dios, anonadarse a sí mismo y amar a los hombres sin límite ni medida. Todos los instantes de su vida los consagró Jesús a la realización de estas tres disposiciones. No despreció la observancia de ningún punto de la Ley; pero al mismo tiempo declaraba con su palabra y con su ejemplo, que esta observancia debía proceder de un principio íntimo de amor, y que la simple práctica de la letra, hacía más bien esclavos que hijos de Dios.

Jesucristo consideró siempre la vida presente como cosa transitoria, como una peregrinación, como un tiempo de prueba, únicamente destinado a demostrar con las obras el amor que profesaba a su Padre. Sólo lo que es eterno ocupó constantemente su espíritu. Concedió a la naturaleza lo estrictamente necesario sin excederse en un ápice. Aunque nunca tuvo nada y estuvo siempre pendiente de la Providencia, jamás se preocupó del día de mañana, y quiso experimentar más de una vez los efectos de la santa pobreza.

Jesucristo eligió para sí lo que es más penoso para el hombre, y que de ordinario, éste no acepta sino forzado por la necesidad de su condición. Nunca reprobó las riquezas de una manera absoluta, pero prefirió para sí la pobreza. No condenó las dignidades, ni las manifestaciones externas de distinción y honor que el mismo Señor ha establecido entre los hombres; pero nos enseñó al mismo tiempo que el estado humilde, oscuro y privado de todo género de consideraciones, es de ordinario más agradable a Dios y más propicio para alcanzar la salvación; y que preferise a los demás por el solo hecho de haber heredado un nombre ilustre, noble, poderoso y autorizado, no sólo es gravísimo error sino también manantial de muchas faltas. Excepción hecha de aquellos placeres naturales que el Criador puso en ciertos actos, cuyo uso está sometido a las más severas reglas, Jesús dió mano enteramente a todos los otros géneros de placeres que los hombre buscan con tanta ansia, prohibiéndose aun los más inocentes. El trabajo, las tareas apostólicas, la oración la evangelización de sus discípulos y de

los pueblos, llenaron todos los momentos de su existencia.

Jesucristo fué sencillo, igual, sin afectación en sus palabras y acciones. Enseñó, con toda la autoridad que correspondía a un Hombre-Dios, las cosas más sublimes, completamente ignoradas de los hombres antes que Él se las manifestara. Pero expuso su doctrina de una manera fácil, familiar, desprovista de toda pompa y vana elocuencia, y al alcance de todas las inteligencias. Sus milagros, divinos en sí mismos, lo son todavía más por el modo sencillo con que los realizó. Quiso además que la narración de los evangelistas respondiese a la sencillez de su vida. Es imposible expresar con menos ostentación hechos y discursos que llevan el sello de la divinidad.

Jesucristo sintió tierna compasión para con los pecadores, sinceramente humillados y arrepentidos de sus faltas. "No he venido, decía, a llamar a los justos sino a los pecadores" ¹. El publicano, la Magdalena, la mujer adúltera, la samaritana y otros mil, fueron tratados por Él de una manera tan delicada que no puede menos de asombrarnos. En cambio el orgullo, la hipocresía y la avaricia de los fariseos, fueron el objeto constante de sus censuras y de sus maldiciones. Los pecados internos a que están más sujetos los falsos devotos que los otros, fueron los que Jesús condenó con mayor severidad, porque denotan más ceguera en el espíritu y mayor corrupción de corazón.

Jesucristo soportó con dulzura inalterable los defectos y la rudeza de sus apóstoles. Considerando las cosas según nuestro modo de ver, ¿cuánto no debió sufrir teniendo que alternar con hombres tan imperfectos e ignorantes de las cosas de Dios? Puede asegurarse con toda verdad que el trato con los hombres es de las cosas que más sacrificios cuestan a las personas espirituales. Cuanto más íntimo es su trato con Dios, mayor necesidad tienen de condescendencia para abajarse, adaptarse, disimular y excusar en los demás mil defectos que ellos, mejor que nadie conocen. Este es un punto de capital importancia en las personas devotas, puesto que de la conducta que observen en esto, depende el que la virtud se haga amable o repulsiva a aquellos con quienes tratan.

Jesucristo sufrió de parte de sus enemigos todo género de

persecuciones, sin ceder jamás de sus nobles propósitos. No les opuso más que su inocencia y la verdad; y con sólo estos medios les confundió siempre. Llegada la hora de entregarse en sus manos, dejó libre curso a sus depravadas pasiones, a las cuales miraba como instrumentos de la justicia divina. Calló cuando les vió obstinados en su malicia; nunca trató de justificarse, lo cual hubiérale sido sumamente fácil; permitió que le condenaran a la muerte infamante de cruz y que se gozaran con su pretendido triunfo; les perdonó, rogó y derramó su sangre por ellos, que es lo que constituye el punto más sublime y difícil de la perfección cristiana.

Todo aquel que aspira a la verdadera santidad y quiere ser conducido en todo por el espíritu de Dios, debe estar dispuesto a ser llevado en lenguas de los hombres, a devorar en silencio sus calumnias, y a las veces también, a ser el blanco de sus más violentas persecuciones. En esto principalmente debemos proponernos por modelo a Jesucristo; en sostener con todas nuestras fuerzas y contra viento y marea, los intereses de la verdad; en no responder a las calumnias sino con la inocencia de nuestra vida; en guardar silencio, cuando no haya necesidad absoluta de hablar, dejando a Dios el cuidado de justificarnos ante los hombres, cuando a El le plazca; en sofocar dentro de nuestro corazón todo resentimiento y toda acritud, procurando así ganarnos a nuestros mismos enemigos, aun a costa de los más penosos actos de caridad; en rogar a Dios que les perdone las ofensas que nos infieran, viendo en ellas el cumplimiento de los designios que Dios tiene sobre nosotros. Cuando la virtud ha sido probada y acrisolada por medio de toda clase de desprecios, oprobios y malos tratamientos, se la puede considerar ya como consumada. Así es que Dios reserva ordinariamente semejantes pruebas para el fin. ¡Dichosos los que pasan por ellas! Ellos tendrán, en la participación de la gloria de Jesucristo, una parte proporcionada de la que han tenido en sus humillaciones. Desean verse en tal estado, aceptarlo cuando se presenta, y no desfallecer en él, es, a no dudarlo, puro efecto de la gracia: y no de una gracia como quiera, sino del todo extraor-

dinaria, pero que Dios no la niega nunca al alma, cuando ésta se halla dispuesta y aparejada para recibirla.

III

Medios para llegar a la verdadera y sólida devoción

El primer medio, facilísimo a primera vista, pero en realidad sumamente difícil, consiste en querer; no como quiera sino con voluntad sincera, completa, eficaz y constante. ¡Cuán rara es esta voluntad! Nos parece muchas veces que la poseemos, pero en realidad andamos muy lejos de ella. Son deseos vanos, veleidades, caprichos, que no van acompañados de una voluntad sincera, enérgica y decidida.

Quisiéramos ser devotos, pero a nuestro modo, hasta cierto punto, con tal de que no nos costara demasiado. Quisiéramos, pero nada más. No pasamos a la práctica, sino que volvemos atrás cuando se presenta la ocasión de poner manos a la obra, para superar los obstáculos que se nos presentan en el ejercicio de la virtud, combatir nuestros defectos, luchar contra nuestra naturaleza y sus viciosas inclinaciones. Queremos hoy, comenzamos tan vez con ardor, más pronto nos abate el cansancio. Emprendemos la cosa, pero luego la dejamos; y casi nunca acabamos de persuadirnos que el éxito de nuestra empresa estriba en la constancia.

Pidamos pues a Dios con todo ahinco esta buena voluntad; pidámosela todos los días, y procuremos con nuestra constante fidelidad de hoy obtenerla para el día siguiente.

El segundo medio consiste en trazarnos desde el principio un plan de vida y ser exactos en su observancia. No conviene cargarse mucho de una vez, sino que es mejor ir aumentando los ejercicios piadosos insensiblemente y por grados. Claro está que en todo esto hay que tener en cuenta la salud, la edad, el estado de cada cual y los deberes que éste nos impone; pues fuera devoción mal entendida, la que nos impidiera el cumplimiento de los deberes propios de nuestro estado.

El tercer medio consiste en habituarnos a guardar continuamente la presencia de Dios. Para ello es preciso asentar bien fija en nuestro corazón la idea de que el alma que vive en gracia de Dios es morada de la Santísima Trinidad y por lo mismo que no tenemos necesidad de ir a buscar a Dios fuera de nosotros mismos, puesto que basta recogerlos para hallarle en nuestro interior: allí está y mora de asiento, siempre dispuestos a inspirarnos santos pensamientos y generosos afectos que nos inclinen y aficionen al bien y aparten del mal.

Lo que se llama la voz de la conciencia no es otra cosa que la voz del mismo Dios, que nos amonesta y reprende, nos ilumina y dirige por medio de ella. Todo nuestro empeño ha de consistir, pues, en estar atentos y ser fieles en dar oídos a esta voz. Ahora bien, claro está que la disipación de espíritu, la agitación y el tumulto de las pasiones nos impiden permanecer atentos a la voz de Dios, que sólo se deja oír cuando reinan en el alma la soledad, la paz, el silencio de las pasiones y de la imaginación. El paso más decisivo que puede dar el alma hacia la perfección consiste, por lo tanto, en mantenerse habitualmente en estado de oír la voz de Dios, evitando todo lo que la disipe, todo lo que la inquiete, todo lo que la impresione violentamente. Mas para ello se requiere de nuestra parte gran dominio sobre nosotros mismos, velar constantemente sobre las entradas y salidas del corazón, y combatir sin tregua ni descanso nuestros afectos desordenados.

El cuarto medio consiste en dedicar algunos ratos del día al trato con su divina Majestad, recogiéndonos en su presencia, hablarle, no con la boca, sino con el corazón, y escuchar sus respuestas.

En esto consiste principalmente lo que llamamos oración mental. Para irse acostumbrando a ella, puede uno, a los principios, ayudarse del libro *La Imitación de Cristo*, haciendo una pausa en cada verso, meditando y saboreando dulcemente la doctrina que en él se contiene. En los comienzos será suficiente dedicar a esto un cuarto de hora por la mañana y otro por la tarde; aunque claro está que sería de sumo provecho para nuestras almas si empleáramos en tan santo ejercicio, media hora a la mañana, por lo menos. Cuando se haya adquirido ya

cierta facilidad en meditar, podráse en muchas ocasiones prescindir del libro, después de haber tomado en él los puntos de la meditación. Sería error grosero considerar como ocioso el tiempo que se emplea en tan provechoso ejercicio, permaneciendo atentos y recogidos en la presencia de Dios, ora nos haga sentir su divina presencia, ora no, según fuere su divino beneplácito.

El quinto medio consiste en acercarse con frecuencia a recibir los santos Sacramentos, que son las principales fuentes de la gracia.

No hay que convertir la confesión en torcedor del alma, porque esto sería ir contra la intención de Dios; pero todavía se ha de poner más cuidado en no acercarse a recibir este sacramento por rutina; cosa bastante ordinaria en las personas que se confiesan a menudo. Los defectos de que deben principalmente acusarse las personas que tienden a la perfección son, las inspiraciones a que hayan resistido, los sentimientos de amor propio a que hayan dado oídos, en fin, todo lo que hayan hecho, dicho u omitido con reflexión y propósito deliberado y entienden ser contrario o poco conforme con la voluntad de Dios.

La Comunión estará bien hecha, siempre que salgamos de ella con nuevos alientos y nuevas resoluciones de ser más que nunca fieles a Dios. Mas no vaya nadie a creer que para confesarse o comungar bien, haya necesidad de sujetarse a las prácticas marcadas en los libros de piedad. Esto será útil a aquellas personas cuya imaginación viva y ligera las expone a continuas divagaciones de la mente, y que por lo mismo necesitan ayudarse de este medio para excitar la actividad mental en sus comunicaciones íntimas con Jesús: también será provechoso a aquellos que comulgan de tarde en tarde y no tienen hábito alguno de recogimiento. Pero a poco que se haya entrado en los caminos de la oración, no hay necesidad de acudir a los libros, ni para oír Misa, ni para frecuentar los Sacramentos.

El sexto medio para alcanzar la verdadera y sóida devoción son las lecturas piadosas. Hay para elegir muchos libros: pero conviene preferir aquellos que van más directamente al corazón y llevan consigo cierta unción. *El Ejercicio de perfección del P. Rodriguez*, es excelente para toda clase de personas. Son

también excelentes *Los Salmos, El Nuevo Testamento, La Imitación de Cristo, Las obras del P. Granada, de San Francisco de Sales* y de otros muchos autores ascéticos, en los cuales tan rica es la literatura española. *Las vidas de Jesucristo, de la Virgen Santísima y de los Santos*, ofrecen igualmente muy provechosa y sabrosa lectura espiritual a las almas interiores. Con todo hay que evitar en ella la precipitación, leyendo pausadamente y dando lugar a la acción de Dios, deteniéndonos en aquellos pasajes en que nos sentimos movidos e ilustrados. No debe hacerse esta lectura por pura curiosidad, sino con la mira de practicar lo que leemos: y como no todo conviene a todos, es preciso fijarse en aquello que nos es más propio y personal, sin por esto multiplicar las prácticas piadosas, lo cual perjudicaría a la libertad de espíritu, que hemos de procurar conservar a todo trance.

El séptimo cielo es la mortificación del corazón. Todo se opone en nosotros al bien sobrenatural; todo nos arrastra a la vida de los sentidos y al amor propio. Es preciso luchar incesantemente contra nosotros mismos y hacernos continua guerra, sea para resistir a las sugerencias de fuera, sea para combatir las de dentro. Nunca será bastante la vigilancia sobre el corazón, y sobre todo lo que allí pasa. Esto resulta penoso a los principios; pero poco a poco se nos hará más fácil, a medida que nos acostumbremos a morar dentro de nosotros y nos apliquemos a guardar la presencia de Dios.

El octavo medio es la devoción a la Santísima Virgen. Pidamos por su conducto a Jesucristo las gracias que necesitemos, que ella nos las alcanzará indefectiblemente. Sobre todo cuando nos sintamos tentados de pesadez y fastidio, de tedio y desaliento en las cosas espirituales; cuando sintamos ímpetus de echarlo todo a rodar, debemos acudir de un modo especial a esta Señora, con la firme confianza de que ella atenderá nuestras súplicas.

También será bueno no olvidarnos de la devoción a nuestro Angel Custodio. El no nos abandona nunca, y se nos ha dado para dirigimos en el camino de la santidad. Menester es, por lo tanto, acudir a él en nuestras dudas y en nuestras vacilaciones, rogándole a menudo que vele sobre nosotros.

En fin, el punto capital está en tener un buen guía, un director

dos por el ímpetu de las olas de este mar de iniquidades, agitados por mil vientos contrarios, y siempre a punto de ser hundidos en el abismo por la furia de la tempestad, mientras él goza de profunda calma, señor de sí y dueño de sus acciones, que ejecuta cuando le place y como mejor le plazca. Ni la ambición, ni la avaricia, ni la voluptuosidad ejercen ya imperio sobre él; ningún respeto humano le arredra; los juicios de los hombres, sus desprecios, sus críticas y sus burlas, son ya despreciables a sus ojos y no tienen fuerza alguna para desviarle del camino recto que se ha trazado.

Las adversidades, los sufrimientos, las humillaciones y las cruces más pesadas, nada tienen para él de espantable ni terrible. En una palabra, se ha elevado muy por encima del mundo y de sus depravadas concupiscencias. Si esto no es ser libre de verdad, no sé ciertamente quién podrá serlo.

Y no sólo se ve con esto libre el hombre de toda sujeción y esclavitud ajena, sino también de la suya propia; porque con el señorío que ha adquirido sobre sí mismo, no depende ya de las fructuaciones de su imaginación, ni de la inconstancia de su voluntad. Es firme e inquebrantable en sus resoluciones, fijo en sus ideas, decidido en sus principios, metódico en todos sus actos. El espíritu de Dios, cuyos movimientos sigue en todo fielmente, comunica su inmutabilidad a la criatura, de por sí tan variable y tornadiza; y aun en medio de los más terribles combates interiores, su voluntad permanece firme y estable como una roca. Es preciso experimentarlo para poder juzgar de ello con conocimiento de causa. Pero las personas que verdaderamente son de Dios, aun aquellas que todavía se hallan en los comienzos, se admiran no poco de la diferencia que existe entre lo que son y lo que antes fueron. Hay exactamente la misma diferencia que la que media entre el mar cuando está en calma, tranquilo y en cierto modo dueño del movimiento de sus aguas, y el mar turbulento y agitado de todos los vientos. ¿Qué libertad mayor puede darse que esa posesión de sí mismo, que ese imperio sobre todos los movimientos del alma, a la cual apenas se le escapa algún acto del todo indeliberado, y aun entonces por muy cortos instantes?

¿Podrá extenderse aún más la libertad de los hijos de Dios? Sí,

porque los tales son libres aun con respecto al mismo Dios. Quiero decir que cualquiera que sea la conducta de Dios para con ellos, ora les prueba con adversidades, ora les regale con sus divinas consolaciones; ya les haga sentir su presencia, ya se aleje de ellos aparentemente, el fondo de su alma permanece siempre inalterable. Viven elevados por encima de todas las vicisitudes de la vida espiritual; la superficie de su interior podrá verse momentáneamente agitada; pero el fondo goza de la mayor paz. Su libertad con respecto a Dios consiste en que deseando ellos todo lo que Dios quiere, sin inclinarse a un lado ni a otro, y sin atender en nada a sus propios intereses, se abrazan por adelantado con todo lo que pueda acontecerles, confundiendo su elección, por decirlo así, con la de Dios y aceptando libremente todo lo que les viene de parte de su Divina Majestad: por manera que pueden decir con toda verdad, cualquiera sea el estado en que se hallen, que no están allí contra su gusto, que están contentos de todo y que tienen todo lo que desean. Sí, aun cuando se vean rodeados y como abrumados de cruces; aun cuando estén sumergidos en un océano de penas; aun cuando el demonio, los hombres y Dios mismo se conjuren, por decirlo así, para hacerles la guerra; aun cuando se vean destituidos de todo apoyo exterior e interior, se consideran felices, y su alegría es completa y superabundante, según la expresión del Apóstol. Hasta tal punto se hallan contentos con su suerte, que no la cambiarían con otra alguna, ni se permitirían dar un sólo paso por librarse de ella.

Tal es y aún más excelsa la libertad de los hijos de Dios; nada en el mundo puede sucederles contra su voluntad; no desean nada, ni temen ni echan de menos nada; nada les turba, nada les afecta. Comparad esta situación, no digo ya con la de los mundanos en medio de sus vanas alegrías y positivos disgustos, de sus temores y esperanzas, sino aun con la de los devotos vulgares, a quienes el amor propio no deja gozar jamás de verdadera paz; y os veréis forzado a confesar que no hay sacrificio, por grande que fuere, que no debiera aceptarse de buena gana a trueque de alcanzar un estado tan eminente y perfecto.

VIII

Lo que puede el hombre por sí solo y de lo que es capaz con el auxilio de Dios

Dice el Apóstol San Pablo: *“Cuando estoy débil, entonces, con la gracia de Dios, soy más fuerte”* ¹. Esto es: Cuando yo tengo el sentimiento íntimo de mi debilidad y estoy convencido de ella por propia experiencia; cuando, al ver que no puedo nada, me humillo y pongo en Dios toda mi confianza; entonces es cuando soy fuerte con la gracia de Dios, que se complace en hacer brillar su poder en la debilidad de su criatura; entonces es cuando lo puedo todo en Aquel que me conforta. Tampoco es menos cierto, que cuando nos creemos fuertes, entonces es cuando en realidad somos más débiles. Esto es; cuando presumimos de nuestra fortaleza, nos la apropiamos y en ella nos gloriamos, hasta el punto de creernos capaces de hacerlo y sufrirlo todo; porque Dios retira sus auxilios de la criatura presuntuosa, abandonándola a sus propias fuerzas.

La confianza en sí mismo es, pues una debilidad real, y aun extrema; porque es principio inevitable de caídas, y casi siempre de caídas muy humillantes. Al contrario, la desconfianza de sí mismo, cuando va acompañada de humildad y de confianza en Dios, es una fuerza real, una fuerza todopoderosa, la fuerza misma de Dios.

Mas ¿por qué quiere Dios que estemos penetrados de este sentimiento de nuestra miseria? Para hacer resaltar su poder en nosotros. El es infinitamente celoso de que todo el bien que hay en nosotros, no se atribuya a otro que a El; quiere ser reconocido como el único autor y el solo consumidor de toda santidad; y no puede tolerar que, en el orden de la gracia sobretodo,

¹ 2 Cor. 12, 10.

la criatura crea poder algo, aun la más mínima cosa, contando sólo con sus propias fuerzas, con sus resoluciones, esfuerzos e industrias.

El gran secreto de la conducta que Dios observa con las almas a quienes desea santificar, está precisamente en quitarles toda suerte de confianza en sí mismas; y para esto las deja como abandonadas a sus miserias.

Permite que todas las trazas que toman por su propia iniciativa les salgan fallidas, que sus designios y proyectos queden frustrados, que sus ilusiones las extravíen y sus juicios las engañen, que sus previsiones mejor concertadas resulten vanas, que su voluntad claudique y desfallezca a cada paso. Quiere enseñarles con esto a no contar para nada en solas sus fuerzas, a fin de que busquen su apoyo únicamente en El.

A los principios, cuando se experimentan los efectos sensibles de la gracia, cuando el espíritu se ve iluminado con íntimos resplandores, y la voluntad se siente transportada de santos movimientos, es natural se crea uno capaz de hacerlo todo y sufrirlo todo por Dios; no se imagina posible el rehusarle nada, ni aun vacilar siquiera, aunque fuere en las cosas más difíciles. Se llega algunas veces hasta pedirle las más pesadas cruces, las más profundas humillaciones, persuadido de que tiene sobrada fuerza para soportarlas. Cuando el alma es recta y sencilla, esta especie de presunción, que nace del sentimiento que se experimenta de la fuerza de la gracia, procede sólo de la falta de experiencia, y no disgusta a Dios, cuando no va acompañada, de pensamientos de vana complacencia en sí misma.

Pero Dios no tarda en curar al alma de la buena opinión que tiene de sí misma. Para ello le basta retirar su gracia sensible, dejarla abandonada a sí misma, y exponerla a la más ligera tentación. Bien pronto siente ella fastidio, desaliento y repugnancia; ve por todas partes obstáculos y dificultades; sucumbe en las menores ocasiones; una mirada, una palabra, un gesto la desconciertan; a ella, que se creía con sobradas fuerzas para hacer rostro a los mayores peligros. Entonces pasa al extremo opuesto: teme de todo, desespera de todo, piensa que no podrá ya vencerse en nada; y hasta se ve tentada de abandonarlo todo. Y

en efecto, lo echaría todo a rodar si Dios no viniese pronto en su auxilio.

Dios continúa este modo de proceder con respecto al alma hasta que, por medio de experiencias reiteradas, se haya convencido plenamente de su nada, de su incapacidad para todo bien, y de la necesidad en que está de no afianzarse más que en sólo Dios. Para esto sirven las tentaciones, en las cuales se ve el alma a punto de sucumbir, y en que Dios la sostiene cuando ya no halla recurso en parte alguna; la rebelión de las pasiones que ella creía completamente domeñadas, y que vuelven a sublevarse con inusitada violencia, hasta el punto de obscurecer la razón y poner al alma a dos dedos de su ruina; las faltas de fragilidad de toda especie, en que Dios la deja caer expresamente para humillarla; los desabrimientos, dificultades extrañas en la práctica de la virtud, fuertes repugnancias para la oración y demás ejercicios de piedad; en una palabra, el sentimiento vivo y profundo de la malignidad de la naturaleza viciada por el pecado, y de su incapacidad para todo bien. Emplea Dios todos esos medios para anonadar al alma a sus propios ojos, inspirarla odio y horror hacia sí misma y convencerla de que no hay crimen tan horrible de que no sea capaz si Dios la dejara de su mano; y además que es impotente para producir por sí sola la menor acción buena, ni el menor deseo santo, ni el más mínimo pensamiento recto, sin los auxilios de la divina gracia.

Cuando después de repetidos golpes, de continuas caídas y de reiteradas experiencias, el alma al fin se ha acostumbrado a no contar consigo misma aun en las cosas más insignificantes, entonces Dios la va revistiendo poco a poco de su fortaleza, haciéndola sentir que ésta no le viene de sí, sino de lo alto. Alentada y sostenida con ella, todo lo emprende y lo soporta todo: sufrimientos, humillaciones de toda especie, trabajos, fatigas por la gloria de Dios y bien de las almas: lleva a feliz término sus empresas, ninguna dificultad la arredra, ningún peligro la espanta, porque es ya fuerte con la fortaleza de Dios. no solamente refiere a Dios toda la gloria, sino que reconoce además y experimenta que es El solo quien lo puede y lo hace todo, mientras ella no pasa de ser un débil instrumento en las

manos de Dios, que Él mueve a su voluntad; o más bien una pura nada, de la cual se sirve Dios en la ejecución de sus designios.

Así es como San Pablo, después de haber contado las grandes hazañas que había hecho y sufrido por el Evangelio, añadía con la más íntima convicción: "Pero no soy yo quien ha hecho todo esto, sino más bien la gracia de Dios que está conmigo"¹

Una alma tal, rinde a Dios toda la gloria que de ella puede esperar, sin reservarse absolutamente nada para sí; pues se tiene en lo que es en realidad, pura nada. De este modo glorifica a Dios con todo lo que hace y sufre por su amor; y sobre todo le glorifica más que nada con esta disposición interior de su propio anonadamiento.

¡Oh! ¡Cuán muerto a sí mismo es menester estar, y por cuántas pruebas no se tiene que pasar antes que llegue a tal estado! Como todo, cuando el alma lo ha alcanzado, entona un himno de perpetua alabanza a su divina Majestad; o más bien, Dios mismo se alaba y glorifica en esta alma. Todo en ella es para Dios, sin que nada reserve para sí, y aun pudiera añadirse que se halla en una dichosa incapacidad de reservarse nada.

¿Y qué deberemos hacer para llegar a conseguir ese estado dichoso en que seamos fuertes con la misma fortaleza de Dios? Para ello se requiere como fundamento indispensable una resolución firme e inquebrantable de no rehusar nada a Dios, y de no hacer nada, al menos conscientemente, que pueda disgustarle. Supuesto este fundamento, es necesario además humillarse por sus faltas, aunque sin turbarse nunca por ellas; mirarlas más bien como una prueba de nuestra flaqueza y sacar de ellas el fruto que Dios pretende, a saber: que nos acostumbremos a no contar para nada con nosotros, sino que pongamos toda nuestra confianza en sólo Dios. Es preciso también no fiarnos demasiado de los buenos sentimientos que nos vienen en ciertos momentos de fervor; no creemos mejores ni más fuertes por estos movimientos pasajeros, sino juzgar de nosotros por lo que somos cuando nos falta la gracia sensible. También debe uno procurar no desalentarse a vista de su propia miseria, ni de-

¹ I Cor. XV, 10.

decirse: "No, nunca podré yo hacer o sufrir tal o cual cosa," sino más bien, reconociendo que somos incapaces del más insignificante acto de virtud, decir: "Dios es todopoderoso; con tal de que yo no me apoye sino en El, me será posible, y aun fácil, lo que sobrepuja mis fuerzas." Podemos decir a Dios con San Agustín: "Dadme, Señor, lo que me ordenéis y mandadme lo que os plazca." No debemos extrañarnos tampoco de las repugnancias que sentimos, sino pedir sin cesar a Dios la gracia de hacernos superiores a las mismas: y cuando las hayamos superado, guardémonos bien de atribuirnos la victoria, antes atribuyámosla enteramente a Dios. Finalmente procuremos evitar la presunción y también la pusilanimidad: dos efectos que proceden, el uno de que contamos demasiado con nuestras fuerzas, y el otro de que no contamos bastante con Dios. La pusilanimidad procede de falta de fe; la presunción de la falta de conocimiento propio. El remedio para estos dos defectos es mirar a Dios como el único principio de nuestra fortaleza. No habría peligro alguno de que fuéramos presuntuosos si estuviéramos convencidos de que toda nuestra fortaleza nos viene de Dios; y tampoco seríamos jamás pusilánimes si estuviéramos bien persuadidos de que tenemos siempre a nuestra disposición la misma fortaleza del que es Todopoderoso.

IX

Conducta de Dios con el alma

"He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y con él cenaré, y él conmigo." (Apocalipsis III-20.)

Mientras vivimos acá en la tierra, el único deseo de Dios con respecto a nosotros es apoderarse de nuestro corazón y reinar en él, no para labrar su propia felicidad, porque ninguna necesidad tiene El de nosotros para ser feliz, sino para labrar la nuestra; no solamente en la eternidad, sino aun en la presente vida; puesto que, así la razón como la fe y la experiencia nos enseñan que no hay verdadera felicidad para el hombre fuera de Dios.

Y ¿qué hace Dios para procurarnos esta felicidad? Persevera incesantemente a las puertas de nuestro corazón; llama a ellas por medio de las luces, de las buenas inspiraciones o de los remordimientos, a fin de atraernos al bien y alejarnos del mal. Si le prestáramos atención o si moráramos dentro de nuestro corazón, observaríamos que Él llama a cada momento. Si no le oímos, es porque estamos casi siempre fuera del alcance de su voz y sin las disposiciones necesarias para escucharla. El llama incesantemente durante una larga serie de años, y a veces, durante toda nuestra vida. Su paciencia en esperarnos es inconcebible; sufre obstinación con una benignidad y perseverancia que sobrepujan todo encarecimiento.

¡Oh, Señor! ¡Si me fuera dado recordar el momento en que Vos empezasteis a dar aldabadas a mi corazón, y cuánto tiempo permaneció éste insensible y rebelde! ¿Quién podrá enumerar las tiernas invitaciones de vuestro amor y las incalificables rebeldías del mío? Tal vez no se ha pasado un solo día, en el espacio de muchos años, en que Vos no me hayáis llamado quizá repetidas veces, viéndoos casi siempre menospreciado y desatendido por esta vilísima criatura. ¡Oh, qué exceso de bondad la vuestra y qué negra ingratitud la mía! ¡Ah, Señor! esta doble consideración me conmueve y anonada; me inspira de una parte profundo horror a mí mismo, y por otra vivo reconocimiento por los beneficios que de Vos he recibido! ¡De cuántos pecados ha sido causa este abuso de vuestras gracias! ¡Qué inefable paciencia en sufrirme y esperarme! ¡Vos, que desde el primer pecado que cometí podíais haberme arrojado para siempre en el infierno! ¡Cuántas almas están y estarán eternamente allí por menos pecados que los míos! ¿Por qué no estoy yo allí como ellas? Este es el gran secreto de vuestra justicia y de vuestra misericordia.

Yo bendeciré y cantaré eternamente esta misericordia, mientras una multitud de almas, tal vez menos culpables que yo, serán eternamente víctimas de vuestra justicia vengadora.

Cuando después de haber estado Dios llamando más o menos largo tiempo, al fin se le abren de par en par las puertas del corazón, penetra en él y establece allí su morada con una prontitud y gozo realmente inenarrables; lo adorna con los

tesoros de sus gracias, siempre dispuesto a concedérselas más y más preciosas y abundantes, mientras el alma vaya correspondiendo con su fidelidad a la esplendidez de sus dones. Por su parte Dios está resuelto a no abandonar jamás aquella morada, a menos de que el alma cometa la incalificable estupidez de arrojarle de ella. Perdona y olvida todo lo pasado, con tal delicadeza, que el alma sorprendida de tan buen tratamiento, casi llega a olvidarse también de lo mucho que le ha ofendido durante tan largo tiempo; y si se acuerda, es un recuerdo que nada tiene de amargo, sino que más bien está inspirado por el amor y el reconocimiento. Entonces derrama Dios en el alma raudales abundantes de inefable paz íntima, deliciosa y muy superior a todo sentido. Si todas las almas no experimentan todo esto, es debido a que muchas se vuelven a Dios más bien inducidas por el temor que por el amor; no se entregan a El sino muy flojamente, y con su poca fidelidad atan las manos a Dios para que no les conceda mayores gracias. De aquí que la mayor parte de ellas recaiga en los mismos pecados, y su vida no sea otra cosa que una serie continuada de caídas y arrepentimientos. Pero las almas que se entregan a Dios plenamente, que le abren de par en par las puertas de su corazón, y se vuelven a El más bien atraídas por su amor que por el propio interés, gustan desde el primer momento en que se volvieron a El, ¡cuán bondadoso es Dios y cuán benévola acogida dispensa al pecador sinceramente convertido!

¡Ah, Señor! No puedo menos que confesar humildemente que yo he tenido la dicha de experimentarlo y no lo olvidaré jamás. Sí, desde el punto y hora en que yo me entregué totalmente a Vos, borrasteis todas mis iniquidades, lavasteis mi alma con la sangre de vuestro Hijo, iluminasteis mi espíritu con una luz celestial, e infundisteis en mi pecho una paz encantadora: he conocido verdaderamente, y he sentido cuán dulce y cuán suave es ser vuestro y cuán despreciable resulta todo lo que no seais Vos. De día en día me habéis ido dispensando nuevos beneficios; de día en día me habéis unido más íntimamente con Vos, desprendiéndome más y más de las criaturas y de mí mismo.

Concededme la gracia de ser fiel y generoso para con Vos. ¡Oh Dios mío! Que considere en adelante como la mayor de mis

desgracias el rehusaros o, siquiera regatearos la menor cosa. Sea cual fuere lo que me pidiereis, no me cabe duda que lo ordenaréis todo de manera que redunde siempre en mayor provecho de mi alma. Yo por mi parte pongo desde ahora toda mi dicha y contento en sacrificároslo todo sin reserva alguna; mi vida, en adelante, ha de ser vida de amor, de sacrificio y de holocausto, puesto que el más noble y santo ejercicio que puedo yo hacer de mi libre albedrío consiste precisamente en inmolarlo en aras de vuestro divino beneplácito.

Mas esta paz interior que empieza a saborear el alma desde los comienzos de la vida espiritual es todavía muy imperfecta comparada con la que Jesucristo le promete, aun en este mundo, si ella persevera en serle generosa y fiel. En efecto el término y la consumación de la vida espiritual consiste en la unión íntima y perfecta del alma con Dios, en virtud de la cual el alma viene a ser en cierto modo transformada en Dios, estableciéndose entre ambos una unión algo parecida a la que reina entre las tres Divinas Personas.

Jesucristo lo afirma expresamente en la última plegaria que dirigió a su Eterno Padre por los elegidos: *Ruégote que todos sean una misma cosa, dijo; y que como tú ¡oh Padre! estás en mí y yo en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor*¹. Y en el Apocalipsis para declarar la dulce familiaridad de este trato íntimo que se establece entre Dios y el alma, dice: *Yo cenaré con ella y ella conmigo*. Esto es: habrá una especie de igualdad entre el alma y yo: su mesa será mi mesa y la mía será la suya; nuestra comida será común entre los dos. Y ¿qué comida será esta? la misma con que Dios se alimenta, o sea Dios mismo; pues El se comunicará a su criatura y la criatura se transformará en El: con lo cual ambos tendrán una misma vida y un mismo principio de vida. Todo esto tiene prometido y preparado el Señor para el alma filial, aun en la presente vida, en que empezará a gozar de ello, si bien encubierto bajo los velos de la fe. Enmudezca aquí la lengua; porque esta comunicación divina es tal, que el alma misma que la gusta no es capaz de concebirla ni expresarla.

Mas para gozar de esta unión con Jesucristo en su estado glorioso, es menester que el alma haya vivido unida con El,

participando de sus oprobios y dolores; es menester que haya muerto del todo a sí misma y al amor propio en lo que éste tiene de más íntimo.

Precisamente a esta purificación perfecta del alma van encaminadas todas las pruebas por las cuales Dios la hace pasar: pruebas a decir verdad necesarias, porque es imposible de otra suerte que el alma se despoje enteramente de sí misma: pruebas dolorosas, aunque nunca en ellas deja Dios de sostenerla con su poderoso auxilio. Por medio de ellas adquiere el alma gran caudal de merecimientos, si las acepta con entera resignación.

¡Oh Dios mío! Si yo me amara verdaderamente a mí mismo, y os amara a Vos más que a mí mismo, no me opondría en manera alguna al cumplimiento de vuestros designios sobre mí, por rigurosos que pudieran parecer a la naturaleza. Hasta el presente, nada habéis olvidado de cuánto podía redundar en provecho mío; me habéis amado aún en el momento mismo en que yo os estaba ofendiendo; y ahora que quiero ser todo vuestro, que ansío perteneceros con toda plenitud de mi corazón, ¿no deberé esperar de Vos que me amaréis incomparablemente más? Nada tengo pues que recelar de vuestro amor, por más que quiera convertirme en su víctima, destruyendo y aniquilando en mí todos los afectos desordenados, para que renazca mi alma y viva en Vos. Desde este momento me ofrezco gustoso para cuanto querais hacer de mí: acepto las cruces que vuestra bondad me tiene destinadas, las abrazo y beso desde ahora como los más preciados favores que puedo recibir de Vos, y no quiero ya más verme privado de ellas hasta el último suspiro. Así sea.

X

Del temor de Dios

Perfecta charitas foras mittit timorem (1 Jn. 4, 18). “La perfecta caridad echa fuera el temor.”

No hay duda que Dios quiere ser temido: que no en vano declara la Sagrada Escritura en mil pasajes cuán terribles son sus juicios; y San Pablo ¹ : “Tremenda cosa es caer en manos del Dios vivo.” Por esto nos enseña el Eclesiástico que el temor de Dios es el principio de la sabiduría ² : pero adviértase que no es más que su principio; en el amor consiste su progreso y su consumación. El temor de Dios es uno de los dones del Espíritu Santo; pero un don por medio del cual quiere prepararnos a recibir otros dones más excelentes. Por manera que si bien es útil y aun necesario poseer este sentimiento de temor y estar penetrados de él, no sólo en nuestra alma, sino en nuestro mismo cuerpo; con todo no hemos de parar aquí, sino que es preciso aspirar a aquella perfecta caridad que disipa el temor, o más bien lo depura, ennoblece y transforma en otro temor santo, hijo del amor.

Cuando el alma tiene que salir del estado de la culpa, bueno es y muy saludable que se deje penetrar del terror de los juicios de Dios: que tema su justicia inexorable y sus eternas venganzas. Deje entonces que este sentimiento obre en ella con toda su fuerza y guárdese muy mucho de procurar sofocarlo o debilitarlo; es el Espíritu Santo quien lo infunde en nuestros corazones, para disponernos a una sincera conversión.

Aún después de habernos convertido a Dios, el temor ha de sostenernos en la práctica de la penitencia. El pensamiento del fuego del infierno, que tantas veces hemos merecido, y del que la penitencia, según Tertuliano, no es más que una compensación, debe esforzar nuestro valor, hacernos santamente enemigos de nosotros mismos y animarnos a abrazar generosamente cuanto haya de penoso y repulsivo a nuestra naturaleza corrompida, en la mortificación cristiana.

¹ Heb. 10, 31.

² Ecli. 1. 16

Debemos también echar mano de este saludable temor en las ocasiones y peligros de pecar que a todas horas nos rodean: temblemos a la vista de nuestra extremada flaqueza y de la influencia perniciosa que ejercen sobre nuestra alma los malos hábitos, contraídos tal vez durante la vida pasada. Opongamos al atractivo del placer, a las sugestiones del demonio, y al violento impulso de la concupiscencia, el temor de la justicia divina y de sus formidables amenazas contra los pecadores, que recaen en la culpa después de haber obtenido el perdón. El temor es, sin duda alguna, un contrapeso de que necesitan para precaverse del pecado, lo mismo las almas inocentes que los pecadores arrepentidos, en los mil encuentros que a cada paso se presentan.

Con todo, el motivo del temor no debe ser el predominante en la vida del cristiano; puesto que Dios merece ser servido por otros motivos más nobles y elevados: a más de que el corazón del hombre está formado de tal suerte que se deja guiar y atraer mucho más por los motivos de amor que por los del temor: y aun podríamos añadir que el amor es el único sentimiento verdaderamente digno de Dios. Por esto Jesucristo nos enseña que este amor constituye el primero y más excelso de todos sus mandamientos¹. Por otra parte Dios merece ser amado sobre todas las cosas por sus perfecciones infinitas, por los beneficios con que nos ha colmado en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, y por los bienes eternos que nos promete y que serán la recompensa del amor que le hayamos profesado. Finalmente el sentimiento del amor es el único que realmente transforma el corazón, lo encamina hacia Dios, y le pone hastío de las criaturas; él es quien lo ablanda, dilata y eleva, comunicándole los bríos de que necesita para abrazarlo todo y sufrirlo todo por Dios.

Dos cosas nos recomienda el Espíritu Santo: evitar el mal y obrar el bien². El temor podrá apartarnos del mal; pero casi nunca nos inducirá eficazmente a practicar el bien. El amor, por el contrario, produce uno y otro efecto y de un modo mucho más -

¹ Mat. 22, 38.

² Ps. 33, 15.

excelente: él nos separa del mal y aun de toda apariencia de mal y nos empuja al bien, y al bien más perfecto, a pesar de todas las dificultades que se nos pongan delante y a costa de toda clase de sacrificios por más penosos que sean para la naturaleza. El temor, como no mira sino a nuestro interés, nunca es generoso, sino que se circunscribe a lo que es de pura obligación, y aun cree haber hecho demasiado al cumplirlo. No sucede lo propio con el amor. Aspira incesantemente a mostrarse más y más generoso, y reputa como nada todo lo hecho, aspirando constantemente a hacer algo más. Las delicadezas, las atenciones y los obsequios del amor, son propios y exclusivamente suyos; el temor no sería capaz siquiera de darnos la menor idea de ellos.

Así pues cuando Dios haya comenzado a infundir su caridad en nuestros corazones, cuando empecemos a sentir que le amamos, y que nuestro único deseo se cifra en darle de día en día mayores pruebas de este amor, debemos fomentar cuanto podamos ese noble sentimiento, nutrirlo con el mayor desvelo y alejar de nuestro corazón todo cuanto pudiera debilitarlo. Dios mismo se complace entonces en mostrarse al alma de que al parecer ya no le teme, sino que acude a Él con entera confianza y le habla con santa familiaridad. Las verdades más terribles no la espantan, cuando reflexiona sobre ellas; es que el temor ha cedido su lugar a un sentimiento más dulce, y experimenta, con inefable consuelo, cuánta verdad encierran aquellas palabras de San Juan: *La perfecta caridad echa fuera el temor*. Mas no se crea que el alma se halle entonces exenta de todo temor; teme aún, pero con un temor casto y filial, propio de un hijo bien nacido para con su padre. No evita el pecado por temor a los terribles castigos que Dios podría imponerle, sino más bien porque es su bondadoso padre, a quien ama entrañablemente, y porque siendo El infinito en toda clase de perfecciones, aborrece el pecado con odio implacable y eterno.

Siente el alma horror profundo no sólo al pecado mortal, sino al pecado venial, y aún a la más mínima falta, y por nada del mundo cometería una sola con propósito deliberado. Sabe muy bien que el pecado es el mal de Dios; y como tal digno de todo aborrecimiento, y más terrible que todos los males del mundo.

¡Qué fuerza tan grande no le comunica este temor filial, para combatir y resistir a las tentaciones! ¡Qué cuidado tan exquisito no le inspira, qué vigilancia tan continua sobre sí misma! ¡Cuántas precauciones le sugiere para evitar todo aquello que entiende puede disgustar a Aquel a quien tanto ama! ¡Con qué facilidad vence todos los obstáculos, rompe todos los lazos, triunfa del mundo y de sus placeres, de la carne y de la sensualidad, del demonio y de sus tentaciones! ¡Qué alegría tan grande experimenta al verse libre de todo lo que la cautivaba, y poder amar con toda su alma a Aquel que únicamente merece ser amado! El temor servil, ese temor que hiela el corazón y paraliza en cierto modo sus latidos, ¿podría acaso producir nunca semejantes efectos?

Si el temor de disgustar al objeto amado desvía al alma de todo mal, el deseo de agradarle la excita a la práctica de todo el bien que Dios le exige. Lejos de esquivar las ocasiones en que pueda complacerle, las busca con afán; aprovecha gozosa todas las que se le presentan: los trabajos, sufrimientos y sacrificios apenas le cuestan nada. Con tal de que pueda contentar a Dios está satisfecha; y su mayor pena sería tener que echarse en cara la menor negligencia o cualquier descuido en este punto. Como conoce que el mayor enemigo que tiene Dios, mora dentro de sí misma; a saber, su naturaleza corrompida y su amor propio, los aborrece y detesta, les combate y persigue incesantemente, venciendo en todo a sí misma: y como conoce además que no le es posible aniquilarlos del todo, pide a Dios instantemente la completa y total destrucción de estos sus más implacables enemigos.

Este es sin duda el maravilloso cambio obrado por la perfecta caridad; se introduce en el alma, llevada de la mano por el temor, pero una vez que ha penetrado ya en ella, echa fuera al temor porque quiere reinar sola.

En efecto, estos dos sentimientos son incompatibles. La caridad, que no mira más que a Dios, renuncia a todo propio interés, y el propio interés es la única cosa a que aspira el temor y el único móvil de sus pasos. La caridad no sirve a Dios porque es terrible, sino más bien por ser bueno; no le teme como a Señor, sino que más bien le ama como a padre; no para

su atención en el castigo, ni aun en la misma recompensa, sino que sirve a Dios porque le ama, por ser El quien es, apartando cuanto es posible de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a El en todas amando y a todas en El, conforme a su santísima y divina voluntad, según observa San Ignacio¹

Así, pues, cuando el alma que se ha consagrado enteramente al amor de Dios, se sintiere vivamente impresionada del terror de sus juicios, debe examinar si este sentimiento procede del mismo Dios, y en tal caso considerarlo como una prueba, y sobrellevarla con amorosa resignación: si fuere efecto de la imaginación, no tiene que detenerse en él y debe evitar todo cuanto pudiera fomentarlo; si viene del demonio, que trata de inspirarla sentimientos de desesperación, debe entonces reanimar su confianza en Dios, y arrojarle en sus brazos, rogándole sea servido de que saque gran provecho de aquella tentación, haciéndola servir al triunfo de su puro amor. Porque es indudable que Dios no la permite sino con el fin de impulsar a alma a que le ame con mayor pureza, para desprenderla de todo afecto desordenado a las cosas de la tierra y obligarla a renunciarle a sí misma en lo que tiene de más íntimo. Una vez que el alma haya hecho generosamente este sacrificio, quedará tranquila, el demonio huirá desconcertado y perderá todo poder sobre ella; con lo cual quedará más y más afianzado en su corazón el reinado del amor. De este modo el temor y el amor contribuyen admirablemente a acrecentar en el alma la caridad en toda su pureza y perfección.

1 Const. part. III, cap I § 26.

XI

Motivos que deben impulsarnos a procurar la santidad

Sed santos como yo soy santo ¹ dijo Dios a los hijos de Israel. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*, encarga Jesucristo a sus discípulos². Estas palabras nos muestran claramente que Dios ha de ser el motivo y a la vez el modelo de nuestra santidad. Si llegáramos a penetrarnos bien de ellas, por sí solas nos revelarían más verdades, y con más intensa claridad, que cuantas enseñaron los sabios y filósofos, aun los de más precara inteligencia. Pero no llegaremos nunca a conseguir este conocimiento sino es con el auxilio de la divina gracia, e iluminados con sus resplandores: siendo además indudable que lo que nos ha de desentrañar el misterioso sentido que encierran, no debe ser el estudio especulativo de las virtudes, sino el ejercicio práctico de las mismas.

Sed santos, dice el Señor, *como yo soy Santo*. ¿Qué es lo que constituye la santidad en Dios? El amor al orden; Dios ama esencialmente el orden, sin que pueda aprobar ni condescender, ni dejar impune cosa alguna que lo perturbe o destruya. Podrá permitir el desorden en su criatura, tolerárselo por algún tiempo, perdonárselo si se arrepiente de él y lo repara; pero lo reprueba y anatematiza donde quiera que se halle, y cuando haya terminado el tiempo de la misericordia y llegue el de su inexorable justicia, lo castigará severamente y sin miramiento alguno. Y esto por ser él Santo y la misma santidad. Como tal no puede en manera alguna dejar de prescribir a la criatura inteligente y libre, que observe el orden por El establecido, ni dejarla sin recompensa después que lo haya observado. La ejercitará por algún tiempo, la afligirá, la sujetará a diversas pruebas; parecerá abandonarla para asegurarse mejor de su virtud; pero si ella no se aparta un punto del orden, si persevera constantemente en El,

¹ Lev. 11, 44.

² Mt. 5, 48.

al fin la premiará con la eterna bienaventuranza, porque es Santo.

Esta santidad esencial en Dios es, a no dudarlo, el primero y el más poderoso motivo que debe impulsarnos a procurar la nuestra. Estamos obligados a amar el orden, porque Dios lo ama: nos dotó de inteligencia y libertad para que con la primera viniéramos en conocimiento del orden por El establecido y con la segunda nos sometiéramos a él.

En calidad de criaturas racionales, hemos sido formados a imagen y semejanza de Dios; y como Dios se conoce a sí mismo y se ama como fuente que es de toda santidad y la santidad misma, nosotros que somos su imagen debemos conocerle, amarle, obedecerle é imitarle bajo este concepto. No basta que seamos imágenes suyas por nuestra naturaleza espiritual, dotada de inteligencia y libertad como la suya; se requiere además que lo seamos por nuestra propia voluntad y libre elección.

Debemos, pues, aspirar a ser santos y trabajar con todas nuestras fuerzas para conseguirlo; debemos rechazar con horror todo lo que se oponga a la santidad, porque Dios es Santo y nosotros hemos tenido la dicha de haber sido criados a su semejanza.

A la verdad, fuera loco atrevimiento pretender acercarnos y unimos con Dios sin ser santos, o al menos aspiráramos a serlo. Ahora bien, es indudable que puesto que hemos sido criados para vivir en íntima comunicación y trato con Dios, debemos fomentar en nuestra alma sentimientos de gratitud para con Aquel, de quien todo lo he recibido; de confianza, por cuanto todo debemos esperar de El, y además porque tenemos perpetua necesidad de su auxilio; de amor, por cuanto El es nuestro único y soberano bien, y fuera de El no podemos alcanzar nuestra felicidad temporal y eterna. Siendo esto así ¿en qué vendría a parar este trato y comunicación con Dios si no aspiráramos a la santidad? Es indudable que en tal caso muy presto se rompería indefectiblemente aquel trato y comunicación; porque a medida que nos fuéramos alejando de la santidad, nos alejaríamos también de Dios, y a su vez Dios se iría alejando de nosotros. Por una parte nos sería imposible so-

portar la mirada escrutadora de Dios, y por otra El nos arrojaría lejos de sí: atraeríamos sobre nuestras cabezas sus anatemas y venganzas y al fin acabaríamos por ser arrojados eternamente de su presencia.

Pero hay todavía otra razón más poderosa que debe estimularnos a procurar la santidad. En efecto, por medio de la gracia, Dios penetra el alma de un modo verdaderamente maravilloso, la eleva al orden sobrenatural, dándole derecho a la visión beatífica y a gozar eternamente de su misma felicidad. ¿No son acaso todos estos motivos poderosísimos que justifican plenamente aquellas palabras con que Dios nos exhorta a que aspiremos a la santidad cuando nos dice: *Sed santos porque yo soy Santo*? Porque, ¿cómo podríamos pretender gozar de la eterna felicidad de Dios, infinitamente santo, vivir íntimamente unidos con El y participar de su misma bienaventuranza, sin ser santos, no como quiera, sino con una santidad que excluya toda mancha? ¿Cuál habrá de ser pues nuestra ocupación continua acá en la tierra, sino purificarnos más y más de nuestras faltas, desterrar de nosotros todo cuanto pueda apartarnos de la santidad, procurando a la vez, con todas las energías de que somos capaces, adquirir las virtudes que más agradables puedan hacernos a los ojos de su divina Majestad? Y como por otra parte es indudable que no podemos alcanzar la perfecta pureza del alma, con solos nuestros esfuerzos, ¿por qué no acudimos a Dios con incesantes súplicas a fin de que nos santifique más y más con los auxilios de su poderosa gracia, y nos vuelva tales cuales El nos quiere, para que seamos dignos de su presencia soberana? ¡Cómo! Estando como estamos destinados a poseer eternamente a Aquel que es santo por esencia, a Aquel cuya infinita santidad pasma de admiración, y constituye la alegría y felicidad de los espíritus bienaventurados; teniendo que entonar como ellos durante toda la eternidad aquel sublime cántico: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos*, ¿podríamos descuidar un punto nuestra santificación, o dejar de consagrar a ella todas las energías de nuestra alma y todos los momentos de nuestra vida? ¿En qué otra cosa podremos emplearlos mejor que en esto?

Otro motivo más poderoso tenemos aún para trabajar

incesantemente en nuestra santificación. Dícenos Dios: *Sed santos porque yo soy Santo*. Como si dejara: sed santos porque yo mismo me he unido personalmente a vuestra naturaleza para santificarla. El cristiano no es simplemente un ser racional, sino que ha sido hecho participante, por medio de Jesucristo, de la naturaleza divina; ha sido elevado a la dignidad de hijo adoptivo de Dios Padre y de hermano del Verbo encarnado. No sólo su alma, sino también su mismo cuerpo participa de esta adopción, puesto que sus miembros son los miembros de Jesucristo, según enseña San Pablo. Con mayor razón pues pertenecerán a Jesucristo su alma y sus facultades. ¡Cuán santo de cuerpo y alma deberá procurar ser el cristiano, incorporado a la divinidad! ¡Oh, Dios mío! Si estuviéramos bien penetrados de esta verdad, ¡cuán grandes serían nuestras ansias por alcanzar la santidad! No me extraña, después de esto, que los apóstoles no diesen a los primitivos cristianos otro dictado que el de Santos, y que esta costumbre perdurara en la Iglesia por largo tiempo. Pero en nuestros días, ¿no sería una irrisión dar este título a la generalidad de los cristianos? ¿No son la mayor parte, por su conducta, y muchos también por los principios que profesan, enemigos de la santidad? ¡Qué desastroso cambio ofrece el aspecto del cristianismo!

Pero veamos ya cuál sea el ideal de santidad propuesto a todos los cristianos. no es otro que la del mismo Dios: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Jesucristo, Dios hecho hombre para enseñarnos el camino de la santidad, es quien nos dirige estas palabras.

¿Y qué quiere significarnos con ellas? ¿Acaso podemos nosotros igualar la santidad de Dios? Indudablemente que no: es imposible que seamos tan santos como El, ni siquiera que nos acerquemos a su infinita perfección. Mas cualquiera que sea nuestra santidad, es indispensable que esté calcada en la suya, que es la única fuente, el único dechado perfecto de toda santidad.

Precisamente porque nuestra vista es demasiado débil para contemplar la santidad, tal como resplandece en el mismo Dios, y además porque somos incapaces de hacer una exacta aplicación de ella a nuestra conducta, Dios se hizo hombre

conversó entre los hombres, les instruyó con sus enseñanzas y ejemplos durante todo el discurso de su vida, y juntando en sí la naturaleza humana y la divina, en unidad de persona, propuso a todos os hombres un modelo de santidad que pudiesen comprender e imitar. Nadie, pues, podrá alegar la excusa de decir: ¿Quién subirá al cielo para copiar allí, a vista del mismo Dios, el verdadero prototipo de la santidad? Porque la santidad personificada ha bajado a la tierra, se nos ha mostrado revestida de nuestra carne, ha hablado y obrado como hombre, y de consiguiente, para alcanzar el verdadero concepto de la santidad, basta estudiar el espíritu de Jesucristo, conformarnos con sus máximas y seguir sus pisadas. Por este medio llegaremos a ser perfectos como es nuestro Padre celestial.

Más aún, Jesucristo no solamente es el modelo de la santidad, sino que es el principio y la primera causa eficiente de la misma. Nada podemos sin el auxilio de su gracia; es preciso que ésta concorra con nuestra libertad, para que podamos ir santificándonos y asemejándonos a El en la santidad de vida. El nos ofrece continuamente esta gracia y nos promete aumentárnosla a medida que hagamos buen uso de ella. Mas este mismo buen uso de la gracia, más depende de El que de nosotros; y por lo mismo, si de veras queremos atender a lo que más nos interesa y trabajar eficazmente en nuestra propia santificación, el mejor partido que podemos tomar en esta parte, consiste en renunciar a nuestra libertad para consagrarla enteramente a Jesucristo, rogándole disponga de ella como de cosa propia, y protestándole que no queremos guiarnos sino por sus luces, ni obrar sino bajo su dirección. Dichosos aquellos que se entregan a El de manera que no vuelvan atrás después de haberse renunciado a sí mismos. Estos tales andarán a pasos gigante por el camino de la imitación de Jesucristo, conformándose en todo con su divino beneplácito; no resistirán nunca a sus inspiraciones, y, muertos del todo a su propio juicio y a su propia voluntad, vivirán únicamente la vida de Jesucristo.

XII

La vida espiritual es una especie de negociación entre Dios y el alma

La vida espiritual no es otra cosa, si bien se considera, que una especie de comercio entre Dios y el alma. Dios da para recibir y lo mismo hace el alma: pero Dios siempre es el primero en dar y también el último. Previene al alma por medio de la gracia en el tiempo; después le da su gloria, de la cual gozará por toda la eternidad. Esta gracia y esta gloria son una comunicación más o menos perfecta del mismo Dios. El alma por su parte da también a Dios; le sacrifica sus gustos, inclinaciones, querer y intereses: en una palabra, se pone toda entera en las manos de Dios para que disponga de ella en cada momento según su beneplácito. He aquí lo que hace el alma o mejor dicho lo que debe hacer, mientras viva en este mundo. En la otra vida ya no hará nada libremente; no se entregará a Dios sino que será arrebatada por El, ya no se pertenecerá, sino que será toda del soberano Bien, al cual poseerá y del cual será poseída de un modo verdaderamente inenarrable. Por lo tanto sólo en el tiempo puede haber libre comunicación de bienes entre Dios y el alma, mas no en la eternidad, por lo que al alma se refiere. Veamos ahora cuales son por parte de Dios las leyes de esta santa comunicación, y las que el alma debe observar por la suya, a fin de corresponder a las bondades inefables de su divina Majestad.

Primera ley.- Dios se anticipa al alma en dar, y esto siempre y en todo. *¿Quién es el que le dió a El primero alguna cosa para que pretenda ser por ello recompensado?* exclama San Pablo¹. Esto es evidente en el orden de la naturaleza, en el cual recibimos de Dios, a cada instante el ser y todo lo que sirve para conservarlo: pero no lo es menos en el orden sobrenatural, puesto que el principio de ella es la gracia, ora justificante, ora actual, que es un don de Dios, y don puramente gratuito, que

¹ Quis prior dedit illi, et retribuetur ie? Rm. 11, 35.

nosotros somos incapaces de merecer. Si después de haber perdido la gracia del bautismo, la recobramos por la penitencia, Dios es quien da los primeros pasos para llamarnos a Sí; porque una vez separados de El por el pecado, no podríamos jamás, volvernos a El por nuestros propios esfuerzos. Si conservamos la gracia del bautismo, es por efecto de una serie de gracias actuales que recibimos a cada momento. Es de fe que para cada acto sobrenatural necesitamos de una gracia que prevenga y acompañe a este acto; y Dios no nos rehusa jamás esta gracia sino cuando nos hacemos indignos de ella. Así, pues, queda incontestablemente sentado que siempre es Dios quien nos previene, y así debía ser, porque sólo El es siempre y en todos los casos el manantial de todo bien.

La ley por la cual debe regirse la criatura no puede ser otra que la de correspondencia y fidelidad. Dios la previene, ella debe seguir la divina inspiración: Dios le da, ella debe conservar el precioso tesoro: y si Dios le concede la gracia de pedirle algo debe ella otorgarle generosamente todo lo que El le pida. ¿Cómo podría haber comunicación de bienes entre los dos, si ella recibiese sin devolver nada, o si no diese a proporción de lo que recibe? Debe además el alma mostrarse sumamente reconocida para con Dios, cuyos beneficios la previenen sin cesar. Este reconocimiento ha de ir acompañado de profunda humildad a sí misma, nada puede merecer; y por otra que quizás en muchas ocasiones ha merecido, por sus pecados, ser abandonada de Dios.

Segunda ley .- Los dones de Dios son perfectamente desinteresados; nada tiene que ganar para sí en todo el bien que nos hace. Si exige correspondencia de nuestra parte, no es ciertamente porque ésta haya de reportarle alguna ventaja, sino para nuestro bien. Ni siquiera nos concede sus gracias porque prevea que hemos de hacer buen uso de ellas. ¡Cuántas nos ha otorgado hasta ahora, de las cuales hemos abusado y cuyo abuso previó El perfectísimamente! Y con todo, la clara previsión de nuestra infidelidad, no fué parte para detener un punto la corriente de sus beneficios. ¡Cuánta bondad y desinterés!

El alma no puede corresponder a esta ley sino muy imperfectamente, siendo como es imposible que no reporte para

sí alguna ganancia en aquello mismo que da a Dios: por manera que ni debe ni puede jamás renunciar del todo a su interés. Todo lo más a que puede llegar, con el auxilio de la divina gracia, es a no parar mientes en el premio que ha de recibir por sus buenas obras; a no regatear nada a Dios, ni figurarse jamás que le concede demasiado; a no rehusar nada a Dios, so pretexto de que no está obligada a ello, o que no se lo exige El de un modo absoluto; a no tener excesivo apego a los dones que ha recibido de Dios, ni quejarse amargamente de El cuando se los retira; sino permanecer siempre generosa y fiel cuando Dios pone a prueba su amor: en fin, si el Señor permite vengan sobre ella graves tentaciones, por más que se crea desamparada y sin remedio alguno, no por esto debe abandonar el servicio de Dios, sino poner especial empeño en practicar todo aquello que conozca ser agradable a sus divinos ojos. Con este generoso desinterés imita en alguna manera el que Dios usa con ella: Le ama y sirve y se sacrifica por El, sin buscarse a sí misma en nada: que esto es precisamente lo que hay de más glorioso para Dios en el servicio que le presta su criatura. De aquí que El recompense siempre con infinita largueza semejante servicio. Pero es preciso tener en cuenta que a las veces dispone el Señor que el alma no se dé cuenta de semejante recompensa, a fin de que obre con mayor pureza de intención y acreciente su mérito. ¡Admirable artificio del amor divino, cuyo secreto muy pocas personas espirituales llegan a comprender!

Tercera ley.- Dios nunca se arrepiente de sus dones, como nos enseña la sagrada Escritura. No le pesa jamás de habernos otorgado, ni vuelve a tomar lo que una vez nos dió. Tampoco se los echa en cara a la misma alma cuando ésta abusa de ellos, sino que sólo se limita a reprenderla severamente por semejante abuso, aunque por otra parte se halla siempre dispuesto a colmarla de mayores bienes si quiere retornar a El sinceramente. Ved sino cómo trató a David, a San Pedro y a tanto otros, después de su conversión. Observad qué acogida dispensa este buen padre al hijo pródigo, cuando vuelve arrepentido a la casa paterna; cómo se lo devuelve todo y aun añade nuevos favores. Los mismos justos parece tienen celos al ver la buena acogida que dispensa a los pecadores arrepentidos.

Veamos ahora con cuánta tacañería suele corresponder la criatura a estas inefables liberalidades de Dios. Sumida como se halla en su amor propio, de miras rastreras e interesadas, cuando Dios no le paga al contado sus sacrificios, frecuentemente muy ligeros; cuando no ve en sus manos el salario correspondiente a sus buenas obras, se lamenta de que Dios falta a su fidelidad, le pesa de lo que ha hecho en su servicio, y llega algunas veces hasta el extremo de volver a tomar lo que antes le había dado. ¡Qué indigna mezquindad! ¿Qué sería de nosotros si Dios se portara de igual suerte con nosotros, y nos retirara sus gracias cuando no correspondemos a ellas, o nos las negara porque prevé el abuso que de ellas hemos de hacer? Aprendamos de El a saber dar sin arrepentirnos jamás de nuestros dones; no paremos tanto la atención en los servicios que le hemos prestado, olvidemos las dádivas ya hechas, y pongamos los ojos más bien en lo que nos resta todavía por hacer; sintamos no poderle servir tan perfectamente como El se merece y persuadámonos de que, aun después de haberle consagrado enteramente todos nuestros servicios, todavía nos veremos precisados a exclamar: *Somos siervos inútiles: no hemos hecho más que lo que ya teníamos obligación de hacer* ¹ No nos toca a nosotros inquirir si o no se dignará Dios aceptar nuestros servicios; ni si hará, al parecer, caso omiso de ellos, y aun quizás si nos tratará con más rigor después que se los hayamos prestado: lo único que nos interesa saber es si desea el Señor, o no, que le hagamos tal o cual sacrificio, y una vez persuadidos de que El lo quiere, proceder con todo el ímpetu de la voluntad a la aceptación pronta y perfecta del mismo. Tal es la conducta de toda alma fiel y generosa.

Cuarta ley.- Dios no abandona nunca al alma si no es primero abandonado por ella. Es el primero en dar, pero jamás lo es en abandonar. Al contrario, solicita al alma durante mucho tiempo, aun después que ella le ha abandonado. Su paciencia en esta parte no reconoce límites; de forma que, aun tratándose de los más ingratos pecadores, mientras aliente en ellos un soplo de vida, siempre está dispuesto a perdonarles sus culpas, si de

¹ Luc. 17, 10.

veras se convierten a El. ¡Cuánta generosidad y fidelidad la suya!.

Esta misma fidelidad y generosidad debe imitar el alma que se ha consagrado a Dios. Dios no me abandona jamás, tampoco debo yo abandonarle nunca. Estoy seguro de su fidelidad: luego no debo descuidar medio alguno en razón de asegurar la mía! Mas ¡Ah! que la experiencia cotidiana nos enseña ¡cuán inconstante y tornadiza es nuestra voluntad! y por lo mismo ¡cuánto debemos desconfiar de ella! Hoy le prometemos a Dios, y protestamos una y mil veces que jamás nos apartaremos de El, y mañana quizás le volveremos ignominiosamente, las espaldas. Tan lamentable fragilidad e inconstancia debiera enseñarnos a desconfiar enteramente de nosotros mismos y determinados a ofrecer a Dios, sin reserva alguna, nuestra misma libertad con aquellas hermosas palabras de San Ignacio de Loyola: “Tomad, Señor, y recibir toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: vos me lo disteis, a vos, Señor lo torno: todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad”¹. Pero además de esto debiéramos con suma diligencia guardar inviolable fidelidad a las gracias más insignificantes que recibamos de Dios Nuestro Señor, puesto que el más pequeño descuido culpable en esto podría traernos fatales consecuencias de parte de Dios y de la nuestra. De parte de Dios, cuyo amor para con nosotros, no puede menos de enfriarse a vista de nuestra ingratitude, la cual podría ser causa de que nos negara otras gracias especiales que nos tenía preparadas, en justo castigo del abuso que hicimos de la que nos había concedido: y de parte nuestra, por cuanto con aquel abuso enflaquecese nuestra voluntad y nos ponemos en mayor peligro de recaer. ¡Ah! Señor, espero de vuestra infinita bondad que me perdonaréis las faltas cometidas por fragilidad e inadvertencia, pero os suplico con toda mi alma que no permitáis cometa una sola con propósito deliberado, ni que resista advertidamente a ninguna de vuestras gracias, o rehuse aceptar cualquier sacrificio que os dignéis exigirme. Desconfío de mí mismo en todo, y por esto pongo en vuestras manos toda mi li-

¹ *Ejercicios espirituales*. Meditación para alcanzar amor Punto 1º.

bertad a fin de que la gobernéis, y dispongáis de mí en todas las cosas. La gracia que más ardientemente deseo alcanzar de Vos es una constante fidelidad en vuestro divino servicio. Concedédmela, Dios mío, cualesquiera que sean los sacrificios que haya de costarme; pues por más penosos que sean, me parecerán de poca monta a trueque de alcanzarla.

XIII

Cuanto tenemos es de Dios: nada somos de nosotros mismos

Quien penetrara perfectamente el sentido de estas dos ideas abarcaría en toda su amplitud la vida espiritual, cuya perfección consiste en atribuir a Dios y a la criatura lo que es propio de cada cual. Nada de cuanto posee la criatura lo tiene de sí misma, sino que lo ha recibido de Dios. El que obre conforme a estos principios fundamentales de la vida cristiana será sin duda sólidamente humilde y vivirá perfectamente sumiso a la gracia. Desde los comienzos de la vida espiritual debe persuadirse el alma de su propia nada, y de que toda su suficiencia proviene de Dios. Pero no basta que sea ésta una persuasión puramente especulativa y estéril, cual sería la adquirida con el estudio filosófico de la naturaleza de Dios y de la del hombre, sino que debe ser una persuasión práctica, es decir, que debe manifestarse en las obras, así interiores como exteriores. El fruto máspreciado que sacaremos de esta íntima persuasión será irnos despojando paulatinamente de todo lo que no es nuestro, vaciándonos por una parte de nosotros mismos, hasta quedar reducidos a lo que en realidad de verdad somos; a saber, nada: pero al mismo tiempo nos iremos llenando de Dios, de suerte que Dios lo sea todo en nosotros y nosotros todo en El. Mientras nos creamos algo, por poca cosa que sea, mientras busquemos en algo nuestro propio interés, y no refiramos todas nuestras acciones a Dios, como a nuestro último fin, no podremos decir con verdad que nos tenemos en nada, ni será Dios para nosotros

la única fuente de donde procede todo bien y el término final de todas nuestras operaciones.

Todo, en el orden de la naturaleza, lo hemos recibido de Dios, puesto que El nos dió la existencia y la vida, que es raíz y fundamento de todos los demás bienes. De nosotros mismos, pues, nada tenemos, sino que cuanto somos, valemos y podemos, de Dios lo hemos recibido. El cuerpo y el alma, las potencias y sentidos, la inteligencia, la memoria y la voluntad, juntamente con el ejercicio de estas mismas facultades, son otros tantos dones de Dios. Si nos los apropiáramos y envaneciéramos por ellos, prefiriéndonos vanamente a aquellos que en realidad o sólo a mi juicio, carecen de tales dones, robaríamos a Dios su hacienda y nos olvidaríamos de nuestra nada, cometiendo a la vez una injusticia con respecto a aquellos a quienes nos prefiriéramos, puesto que somos tan nada como ellos: mejor dicho, nuestro orgullo nos colocaría, por decirlo así, en un lugar inferior a la misma nada, convirtiéndonos en objeto de odio a los ojos de Dios, el cual no puede sufrir que la nada se atribuya cosa alguna. *¿Qué cosa tienes tú, dice San Pablo, que no la hayas recibido de Dios? Y si todo lo que tienes lo has recibido de El, ¿de qué te jactas como si no lo hubieras recibido?*¹

Pero no sólo lo criado procede de Dios, sino que además se ordena a El como a su último fin. *Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo*, dice el Sabio, en los Proverbios². Y si bien es verdad que en cierto sentido el universo ha sido criado para el hombre, y para que use de él mientras viva acá en la tierra, mas esto es siempre con la condición de que el hombre refiera a Dios todas las demás criaturas que sirven para su uso; le glorifique por medio de ellas, puesto que sólo él es capaz de hacerlo, por estar dotado de inteligencia y de libertad, la cual debe emplear según los designios del mismo Dios. He aquí la manera cómo debe ordenarse el hombre en el uso de las criaturas. Siendo, como es, capaz de glorificar a Dios inmediatamente por sí mismo, debe referirle

¹ I Cor. 4, 7.

² Prov. 16, 4.

todo su ser, todas sus potencias y todos sus actos libres; debe someterse en todo al dominio de Dios: y puesto que Dios le ha constituido acá abajo señor de las criaturas, debe considerarlas como otros tantos beneficios de Dios y hacerlas servir para gloria de su bienhechor. Si el hombre se aparta de este orden, y obra independientemente de él, cual si fuera dueño absoluto de su voluntad; si prescindiendo del soberano dominio de Dios, refiere a sí mismo un solo pensamiento, una sola acción; si usa de las criaturas de un modo contrario a la voluntad de Dios; si en fin, se aficiona a ellas hasta el extremo de convertirlas en término de su felicidad y fin último de sus operaciones, es un ingrato, un rebelde y un usurpador de los bienes de Dios.

Pero si cuanto posee el hombre en el orden de la naturaleza lo ha recibido todo de Dios, con mucha más razón se realizará esto mismo en el orden de la gracia. A la verdad, ¿en qué consiste el orden de la gracia? No consiste en otra cosa que en la elevación de la criatura inteligente y libre al orden sobrenatural y a una participación inefable de la divinidad. Ahora bien, semejante elevación y participación es cosa tan sublime, y sobrepuja en tanto grado la capacidad natural de la criatura, que es menor la distancia que media entre la nada y el ser, que la que hay entre la simple existencia y esta elevación y participación de la naturaleza divina; la cual, por una parte es enteramente gratuita y por otra tan excelsa que el mismo Dios, con todo y ser omnipotente, no podía encumbrar al hombre más de lo que le encumbró. De donde se sigue que en el orden de la gracia todo cuanto tiene el hombre lo ha recibido de Dios, siendo de sí mismo, pura nada.

Así, pues, cuanto poseemos en el orden de la gracia lo hemos recibido de Dios.

1º Porque sólo El nos ha dado y pudo darnos el conocimiento de la excelencia de nuestro destino. El hombre no hubiera alcanzado, jamás, por sí solo, la menor idea del orden sobrenatural.

2º Porque sólo Dios pudo prescribirnos, y nos ha prescrito efectivamente, los medios necesarios para llegar a este fin sobrenatural. La religión, el culto, los sacramentos, los preceptos, todo es absolutamente de institución divina. La razón

humana, abandonada a sí misma, no puede conocer estos medios y carece de toda autoridad para prescribirlos.

3º Porque si el hombre no está prevenido de una luz sobrenatural, que aclare e ilumine su espíritu, y de una santa moción que excite su voluntad, es incapaz de formar ningún buen pensamiento, ningún buen deseo, ni ejecutar acto alguno meritorio para la vida eterna. La voluntad humana necesita ser continuamente prevenida y auxiliada de la gracia. El consentimiento mismo, que ella presta a la gracia, de tal manera es suyo que también es de Dios y más de Dios que suyo. Excitada y movida la voluntad humana por la acción de Dios, todo su mérito consiste en una fiel y constante cooperación a la gracia: fidelidad y constancia que alcanza mediante otras gracias que va recibiendo de su divina Majestad.

Tal sería el hombre con respecto a la gracia, y tan absoluta su dependencia de ella, aun en el supuesto de no haber pecado. Pero después del pecado original, esta dependencia es aún mucho mayor: porque la concupiscencia le arrastra hacia el mal y le inspira una secreta aversión al bien. Las pasiones turban y oscurecen su razón, y además su ignorancia y flaqueza son extremas. Necesita por consiguiente, para obrar el bien y perseverar en él, de una gracia mucho más poderosa; y esta gracia la debe a la pura benignidad de Jesucristo, Reparador de la naturaleza humana, caída en Adán.

Mas si al pecado original, que ya de por sí debilita en tanto grado al hombre, éste añade, como sucede con harta frecuencia, una larga serie de pecados actuales; si con la repetición de actos pecaminosos llega a contraer hábitos funestos que le arrastren al mal y le connaturalicen con él, entonces ya no es el hombre solamente un simple nada en el orden de la gracia; sino que hay en él algo que hace oposición formal a la misma gracia, y que resiste a ella, por decirlo así, con todas sus fuerzas: es preciso que Dios luche con él para convertirle al bien. Entonces más que nunca puede decirse que Dios lo es todo para santificación del hombre, el cual no solamente es nada, bajo este concepto, sino que opone a la gracia los mayores obstáculos.

Y esta nada hemos sido casi todos; ¡cuán pocos son los que conservan durante toda su vida la inocencia bautismal! Y no

sólo lo hemos sido quizá, sino que podemos volver a serlo, si no andamos sumamente precavidos. Podía ser causa suficiente para caer en tan miserable estado una sola infidelidad voluntaria, una sola resistencia a la gracia. En efecto, tratándose de un alma a quien Dios ha prevenido con sus dones, apartado de sus extravíos y enderezado por el camino de la virtud, una falta completamente deliberada, una resistencia formal y obstinada a cualquier cosa que Dios le pida, podría tener para ella las más terribles consecuencias y ser origen de su perdición eterna. ¡De cuán pequeños principios se han seguido espantosas caídas! Una vana complacencia de sí mismo, un secreto orgullo por las gracias recibidas, o por lo que se ha trabajado por Dios; un sentimiento de desprecio respecto al prójimo, prefiriéndose a él, puede ser, a las veces, suficiente para precipitarnos por grados en un estado más deplorable aún que aquel del que Dios nos ha sacado. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Quién no se penetrará de un santo terror a la vista de ese abismo espantoso en que nos ha sumido el pecado, y en el cual puede volver a sumirnos a cada instante si no andamos con sumo recato? ¿Quién habrá tan insensato que se atreva a tenerse en algo si considera lo que ha sido y lo que hubiera llegado a ser si Dios no le hubiera sostenido con su gracia; y los abismos de maldad en que se precipitaría de un momento a otro, si Dios le abandonara a sus propias fuerzas?

¡Oh, Dios mío! Sedlo todo para mí, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. Enseñadme a sacrificároslo todo, a atribuiros a Vos todo el bien que yo haga y a esperar lo todo de Vos. Enseñadme a mirarme como nada en lo que tengo de mi propia cosecha, puesto que me veo inclinado al mal desde mi niñez, incapaz del menor bien, por mis solas fuerzas, y capaz de los mayores pecados si me aparto un instante de Vos. Destruíd en mí este amor propio, que el pecado ha engendrado en mi corazón, y reducidme a aquel dichoso anonadamiento, que no ponga obstáculo alguno a vuestro soberano dominio, a fin de que de este modo rinda a vuestra omnipotencia el homenaje que se le debe.

XIV

Lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle á Él

Es muy importante y aun absolutamente necesario en la vía espiritual, saber distinguir bien, en lo que se refiere a nuestras disposiciones interiores, lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle a Él; mejor dicho, lo que Dios tiene derecho a exigir de nosotros y lo que quiere esperemos de su bondadosa liberalidad. Por no discernir estas dos cosas claramente originanse muchas veces dudas y perplejidades acerca del estado de nuestra alma. A las veces estamos descontentos de nosotros mismos cuando no hay motivo de estarlo, y al contrario nos hacemos la ilusión de que Dios está satisfecho de nuestra conducta, siendo así que en realidad no lo está; nos quejamos de la Providencia, murmuramos injustamente contra ella; en fin, cometemos muchas faltas y aun estamos a punto de desalentarnos y echarlo todo a rodar. Tratemos, pues, a la luz de la verdad, de fijar bien y deslindar estos dos campos a fin de que podamos deducir en seguida la norma de nuestros juicios y de nuestra conducta.

Dios nunca exige de nosotros sino aquello que depende de nuestra voluntad. Este principio es de evidencia meridiana. Ahora bien, una sola cosa hay que dependa de nosotros, y es el buen uso de nuestra libertad, según la medida actual de la gracia que alumbra nuestro espíritu y excita nuestra voluntad.

Dios exige de nosotros, en primer lugar una atención continua a lo que pasa en nuestro interior y a las divinas inspiraciones, por medio de las cuales habla Él a nuestro corazón.

Cuando uno ama sinceramente a Dios y tiene la firme resolución de agradarle en todas las cosas, no es tan difícil de alcanzar este recogimiento interior, como a primera vista parece. Eso sí, hay que cortar, a todo trance, todo aquello que pueda turbar o impedir ese recogimiento, ya sean diversiones exteriores, ya curiosidades indiscretas, ya aficiones desordenadas, ya pensamientos inútiles, ya en fin turbaciones y agi-

taciones voluntarias, de donde quiera que procedan. Cuando notemos que algo de esto nos estorba el recogimiento interior y tiende a impedirnos la fidelidad a la gracia, debemos apartarla prontamente de nosotros. Mas no se crea por esto que ni los deberes de nuestro estado, ni los quehaceres domésticos, ni los acontecimientos que la divina Providencia ordena, ni el cumplimiento de los deberes y conveniencias sociales, perjudiquen por sí mismos semejante recogimiento interior; se puede y debe conservarse en medio de todo esto. A más de que, después que uno se ha esforzado por algún tiempo en adquirirlo, llega a serle tan natural que apenas se da cuenta de él y lo conserva casi sin esfuerzo ni molestia alguna.

En segundo lugar, Dios exige al alma, plena y perfecta correspondencia a la gracia según las circunstancias en que ella se encontrare. La gracia de los principiantes no es la misma que la de las personas adelantadas en el camino de la virtud, ni la de éstas es la misma que la de las almas consumadas en perfección. Tal o cual disposición con respecto a la gracia, que sería buena en un principiante, no lo será tal vez en otro que anda más adelantado en la virtud. Tal práctica piadosa, muy útil y conveniente en un estado, pues, saber tomarlas y abandonarlas según la inspiración de la gracia y no ligarse a ellas con cierta especie de obstinación. Es preciso además, no pretender subir más alto de lo que permite la gracia actual que el Señor nos concede, ni emprender ni anhelar lo que es superior a nuestras fuerzas, y que admiramos en los santos; ni permitirnos ciertas libertades que Dios concede a las almas que han pasado ya por todas las pruebas.

Exige Dios de nosotros, en tercer lugar, que desde el momento en que nos hemos entregado a su divino servicio, no retrocedamos de la vía comenzada, ni volvamos a tomar aquello a que renunciamos por su amor: que no queramos guiarnos por nuestra cabeza, sino que antes de hacer algo que se salga de las vías ordinarias, le consultemos siempre a El y a los que ha instituído para conducirnos. Exige además que permanezcamos sumisos y conformados con su divina voluntad en cualquier estado en que a El le plazca colocarnos, sin pretender salirnos de allí por nuestra propia voluntad, so pretexto de que es muy

penoso permanecer en él por tanto tiempo. No debemos, pues, quejarnos de la conducta que observa con nosotros Dios nuestro Señor, ni importunarle para que nos libre de tal tentación, de tal humillación o de tal prueba interior que El mismo nos ha enviado para purificarnos; sino que debemos contentarnos con pedirle la fortaleza y la gracia que necesitamos para soportarnos.

Pero lo que ante todo y sobre todo exige Dios de nosotros, es una conformidad absoluta y constante con las disposiciones de sus divinos querer: y como en esta conformidad hay sus grados, que pueden ir acrecentándose hasta llegar a la perfecta uniformidad de nuestro querer con el de Dios, hemos de procurar ponernos y conservarnos en la disposición general de sacrificarle cada cosa que exija de nosotros à medida que nos la exija; y llegada la ocasión, hacerle el sacrificio real de la misma. Por consiguiente no hay necesidad de cavilar acerca de lo que Dios podrá exigir de nosotros en adelante, ni de imaginarnos en ocasiones y circunstancias en que tal vez no nos hallaremos jamás, ni preocuparnos de si tendríamos o no fuerzas suficientes para sobrellevar tal ó cual prueba. Todo esto sería inútil y tal vez peligroso: inútil, porque nos es imposible prever el porvenir, ni formarnos idea exacta de la disposición interior o exterior en que nos hallaríamos; peligroso porque nos expondría a la presunción o al desaliento. El que vive conformado enteramente con la voluntad de Dios, se arroja en sus brazos, le deja el cuidado de disponerlo todo conforme mejor le plazca, y sólo se preocupa en cumplir con toda exactitud lo que exige de él en el momento presente.

No nos pide Dios que tengamos devoción sensible, ni elevadas consideraciones, ni hermosos sentimientos en la oración y demás ejercicios de piedad. Estas gracias sólo dependen de Él que las da o las quita según le place. No hay, pues, que desalentarse cuando uno no siente nada en la oración o en la comunión, antes experimenta en ellas aridez, sequedad, desolación y pesadez, viéndose en la impotencia absoluta de tener un buen sentimiento. Sería lamentable error creer que las oraciones y comuniones hechas en tal estado no nos aprovechan de nada. El amor propio es quien nos inspira semejante juicio,

pues Dios juzga de muy distinta manera. Tampoco nos pide Dios que tengamos nuestra imaginación cautiva, en términos que seamos dueños absolutos de ella, puesto que no depende esto de nuestra voluntad: lo que sí depende de nuestro libre albedrío es no dar entrada a las distracciones voluntariamente, despreciarlas cuando se nos ocurran, no desalentarnos ni entristecernos al ver que no está en nuestra mano evitarlas, sujetándonos en todo a las decisiones de nuestro director. No depende tampoco de nosotros el no tener pensamientos contra la santa pureza, contra la fe, o contra la esperanza. Permite Dios semejantes tentaciones para nuestro provecho espiritual. Puede uno pedir con sumisión, como San Pablo, verse libre de ellas: pero si Dios nos responde como a él: "bástate mi gracia"¹, hay que soportarlas con humildad, y combatir las por los medios que la obediencia nos tenga prescritos.

En todos los acontecimientos que sólo dependen de la Providencia o de la voluntad ajena, Dios pide de nosotros entera sumisión, a fin de que saquemos de ellos el mejor partido que podamos para su gloria y nuestra santificación: y estemos bien persuadidos de que, como enseña San Pablo, todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios².

Por lo que respecta a las obras y trabajos que emprendamos a honra y gloria de Dios, no nos juzgará y galardonará su divina Majestad por el éxito de las mismas, sino atendiendo a si hemos puesto los medios que estaban en nuestra mano, y a la pureza de intención con que hayamos trabajado; porque el éxito de nuestras empresas no depende de nosotros, sino de Dios, el cual permite o dispone a las veces, para nuestro mayor bien, que el resultado no corresponda a nuestros esfuerzos y deseos.

He aquí poco más o menos y en conjunto lo que Dios exige de nosotros; que es precisamente lo que depende del buen uso de nuestra libertad. Respecto a lo que nosotros debemos pedir a Dios, es cosa cierta que muchísimas veces no sabemos lo que más nos conviene o pueda sernos perjudicial, y por lo tanto, lo mejor que podemos hacer será ponernos enteramente en sus ma-

¹ 2 Cor. 12, 9.

² Rm. 8, 28.

nos y pedirle que se cumpla en nosotros su divino beneplácito. En general, lo más acertado será atenernos, en nuestras peticiones, a lo que Él mismo nos manda que le pidamos, y ponernos en una santa indiferencia con respecto a todo aquello que no esté relacionado necesariamente con nuestra perfección y santificación.

Debemos, pues, pedir conocimiento de Dios y de nosotros mismos; quien es El y quiénes somos nosotros; lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho por Él; lo que Él merece y tiene derecho a exigir de nosotros, el precio inestimable de la gracia y cuánto nos importa usar bien de ella.

Hemos de pedirle también a Dios nuestro Señor una perfecta confianza en Él, que llegue hasta el punto de poder decir con el santo Job: "Aun dado que el Señor me quitare la vida, en Él esperaré"¹

Debemos pedir a Dios la gracia de amarle y servirle sólo por ser Él quien es, por puro amor y sin miras interesadas: buscando en todas nuestras obras su mayor gloria y el cumplimiento de su divino beneplácito.

Pidámosle con todas las veras de nuestra alma el espíritu de fe, que eleve todas nuestras obras, aun las más insignificantes, al orden sobrenatural, y que nos haga prescindir de toda mira puramente humana; que nos aliente y sostenga, aun en medio de las más espesas tinieblas con que veamos cercada nuestra alma: y en todos los acontecimientos de la vida aprendamos a saber discernir la amorosa mano de la divina Providencia que todo lo dispone y ordena al bien de sus escogidos.

Finalmente hemos de pedir a su divina Majestad la gracia especialísima de alcanzar una obediencia perfecta, que llegue a la completa renuncia de nuestro propio juicio y propia voluntad: una obediencia tal que, en ella, desconfiando de nuestras luces y venciendo todas las repugnancias de las pasiones y del amor propio, consideremos como lo mejor y más acertado aquello que el superior nos ordena, sin murmurar interiormente de sus disposiciones, ni dar en lo exterior muestra alguna de parecer contrario. Persuadámonos de una vez para siempre, de que no

¹ Job. XIII, 15.

daremos un paso adelante en el camino de la virtud y perfección, sin entregarnos enteramente al ejercicio de la santa obediencia, no sólo de ejecución sino también de voluntad y juicio, puesto que no hay senda más recta y segura para llegar a la perfección que la perfecta obediencia.

XV

Empleo del tiempo

La mayor parte de las personas emplean mal el tiempo; muchas otras hay que se ven apuradas con él y no saben cómo emplearlo, o mas bien, cómo perderlo; y toda su preocupación consiste en averiguar cómo pasarán el tiempo lo más agradablemente posible, o a lo menos sin fastidio. ¿Llegan a conseguirlo? Indudablemente que no. La experiencia enseña que las personas más ávidas de placeres, bien pronto se encuentran hastiadas de ellos; y el cansancio, el fastidio y la ociosidad, les hacen insoportable la existencia. Mas, por desgracia, cuando han adquirido esta experiencia, raras veces se aprovechan de ella: puesto que una vez contraídos los malos hábitos, les costaría mucho adquirir los buenos. Así es que continúan viviendo como antes vivieron, por más que no hayan podido alcanzar la felicidad que buscaban. ¡Desdichados de aquellos que abusan así del tiempo! Día vendrá en que desearán tenerlo a su disposición y se les negará.

Vamos a proponer aquí a los cristianos en general, y a las almas interiores en particular, algunas reflexiones saludables acerca de tan importante materia.

¿Qué es el tiempo con relación a cada uno de nosotros? No es otra cosa que nuestra existencia presente y actual. El tiempo pasado, o mi existencia pasada, ya no existe para mí: yo no puedo ni recobrarlo ni cambiar nada de lo pasado. El tiempo del porvenir, o mi existencia futura, no existe aún y quizás no existirá jamás para mí. No depende de mi voluntad ni, puedo contar con él, puesto que el mas poderoso monarca de la tierra no podría prometerse un solo instante de su vida futura. Estas dos verdades nadie las ignora, y, sin embargo, son muy pocos

los que sacan las consecuencias prácticas que de ellas se desprenden. Ello es cierto y evidente que no tenemos a nuestra disposición sino el momento presente, que es indivisible; sin que nadie pueda fijarlo, ni siquiera con el pensamiento, puesto que se nos escapa con una rapidez superior a todo encarecimiento.

Y ese instante presente, o esa existencia actual, ¿quién me la concede? Dios. El es quien me ha concedido pasar de la nada a ser, hace diez, veinte, treinta o mas años; El es quien me ha conservado la existencia en todos los instantes transcurridos y me la conserva en el presente. ¿Me la conservará en el que va a seguir inmediatamente: Lo ignoro, y nadie en el mundo me lo podría asegurar.

¿Para qué se me ha dado el tiempo? Para merecer una dichosa eternidad. En efecto, yo subsistiré eternamente: la fe nos lo enseña y la razón misma nos da completa seguridad de que existe la otra vida: el deseo de la inmortalidad se halla profundamente arraigado en el corazón humano, y semejante deseo, que Dios mismo ha grabado en el fondo de nuestra alma, no puede ser frustrado en su objeto. Hemos nacido, pues, para la eternidad; pero esta eternidad, puede ser dichosa o desgraciada. Depende del uso que hiciéremos del tiempo. Si después de haberlo empleado mal en la vida pasada, nos arrepentimos de ello y empleamos santamente el que nos conceda el Señor en adelante, seremos eternamente felices; pero si seguimos abusando de él de manera que la muerte llegue a sorprendernos en tal estado, seremos eternamente desgraciados.

Nuestra suerte eterna está, pues, ligada al uso que hagamos del tiempo: y puesto que ni el pasado ni el porvenir están en nuestra mano, hay que concluir que nuestra eternidad depende siempre del momento actual. Ahora bien, en este momento ¿cuál es mi estado? ¿Querría yo morir tal como me hallo? ¿Querría arriesgar mi eternidad? Y si no lo querría, ¿no mereceré el calificativo de insensato, permaneciendo en mal estado y confiando neciamente en el porvenir, cuando no estoy seguro del momento que seguirá al actual, y cuando quizá no me separa de la eternidad sino el instante presente?

Todos los acontecimientos de la vida, fuera del pecado, pueden

contribuir a labrar mi dichosa eternidad. Sólo el pecado puede hacérmela perder. Y ¿qué es el pecado? Una determinación momentánea de la voluntad, que se adhiere y abraza con lo que prohíbe la ley de Dios. Desde el momento en que nuestra voluntad ha dado pleno consentimiento, la transgresión de la ley es cosa grave, ora pongamos el acto exterior, ora no; si muriéramos en tal estado nos condenaríamos para siempre y sin remisión alguna. Por otra parte, nada ni nadie puede asegurarnos de que no moriremos en el acto mismo de dar entrada al pecado en nuestro corazón. ¿Puede darse locura e insensatez mas espantosa que la de consentir aquello que nos puede perder para siempre en el momento mismo en que lo consentimos, aun antes de ejecutar el acto exterior?

Todos los otros males que acaecen en el tiempo son de tal naturaleza, que pueden convertirse en bienes para la eternidad, si se aceptan cristianamente y con la recta intencion de que nos aprovechen para el cielo. No son, pues, tan de temer, ni, hay para que preocuparse demasiado para evitarlos o remediarlos. Sólo el pecado es el mal de la eternidad: mal terrible, de cuyo remedio no podemos estar completamente seguros de vernos libres una vez cometido; mal, en fin, que no puede ser remediado sino por medio de un sincero arrepentimiento; para lo cual no sabemos si se nos concederá el tiempo necesario.

De estas reflexiones bien profundizadas, nos será facil sacar las siguientes conclusiones acerca del uso que debemos hacer del tiempo. Primera, no debemos hacer jamas nada que pueda exponernos a perder la eternidad bienaventurada. 2ª. Debemos emplear todos los momentos que el Señor nos concediere de vida en merecer esta dichosa eternidad. 3ª. No hemos de dilatar para el tiempo venidero, del que tal vez no podremos disponer, lo que podamos y debamos hacer en el momento presente. 4ª. Nunca debemos disipar en diversiones frivolas y mucho menos peligrosas, ni en ocupaciones inútiles o en la ociosidad, un tiempo cuyos instantes son tan preciosos. 5ª. En fin, deberemos estar bien persuadidos de que siendo por una parte la vida tan deleznable, que de un momento a otro puede extinguirse, y por otra, tan preciosa que con ella podamos merecer una dicha eterna; hay que considerarla como una cosa muy seria,

consagrándola enteramente al cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, y para con nosotros mismos; sin desperdiciar la más mínima parte de ella, ni permitírnos otros esparcimientos que aquellos que Dios mismo autoriza y bendice: de forma que no sólo no empleemos el tiempo en ofender a su Divina Majestad, sino que al contrario nos sirvamos y ayudemos de él para merecer el cielo. ¡Qué reforma tan saludable se seguiría en el mundo si se practicara en toda su pureza e integridad esa moral tan sólida y verdadera, en la cual están cifrados los supremos y únicos intereses de nuestra alma!

Lo que llevamos dicho hasta aquí se refiere a todos los cristianos en general. Bajando al particular, por lo que respecta a las almas que profesan vida interior y perfecta, no deben éstas considerar el tiempo como cosa de que puedan disponer a su antojo, cual si fueran absolutamente dueños de él y no tuvieran que dar cuenta a nadie de su empleo: porque desde el punto y hora en que consagraron a Dios su libertad, juntamente con el uso que de ella pueden hacer en todos los instantes de su vida de procurar seguir en todo las divinas inspiraciones y conformar con ellas, no sólo sus actos interiores sino también las acciones externas, aun los más inocentes placeres y pasatiempos. Dios es el único dueño absoluto de todo esto, y así el alma que vive esa vida interior procura no dar un solo paso, ni decir una sola palabra por su propio impulso natural sino que procura acomodarse en todo al divino beneplácito. Y no vaya a creer nadie que esa sujeción continua al divino beneplácito resulte insoportable y molesta para el alma: muy al contrario, las que de veras y con toda fidelidad se ejercitan en ella, gozan de una libertad interior completamente desconocida de los mundanos, que viven a merced de sus caprichos y veleidades.

Lo que ante todo han de procurar esas almas en el uso que deben hacer del tiempo, es estar atentas a lo que Dios exige de ellas en cada momento y cumplirlo con toda fidelidad.

Mediante esta atención y fidelidad, que pronto se convierten en hábito, hállese descargadas de todo otro cuidado; y Dios, que es dueño de su tiempo, dispone del mismo como mejor le place. No hay necesidad alguna de que se preocupen acerca de lo que Dios dispondrá de ellas en adelante, ni de que formen

planes y proyectos para lo futuro: porque Dios,, en cuyas manos se han puesto, proveerá a todo esto por medio de la santa obediencia, sin dejarlas un momento ociosas. El lo arreglará todo, lo ordenará todo: y aun en aquellas horas en que no tengan señalada obra alguna exterior, el Señor las tendrá interiormente ocupadas. Aunque la vida interior no llevara consigo otra ventaja que la de darnos completa seguridad de que empleamos todos los instantes de nuestra existencia conforme al divino beneplácito, es ésta de por sí tan preciosa e inestimable que bien vale la pena de que hagamos los mayores sacrificios a trueque de alcanzarla.

El único fin que se proponen alcanzar en todo las almas interiores, no es otro que amar y glorificar a Dios: glorificarle por medio de acciones o pasiones dispuestas y ordenadas por el mismo Dios, y en las cuales no tienen que hacer ellas otra cosa que responder con toda fidelidad a los dulces impulsos de la gracia: amarle, no sólo con actos formales de la voluntad y sentimientos afectuosos, sino también por medio de una perfecta y continua renuncia de sí mismas en las manos de Dios.

Esta ha de ser en todos los momentos de su existencia la ocupación propia de las almas interiores. Podrá cambiar la situación exterior en que se encuentren, pasando del reposo a la acción, de la salud a la enfermedad; experimentarán tal vez muchas vicisitudes, así interiores como exteriores: pero en el fondo de su corazón permanecerá inmóvil, como el mismo Dios, e inaccesible a todo cambio, del que experimenten a medida que vayan uniéndose más intimamente, de día en día, con su divina Majestad. En esta parte puede decirse que no están sujetas a las vicisitudes del tiempo y que en cierto modo se hallán por decirlo así transportadas a la eternidad. En efecto, desde el momento que el alma se ha entregado completamente a Dios, mientras no revoque esa entrega total de sí misma con algun acto deliberado, participa en alguna manera de la perpetua e inalterable estabilidad del mismo Dios; puesto que, a cada instante, es lo que el Señor quiere que sea. Ella obra como criatura, pero Dios la mueve como criador; y como esta mocion divina es continua y el alma la sigue siempre dócilmente; a pesar de las miserias y debilidades que son anejas a su

naturaleza, vive en la tierra, participando, en alguna manera, de la inmovilidad propia los bienaventurados; y las mismas vicisitudes del tiempo, a que está sujeta necesariamente, son para ella como si no fuesen, puesto que alteran las disposiciones permanentes de su corazón. Dichosos aquellos que llegan a comprender todo esto; pero más dichosos aún los que sepan practicarlo!

XVI

Ceguera espiritual del hombre

*"Yo vine a este mundo, dice Jesucristo, a ejercer un justo juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, o soberbios presumen ver, queden ciegos"*¹. El Salvador pronunció estas palabras con motivo del ciego de nacimiento, a quien había dado la vista del alma, después de haberle devuelto la del cuerpo, en presencia de los fariseos, a quienes este milagro debía de haber iluminado, pero que a pesar de esto quedaron con él más ciegos que antes. El sentido de esta sentencia de Jesucristo es muy profundo y encierra muy provechosas enseñanzas para todos: tratemos, pues, de penetrarlas con la ayuda de su gracia.

Todos nacemos ciegos en el alma, a consecuencia del pecado original. Sin las luces de la revelación, el hombre ni puede conocer a Dios sino muy imperfectamente, ni se conoce a sí mismo: vive en una ignorancia profunda acerca de su eterno destino, esto es, acerca de lo que más le importa saber; mejor dicho, de lo único que verdaderamente le interesa. Ignora en qué consiste la verdadera felicidad, ni qué camino hay que seguir para conseguirla. Esta ignorancia profunda es un hecho del cual nos da elocuentes testimonios la historia de la humanidad. Basta recordar lo que eran todos los pueblos antes de la venida de Jesucristo, y lo que son todavía las naciones en las cuales no ha penetrado la luz del Evangelio.

Ni es ésta aún la más lamentable de las calamidades que afligen a los que se hallan privados de la revelación, pues toda-

¹ Jn. 9, 39.

vía es mucho peor la de que, estando completamente ciegos, ignoren su ceguera. Habiendo nacido el hombre atacado de esta enfermedad, cree con todo gozar de perfecta salud; y jamás se hubiera dado cuenta de su espantosa ceguera, si el mismísimo Dios, hecho hombre, no hubiera venido al mundo para disipar las tinieblas en que se hallaba envuelto e iluminarle con la luz de su celestial doctrina.

Pero el colmo de la desgracia consiste en estar uno persuadido de que ve perfectamente, siendo completa su ceguera. Tal era la situación en que se hallaban los sabios y filósofos paganos y los orgullosos fariseos entre el pueblo judío.

Y si bien es verdad que el cristianismo ha iluminado al hombre acerca de sus destinos inmortales y los deberes que tiene que cumplir para con Dios, para con sus prójimos y para consigo mismo, no por esto le ha curado enteramente su ceguera espiritual. Mientras subsista en él el amor y juicio propio, permanecerá ciego acerca de muchas cosas que se relacionan con Dios y con los intereses de su alma. Con respecto a Dios, desconocemos los secretos caminos de su providencia, nos forjamos ideas falsas acerca de la santidad, y apenas llegamos a vislumbrar en qué consiste la verdadera virtud.

Respecto de nosotros mismos, desconocemos el fondo íntimo de nuestras disposiciones, y teniendo vista de lince cuando se trata de los defectos de nuestros prójimos, se nos escapan casi siempre los propios defectos: nuestros juicios, en lo que nos atañe, están colmados de ilusión.

Y como esta ceguera afecta al alma, difícilmente llega a conocerla. Esta es sin duda una calamidad lamentable, pero con todo no carece de remedio. La luz divina puede sin dificultad disiparla cuando no es voluntaria. Mas ¿cómo será posible conseguirlo, cuando el que está ciego quiere permanecer en su ceguera? ¿Cómo podrá la divina luz alumbrar a esas almas orgullosas que creen ver y que rechazan obstinadamente la luz porque creen no tener necesidad de ella? ¿Cómo ha de penetrar en esos espíritus prevenidos, obcecados con preocupaciones, obstinados en no ver lo que ella les enseña, o en ver las cosas sólo desde el punto de vista que ellos mismos se han forjado? Semejante enfermedad es bastante ordinaria aún entre las

personas piadosas; y como la fuente de ella está en el orgullo, opone a la gracia un obstáculo que sólo la humildad puede llegar a superar, aunque desgraciadamente no siempre lo consigue.

Jesucristo, luz del mundo, ha venido para curarnos de tan lamentable ceguera; pero ejerce en esto una especie de juicio, lleno de bondad para los unos y de justicia para los otros. Ilumina a los que no ven y ciega a los que ven. ¿Qué queremos significar con esto? ¿Acaso que entre los hombres hay algunos que ya ven, aun antes de ser iluminados por Jesucristo, mientras los demás permanecen a oscuras? Claro que no, puesto que todos son igualmente ciegos; mas los unos, instruidos por la gracia acerca de su triste estado, reconocen humildemente su ceguera espiritual y piden al Señor con instancia su curación. A éstos ilumina Dios y no cesa de alumbrarlos mientras se aprovechan de la luz que les envía, dejándose en todo guiar por ella. Los otros no quieren reconocer que están ciegos, y a éstos les deja Dios en su ceguera, la cual puede llegar a ser poco menos que incurable. Otros se atribuyen las luces que reciben de Dios apropiándoselas como si fueran de su propia cosecha, y en justo castigo el Señor se las retira; otros, en fin, usan mal de las luces que han recibido, las descuidan, las rechazan y cierran los ojos para no verlas; con lo cual merecen justamente ser privados de ellas

¿A cuál de estas categorías pertenecemos o queremos pertenecer? ¡Desgraciados de nosotros si nos aferráramos a nuestro propio espíritu y quisiéramos juzgar por nosotros mismos de las disposiciones de la divina Providencia, constituyéndonos en árbitros de nuestra propia conducta! En tal caso, Dios nos abandonaría a nuestras propias fuerzas. ¿Y qué nos acontecería entonces sino lo que acontece a un pobre ciego que se empeña en guiarse por sí mismo, con lo cual da consigo en el precipicio? ¡Desgraciados también de nosotros, si llegáramos a apropiarnos las luces que Dios nos envía, considerándolas como cosa propia, o bien, envaneciéndonos de ellas, las hiciéramos servir para fomentar nuestra presunción! Indudablemente que no nos perdonaría el Señor semejante latrocinio, sino que nos despojaría de tan inestimable beneficio,

puesto que con tal atrevimiento pretendíamos usurpárselo. Desgraciados en fin de nosotros si no sacáramos de las luces que recibimos todo el provecho que Dios pretende que saquemos, o bien rehusáramos ser iluminados acerca de lo que exige de nosotros, por no hallarnos resueltos a entregarnos enteramente a su servicio. En tal caso mereceríamos que nos sustrajera las gracias que nos tenía preparadas, y en lugar de ir adelante en el camino de la virtud, volveríamos atrás.

Imitemos, pues, al ciego del Evangelio; persuadámonos bien de que andamos siempre rodeados de tinieblas, y que no podemos, con solas nuestras fuerzas e industrias, librarnos de ellas. Digamos continuamente a Jesucristo: *Señor, haced que recobre la vista* ¹. Iluminadme, o por Vos mismo o por medio del que me habéis dado por guía. Cuando tengamos que deliberar acerca de cualquier negocio espiritual, que sea de alguna importancia, desconfiemos de nosotros mismos; evitemos el obrar llevados del instinto natural, impulsados por la pasión o alucinados por alguna preocupación y respeto humano: pidamos humildemente a Dios que nos alumbré, que nos enseñe la verdad y que nos conceda los alientos de que necesitamos para seguirla. Manten-gamos nuestro espíritu en una dependencia continua de la divina gracia y estemos plenamente convencidos de que si nos abandonara un solo instante, daríamos un paso en falso.

Pero no debemos contentarnos aún con esto, sino que además hemos de dar incesantes gracias a Dios por las luces que nos envía, reconociendo que de su liberal mano las hemos recibido. No nos fiemos, tratándose de cosas espirituales, ni de nuestro propio juicio, ni de la penetración de nuestro espíritu. Las cosas de Dios deben ser juzgadas según el espíritu de Dios. Se complace el Señor en alumbrar a las almas sencillas, las cuales, convencidas como están de su ignorancia, no se atribuyen nada a sí mismas, y de nada juzgan por solas sus luces naturales, sino que refieren a Dios, como a su fuente, todos sus conocimientos. ¡Oh! si llegáramos a comprender bien cuán peligroso es el propio espíritu y cuánto desea Dios que lo humillemos, abatamos y anonademos, no nos daríamos punto de

¹ Lc. 18, 41.

reposo hasta haberlo puesto debajo de nuestros pies, juzgándonos dichosos de poderle ofrecer al Señor semejante sacrificio; nos gozaríamos de vernos impotentes para todo sin el concurso de Dios: hasta el punto de no poder pronunciar una sola palabra, ni tener un solo pensamiento, ni formar un solo juicio por nosotros mismos, puesto que dependemos en todo esto de la moción divina. Nos aplicaríamos con todo cuidado a desposeernos de nuestro propio espíritu, a fin de ser enteramente poseídos y penetrados por el espíritu de Dios

¡Dichosa oración, feliz estado aquel en que el alma sigue dócilmente las inspiraciones de la divina gracia, sin mezclar nada de su propia cosecha! Entonces puede decirse con toda verdad que Dios se ha apoderado enteramente de ella y la rige como único Maestro.

Finalmente aprovechémonos de las luces que Dios nos comunica, ora para que conozcamos nuestra miseria y nos humillemos por ella, ora para que sepamos discernir lo que Dios quiere de nosotros y lo practiquemos, ora en fin para que advirtamos nuestros defectos y nos corriamos de ellos.

No dejemos de corresponder con toda fidelidad a ciertas ilustraciones que Dios nos envía, por más que contraríen nuestro egoísmo y sensualidad, o su ejecución haya de costar no pequeños sacrificios a nuestra flojedad. No seamos de aquellos que arrojan de la mano el espejo, so pretexto de que les representa feos: seamos amigos de la verdad aun cuando nos reprenda, y estemos íntimamente persuadidos de que, después del conocimiento de Dios, nada hay más útil para nosotros que el conocimiento propio. Más aún, vivamos convencidos de que tanto más nos elevaremos en el conocimiento de Dios, cuanto mejor conozcamos y sintamos nuestra nada. Son éstos como dos abismos de los cuales el uno llama al otro, según la expresión de la Escritura. Repitamos, pues, con San Agustín: *Señor, conózcaos a Vos y conózcame a mí.*

XVII

Flaqueza y corrupción del corazón humano

Después de haber considerado cuán ciego quedó el entendimiento del hombre, a consecuencia del pecado, bueno sería examinar cuán flaco y corrompido quedó su corazón. Pero adviértase que semejante flaqueza sólo la experimenta el hombre cuando se trata de obrar el bien, que para el mal es asombroso su poder y fortaleza.

Aquella voluntad que Dios había criado tan perfectamente ordenada y recta, quedó pervertida con el pecado original, y todos nacemos atacados de esta desgraciada perversidad. El orden de la creación fué trastornado. El corazón del hombre, naturalmente inclinado a amar a Dios sobre todas las cosas, una vez pervertido por la primera culpa, concentró todo el peso de su amor en sí mismo, por manera que todo lo ama, sólo en cuanto dice relación a su propio provecho. Y menos mal aún si semejante amor fuera razonable y tendiera a la prosecución de los verdaderos intereses de su alma, porque entonces le conduciría al amor de Dios, su primer principio y último fin. Pero desgraciadamente no es la recta razón, ni nuestros verdaderos intereses lo que regula nuestro amor propio. Este amor, es enteramente desordenado, porque nos constituye centro de todo; es además contrario a nuestros verdaderos intereses, porque no mira más que al bien presente, al bien sensible, y pierde absolutamente de vista los bienes espirituales y sobrenaturales.

De aquí se sigue, que desde la más tierna infancia nos sentimos fuertemente inclinados a los bienes sensibles y terrenales, y no apetecemos otra felicidad que la que éstos puedan proporcionarnos. Las necesidades del cuerpo y sus placeres nos arrastran y esclavizan: por manera que nuestra alma, sumida por decirlo así, en la materia, o no se eleva hacia los bienes espirituales, o no consigue elevarse a ellos sino mediante redoblados esfuerzos.

De aquí también esa terrible concupiscencia, fuente de todos nuestros pecados. Las almas justas conocen de sobra los efectos de esa concupiscencia, y gimen al verse sujetas a ella, porque sienten cuánto las envilece, a cuántas tentaciones les expone y cuán contraria es la orden primitiva, que sometía el alma a Dios y el cuerpo al alma. Pero la mayor parte de los hombres, aun de los cristianos, lejos de deplorar tan cruel enfermedad, la fomentan, se glorían de ella y se creerían desgraciados si no la padecieran. Pareceles a estos tales que el hombre sin pasiones desordenadas sería un sér sin movimiento ni vida. Combatir sus pasiones, en lugar de dejarse arrastrar por ellas, lo consideran como una insensatez, como un atentado contra la propia felicidad.

De aquí, finalmente, esa tremenda dificultad que muchos hallan en comprender, en gustar y practicar la moral cristiana, cuyo objeto es aniquilar en nosotros el reinado de la concupiscencia. Si esta moral nos parece bella, razonable y digna del hombre, no hay que atribuirlo sólo a nuestras luces naturales. Jamás nos parecería tal, si un rayo de la gracia no hubiera venido a iluminar nuestras inteligencias. Pero, iluminados y todo por ella, ¡cuánto nos cuesta practicarla! Con el auxilio de lo alto formamos resoluciones, protestamos a Dios nuestra fidelidad, nos creemos firmes e inquebrantables; y a pesar de todo, a la primera ocasión sucumbimos, la menor dificultad nos arredra, el atractivo de los bienes sensibles nos lo hace olvidar todo; en una palabra caemos a cada paso, y nos sería imposible levantarnos, si el Señor no nos diera la mano ¡Cuánta debilidad y cuán humillante es! Dejamos de practicar el bien que queríamos y practicamos el mal que no quisiéramos.

Más aún, si nos sentimos inclinados al bien, aun que sea débilmente, y no al mal, débese a la misma gracia; porque son tales la corrupción y malicia de nuestra voluntad, que de ordinario, sus primeros movimientos naturales la apartan del bien y la inclinan al mal. No es menester haberse estudiado mucho tiempo para reconocer en sí esta depravada disposición. El corazón se halla en nosotros casi siempre en guerra con la inteligencia. Esta nos aconseja una cosa y la pasión nos incita a la contraria. Vemos y aprobamos lo mejor, pero seguimos lo

peor, como dijo de sí un poeta pagano¹. Semejante conflicto entre la razón y las pasiones mantiene al alma en una continua agitación.

Pero todo esto no es más que el principio de nuestra perversa naturaleza. Irrítase ésta porque le prohíben seguir la maldad y se revuelve contra el mismo Dios, autor de esa prohibición. Apura razonamientos y sutilezas para persuadirse que semejante prohibición es injusta y tiránica, y que el hombre tiene derecho a entregarse sin freno ni medida a todas sus pasiones. Escuchad los gritos del amor propio y os convenceréis de que aspira ser árbitro de todo, pretende que todo le pertenece, sin respetar derecho alguno en los demás. Toda resistencia que se oponga a sus deseos, la juzga injusta y tiránica. Envidia todo lo que poseen los demás y de que él carece; y no solamente lo envidia, sino que apela a todos los medios para arrebatárselo. Es indudable que la pasión no respetaría nada si fuese bastante fuerte para franquear todos los obstáculos. No; no es Dios quien la detiene muchas veces, sino el temor de los hombres y de las leyes humanas; y para eludirlas, siempre que puede, substituye la violencia con el fraude y la seducción. Tal vez le falte valor o medios oportunos para ejecutar sus perversos designios, pero éstos los habrá consumado ya en su corazón. Muchísimos son los desórdenes que se cometen en el mundo, pero todavía son incomparablemente muchísimos más los que se consuman en el secreto del corazón, y que no llegan a efectuarse por falta de ocasiones o de recursos. El que viera al descubierto todo lo que los hombres conspiran, resuelven y tramán en su interior, los juzgaría mil veces peores de lo que parecen.

No solamente irrita al hombre la prohibición del mal, sino que le sirve muchas veces de incentivo para cometerlo. La ley, lejos de detener la voluntad humana parece excitarla; y el mayor encanto del objeto pecaminoso, parece que consista precisamente en ser prohibido, como dijo San Pablo y la experiencia cotidiana nos lo enseña. Basta que se nos prohíba una cosa para que se nos entren ganas de hacerla. Una lectura, un cuadro, un espectáculo que se nos prohíba pica nuestra curiosi-

¹ Ovidio, *Metam.* VII, 20.

dad y no descansamos un punto hasta que la vemos satisfecha. Lo que se nos oculta es lo que más deseamos saber. Lo que se nos rehusa es lo que tenemos más deseos de poseer. Parece que toda ley, toda oposición es un atentado contra nuestra libertad, y que ni Dios ni los hombres tienen derecho alguno a limitar nuestros deseos. ¡Puede llevarse más lejos la corrupción y la malignidad!

Lo peor del caso es que muchos, lejos de avergonzarse de todas estas miserias, hacen gala de ellas; y en lugar de condenarlas o cuando menos deplorarlas, pretenden justificarlas: gloríanse no sólo del mal que hicieron, sino también del que no hicieron, como si pretendieran ser todavía más perversos de lo que son, como de sí mismo lo confiesa, ingenua y humildemente, San Agustín, antes de su conversión.

Y si nos pareciere que somos incapaces de tales excesos, proviene esto de que no nos conocemos: sino muy imperfectamente. El fondo de corrupción es parecido en todos los corazones, y basta, a las veces, una sola pasión mal dominada para lanzarnos por los caminos de la maldad. Sondeemos un poco el abismo de nuestro espíritu, recordemos lo que nos ha ocurrido en tal o cual circunstancia, veamos a dónde nos hubiera arrastrado aquel deseo, aquella inclinación, aquel impulso vicioso: si la educación, el temor del qué dirán o de las penas del infierno no nos los hubieran reprimido: y aún tal vez podríamos añadir, si la ocasión no nos hubiese faltado. No nos forjemos ilusiones, estemos bien persuadidos de que si Dios no hubiera vigilado especialmente sobre nosotros, no hay crimen en que no nos hubiera precipitado nuestra corrupción. Demos gracias a Dios, no sólo por los pecados que nos ha perdonado, sino también por aquellos de que nos ha preservado. Confesemos humildemente con San Agustín que no hay crimen cometido por un hombre de que otro hombre no sea capaz, y que tal vez lo cometería realmente, sin el auxilio de la divina gracia.

Es tan profundo el abismo de nuestra miseria, que si Dios nos la descubriese en toda su deformidad, en los comienzos de nuestra conversión, quedaríamos aterrados y en peligro de caer en el mayor desaliento: por esto no nos la muestra sino por grados y con una parsimonia llena de sabiduría. Mas como este

conocimiento es absolutamente necesario para mantenernos humildes, vigilantes, llenos de confianza en Dios y desconfiados de nosotros mismos; a medida que vamos cobrando fuerzas espirituales y adelantando en la virtud, nos va manifestando más y más de día en día nuestra corrupción y flaqueza, para que viendo la magnitud inmensa del mal que nos aqueja podamos apreciar mejor la necesidad que tenemos del auxilio de su gracia; nos hace asomar al abismo de que nos ha librado con su gracia, a fin de que podamos en alguna manera sondear su terrible profundidad y huyamos de caer en él. Así lo hizo con Santa Teresa, mostrándole el lugar que hubiera ocupado en el infierno, si El no la hubiese llamado a sí con su infinita misericordia. Dé este modo los mismos pecados que hayamos cometido, o que hubiéramos podido cometer, nos sirvan de base sólida sobre la cual levantemos el edificio de nuestra humildad y santidad.

Mas aún, tratándose de almas escogidas que están llamadas a muy elevada perfección, Dios no se contenta con esto: no se limita a comunicarles un conocimiento especulativo de su miseria, sino que les da un conocimiento experimental de la misma. Para ello aguarda a que su voluntad se halle suficientemente afianzada en el bien, a fin de que no corran peligro de caer. Entonces es cuando las hace experimentar el sentimiento de su nativa corrupción en toda su repugnante deformidad; permite que los mas perversos pensamientos y las peores inclinaciones invadan totalmente su espíritu y combatan su corazón, no parece sino que todas las mas bajas pasiones, atizadas por el soplo infernal de Satanás, se lanzan furiosas contra la pobre alma, que siente con suma viveza el punzante aguijón de la naturaleza corrompida. Y ella, tan delicada y pura, que aborrece a par de muerte los menores asomos de culpa, se ve de repente como sumida y encenagada en las más viles pasiones; vese a su parecer, como si fuera culpable de los más feos y abominables pecados; imagínase haberlos consentido, por más que esté a cien mil leguas de ello. El mismo director espiritual, que conoce perfectamente las más íntimas disposiciones de aquella alma, a duras penas logra serenarla y calmar sus inquietudes y zozobras. Dios la mantiene en este

estado hasta que haya adquirido una humildad proporcionada al grado eminente de perfección que la tiene destinada.

Las vidas de los Santos nos ofrecen abundantes ejemplos de semejantes estados de alma; y los autores ascéticos y místicos señalan la regla de conducta que hay que seguir para guiar a esas almas que pasan por tales pruebas. San Pablo dice de sí mismo, que para que la grandeza de las revelaciones con que Dios le había favorecido, no le desvaneciera, le hacía sentir el aguijón de la carne y le exponía a los insultos del ángel de Satanás. “Sobre lo cual, añade, por tres veces pedí al Señor que le apartase de mí; y respondiéndome: Bástate mi gracia; porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza, o sea, sosteniendo la flaqueza del alma en medio de más violentas tentaciones. Así que, prosigue el mismo Apóstol, con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo. Por cuya causa, yo siento satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo: pues cuando me siento débil, entonces con la gracia de Dios soy más fuerte¹ Por donde se ve que el sentimiento de nuestra propia flaqueza sirve a maravilla para hacer resaltar la fuerza de la gracia y purificar más y más la virtud del hombre.

XVIII

Sobre aquellas tres palabras que dirigió un Ángel a San Arsenio: *huye, calla, reposa*

Estas tres palabras que una voz del cielo comunicó a San Arsenio, contienen todo lo que debemos poner de nuestra parte para corresponder a los designios que Dios tiene sobre nosotros. Debemos huir de todo lo que puede desviarnos de Dios; guardar silencio exterior e interior, para que podamos oír

.....
¹ 2 Cor. 12, 7-10.

la voz de Dios; fijar en Dios solo todas las agitaciones de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

No todas las almas a quienes Dios llama a la vida interior, son igualmente llamadas, como S. Arsenio, a huir del mundo para retirarse a la soledad; pero todas deben usar de este mundo como si no usaran de él; deben despegar su corazón de todo lo criado y no conservar con el mundo sino aquellas relaciones que sean realmente indispensables o provechosas: en una palabra, deben evitar, en su trato con el mundo, todo aquello que pueda alejarlas de Dios. Este desprendimiento va más lejos y es mucho más difícil de lo que muchos creen. No basta, en efecto, evitar todo lo que es pecado o que a él nos conduce; es menester, además, evitar todo aquello que sólo tiende a satisfacer los sentidos, la curiosidad, la propia estimación, el deseo de ser alabado, preferido y considerado; todo lo que tienda a disipar nuestro espíritu, todo lo que arrastre nuestra alma a los objetos exteriores, haciéndola salir de sí misma y de su centro, en que Dios habita. Nunca será excesiva la vigilancia que en esto pongamos, porque nuestras relaciones exteriores son la fuente principal de nuestras faltas y la causa más frecuente de nuestro poco adelantamiento en el camino espiritual.

Lo que hace más difícil este perfecto desprendimiento, es la prodigiosa tendencia de nuestra alma a aficionarse a las cosas criadas, que la seducen con sus encantos, buscando en ellas su felicidad y reposo. Triste efecto que el pecado origina, aun en las almas inocentes, y con mayor razón, de ordinario, en aquellas que han tenido la desgracia de ofender a Dios.

Añádase a esto el amor propio y el deseo que tenemos de ser amados y estimados de los mundanos. Para ser amado de ellos, es preciso amarles y amar lo que ellos aman. Para ser estimado, es preciso estimarles; y por lo mismo hay que pensar, hablar y obrar como ellos. He aquí la ley que impone el mundo a sus secuaces: ley tiránica e irracional, cuyo exacto cumplimiento nos inspira el amor propio y a la cual sacrifican muchos la ley de Dios, las máximas del Evangelio, las luces de la razón y los dictados de la conciencia.

Si no evitamos pues el trato con el mundo, fuera de aquello a que nos obliga la necesidad, caridad y cortesía bien entendida; y

si aun entonces no procuramos precavernos interiormente contra sus seducciones, será poco menos que imposible que no acabemos por conformarnos con sus juicios y dictámenes, puramente humanos y naturalistas, ora sea por complacencia, ora por respeto humano, ora en fin por seguir la corriente: aprobaremos, o cuando menos excusaremos lo que Dios condena, por parecemos que sería ponernos en ridículo si pensáramos de diferente manera que los otros o nos atreviéramos a oponer las máximas del Evangelio a las admitidas en el mundo.

¿Qué hacer, pues, para practicar esta huida del mundo tan necesaria como recomendada? Sencillamente, considerarle como el mayor enemigo de la fe cristiana y como el más peligroso seductor, puesto que anda siempre confabulado con nuestro amor propio y con nuestra sensualidad. Debemos también evitar su trato cuanto nos sea posible, romper todas las relaciones inútiles, que tienen por único objeto la diversión o el pasatiempo: en las conversaciones con los mundanos es preciso ser muy recatado en las palabras, no siendo fáciles en manifestar nuestro parecer; pero cuando nos creamos obligados a ello, hagámoslo con toda sinceridad, y sin respeto humano, recordando aquellas palabras de Jesucristo: *"A quien se avergonzare de mí delante de los hombres, yo también me avergonzaré de él delante de mi Padre"*¹.

Lo segundo que recomendó el angel a San Arsenio fué la guarda del silencio exterior e interior. Andaría muy lejos de la verdad quien creyera que la guarda del silencio, reza sólo con las personas consagradas a Dios en el claustro: el silencio es necesario a todo aquel que quiera vivir una vida interior. A más de que no se refería Jesucristo sólo a los religiosos cuando dijo: que en el día del Juicio habrá que dar cuenta de toda palabra ociosa ². La excesiva comezón de hablar es señal inequívoca de un alma ligera y disipada. Después de una conversación inútil, es muy difícil recogerse interiormente para tener oración o lectura espiritual, con aquella calma y paz que son necesarias para aprovecharse.

1 Mt. 10. 33.

2 Id. XII, 36.

Mas no es bastante guardar el silencio con los demás, es preciso guardarle consigo mismo; no dar pábulo a la imaginación, ni traer a la memoria lo que se ha dicho u oído, ni ocuparse en pensamientos inútiles que se refieren al pasado o al porvenir.

¿Cómo ha de ser posible que oiga la voz de Dios el alma que anda completamente disipada en su interior? Y si ella se toma la libertad de andar a todas horas viajando por todos los planetas reales e imaginarios ¿como ha de poder recogerse para orar? No es tan fácil como eso el ser uno dueño de su imaginación, hasta el punto de fijarla en lo que de momento hacemos, sin detenernos voluntariamente en este tropel de pensamientos que a todas horas cruzan por nuestro espíritu.

Yo bien sé que no siempre está en nuestra mano evitar tales pensamientos; pero sí depende de nuestra voluntad el que se aficione a ellos nuestro corazón, o más bien los desprecie sin hacerles caso alguno. Y cuando aquellos pensamientos o imaginaciones son consecuencia de alguna pena, de alguna rebelión del amor propio o de algún deseo desordenado, está en nuestra mano hacer a Dios el sacrificio de aquella pena, sosegar aquella rebelión y reprimir aquel deseo. El ejercicio de la mortificación interior es un medio eficaz, el único tal vez, de conseguir este perfecto silencio del alma, que nos dispone para una íntima comunicación con Dios.

Debemos, finalmente, poner en las manos de Dios las agitaciones del espíritu y del corazón. En vano se buscará el reposo fuera de Dios; ni se halla, ni puede hallarse sino sólo en Dios. Mas no se crea que para hallar en Dios este reposo y descanso sea preciso agitarse mucho, andar a todas horas desasosegados u obrar grandes cosas: precisamente el medio más fácil y seguro para conseguirlo consiste en evitar toda agitación y desasosiego propios para dar lugar a la acción de Dios. Dios es la suma actividad y el reposo sumo; y el alma que permanece íntimamente unida con Dios, participa en cierta manera de su actividad y reposo. Esa alma trabaja incesantemente, pero sin perder un punto la paz interior. No previene nunca la acción de Dios, sino que se mueve bajo la impresión divina, como la mano de un niño, que aprende a escribir, se mueve bajo el impulso de la mano del maestro. Si este niño no tiene la mano flexible y dócil,

si quiere formar trazos por sí mismo, escribirá mal. Al escribir no cabe duda que el niño trabaja, pero su acción está dirigida por la del maestro. El reposo de este niño no consiste en no mover la mano, sino en no moverla por sí mismo, antes seguir suavemente la impresión que se le da.

Lo mismo acontece con el alma que se mueve bajo la acción de Dios: no está ociosa un solo momento, como creen aquellos que no tienen ideas exactas acerca de la vida interior, sino que recibe continuamente el impulso de Dios, el cual la rige y gobierna en todas sus acciones. Verdad es que esa acción de Dios, lo mismo que la del alma, es a veces imperceptible, mas no por esto es menos real, directa e íntima. Aun en las mismas operaciones naturales del alma acontece lo propio. ¿Cuántos actos interiores ejecutamos sin que apenas nos demos cuenta de ellos y que, no obstante, son el origen y causa de nuestros actos exteriores? Yo miro, pongo por caso, hablo, ando, vuelvo los ojos, me callo, me detengo: todo esto lo voy haciendo porque quiero; y sin embargo, habitualmente no presto atención a este ejercicio continuado de mi voluntad. Con mayor razón sucede esto en el estado sobrenatural. Ora el alma, sin reflexionar que se está orando: nuestro corazón permanece unido con Dios sin darnos cuenta de esa íntima unión. No debe, pues, decirse que no se hace nada, o que se pierde el tiempo en la oración de quietud, puesto que se obra en ella de una manera muy real, aunque muy íntima, cuando Dios es servido de levantar el alma a tal manera de oración que si no la eleva Dios a ella, serán infructuosos cuantos esfuerzos haga el alma para alcanzarla.

"Es cosa sobrenatural, dice Santa Teresa, y que no la podemos procurar nosotros por más diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz y ponerla el Señor con su presencia. Es como un amortecimiento interior y exterior, que no se querría uno bullir, sino ya, como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa. El alma está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que no parece hay más que desear. Las potencias sosegadas que no querrían bullirse; aunque no están perdidas, porque piensan en cabe quién están. Es un pensamiento sosegado: no querrían se menease el cuerpo, porque no las desasosegase: piensan una cosa y no muchas: dales pena el

hablar. No parece entonces que están en el mundo, ni le querrían ver, ni oír sino a su Dios: no les da pena nada, ni parece se la ha de dar ¹.

“El contentito y la paz que Dios comunica al alma en la oración de quietud, así como no se puede alcanzar, tampoco se puede detener. Es bobería, que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer ².

Como se ve, es este un don gratuito de Dios, que lo concede al alma, cuando a El le place. Pero así como sería insensatez pretender tales dones sobrenaturales, así también lo sería calificarlos de ilusiones, propias de una imaginación exaltada, cuando Dios se digna concederlos a alguna alma, verdaderamente humilde, que se ha entregado de veras a El y vive una vida del todo espiritual e interior.

Busquemos a Dios con toda sinceridad en la oración, y esmerémonos cuanto podamos en su santo servicio: que quien así le busca, le hallará, y juntamente con El, la fuente de todos los bienes.

XIX

De la fidelidad en las cosas pequeñas

La escritura dice a este propósito dos cosas muy propias para convencernos de su importancia: *Aquel que no hace caso de las cosas pequeñas*, dice el Eclesiástico, *caerá poco á poco* ³. Jesucristo añade: El que es fiel en las cosas pequeñas lo será también en las grandes. ⁴

Resulta del primer pasaje, que la negligencia en las cosas pequeñas nos expone indefectiblemente a grandes caídas; y del-

¹ Camino de Perfección, cap. LIII.

² Camino de Perfección, cap. LIII.

³ Ecli. 19, 1.

⁴ Luc. 16, 10

segundo que la fidelidad en las cosas pequeñas asegura nuestra fidelidad en las grandes, y por consiguiente es un medio necesario para la santificación interior. Bastan estos dos pensamientos bien comprendidos para hacernos inviolablemente fieles en las menores ocasiones que se presenten en el servicio divino.

A fin de dar algún desarrollo a esta materia, notemos desde luego que, hablando con propiedad, no hay cosas grandes ni pequeñas con respecto a Dios. Todo lo que lleva el sello de su voluntad y de su beneplácito debiera parecernos grande, por pequeño que en sí sea. Así, pues, desde el momento en que la voz interior de nuestra conciencia nos asegura que Dios desea alguna cosa de nosotros, la grandeza infinita de Dios no nos permite considerar como pequeño o indiferente lo que es objeto de su deseo. Por el contrario, por grande que sea una cosa, aun que se tratara de convertir a todo el universo, sino fuera del agrado y beneplácito divino, tampoco sería de ningún valor a los ojos de Dios, antes quizás le disgustaríamos con ello. Así que solamente la voluntad de Dios es la que da el valor y estima a las cosas.

Lo mismo sucede con respecto a nuestra santificación: tal cosa que nos parece pequeña en sí misma, puede ser de tales consecuencias, que nuestra perfección y aun nuestra salvación dependa de ella. Dios vincula sus gracias a aquello que le place, sin que nos sea dado conocer, por nosotros mismos, las consecuencias buenas o malas de tal o cual acto al parecer de poca entidad. ¿De cuántas gracias me veré privado si desprecio ésta que de momento me envía? ¿Qué gracias me concederá si hago lo que ella me inspira? Esto es lo que ignoramos: y ante tal incertidumbre, la exacta fidelidad es el único partido seguro que podamos tomar.

Las cosas extraordinarias y las grandes ocasiones de virtud, raras veces se presentan: en cambio las pequeñas se ofrecen a cada paso. ¿Cuándo probaremos a Dios nuestro amor, si esperamos para ello ocasiones de brillo e importancia? Quizás no se nos presentará una sola en toda la vida.

Más aún, las grandes cosas exigen gran valor. Ahora bien ¿cómo osaremos prometernos ese valor y fortaleza que exigen

tales encuentros si no hemos hecho antes el ensayo en los pequeños, si no nos hemos ido preparando y adiestrando poco a poco a las cosas más difíciles mediante la práctica de aquellas que son más fáciles?

Las cosas grandes suponen también gracias proporcionadas de parte de Dios. Mas para merecer y obtener tales gracias especiales y extraordinarias es preciso haber sido fiel en las pequeñas.

A más de que la humildad exige que consideremos las cosas grandes como superiores a nuestras fuerzas, a no ser que el Señor se dignara escogernos para ellas: por nuestra parte debemos aficionarnos a las pequeñas, como que están más a nuestro alcance. Hagamos, pues, las cosas pequeñas con la gracia ordinaria, con lo cual nos hallaremos mejor preparados para las grandes, cuando se presente la ocasión.

El deseo de hacer y padecer grandes cosas es a menudo, y aun casi siempre, una ilusión del amor propio, o efecto de nuestra presunción. Querría uno, por ejemplo, practicar grandes austeridades a imitación de tal o cual santo; quisiera llevar grandes cruces: pero en la práctica se ve que semejantes deseos son pura ilusión. Y sino, observad lo que de ordinario acontece. Hace el ensayo de grandes austeridades por impulso propio, mas apenas se han enfriado aquellos fervores ficticios e imaginarios, ya te parecen insoportables aquellas austeridades y las abandona. Preséntanse en cambio cruces muy ordinarias, y esa alma que deseaba llevar las grandes, sucumbe bajo el peso de las más insignificantes. No deseemos pues, ni escojamos nada: tomemos las cosas tales como Dios nos las envía, y a medida que nos las envía; cumplamos con toda fidelidad y exacción las cosas más menudas que conozcamos ser del divino beneplácito, y estemos firmemente persuadidos de que si Dios no sostuviera nuestra flaqueza y nos ayudara con su gracia, no podríamos dar un solo paso en la vida espiritual.

Como las cosas pequeñas nos salen al paso a cada instante, la exacta fidelidad en tales encuentros supone mayores alientos, mayor generosidad y constancia de lo que comúnmente se cree. Supone; nada menos que una virtud consumada; porque, al fin, se trata de vencernos a nosotros mismos en cada momento, para seguir en todo las inspiraciones de la gracia, sin admitir

deliberadamente ni un pensamiento, deseo, palabra u obra que desagrade a Dios en lo más mínimo, y haciendo cada cosa con toda la perfección que tiene derecho a esperar de nosotros; y todo esto sin desfallecer jamás, ni hacer concesión alguna a la naturaleza corrompida. Nada hay en los santos que no parezca tan digno de admiración como esa exacta fidelidad; nada que exija mayores y más redoblados esfuerzos.

Es de temer además que se mezcle el amor propio en las cosas grandes que se hacen o sufren por Dios; y que reflexionando sobre ellas, se le entre a uno vana complacencia y se anteponga y preñera a los demás. Las cosas pequeñas no son ocasionadas de ordinario a tales riesgos; es más fácil conservar en ellas la humildad, puesto que el amor propio no halla donde asirse, para hacer comparaciones. Por lo tanto, su práctica es incomparablemente más segura y más propia para conducirnos a la perfección, la cual consiste en morir enteramente a nosotros mismos. Las cosas pequeñas arruinan y consumen poco a poco al amor propio, sin que éste apenas se dé cuenta de los golpes que se le aseñan. Esos golpes son pequeños, es verdad, pero tan frecuentes y multiplicados, que hacen el efecto de los más violentos. Si la muerte del amor propio es más lenta, en cambio es más segura, porque la fidelidad constante en vencernos en cosas pequeñas le ocasiona un estado de debilidad tal, que difícilmente logrará rehacerse. De este modo, y como por sus pasos contados, logra el alma sujetar y encadenar a su más temible enemigo, el amor propio, reduciéndolo casi a una completa impotencia.

Otra razón muy poderosa existe para que seamos fidelísimos en las cosas pequeñas. En efecto: si el amor de Dios aparece más generoso en los grandes sacrificios, muéstrase en los pequeños, continuamente repetidos, más atento y delicado. No ama perfectamente el que desdeña las menores ocasiones de agradar a la persona amada, y se toma la libertad de herirle en pequeñas bagatelas. Ahora bien: si el amor humano es tan delicado y tan susceptible, el amor divino todavía lo es infinitamente más. Toda alma que ama sinceramente a Dios debe esmerarse en evitar las menores ofensas voluntarias contra El. Herir al corazón infinitamente delicado de Dios con la más

minima culpa, debemos considerarlo como un atentado indigno de un alma noble y generosa. Rehutar a Dios deliberadamente cualquier cosilla que nos pida, so pretexto de que no es de mucha importancia, seria faltar al amor que le debemos en un punto esencial; equivaldría a renunciar a la familiaridad y a la unión íntima con Dios. El Señor es infinitamente celoso de su gloria, que está cifrada principalmente en que la criatura no mire jamás como cosa de poca monta lo que gusta o disgusta a Dios y en que se halla siempre dispuesta a sacrificarlo todo al menor gusto de Dios. Es indudable, pues, que no llegaremos a amarle con un amor digno de El, hasta que estemos firmemente resueltos a serle fieles en todo, grande y pequeño.

Nada digamos de los bienes incalculables que semejante fidelidad nos llevará consigo; porque claro está que si el alma permanece fiel a la resolución de agradar a Dios en las cosas pequeñas, ganará infaliblemente el corazón de Dios, atraerá sobre sí toda su ternura, todos sus favores, todas sus gracias; con lo cual irá acumulando de día en día tesoros inmensos de merecimientos, y se hallará dispuesta y preparada para obrar grandes cosas en servicio de su Divina Majestad.

Todos estos son motivos poderosísimos que deberían impulsarnos a tomar la importantísima y heroica determinación de no despreciar nada en el servicio de Dios, antes bien aplicarnos a agradarle en todo, sin distinción de grande ni pequeño. Adoptemos, pues, semejante resolución y supliquemos al Señor nos conceda la gracia de cumplirla fielmente hasta el último suspiro.

Bueno será advertir con todo, que en la ejecución hay que evitar confusiones e inquietudes. El amor exige en sus manifestaciones una santa libertad; todo consiste en no perder jamás de vista a Dios, en hacer a cada momento lo que nos parezca será grato a su divina Majestad, y desviarnos de aquello que comprendemos le disgusta. El no dejará nunca de darnos oportunamente advertencias interiores. Cuando no nos las da, es señal de que, en lo que hacemos o decimos, nada hay contrario a su beneplácito. Así pues, jamás puede haber motivo alguno razonable para atormentar inútilmente nuestro espíritu sobre este particular.

XX

Del provecho que debemos sacar de las propias faltas

El asunto de este capítulo es uno de los más importantes en la vida espiritual. Es indudable que según los designios de Dios, deben servir para nuestra santificación las mismas faltas en que permite que caigamos, y que de nosotros depende sacar esta ventaja. Acontece sin embargo todo lo contrario: de donde se sigue que muchas veces nuestras faltas nos perjudican, no tanto por lo que ellas son en sí, cuanto por el mal uso que de ellas hacemos.

Mas adviértase que lo que vamos a decir acerca de este particular, no se refiere a esas almas tibias y flojas en el servicio de Dios y que no quieren entregarse a El sino hasta cierto punto. Tales almas hacen con premeditación y reflexión mil faltas de las que no pueden sacar provecho alguno, por la mala disposición en que se hallan. Las personas para quienes escribimos esto, son únicamente aquellas que están determinadas a no cometer deliberadamente falta alguna, y a quienes no obstante se les escapan muchas, a pesar de su resolución; ora sea por movimientos *primo primi*, ora por inadvertencia, ora en fin por efecto de la debilidad y flaqueza aneja a nuestra naturaleza corrompida.

Acontece muy de ordinario que esas almas timoratas se admiran de sus faltas, túrbanse por ellas y hasta llegan a sentir ciertos movimientos de despecho, que las inclinan al desaliento, viendo su impotencia para evitarlas. Todos éstos son otros tantos efectos del amor propio: efectos, a decir verdad, más perniciosos aún que las mismas faltas. Se espantan de haber caído, llevan esto muy mal, pero todo procede de que no se conocen sino muy imperfectamente. Deberían más bien admirarse de no caer con más frecuencia, y en faltas más graves, y dar gracias a Dios que las tiene de su mano y las preserva de caer en ellas. Túrbanse cada vez que se encuentran con

el hurto en las manos, como suele decirse; pierden la paz interior y la serenidad de espíritu, echándose en cara a todas horas las faltas que han tenido la desgracia de cometer. No hay que turbarse jamás, sino que al darse cuenta esas almas de haber caído, levanten tranquilamente su corazón a Dios, pídanle, con amorosa humildad, perdón de su falta y no piensen más en ella hasta que llegue el momento de sujetarla al tribunal de la penitencia. Y si les aconteciere olvidarse de aquella falta al confesarse, no por esto deben turbarse. A algunos les infunde el demonio un falso rubor de haber cometido tales faltas, por manera que apenas se atreven a declararlas al confesor.—¿Qué idea formará de mí, se preguntan, después de tantas promesas, de tantas protestas que le he hecho?—Si se las declaráis sincera y humildemente, os tendrá sin duda en mejor concepto que antes, pero si sentís dificultad en manifestárselas, procede sólo del amor propio. Lo peor del caso es que, como observa San Francisco de Sales, a veces se desazona uno y enfada por haberse enfadado, se impacienta de haberse impacientado. ¡Cuanta miseria! ¿Quién no descubre en todo esto la cola serpentina del orgullo? No pueden sufrir en paciencia verse tales cuales son de su propia cosecha, flacos y miserables, feos y abominables. Querrían saborear el secreto placer de verse completamente exentos de toda falta e imperfección para acariciar cierto amor propio sutilísimo, que consistiría en poder decir con verdad: vamos, gracias a Dios que he pasado un día o una semana, sin tener nada que reprocharme... Y como la cuenta no sale a medida de sus deseos, se desalientan, abandonan quizá una tras otra las prácticas piadosas y hasta llegan a dejar la oración, so pretexto de que les es imposible alcanzar la perfección. ¿De que me sirve, exclaman, trabajar con tanto teson en combatir mis malas inclinaciones, vigilar continuamente sobre mí mismo, procurar el recogimiento y la mortificación, si a pesar de mis esfuerzos no llego a corregirme enteramente de nada, y a cada paso caigo en las mismas faltas? Es ésta, sin duda, una de las asechanzas más sutiles del demonio. ¿Quereis triunfar de ella? No os desalenteis nunca, cualquiera que sea la falta en que incurráis, sino decíos a vos mismo: Aun cuando cayera veinte veces, cien veces al día, yo

me levantaría cada vez y proseguiría mi camino como si tal cosa. ¿Qué importa, después de todo, que hayais dado algun tropiezo por el camino, con tal de que llegueis al término? Dios no os lo echará en cara, pues conoce mejor que nosotros el barro de que estamos formados. A más de que, a las veces, la misma rapidez con que se anda por el camino de la perfección, es causa de que se den ciertos tropezones; porque el mismo ardor con que se corre, no da lugar a que se tomen ciertas precauciones. Las almas tímidas y cautelosas que quieren ver siempre donde ponen el pie, que se vuelven a cada lado y en todo instante, para evitar los malos pasos, que temen demasiado el mancharse con el polvo que se levanta con el andar, no avanzan tan rápidamente como las otras, y la muerte las sorprende casi siempre en la mitad de su carrera. No son siempre los que cometen menos faltas, los más santos, sino los que tienen más alientos, más generosidad y más amor: los que mayores esfuerzos hacen para vencerse a sí mismos y que no tienen miedo de tropezar, ni aun de caer, ni de mancharse un poco, con tal de adelantar siempre más y más.

San Pablo dice que a los que aman a Dios todo se les convierte en bien¹. Y es así verdad que todo contribuye a su adelantamiento espiritual, como observa San Agustín, aun las mismas faltas y pecados graves. Dios permite a veces tales caídas para curarles de cierta falsa presunción, para enseñarles lo que son y de lo que son capaces. David reconoció que el adulterio y homicidio en que había caído, le habían servido para vivir en una continua desconfianza de sí mismo. “Ha sido un bien para mí, decía al Señor, que vos me hayáis humillado, porque así he aprendido a ser más fiel en la observancia de vuestros mandamientos.” La caída de San Pedro fué para él una lección utilísima, y la humildad que le inspiró dispúsole a recibir mejor los dones del Espíritu Santo, y a ser elegido Jefe de la Iglesia, preservándole de los peligros que lleva consigo tan eminente dignidad. San Pablo en medio del asombroso éxito de su apostolado, se preservaba de la hinchazón y de la vanidad, acordándose de que había sido blasfemo y perseguidor de la

¹ Rom. VIII, 28.

Iglesia de Dios. Una tentación humillante, de que Dios no le quiso librar, servíale de contrapeso a la sublimidad de sus revelaciones.

Si pues Dios sabe sacar tan grandes ventajas de las más graves culpas, ¿quién dudará de que puede también hacer servir para nuestra santificación nuestras faltas cotidianas? Es un hecho observado por todos los maestros de la vida espiritual, que muchas veces permite Dios que las almas más santas caigan en ciertos defectos de los cuales, a pesar de todos sus esfuerzos, no pueden llegar a corregirse; y esto lo hace para hacerlas sentir su debilidad y lo que serían sin el auxilio de la gracia; para impedir que se ensoberbezcan con los favores que les hace, y disponerlas a que los reciban con mayor humildad; para conservar en ellas cierto desplacer de sí mismas y sustraerlas así a las insidias del amor propio; en fin, para sostener su fervor y mantenerlas en perpetua vigilancia sobre sí mismas, confiando no en sus fuerzas, sino en el auxilio divino, al cual se ven forzadas a recurrir continuamente por medio de la oración. El niño que cae, cuando se aparta un poco de su madre y quiere andar solo, vuelve a ella con mayor ternura para ser curado del daño que se hizo, y aprende con su caída a no apartarse de ella en adelante. La experiencia de su debilidad y la bondad con que es acogido por su madre, inspíranle mayor cariño hacia ella. Además, las faltas en que caemos a menudo, dan lugar a grandes actos de virtud, que no tendríamos ocasión de practicar sin ellas, y Dios permite estas faltas con esta intención. Por ejemplo, permite a veces una salida de tono, una prontitud de genio, una impaciencia, para ponernos en el caso de hacer un acto de humildad, que reparará superabundantemente nuestra falta y el mal ejemplo que con ella dimos tal vez. La falta fué cometida por un primer movimiento, la reparación se ha hecho con reflexión, con esfuerzo sobre sí mismo y con voluntad plena y deliberada. Ved aquí pues un acto de virtud que ha sido más agradable a Dios de lo que ha podido disgustarle la, falta.

Dios se sirve por otra parte de nuestras faltas y de nuestras imperfecciones visibles para ocultar nuestra santidad a los ojos de los demás y para procurarnos humillaciones de parte de ellos.

Es su divina Majestad excelentísimo maestro de las almas,

dejémosle hacer como mejor le plazca y no haya miedo que eche a perder su obra. Propongamos evitar con cuidado todo lo que pueda disgustarle; por mínimo que sea; pero si caemos en alguna faltilla, sintámosla por lo que tenga de ofensivo a su divina Majestad, mas no por lo que tiene de humillante para nosotros. Muy al revés, gocémonos en la abyección que nos resulta de aquella falta y roguemos al Señor que saque de ella nuestra humillación y su gloria. El lo hará así y al mismo tiempo nos hará adelantar más por este medio que por otro camino, quizá más regular y más santo en la apariencia, pero que sería menos eficaz para la destrucción del amor propio.

Cuando Dios exige de nosotros ciertos servicios, no rehusemos aceptarlos, con el vano pretexto de las faltas que podremos cometer en su ejecución. Vale más hacer el bien con imperfección, que omitirlo.

A veces no se hace una corrección que es necesaria, porque se teme dejarse llevar de la vivacidad del genio; se evita el trato de ciertas personas porque sus defectos nos dan en rostro y provocan nuestra impaciencia. Mas ¿cómo hemos de adquirir las virtudes, si huimos las ocasiones de practicarlas? . ¿No es ésta una falta mayor que aquellas en que se teme caer? Tengamos recta intención, acudamos a donde el deber nos llama, y estemos bien persuadidos de que Dios será muy indulgente en perdonarnos las faltas a las que nos expongamos por su servicio e impulsados de un sincero deseo de agradarle.

XXI

Dirección espiritual

Hablando en propiedad, no debería distinguirse entre el director espiritual y el confesor, del mismo modo que no se distingue entre el médico que cura las dolencias y enfermedades contraídas y el que prescribe un régimen para conservar la salud y robustecerla. El confesor oye al penitente y le absuelve de sus pecados; prescribale los medios para no recaer en ellos y le da

consejos saludables para que adelante en la virtud. El oficio, pues, del confesor comprende no sólo el cargo de absolver a los penitentes de sus faltas y pecados, sino también el de preservarles de nuevas recaídas y encaminarlos por el sendero de la perfección cristiana. A pesar de esto, es un hecho que no siempre el confesor es verdaderamente director espiritual de las personas a quienes confiesa.

Dirigir un alma es conducirla por los senderos de la perfección; cristiana, adiestrándola en la manera cómo debe corresponder a las divinas inspiraciones y ejercitarse en la práctica de las virtudes, conforme a su estado actual: no sólo debe conservarla en la pureza e inocencia de vida, sino hacerla adelantar en la perfección: en una palabra, debe contribuir con todas sus industrias a elevarla al grado de santidad a que Dios la tiene destinada. Así es como consideraba la dirección espiritual San Gregorio Papa, cuando decía que el oficio de conducir a las almas por el sendero de la virtud es el arte por excelencia.

Para que haya verdadera dirección, claro está que se requieren ciertas disposiciones de parte del confesor y de parte de la persona dirigida. Debe ante todo persuadirse el confesor de que es el representante de Dios, el instrumento de la gracia, el cooperador del Espíritu Santo y, por consiguiente, es preciso que sea hombre de vida interior, hombre de oración y versado en las cosas espirituales, más por su experiencia propia que por el estudio y la lectura; que no se rija por miras naturales y humanas de vanidad, o de propio interés, sino que solamente tenga puestos los ojos en la gloria de Dios y bien de las almas; que esté despojado, en fin, de todo espíritu propio, y que sepa juzgar las cosas de Dios según el espíritu de Dios. De donde es fácil deducir que no abundan mucho los verdaderos directores espirituales.

En cuanto a las personas dirigidas, es evidente que no podrán serlo de veras sino a condición que sean dóciles, obedientes, sencillas y rectas en todo su modo de proceder; que estén resueltas no sólo a evitar el pecado, sino también a practicar todo el bien que Dios les exigiere, correspondiendo fielmente a la gracia, sin rehusarle nada por más que sea costoso a la natu-

raleza; en fin, que estén bien determinadas a renunciarse a sí mismas para vivir totalmente sumisas a la voluntad de Dios: a lo cual no puede llegarse por otra vía que la de la oración y mortificación. Infiérese de todo esto que si los verdaderos directores no abundan mucho, todavía abundan menos los verdaderos hijos espirituales; puesto que son muy pocas las personas que aspiren a la verdadera santidad por el camino de la cruz y de la propia abnegación. Son muchas, en efecto, las personas devotas, a su manera, que se guían por su propio espíritu: empeñadas, al parecer, en conciliar su devoción con su amor propio, y satisfechas con cierto barniz de piedad, que se reduce a algunas prácticas exteriores puramente rutinarias, no cuidan para nada ni de la oración, ni de mortificar los afectos del corazón.

Pero sea de esto lo que fuere, es indudable que para las almas deseosas de entregarse sinceramente al servicio de Dios, es de suma importancia 1.º que estén persuadidas de que necesitan un buen director espiritual; 2.º que al escogerlo no deben guiarse por miras puramente humanas; 3.º una vez elegido, sean dóciles en seguir su dirección y se aprovechen de ella en todo lo perteneciente al adelantamiento espiritual de su alma.

Por de pronto, salta a la vista la necesidad que tienen de un buen director, puesto que sería ilusión manifiesta quererse uno guiar por sí mismo en los negocios que atañen a su espíritu. El hombre más prudente y discreto, aunque fuere muy santo y muy adiestrado en dirigir a los otros, es de ordinario inepto para dirigirse a sí mismo en la vida espiritual; y si lo pretendiera, sería un presuntuoso y se expondría a dar grandes batacazos. Lo primero que Dios exige de todos los que aspiran a la santidad es que renuncien a su espíritu propio, que se humillen y sometan a la dirección de aquellos a quienes el Señor ha confiado el ministerio de las almas.

Así como hay gracias muy especiales vinculadas a la sumisión y a la obediencia, así también se corren manifiestos peligros de errar cuando el orgullo le persuade a uno que se basta y sobra para juzgar de sus cosas y gobernarse a sí propio. La vía interior está llena de obscuridades, de tentaciones y de precipicios; querer andar solo por ella es evidentemente

expuesto a perderse. Así, pues, no hay medio: o debemos desistir de emprender este camino, o bien, dado caso de que Dios nos llame a andar por él, será preciso buscar un Director, esto es, un hombre al cual manifestemos enteramente nuestra conciencia, dándole cuenta de todo nuestro interior, y a quien nos sujetemos y obedezcamos como al mismo Dios.

La dificultad está en acertar al hacer una elección de tanta importancia. Para ello será preciso ante todo, recurrir a Dios por medio de la oración, para que nos dé acierto. En efecto, su amorosa providencia no dejará nunca de proporcionarnos todos los medios necesarios para nuestra salvación; y como éste es uno de los más principales, debemos estar persuadidos de que El nos lo concederá, si se lo pedimos con sencillez y confianza. Guiarse por miras humanas en la elección de un director, fiarse del propio criterio, y creerse capaz de acertar por solas sus luces, sería exponerse a ser engañado del maligno espíritu.

Si encomendamos a Dios este negocio, El nos dirigirá a aquel que nos tenga destinado, sea por alguna especial ilustración interior, sea por el consejo de personas piadosas. ¿No vemos, en efecto, cómo dispuso Dios que San Francisco de Sales fuese a la ciudad de Dijón, para que tomara a su cargo la dirección espiritual de la Santa baronesa de Chantal, y cómo ésta reconoció que aquél era el varón que Dios le destinaba? Las señales por las que se nos puede manifestar la voluntad de Dios son a veces, cierto impulso interior que nos inclina a poner toda nuestra confianza en tal o cual ministro del Señor: la paz que se derrama en nuestra alma, cuando él nos habla, resuelve nuestras dudas y disipa nuestros escrúpulos; finalmente cierta impresión de respeto, docilidad y obediencia que nos inclinan a que le consideremos como al representante de Dios.

Estas señales no son infalibles, claro está, ni mucho menos, pero si el alma procede con recta intención y busca sólo su aprovechamiento espiritual, son bastante seguras.

En el trato y comunicación con el director espiritual, hay que tomar ciertas precauciones y evitar ciertos peligros. Sin embargo, puede en general asegurarse que cuando el director y la persona dirigida son ambos temerosos de Dios, es muy raro que se deslicen grandes imperfecciones en la dirección; puesto

que de ambas partes se anda con suma cautela, para no abusar de tan santa comunicación.

La primera regla que debe seguirse consiste en no tratarse ni verse, a no ser por necesidad, y al hacerlo, traten entre si sólo de cosas espirituales. La segunda debé ser respetarse mutuamente y no permitirse jamás familiaridad alguna, por inocente que parezca, procediendo en todo con suma gravedad y circunspección.

La tercera regla que ha de observar la persona que quiera ser convenientemente dirigida, es no ocultar absolutamente nada al director, cualquiera que sea el pretexto que para ello se le ofrezca, aun cuando fueran pensamientos o sospechas contra él. Cuanto el director es más a propósito para aprovechar al alma, tanto ésta se verá tal vez más tentada, por instigación del diablo, a que pierda su confianza en él. Por lo mismo hay que resistir a estas sugerencias, y considerar como un deber ineludible el manifestárselo todo, empezando por aquello mismo que se tiene más tentaciones de callar.

La cuarta regla debe ser una obediencia perfecta en todas las cosas que pertenecen a la dirección de su espíritu, por más repugnantes que sean a sus inclinaciones y juicios.

La quinta regla que debe observar en el trato con su director, sea considerarle como el representante de Dios, sin aficionarse a él con afecto puramente humano, rechazando con prontitud y energía las envidias y celos, si alguna vez llegan a brotar en su corazón; en fin estar siempre dispuesto a verse privado de su dirección, cuando Dios le exija este sacrificio, diciendo entonces con el santo Job: "Dios me lo dió, Dios me lo ha quitado, bendito sea su santo nombre." Es necesario estar bien persuadidos de que asi como Dios le dió aquel director espiritual para su mayor provecho espiritual, en caso de privarle de su dirección por cualquier evento, será también para mayor provecho de su alma.

El director espiritual ha de ser ante todo un alma de profunda vida interior, si no lo es, puede hacer más daño que bien. Es preferible estar sin director a que sea un alma relajada y carente de vida interior.

XXII

Del amor al prójimo

Os doy un precepto nuevo: que os améis unos a otros: y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente ¹.

Siendo verdad manifiesta que el precepto de amar al prójimo se halla ya consignado en la ley antigua, ¿cómo es que Jesucristo lo llama nuevo? ¿En qué sentido lo llamará nuevo? En primer lugar porque lo promulgó de una manera formal y auténtica, en toda su primitiva integridad y despojado de las falsas interpretaciones de los escribas y fariseos; en segundo lugar, porque no contento con ordenarnos que amáramos al prójimo como a nosotros mismos, nos manda también que le amemos como El mismo nos ha amado, dándonos además, en el madero de la cruz, el más sublime ejemplo de caridad que todo un Dios hecho hombre podía darnos; en fin, lo llama nuevo porque lo puso como señal y distintivo propio, por el cual quiere que sean conocidos sus verdaderos discípulos. Y así añadió a continuación: *Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis un tal amor unos otros* ².

Al unirse a nuestra naturaleza, Jesucristo se hizo nuestro hermano y la cabeza del género humano, elevándonos así a la altísima dignidad de hijos adoptivos de Dios. En virtud de esta sobrenatural adopción, todos los cristianos formamos una sola familia, cuyo padre es Dios y cuyo primogénito es Jesucristo: compartimos con éste sus derechos a la herencia celestial, participamos de las mismas gracias y de los mismos sacramentos, comemos todos en la misma mesa y nos alimentamos del mismo pan; en una palabra, estamos unidos a Jesucristo y a su Iglesia de una manera especialísima. Así pues, además de las relaciones de proximidad que tenemos de común con todos los hombres, hay entre los cristianos un lazo particular, fundado en

¹ Jn. 13, 34.

² Ib. 35.

su unión con Jesucristo y sellado con la preciosísima sangre de nuestro divino Redentor. Con mucha razón pues, Jesús, llama nuevo al mandamiento que da a sus discípulos de amarse mutuamente como El los ha amado.

Ahora bien, ¿cómo nos ha amado Jesucristo? Hasta el extremo de constituirse víctima de la justicia divina por nuestros pecados, y dar su sangre y su vida con el fin de reintegrarnos en el derecho a la posesión de la vida eterna; y esto a pesar de que todos éramos enemigos suyos, por efecto del pecado original, a pesar de que preveía que habíamos de abusar de sus dones y gracias, ofendiéndole gravemente, a pesar de que sabía que muchos se prevaldrían de sus mismas bondades y misericordia para ultrajarle con mayor audacia: que a tanto llega muchas veces la enorme malicia e ingratitud del corazón humano. Pues, a pesar de todo esto, Jesucristo nos ha amado, nos ama todavía, y hasta nuestro último suspiro estará siempre dispuesto a aplicarnos los méritos de su sangre, y a ser nuestro mediador para reconciliarnos con su padre celestial.

¿Comprendemos ahora toda la extensión que tienen estas palabras: *"Amaos unos a otros como yo os he amado."* ¿Tenemos idea exacta de los deberes que semejante precepto nos impone? Debemos amar a nuestros hermanos con un amor semejante al que nos ha profesado Jesucristo, y por lo tanto hemos de compartir con ellos no solo nuestros bienes temporales, sino también los espirituales; debemos rogar por ellos como por nosotros mismos, interesarnos por su salvación como por la nuestra, y procurársela con todo ahinco por medio de nuestras oraciones, buenas obras, palabras y ejemplos. Deberíamos además estar aparejados a sacrificarlo todo y a inmolarlos a nosotros mismos por la salvación de una sola alma. Debe extenderse nuestro amor al prójimo, hasta a nuestros mismos enemigos, a imitación de nuestro divino Maestro que los perdonó y rogó por ellos desde la cruz; en una palabra, debemos amar a todos nuestros prójimos con aquel amor con que Jesucristo nos ama. ¡Oh Dios mio! ¡cuan admirable caridad reinaría entre los cristianos si se observara en toda su perfección este precepto! ¡Como brillaría en el mundo, en todo su esplendor, la santidad del cristianismo! Porque es

indudable que si todos los cristianos nos amáramos de esta manera, tenderíamos todos, cada uno conforme a su estado, a la más alta perfección, excitándonos a ella con el mutuo ejemplo. Todos los desórdenes, todos los escándalos, todas las enemistades, todos los pecados, en una palabra, desaparecerían del cristianismo. Reinaba sin duda esta caridad, muchísimo mejor que ahora, entre los fieles de la primitiva Iglesia, y al observar sus bellísimos y admirables efectos, no podían menos de exclamar los paganos, llenos de estupor: “¿Cómo se aman entre si los cristianos!” En nuestros días, lejos de aspirar a la perfección de la caridad cristiana, la mayor parte de los hombres no sienten por el prójimo ni siquiera el amor natural que todo hombre debe profesar a sus semejantes; y los mismos preceptos de la ley natural son violados, con más frecuencia quizás, o al menos de una manera mas odiosa, entre muchos que llevan el nombre de cristianos, que entre los salvajes e idólatras. ¿De dónde procede esto? De que muchos no son cristianos más que de nombre, o por haber abjurado prácticamente de la fe, cuando no- de una manera formal, o por pisotear a todas horas los deberes más esenciales del cristianismo; siendo en su corazón más perversos que los mismos paganos. Y no se crea que haya en esto la menor exageración, puesto que la experiencia cotidiana nos demuestra que un mal cristiano, o un apóstata, lleva casi siempre su corrupción y malicia más allá que los mismos salvajes e idólatras. Y es natural que así suceda, porque después de haber abusado sacrílegamente de las luces de la fe y de las gracias sobrenaturales, están más dispuestos a abusar más criminalmente de las luces de la razón.

Lamentemos tan terribles desórdenes, al menos nosotros a quienes Dios ha llamado especialmente a su amor y al ejercicio de la caridad con el prójimo. Reconozcamos que el amor propio es el origen de todo pecado, el mayor enemigo del amor de Dios y del amor del prójimo, y que mientras quede en nosotros algún vestigio de él, no amaremos a nuestros hermanos como Jesucristo nos recomienda amarles. El amor propio concentra en nosotros mismos todos los afectos de nuestro corazón y nos vuelve egoístas; hace que miremos al prójimo como a un extraño, no sólo en lo concerniente a las cosas temporales, sino aun

con respecto a las espirituales: por manera que si no andamos con cuidado en reprimirlo, irán penetrando en nuestro corazón los celos, la envidia, el espíritu exclusivista y mil otros afectos desordenados.

Además, este mismo amor propio nos impulsa a cometer mil faltas contra la caridad. Nos vuelve melindrosos, recelosos, suspicaces, rígidos y exagerados en todo lo que mira a nuestra persona, y fáciles en ofendernos por cualquier nadería; fomenta en nuestros corazones cierta malignidad, que hace nos gocemos interiormente de las desgracias y pesadumbres que afligen a nuestros hermanos; engendra en nosotros la frialdad en el trato, el desvío, la indiferencia, la temeridad e injusticia en el juzgar, el espíritu de crítica en el hablar, la parcialidad en todo nuestro modo de proceder, la malquerencia, acritud y antipatía contra determinadas personas, y mil otras imperfecciones y faltas sumamente contrarias a la caridad.

Puede asegurarse que en cierto sentido es más difícil a nuestra naturaleza viciada por el pecado, practicar el amor al prójimo que el amor de Dios, aunque sea mucha verdad que no pueden separarse estos dos amores. Y así vemos que la inmensa mayoría de las faltas en que caen las mismas personas devotas, timoratas y de conciencia delicada van directamente contra el prójimo. ¡Y cuántas y cuántas cometen de las cuales ni siquiera se dan cuenta!

XXIII

Dignidad del hombre

Podríamos expresar toda la alteza y dignidad del hombre con esta sola máxima: *Todo lo que no sea Dios es indigno del hombre*. Bastaría esta sentencia bien profundizada para apartar del vicio a los pecadores y elevar a los justos a la más alta perfección. Estoy persuadido de que para convertir las almas y, una vez convertidas conducir las a la más sublime santidad, no son necesarias muchas consideraciones; bastaría muchas veces una

sola, con tal de que la meditáramos, nos penetráramos bien de ella, la convirtiéramos en norma de nuestra conducta y no paráramos hasta sacar sus últimas consecuencias. Tal es, a no dudarlo, la máxima arriba propuesta. Procuremos pues convencernos plenamente de la verdad que en ella se encierra y resolvámonos a llevarla a la práctica con la más exacta fidelidad.

Todo lo que no es Dios es indigno del hombre, puesto que es incapaz de llenar las aspiraciones de su inteligencia, ni puede saciar las exigencias de su corazón; y por lo tanto, indigno de ser el motivo o el objeto principal de sus acciones. ¿Quién podrá dudar de esto por poco que reflexione sobre lo que somos, sobre la intención que tuvo Dios al crearnos y redimirnos, y sobre lo que son, con respecto a nosotros, todas las demás criaturas, ora sean superiores, ora iguales, ora inferiores? ¿Quién podrá dudar si considera que nuestra inteligencia fué creada para conocer a Dios y nuestro corazón para amarle, que nuestro destino es poseerlo eternamente y que la vida presente no se nos ha concedido sino para conseguir esta felicidad? Nadie dudará un punto si fija su atención en la naturaleza de los bienes y placeres de la tierra y los compara con la naturaleza de nuestra alma, la alteza de sus pensamientos y la inmensidad de sus deseos. Estos bienes son, o bien materiales, y por lo mismo no guardan proporción con el alma que es substancia espiritual, o su valor y aprecio se funda sólo en la opinión de los hombres, y por consiguiente son falsos e ilusorios; considerados en sí mismos, son además limitados, frágiles, pasajeros y caducos. Ahora bien, si examinamos atentamente los deseos y aspiraciones de nuestro corazón veremos al punto que tratándose de bienes creados, de cualquier género que fueren, riquezas, placeres, dignidades; nunca está satisfecho, siempre apetece más y más, siempre anda inquieto, siempre atormentado, ora por el temor de perderlos, ora con el deseo de alcanzarlos: pero desde el instante en que fija en Dios sus aspiraciones y deseos halla la paz y el descanso, íntimamente convencido de que, mientras él quiera, nada ni nadie será capaz de arrebatarle.

Convencidos plenamente de la verdad de aquella máxima, sólo

resta que la convirtamos en norma de nuestra vida y procuremos sacar todas las consecuencias que de ella se derivan. Porque tenerla por verdadera en teoría y no ajustar a ella nuestra conducta en la práctica, violándola a cada paso, fuera indudablemente suma insensatez y equivaldría a dictar nuestra propia condenación.

Todo lo que no es Dios, es indigno de mí, debo decirme a cada instante; luego no debo aficionarme desordenadamente ni poner mi corazón en nada de lo que pasa con el tiempo; esto es, en cosa alguna criada, sea cual fuere. He aquí la primera conclusión que debe servir de norma a mi inteligencia y a mi corazón, en el uso de las criaturas. Todas ellas son pasajeras y se disipan como la sombra; no hay nada, sino lo eterno, que sea digno de mí. Dios me concede facultad para que use de estas cosas durante un corto tiempo, pero no quiere que me aficione a ellas desordenadamente, ni que ponga en ellas mi último fin: son un medio para probarle mi amor y mi fidelidad; y me castigará o me premiará según el empleo que de ellas hiciere.

¿Qué concepto he de formar, pues, de todas esas cosas de que los hombres tanto se envanecen y por las cuales tanto se apasionan? ¿Qué juicio debo formar de las ventajas que me proporcionan el nacimiento o la posición que ocupó en el mundo, de las consideraciones que se me tienen y de los honores que se me tributan? ¿Me da todo esto motivo alguno justo y racional para engreirme? ¿Merece acaso que fije en ello mi atención? ¿Son otra cosa que pura vanidad? ¿Tengo por sólo esto motivo razonable para preferirme a cualquier otro hombre que de ello carezca? ¿Qué aprecio y estima deben merecerme las mismas dotes personales, genio, talento y habilidades por lo que respecta al alma; belleza, gracia y buen parecer por lo que al cuerpo se refiere? ¿Qué valor tienen todas esas miseriucas de que tanto se engrie la humana vanidad? ¿Soy acaso mejor o peor a los ojos de Dios por tener más o menos talento, tales o cuales grados de ingenio; ni por ser más o menos bello y agraciado? ¿Es razonable siquiera el contentarse vanamente por poseer todo eso, ni el afligirse por carecer de ello? ¿Debo acaso preferirme a los demás por grande que fuere en todo esto mi superioridad sobre ellos, siendo como son puro don de Dios, sin

que esté en mi mano acrecentarlos en lo más mínimo? A lo más podré cultivarlos y hacerlos fructificar, pero no por esto tengo derecho alguno a envanecerme por ellos.

Y los bienes de fortuna, que me proporcionan los placeres y las comodidades de la vida, ¿son acaso dignos de mí? ¿Merece tal vez que consagre a ellas mis deseos ni afanes, quitado aparte lo que sea necesario para satisfacer las necesidades de la vida? Las riquezas después de todo no tienen otro objeto que proporcionar algún bienestar al cuerpo ¿y no sería rebajarme hasta la condición de los animales, convertir a mi cuerpo en mi ídolo, en mi Dios, consagrando todos mis cuidados y afanes a esta masa de carne que sirve de envoltura a mi alma? ¿La misma salud, la vida misma temporal y perecedera, son acaso de tanto valor que deba yo inquietarme y desasosegarme tanto por conservarlas? Es racional siquiera la aprehensión excesiva de perderla? ¿Si la presente vida no la refiero a Dios, y no la empleo toda en su servicio, puede llamarse acaso un bien hablando en propiedad? ¿No sería por el contrario un mal y un gran mal para mí, puesto que los años sólo me servirían para multiplicar mis penas y mis pecados?

Pero al menos, la honra, la reputación, la estima de los hombres, serán sin duda un bien que merecerá todos nuestros cuidados y desvelos. ¿No será razón, por lo tanto, evitar todo lo que pueda hacemos perder dicha estimación y ambicionar todo lo que pueda procurárnosla? Convengo en que hay que vivir de manera que no demos con nuestra conducta pábulo a la maledicencia, pero esto ha de ser según las miras de Dios y no según las de los hombres. Si la conciencia nada nos reprocha ¿para qué alarmarnos, entristecernos, ni preocuparnos de los falsos juicios y de las perversas murmuraciones y dichos de los hombres? ¿Los juicios y críticas de los mundanos han sido nunca la regla de lo verdadero? ¿Seremos acaso juzgados por Dios según ese criterio? Y si Dios y nuestra conciencia se hallan de nuestra parte ¿qué mayor testimonio podríamos desear? Pero es que me tienen, diréis, en lo que no soy, ya no puedo ir a ninguna parte; se dicen públicamente de mi cosas que me cubren el rostro de vergüenza y me ponen en ridículo. Humanamente hablando es éste, sin duda, un mal; el peor quizá de

cuantos pueden acaecernos en la presente vida: pero, mirada la cosa por el prisma de la fe y con vistas a la vida eterna, podemos convertirlo en uno de los más excelsos bienes; puesto que el sacrificio de nuestra reputación puede acarrearlos un peso inmenso de gloria en el cielo. A más de que lejos de apenarnos y entristecernos al ver que los mundanos se burlan de nuestra piedad y virtud, deberíamos alegrarnos por ello; peor mil veces sería que nos alabaran. Y aunque llegaran las cosas a tal extremo que se desencadenara contra nosotros la más violenta persecución, y nos viéramos expuestos a los más infames suplicios y a la misma muerte, deberíamos tener presente que Jesucristo, la verdad eterna, ha proclamado que aun entonces seríamos bienaventurados, y El mismo escogió para sí semejante género de felicidad.

Quede pues bien asentado en nuestro corazón que sólo Dios es digno de nuestras aspiraciones y deseos. Pero de esta gran verdad se desprende otra no menos importante, a saber: que únicamente será digno de nuestro amor y aprecio, lo que Dios aprecia y ama. Ahora bien, ¿qué es lo que Dios estima? Precisamente todo lo que el mundo desprecia, y recíprocamente; pues sucede muy a menudo que lo que parece sublime y honroso a los ojos de los hombres, a los de Dios es abominable. Así lo declara terminantemente el santo Evangelio¹. La razón, de esta diferencia está en que Dios mira las cosas con relación a sí, a su gloria y a sus designios eternos sobre nosotros; mientras que los hombres las miran con relación a sí mismos y a la vida presente. ¿Cuál de estas dos reglas será razón sigamos en nuestros juicios y apreciaciones? La respuesta salta a la vista y no hay para qué formularla. ¿Y qué cosas ama Dios? Justamente lo que el mundo aborrece. Dios ama la pobreza, la cruz, las humillaciones, los sufrimientos, todo lo que despega nuestro corazón de los bienes de la tierra y eleva nuestros pensamientos y nuestros deseos hacia los bienes eternos. El mundo, al contrario, ama todo lo que nos aficiona a las cosas terrenales, todo lo que aparta nuestras miradas y deseos de los bienes celestiales. ¿Quién de entrambos juzga mejor

¹ Lc. 16, 15.

acerca de la verdadera grandeza y dignidad del hombre y de lo que constituye su verdadera felicidad? ¿Jesucristo que es la eterna verdad, o el mundo que es la mentira personificada?

Si queremos, pues, de veras santificarnos, no tenemos sino aplicar continuamente a nuestra conducta y a nuestras acciones esta máxima: Todo lo que no es Dios, todo lo que no es infinito, eterno e inmenso como El, no es digno de mí. No he nacido para las cosas de la tierra sino para las del cielo, decía San Estanislao Kotska, y lo mismo puede repetir cada uno de nosotros. Yo he sido criado para sólo Dios, y por consiguiente no debo amar, querer, desear, ni procurar, sino lo que me conduce y aproxima a Dios; lo que me facilita acá abajo su posesión, por medio de la fe y de la gracia, y lo que me asegura su goce eternal allá arriba. Debo, pues, despreciar, aborrecer y evitar a todo trance todo lo que pueda apartarme de Dios, todo lo que pueda arrojarlo de mi alma, todo lo que me exponga a perderle para siempre. Pero ¿dónde hallaremos un criterió fijo, acertado e infalible para discernir con toda seguridad qué es lo que nos conduce a Dios y qué nos aparta de El? En el santo Evangelio, en las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo. En efecto, Dios se hizo hombre, moró entre los hombres y comunicó con ellos para enseñarles cuál es su verdadera dignidad y su incomparable grandeza. Sólo en el Evangelio aparece el hombre verdaderamente grande, porque sólo allí se le ve en relación íntima con Dios. Fuera de las enseñanzas de Jesucristo, aun en los escritos de los más sabios filósofos paganos, aparece el hombre siempre pequeño, porque no nos lo presentan tal cual es: criado por Dios y para Dios, en quien sólo puede hallar su primer principio y último fin, que sacie perfectamente todas las aspiraciones y deseos de su alma.

¡Oh Dios mío! penetradme bien de esta gran verdad, que tanto me eleva y ennoblece a vuestros divinos ojos! ¡Que comprenda bien, Señor, la incomparable dignidad a que me habéis sublimado! No permitáis que jamás profane y envilezca mi corazón consagrándolo a otro alguno que a Vos; Sed de hoy en adelante el único objeto de mis pensamientos y afectos; que todos ellos vayan dirigidos a procurar; vuestra gloria: haced que las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo sean la única norma

de mi conducta, que ponga debajo de mis pies todas las criaturas, juntamente con mi orgullo y amor propio, a fin de que, muerto del todo a mí mismo y hollando todas las cosas criadas, vaya subiendo más y más de día en día, elevándome continuamente hacia Vos que sois mi primer principio, mi último fin y el único manantial de mi felicidad. Así sea.

XXIV

De las tentaciones

Por lo mismo que eras acepto a Dios
fué necesario que la tentación
te probase ¹

Las personas que se consagran a la vida espiritual fácilmente se persuaden de que son gratas a Dios, cuando éste les hace sentir las dulzuras de su presencia y las colma de consuelos espirituales; cuando gozan de una paz inalterable, sin que experimenten molestia alguna ni de parte del demonio, ni de parte de los hombres, ni de sí mismos. Pero si el Señor les retira sus consuelos, o permite y dispone que el demonio las tienta y que los hombres pongan a prueba su virtud, con mucha dificultad llegan a persuadirse de que todo aquello es señal manifiesta de que son agradables a Dios. Todo al revés, creen, o al menos temen, que aquello sea señal de que Dios las ha abandonado, que ya no le son gratas como antes: y todo se les va en darle vueltas a su espíritu, inquirendo e indagando cual podrá ser el motivo de que Dios las trate con tanto rigor.

A decir verdad, la cosa no es muy obscura que digamos; no es necesario romperse la cabeza, para dar con la verdadera causa de nuestras tentaciones. Bien claro lo manifestó el Arcángel San Rafael a Tobías, cuando le dijo: *por lo mismo que eras acepto a Dios, fué necesario que te probara la tentación*. Fijémonos bien

¹ Tob. 12 13.

en la hilación que existe entre los dos miembros de esta proposición. Tobías fué tentado y afligido con trabajos y calamidades: ¿cuál fué la causa? Porque era acepto a Dios. Según esto las tentaciones vienen a sér como la recompensa de nuestra fidelidad en el divino servicio; y Dios nos las envía, o permite que nos vengan, para que nos volvamos todavía más gratos a sus ojos, y consiguientemente para que seamos más perfectos y santos de día en día. A cada paso vemos confirmada esta verdad, en las Sagradas Escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento: siendo éste a no dudarlo, uno de los más poderosos motivos de consuelo que tienen los siervos de Dios, en medio de sus penas y trabájos.

Así que, desde el momento en que se entregan al servicio de Dios, lo primero que deben asentar en su corazón como verdad inconcusa, es que si le sirven de todo corazón, si son fieles a sus gracias, si no descuidan nada por hacerse agradables a sus ojos, El las probará con diversos géneros de aflicciones, permitirá que el demonio las tienta, y les enviará humillaciones y persecuciones. Hijo mío: nos dice el Espíritu Santo, por el Sabio ¹, *si te resuelves a servir a Dios, prepara tu alma para la tentación.*

Al contrario si observan que después de muchos años empleados en el divino servicio, su alma no ha sido probada con ningún género de tentaciones; si el demonio y los hombres les dejan enteramente tranquilos, entonces si que deberán desconfiar de su virtud y creer que no son tan aceptas a Dios como se figuran.

Es, pues, necesario que la tentación *pruebe* a los verdaderos siervos de Dios. Mas ¿qué significa eso de *probar*? Primeramente significa que con la tentación se hace una experiencia para que se vea bien a las claras cuál es la realidad y solidez de la virtud.

En efecto, ¿qué es una virtud que no ha sido ejercitada? Es una virtud débil y de muy problemático valor, sobre la cual no puede fundarse nada con seguridad. ¿Cuesta acaso mucho caminar cuando Dios nos lleva en brazos? ¿Cuesta mucho hacer

¹ Ecli. 2. 1.

oración cuando se está inundado de consolaciones? ¿Cuesta mucho vencerse cuando el atractivo de la gracia nos arrastra, por decirlo así, y apenas da lugar a la menor resistencia de la naturaleza? ¿Es acaso penoso el reposar pacíficamente en el seno de Dios y verse allí al abrigo de los vientos y de las tempestades? ¿Se necesita gran virtud cuando Dios mantiene al demonio a distancia del alma, sin permitir que la ataque, y ordena además que sea respetada de los hombres? Ciertamente no sería difícil la santidad, ni rara, ni costosa a la naturaleza corrompida, si pudiera adquirirse sin esfuerzo, ni combate, ni oposición alguna: y en tal caso, ¿a qué vendría la comparación que establece San Pablo entre los cristianos y los atletas del circo, quienes, después de largos y penosos ejercicios, bajaban a luchar en la arena, llevándose la palma de la victoria sólo a costa de muchos sudores, y, a menudo, de mucha sangre? Convengamos, pues, en que la virtud que no ha sido probada no merece apenas el nombre de virtud.

¿Y qué otra cosa significa *probar*? Equivale a purificar. Así como se prueban los metales, y se les purifica de toda aleación, metiéndolos en el crisol, así también se purifica la virtud en la tentación. ¿Y de qué hay que purificarla? De la mezcla de miras interesadas que la envilecen, del amor propio que la degrada y del orgullo que la envenena. Es imposible que la virtud sea lo que debe ser, desinteresada, noble, pura, desapasionada y exenta de toda vana complacencia, si no ha pasado por el crisol de diversas tentaciones. El efecto de cada tentación contra la pureza, por ejemplo, contra la fe o contra la esperanza, es fortificar en nuestra alma estas mismas virtudes y elevarlas a más alta perfección. Las ansiedades y congojas, las sequedades y desolaciones, las repugnancias y tedios, la sustracción de todo consuelo sensible y cierta especie de abandono que experimentamos de parte de Dios, sirven a maravilla para depurar nuestro amor, robustecer nuestro ánimo y acrecentar nuestra fidelidad y nuestra constancia. El efecto de las calumnias, vejaciones, persecuciones y falsas sospechas, debe ser sobreponernos a todo respeto humano, y al propio tiempo despojarnos de - cierta secreta complacencia que se engendra en nuestro corazón, casi sin sentirlo, cuando nos alaban o se tiene

buena opinión de nosotros. En fin, el efecto general de todas las tentaciones es despejarnos de las cosas de acá abajo, humillarnos a nuestros propios ojos inspirarnos mayor confianza en Dios y mas íntima unión con El.

Podemos, pues, asegurar con toda verdad, que las tentaciones, segun los designios de Dios, son la recompensa, la prueba, la consumacion de la virtud. ¿A que vienen, pues, esos temores y sobresaltos, cuando nos vemos tentados? Si la humildad nos impide desearlas, por parecernos que sería presumir de nuestras fuerzas, el deseo de nuestra perfeccion debería animarnos a desechar ese miedo cervical que nos inspiran, y a no entristecernos cuando vengan, creyendo que ya todo está perdido. Pero dirá alguno: temo pecar, temo perder la gracia y condenarme, y con la tentación me veo expuesto sin cesar a semejante desgracia. Decid más bien que teméis combatir, alcanzar la victoria y ser coronado; por que la corona de la gloria no ha sido prometida, según el Apóstol, sino a los que hayan combatido en buena lid. ¿No veis que ese temor de pecar, que os vuelve asustadizo y pusilánime, proviene de que no atendéis más que a vuestras propias fuerzas y que no contáis bastante con el auxilio divino, con el cual seréis invencible? Concedo que, no mirando más que a vuestra debilidad, la menor tentación bastaría para derribaros; pero no debéis combatirla apoyándoos en vos mismo, sino más bien arrojándonos en los brazos de Dios, a fin de que Él sea vuestro apoyo y vuestro sostén.

¿Pensáis y teméis pecar cuando el brazo del Todopoderoso es el que os sostiene? ¿Qué pueden contra Él todos los hombres y todos los demonios juntos? ¿Podrán acaso arrancaros de sus brazos a pesar vuestro? ¿Podréis dudar un punto siquiera de que Dios os concederá su poderoso auxilio para vencer esa tentación que Él permite os venga sin haberla vos buscado, o que si os expusisteis a ella fué por orden y disposición suya?

Escuchad a San Pablo; con vos habla cuando dice: *Dios es fiel y no permitirá que seáis tentado más allá de lo que puedan soportar vuestras fuerzas, sino que irá aumentando la gracia, a*

medida que arrecie la tentación, para que podáis vencerla ¹.

Ponderemos bien estas palabras, pues ellas solas bastarán para llenaros de consuelo y confianza en medio de las más rudas pruebas. *Dios es fiel*; y ha empeñado su fidelidad prometiéndoos su omnipotente socorro, siempre que vuestra alma corra algún riesgo sin culpa vuestra. Además su gloria se halla interesada en ello, puesto que el pecado tiende a arrebatársela. Sabe bien que no podéis nada sin su auxilio y que caeríais indefectiblemente en la tentación si os abandonara. Si Él os faltase en estos momentos críticos, se faltaría a sí mismo.

No consentirá que seáis tentado más allá de vuestras fuerzas. Esta fidelidad de Dios no consiste en sustraernos a la tentación, por cuanto esto equivaldría a privarse a sí de la gloria que de ella ha de resultarle, y privarnos a nosotros de los méritos que alcanzaremos con la victoria; sino que consiste en no permitir que la tentación exceda a nuestras fuerzas. Dios conoce perfectísimamente hasta donde alcanzan nuestras fuerzas, y con su amorosa providencia va moderando la acción del tentador, sin permitirle jamás que nos ataque con más violencia de la que nosotros podremos soportar.

Y no solo esto, sino que *va acrecentando su gracia a medida que crece la tentación; de modo que siempre podemos luchar con ventaja y salir vencedores.* Por manera que Dios nos da más fuerza para resistir., que la que concede al demonio para atacar. Podemos estar, pues, bien persuadidos de que jamás seremos vencidos y derribados por falta del auxilio divino. Si flaqueamos y caemos, será siempre por culpa nuestra: bien porque no hemos sido fieles en corresponder a la gracia, bien porque hemos presumido de nuestras fuerzas o por otras causas; pero suponiendo que no hayamos dado ocasión a nuestra derrota tenemos completamente asegurada la victoria.

Pero, es el caso, me decís, que yo no siento este socorro. ¿Y qué importa que lo sintais o no, con tal de que realmente lo tengáis? Dios ejercita así mejor vuestra fe. Además, ¿qué tiene de extraño que cuando el demonio excita tempestades en nuestra imaginación, amotina y subleva nuestras pasiones, oscurece nuestro entendimiento, y sacude violentamente todo nuestro ser, no sintamos ese auxilio que es puramente espiritual y obra en lo más íntimo de nuestra alma?

Es que creo haber consentido, me replicáis: mas aun, casi tengo de ello completa seguridad.-- Poco a poco: andaos con alguna mas calma en el juzgar de estas cosas por vos mismo: porque os expondríais a engañaros, y daríais quizá pie al demonio para que os embistiera con alguna otra tentación todavía más violenta. Lo más acertado será que suspendáis vuestro juicio y refiráis con toda sencillez lo que os ha pasado a vuestro padre espiritual, aquietándoos con lo que el os diga.— ¡Como! ¿tendré que sujetarme al juicio de otro acerca de lo que pasa en mi interior y en lo que está comprometida la salvación de mi alma?—Sí, vuestro padre espiritual tiene luces y reglas seguras para discernir si habeis o no consentido, y vos no teneis ni estas luces ni estas reglas. Dios, que quiere os dejeis conducir por la fe y por la obediencia, permite que no veais claramente lo que pasa en vuestro interior, sobre todo en estos momentos de turbación y de tinieblas.

XXV

Cómo debemos portarnos en las tentaciones

Después de haber hablado de la utilidad y aun necesidad de las tentaciones, conviene decir algo acerca de la manera cómo debemos conducirnos en ellas. Es esta una materia sumamente práctica, y a no dudarlo, una de las más importantes en la vida espiritual. Tratados enteros se han escrito acerca de ella: aquí nos limitaremos a lo más esencial.

No a todos combate el demonio con el mismo género de tentaciones, sino que estas suelen ser diferentes segun sea el estado de las personas a quienes combate, y hay que atender a esto con sumo cuidado para poderlas discernir bien. Las tentaciones con que combate al comun de los cristianos, tienden a inducirles al mal bajo la apariencia de algun bien sensible. Estas son fáciles de reconocer, pues claro está que desde el momento en que una cosa nos induce a cometer alguna acción mala, ya sea leve ya grave, es manifiesta tentación del demonio y hay que rechazarla a todo trance. Las personas verdaderamente espirituales y deseosas de la perfeccion, a quienes, de un modo

especial, va dirigido el presente capítulo, no tienen necesidad de largas explicaciones acerca de este particular. Lo único que les advertiré será, que el medio más seguro y eficaz para ponerse al abrigo de tales tentaciones y no ser cogidos en ellas, es vivir siempre atento a las inspiraciones de la gracia y firmemente resueltos a evitar no solo el pecado mortal y las ocasiones que a él nos conducen, sino también el pecado venial, y aun todo aquello que conozcamos desagrada a su Divina Majestad. Quien haya formado esta generosa resolución y sea fiel en cumplirla, o al menos trabaje de veras en conseguirlo, no será fácilmente sorprendido ni cogido en este género de tentaciones, que no tienen otro fundamento sino la indeterminación de la voluntad, que anda por decirlo así flotante entre la virtud y el vicio.

En los comienzos de la vida espiritual, cuando el alma se ha entregado de lleno a Dios y al ejercicio de la virtud, suele el Señor dejarla en paz por algún tiempo, y no permite, de ordinario, que el demonio la turbe gran cosa, a fin de que vaya fortaleciéndose en la virtud, tome fuerzas espirituales y esté mejor dispuesta para resistir los futuros ataques del enemigo. Mas como por otra parte la virtud tiene necesidad de ejercicio para afirmarse y arraigarse más y más en el alma, dispone Dios, o al menos permite, que vengan tentaciones sobre ella; bien sea para probarla y ejercitarla como hemos dicho, bien para curarla de cierta secreta complacencia que experimenta, considerando como cosa propia lo que es pura dádiva de Dios; ora en castigo de sus descuidos en el servicio divino, ora por otros motivos que no es del caso enumerar.

El objeto de semejantes tentaciones suele ser:

1.º -Persuadimos a que dejemos de hacer una cosa buena so pretexto de que la hacemos mal. Por ejemplo, el demonio intentará apartar al alma de la comunión, por el temor de.comulgar indignamente, o so pretexto de que no se aprovecha de ella cual debiera. Semejante temor no es más que una aprensión vaga que el demonio imprime en la imaginación, y debe despreciarse. Procede esta tentación de que querrían experimentar y ver con vista de ojos, como suele decirse, el fruto que sacan de las comuniones, lo cual es sencillamente un disparate.

2.º Apartarnos de alguna obra buena con el pretexto de que perdemos en ella el tiempo y fomentamos la ociosidad. Esto sucede principalmente tratándose de la oración. Cuando no se tiene en ella abundancia de consideraciones y afectos, antes al revés, se ve uno como agobiado de distracciones y aun tentaciones, intenta persuadirle Satanás que se está allí perdiendo el tiempo miserablemente, que mejor sería emplearlo en alguna otra ocupación más provechosa, puesto que es inútil empeñarse en un ejercicio superior a sus fuerzas espirituales. Es esta una tentación muy peligrosa, como observa Santa Teresa de Jesús, quien confiesa de sí con humildad que durante una larga temporada la tuvo el demonio engañada con ella. Persuadámonos de que aunque estemos en la oración mas secos que un palo, sin experimentar gusto ni consuelo alguno, no dejará de producir efectos saludables a nuestra alma, si perseveramos en ella con humildad y confianza.

3.º Suele tambien el demonio tentar a las personas espirituales, por el lado de la obediencia; ora infundiendo en su espíritu impresiones y sospechas malignas acerca de su director espiritual ó superior, ora persuadiéndolas que se equivoca en la manera de dirigir las, o que abusa de su autoridad. Acerca de esto sólo quiero advertir: que cuándo se tienen pruebas suficientes de que el director es persona prudente, discreta e ilustrada, y que se guía por el espíritu de Dios, es preciso obedecerle en todo como al mismo Dios, sin permitirse jamás juzgarle, ni dar oídos a ninguna sugestión maligna que pueda empañar la buena opinión que se tiene de él. Hay que exceptuar solamente el caso en que fuera de una evidencia palmaria y notoria que el director se porta mal, ordenando lo que excede sus facultades, o que es contrario a la ley de Dios, como sería, por ejemplo, si nos mandara cometer una falta por leve que fuere.

A las veces permite Dios, aun tratándose de almas muy adelantadas en la virtud, cierta clase de tentaciones molestísimas, que con más propiedad podríamos llamar vejaciones del demonio. Como el Señor quiere fundar bien en la humildad y propio conocimiento a esas almas, da licencia al maligno espíritu para que las sugiera violentas tentaciones contra la pureza, contra la fe, la esperanza y la caridad con Dios y con el prójimo:

permite que se realice en ellos una como sublevación y desencadenamiento universales de todas sus potencias, y hasta permite ciertas impresiones y actos externos, aparentemente pecaminosos, en los cuales cree el alma haber consentido, aunque ande muy lejos de ello. En tales trances más que nunca, necesita el alma un director hábil y experimentado al cual obedezca ciegamente, rindiendo su voluntad y propio juicio: porque anda entonces tan hondamente perturbada, son tan espesas las tinieblas que envuelven su inteligencia, que se halla de todo punto incapacitada para juzgar rectamente acerca de lo que pasa en su interior, y es preciso, a todo trance, que se someta al juicio de otro. Lo que si debe procurar, la persona que así se ve tentada, es no ocultar nada a su director; sino referirle con fidelidad y sencillez, sin miedo ni falso rubor, todo lo que experimenta. Una vez hecho esto, atégase humildemente a lo que el decida y ponga en práctica los consejos que le dé, sin averiguaciones de ninguna especie, por mas que le asalte el temor y la duda de si se habrá expresado bien o si la habrá comprendido, u otras cosas por el estilo. Tal situación de espíritu es, a decir verdad, penosísima, por las terribles perplejidades que engendra en la conciencia, que se ve como estrujada y aturdida. Con todo, Dios permite semejantes vejaciones del demonio para mayor provecho del alma: para que conozca mejor su profunda miseria y bajeza, se purifique más y más de la escoria de las bajas pasiones, desconfíe de si misma, reprima todo movimiento de amor propio y ponga toda su confianza en Dios. Mas para conseguir estos frutos preciosísimos, es preciso tener una obediencia ciega y una fidelidad y sujeción inquebrantables.

Además de lo dicho acerca de la manera de portarse en las diversas tentaciones, hay que tener presente algunas reglas generales que deben observarse antes de ser tentado, mientras dure la tentación y después que ésta se haya desvanecido.

Antes de la tentación hay que procurar no tener excesivo miedo a las tentaciones, ni andar a todas horas preocupado con la idea de si me tentara el demonio en esto o en aquello, o en lo de mas allá. Claro está que siempre hemos de estar prevenidos y aparejados para resistir con prontitud y energía las tentaciones

que el demonio, o nuestra sensualidad, o los objetos exteriores susciten contra nuestra alma: pero la más excelente preparación y las mejores disposiciones para resistirlas siempre con éxito y vencerlas, son: ilimitada confianza en Dios Nuestro Señor, fidelidad inviolable a la gracia, ánimo generoso y varonil para combatirnos y vencernos a nosotros mismos en todas las cosas: porque cuanto la naturaleza este mejor domada, tanta menor fuerza tendrá la tentación sobre nosotros. El demonio es fuerte contra nosotros, precisamente porque le dejamos encastillar en la fortaleza de nuestra sensualidad o amor propio.

En el tiempo de la tentación es preciso dejarla pasar como una nube tempestuosa, estar bien resuelto a no ofender ni disgustar a Dios y no aflojar poco ni mucho en las ocupaciones ordinarias o en los ejercicios de piedad. Aunque nos viéramos asaltados de los pensamientos más horribles en la oración, no hay que dejarla hasta que se haya cumplido el tiempo prescrito. Mucho menos hay que renunciar a la comunión, con el pretexto de los pensamientos impuros o blasfemos que nos asedien en aquel momento. De ordinario este es el tiempo que el demonio elige para atormentarnos. Formemos la firme resolución de no cederle el campo nunca por más violencias que sobre nosotros ejerza. *Resistid al diablo*, dice el Apostol Santiago, *y huirá de vosotros*. Nada puede contra un alma que le resiste a pie firme: y al fin no le queda más remedio que huir de ella, mohino y confuso.

Si el director espiritual os hubiera prescrito alguna práctica para el tiempo de la tentación, ateneos a ella fielmente, porque Dios bendice siempre la obediencia.

Después que haya cesado la tentación, conviene aquietar y serenar el espíritu y no ponerse al punto a investigar si se ha consentido o no: tales averiguaciones sólo servirían tal vez para turbarnos y desalentarnos, y aún quizás suscitarían de nuevo la tentación. Es muy difícil discernir en muchas ocasiones, si el alma ha resistido o sucumbido interiormente a la tentación, y además entonces no se tiene la serenidad suficiente para ello. La conducta habitual que el alma observa fuera de la tentación, es, en caso de verdadera duda, el mejor indicio para decidir si hubo victoria o derrota. Si ella es humilde, dócil y obediente, exacta

en el cumplimiento de sus deberes, puede darse casi por seguro que no sucumbió, y conforme a esta regla debe el confesor fallar y tranquilizar el alma, si hay necesidad de hacerlo. Conviene, pues, que ésta le rinda cuenta minuciosa de lo que ha experimentado, sin aumentar ni disminuir nada, dando por cierto lo que a su entender crea cierto, y por dudoso lo que crea dudoso. Lo demás toca al director.

Lo que a todo trance debe evitar es entretenerse en revolver con el pensamiento la tentación y sus circunstancias. Sólo debe pensar en esto cuando haga el exámen para confesarse: y aun entonces, si nota que se le alborota la imaginación, déjelo correr y no piense más hasta que llegue el momento de manifestarlo al confesor.

XXVI

De la generosidad en el servicio de Dios

Hay dos maneras de generosidad, la una natural y la otra sobrenatural: ambas nos vienen de Dios, y la primera nos dispone admirablemente para la segunda. Para emprender de veras la senda de la virtud, andar por ella sin desfallecimientos y perseverar hasta el fin, se necesita gran generosidad; por que esta senda se reduce a una serie de sacrificios cada vez mayores y más difíciles. Así pues, todas las almas a quienes Dios llama a la santidad, poseen cierta nobleza de sentimientos, que las hace superiores a los bienes de la tierra; y al propio tiempo cierta ternura de corazón, que las hace sensibles a las miserias de los demás, y las induce a sacrificar parte de lo suyo para aliviarlas. Pues bien, de la reunión de estas dos cualidades, nobleza de sentimientos y ternura de corazón, nace la generosidad.

Un alma de bajos sentimientos y aficionada a los bienes de este mundo, un alma dura e insensible a los males de sus

prójimos, no será nunca verdaderamente generosa; podrá tal vez abrazar la vida devota, llevada de miras interesadas y con el solo fin de no condenarse, pero siempre será menguada, egoísta y rastrera: dará a Dios lo estrictamente necesario, y a más no poder, sin que llegue jamás a formarse idea siquiera de los grandes sacrificios que se imponen las almas generosas en el servicio de su divina Majestad.

Mas aunque la generosidad natural sea muy preciosa disposición para la generosidad sobrenatural, hay sin embargo gran distancia de la una a la otra; ora se las considere en sí mismas, ora en sus motivos.

La generosidad natural consiste solamente en dar a los demás una parte de lo que tenemos; mientras que la generosidad sobrenatural nos impele a dar a Dios no sólo lo que tenemos, sino también lo que somos y aun todo cuanto somos, podemos y valemos; pues nos impulsa a sacrificarle nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra libertad, nuestra salud, nuestra vida y nuestra reputacion; a consentir en una palabra, en el aniquilamiento y destrucción total de nuestro amor propio para ser enteramente poseídos e informados por el amor de Dios.

Ahora bien, como observa San Gregorio¹, tal vez podrá suceder que no le sea al hombre muy penoso desposeerse de todos sus bienes, pero siempre le resulta penosísimo despojarse de sí mismo y renunciarse en todo; tanto que sin gracias muy especiales de Dios y sin los mayores esfuerzos de generosidad, no lo conseguirá jamás. Parece que ya todo está arreglado, cuando en ciertos movimientos de fervor sensible, se da uno a Dios de todo corazón, protestando que se está pronto a pasar por todas las pruebas, a sufrirlo todo, a sacrificarlo todo por su amor. Pero todo aquello no pasa de ser muchas veces sino un sacrificio imaginario, al cual estamos tal vez solamente dispuestos y preparados, más el sacrificio verdadero es otra cosa muy diferente.

Cuando Dios quiere de veras introducirnos en la vía de los sacrificios reales retira de ordinario los consuelos sensibles; permite que experimentemos repugnancias, rebeliones de la natura-

¹ Homil. 32 in Evang. Fortasse laboriosum non est homini relinquere sua; sed valde laboriosum est relinquere semetipsum.

leza y una especie de sublevación general del amor propio. Se siente entonces una aversión inexplicable a lo que Dios exige de nosotros, trábase un violento combate en nuestro interior, que reduce al alma a una especie de agonía. Se desea que el cáliz pase de nosotros; ruégase a Dios con instancia que así lo disponga; en una palabra, la naturaleza resiste a su destrucción con todas sus fuerzas. A pesar de todo la voluntad, sostenida por la gracia de una manera poderosa aunque imperceptible, permanece inquebrantable en su conformidad con el divino beneplácito, recibe los golpes que contra ella descarga Dios nuestro Señor y siente toda su violencia, pero los soporta con valor y no se deja abatir.

Alguna vez, en el momento de recibir el golpe, el alma está sosegada, animosa y contenta; pero enseguida se apodera de ella la turbación, alborótase la imaginación, rebélase el amor propio; y estas agitaciones interiores la fatigan, la acosan por todos lados y no se apaciguan sino después de un lapso de tiempo más o menos largo, según plazca a Dios prolongar o acortar aquella prueba y combate. Reanúdase ésta una y otra vez, con iguales o parecidas circunstancias, hasta que el alma se halle en perfecta posesión de sí misma, respecto al objeto de que se trata. Entonces Dios la sujeta a otra prueba y a otra; con lo cual, de sacrificio en sacrificio, se llega a la consumación.

Más ¿por qué permite Dios esas repugnancias y rebeldías interiores, ora sea antes ora después del sacrificio? Por muchas razones y todas ellas muy dignas de su sabiduría infinita. Primeramente las permite para que el alma aprenda a conocerse y vea con vista de ojos cuánta es su poquedad y malicia, cuán rebelde y refractaria a todo lo bueno, e incapaz por sí sola del menor esfuerzo de generosidad. Con esto la mantiene profundamente humillada y abatida. Si Dios no hiciera sentir al alma la suma dificultad que hay en el ejercicio de las virtudes y cuánto cuesta su perfecta adquisición, habría gran peligro de que se viera después tentada de vana complacencia y atribuyera a sus propias fuerzas lo que depende del auxilio divino. En segundo lugar, de este modo conoce mejor el alma la excelencia y valor incalculable de la gracia y cuánta necesidad tiene de confiar únicamente en Dios, ya que no halla en sí ningún apoyo.

ni fuerza alguna. En tercer lugar, cuanta más resistencia experimenta en el ejercicio de la virtud y cuantos mayores obstáculos tiene que vencer, tanto es mayor su mérito; cuanto más recia es la batalla, más decisiva es la victoria y más en frenada queda la naturaleza: Dios es entonces más glorificado y el demonio mejor confundido. Finalmente, en estas batallas espirituales, adquiere el alma mayores luces y experiencia en lo tocante a las cosas de la vida interior.

Como todo nuestro esfuerzo y generosidad viene de Dios, este Señor la oculta a nuestras miradas; no fuera cosa que pretendiéramos arrebatarle la gloria que sólo a El pertenece.

Por lo poco que acabamos de indicar se entenderá fácilmente cuánta es la diferencia que hay entre la generosidad natural y la sobrenatural, y que ésta se ejercita en cosas que nos tocan muchísimo más de cerca y cuya renuncia exige, de nuestra parte, esfuerzos y sacrificios incomparablemente superiores a los que supone el ejercicio de aquélla.

Pero si tanto difieren entre si la generosidad natural y la sobrenatural, no son menos diversos los motivos que las animan. En efecto, en el ejercicio de la generosidad natural, se nos entra casi siempre un no sé qué de amor propio, y aún a veces buscamos en ella la propia satisfacción y nos dejamos llevar de la vanidad y el orgullo. Fácilmente se cree uno superior a aquellos a quienes dispensa favores, y se complace interiormente al ver que posee cierta nobleza de sentimientos que le elevan sobre el común de los hombres; se nutre el amor propio con las alabanzas que esto le proporciona, se da uno el parabién a sí mismo y se goza con cierta complacencia interior, que le indemniza superabundantemente de los sacrificios que haya podido costarle el ejercicio de su generosidad natural.

Ninguno de éstos motivos mancilla el ejercicio de la generosidad sobrenatural. El amor propio no encuentra en ella pábulo alguno, puesto que precisamente se ejercita a sus expensas y muy a pesar suyo. Tampoco entra para nada el propio interés, por cuanto la generosidad nos induce a sacrificarlo a los intereses de Dios. Las victorias sobre nosotros mismos nos cuestan tan caras y nos resultan tan penosas, que no hay resquicio por donde se nos entre la vanidad. Las humillaciones

interiores y exteriores nos garantizan contra el orgullo y los vanos aplausos de los hombres. Todo es en ella, para Dios, sólo para Dios; y esto es precisamente lo que imprime a esa generosidad un carácter sublime y divino que no puede ser sino efecto de la gracia.

Cuando Dios quiere exigir al alma grandes sacrificios, comunícala siempre una generosidad proporcionada a ellos; la ensancha el corazón, eleva sus sentimientos, infúndela altísima idea de lo que El se merece, le da a conocer que todo lo que ella puede hacer en su servicio, es nada y menos que nada; que es además pura dignación y bondad de parte suya aceptar lo que le ofrece; que toda la gloria que pudiera procurarle el anonadamiento voluntario de todas las criaturas racionales, nada añadiría a su grandeza ni a su felicidad; en fin, que es un honor inestimable el que nos dispensa, cuando se digna recibir nuestras ofrendas y sacrificios.

Penetrada de tales ideas, ve claramente el alma que hasta entonces nada ha hecho por Dios y concibe un deseo inmenso de consagrarse toda entera a El; mas puesto caso que todo lo que ella podría hacer y sufrir por Dios, es indigno de El, suplícale se digne glorificarse en ella de la manera que mejor le plazca, y con esta mira se entrega totalmente a El. Desde ese momento su corazón se ensancha más y más y se convierte en instrumento adecuado a la grandeza de los designios de Dios, en cuanto le es dado alcanzarlo a una criatura flaca y miserable. El yugo de los mandamientos y aun el de los consejos evangélicos, que parece tan pesado y penoso al común de los cristianos ordinarios, se le convierte en suave y ligero; admirase de que Dios le pida tan poco y quisiera hacer por su amor mil veces más. Esto era lo que David experimentaba cuando decía: *He corrido por la senda de vuestros mandamientos desde que habeis dilatado mi corazón.* Antes caminaba penosamente y a costa de redoblados esfuerzos; parecíale el camino demasiado áspero y estrecho, porque su corazón era mezquino y encogido. Al presente en que Dios ha tomado posesión de su corazón y le ha comunicado algo de su inmensidad, no anda ya, sino que corre, vuela, sin que haya dificultad ni obstáculo capaz de retardarla en su veloz carrera.

Tan cierto es que en el servicio de Dios todo depende de la disposición del corazón, y que lo que parece mucho a un alma egoísta y mezquina en sus aspiraciones, es nada para otra alma generosa que ha salido de sí misma para ser toda de Dios. Pidamos, pues, al Señor nos conceda esa envidiable generosidad en su divino servicio. Roguémosle que no permita seamos de aquellos corazones entecos y raquíticos, que andan a todas horas tanteando y calculando a lo que les obliga estrictamente el divino servicio, sino que al contrario pertenezcamos al número de aquellas otras almas nobles y generosas que quieren a todo trance adelantar más y más en el servicio de su divina Majestad; que anhelan servir a Dios como El merece ser servido, con toda la fidelidad y perfección posibles. Para llegar a esto no hay más que un solo medio: despojarnos enteramente de nosotros mismos y revestirnos del espíritu de Dios. Pidámosle pues esta gracia y trabajemos incesantemente para conseguirla, puesto que de ella depende la mayor gloria de Dios y nuestra propia perfección. Seamos inviolablemente fieles a las divinas inspiraciones, porque cuanto menos nos dejemos llevar de nuestro propio espíritu, mejor seremos conducidos y guiados por el espíritu de Dios. Seamos en fin generosos con su divina Majestad, no a nuestro modo; sino a la manera como El lo es con nosotros.

XXVII

De la obediencia

Entre todas la virtudes morales la más difícil, y cuya práctica cuesta más a los hombres, es la obediencia.

Sacrificar su voluntad, sacrificar el propio juicio, depender de otro no solamente en la manera o forma de obrar, sino hasta en el modo de pensar y de juzgar; y esto no sólo en cosas indiferentes, o de poco momento, sino aun en aquellas que se

relacionan con la salvación y la santidad, es para el hombre, una cosa más difícil que las privaciones, los ayunos y las austeridades. La obediencia ataca al hombre en lo que tiene de más íntimo, o sea, en su libertad, en el derecho de disponer de sí mismo; ataca al amor propio en lo que parece tener de más razonable y legítimo.

A la verdad, ¿qué cosa, al parecer más razonable que juzgar de las cosas según la propia razón, guiarse por las propias luces y no conformarse con el juicio de otro sino después de muy pesado y examinado? ¿Qué cosa más repugnante puede haber que sujetarse a la autoridad de otro en lo que mira a nuestra conducta, no hacer nada sin su beneplácito y acomodarse en todo a lo que él aconseja u ordena, sin oponerle resistencia alguna, ni siquiera interior? Este sacrificio es sin contradicción el más grande que pueda hacerse; el más universal, puesto que se extiende a todos los momentos de nuestra vida: es finámente el más trascendental, puesto que tiene por objeto la vida futura y nuestra felicidad eterna.

Y sin embargo éste es el sacrificio que Dios exige de toda alma que aspira a la perfección. Sí, lo exige como una condición sin la cual no alcanzará ni la virtud ni la santidad verdadera. Por más esfuerzos que haga, si el alma sigue su propia voluntad, si se dirige por su propio juicio, si pretende continuar siendo dueña de sus actos, no agrada del todo a Dios; porque el amor propio, el espíritu propio, pervertirá sus obras. Dios declaró a los judíos, por uno de sus Profetas, que sus ayunos no le complacían poco ni mucho, por ir manchados por la propia voluntad. Y por esto dijo Samuel a Saúl: *¿Por ventura el Señor no estima más que los holocaustos y las víctimas, el que se obedezca a su voz? La obediencia vale más que los sacrificios y el ser dócil a sus mandatos importa más que el ofrecerle las más preciosas víctimas*¹. Estas palabras son muy significativas, pues nos dan a entender con toda claridad que lo que da principalmente valor a nuestras obras es la obediencia; puesto que los mismos actos de religión, de suyo excelentes, le desagradan y los desecha, cuando son contrarios a lo que El manda. Que no hemos de servir a Dios como a nosotros se nos antoje, sino como El quiere que le sirvamos.

Dios exige, pues, esta virtud como la más agradable a sus ojos y de la cual depende principalmente el mérito de las demás. Hablando en rigor, con las otras virtudes el hombre da a Dios todas sus cosas, pero no se da a sí mismo; puesto que reserva para sí lo que Dios más aprecia y exige de su criatura ante todo y sobre todo. Mas por la obediencia se da el hombre a sí propio todo entero, porque nada reserva para sí aquel que inmola a Dios su misma libertad y quiere depender de El en todas las cosas.

Pero, se dirá, para depender de Dios ¿es acaso preciso obedecer al hombre? ¿No basta y sobra que sea yo fiel a las inspiraciones de la gracia por medio de la cual habla Dios a mi corazón? Respondo en primer lugar que la gracia y la inspiración divina os llevarán a someteros al hombre, porque tal ha sido el orden establecido por Dios; el cual, tanto en lo espiritual como en lo temporal, nos gobierna por el ministerio de otros hombres, revestidos de su autoridad. En segundo lugar, ¿quién no sabe que nada hay tan peligroso, ni tan sujeto a ilusión, como el constituirse juez de las inspiraciones divinas? Guiándonos por este criterio es segurísimo que nos extraviaríamos, tomando por voluntad de Dios lo que sería puro antojo de nuestra fantasía, o quizás sugerencias del amor propio. Finalmente tal disposición de espíritu supondría un orgullo refinado y una presunción incalificable, que Dios castigaría terriblemente, abandonando a su réprobo sentido a aquel que rehusara someterse a la autoridad que el mismo Dios ha instituido para guiarle.

¿Y por qué, diréis tal vez, por qué he de someterme yo a un hombre que después de todo puede equivocarse y extraviarme? El hombre al cual os someteis, tiene las veces de Dios, no podéis dudarlo; está colocado por Dios para guiaros en los caminos de vuestra salvación. Si de buena fe os ponéis bajo su dirección con la mira de obedecer a Dios, debéis creer que Dios le iluminará y os dará por su boca las instrucciones que os sean necesarias. Debéis creer que el Señor no permitirá jamás que os extraviéis andando por el camino que El mismo os ha trazado, puesto que está su providencia comprometida en preservaros de

error. Además partimos del supuesto de que el director espiritual o el legítimo superior, ni con sus palabras, ni con su conducta, da motivo alguno razonable para sospechar ni de su fe, ni de su piedad, ni de sus costumbres, ni de su capacidad; encaso contrario habría que abandonarlo. Pero cuando tengáis la seguridad moral de que es piadoso, discreto e ilustrado, debeis abandonaros enteramente a su dirección, sin temor de correr peligro alguno ni en lo tocante a vuestra salvación, ni tampoco en lo relativo a vuestra perfección. Dios no permitirá que se engañe en nada esencial, rectificará con su sabia providencia las pequeñas equivocaciones en que acaso caiga, de modo que no perjudiquen ni a él ni a vos. Hay que tener acerca de este particular ideas bien claras y fijas, pues de lo contrario nos hallaríamos a cada paso envueltos en dudas, inquietudes y escrúpulos: los fundamentos de la obediencia nada tendrían de sólidos y firmes, y nos sería imposible sostenernos en medio de las tentaciones y pruebas, en las cuales quiere Dios que sacrifiquemos y sometamos entera mente nuestro juicio al del director espiritual o superior.

El camino de la obediencia es, pues, no solo seguro, sino el único verdaderamente seguro, el único cuya seguridad nos garantiza el mismo Dios y al cual tiene vinculadas sus gracias y sus bendiciones. Andando por él tiene el alma certeza absoluta de no extraviarse, porque a cada paso que dé puede tranquilizarse diciéndose a sí misma: Yo no obro por mi capricho; yo no sigo mi propia voluntad, yo no me gobierno por mis decisiones; Dios es el que decide, el que me gobierna por medio de aquel que es, para mí, su representante. Estoy más seguro de hacer la voluntad de Dios siguiendo la obediencia, que si Dios mismo me hubiese hablado; porque yo pudiera engañarme y tomar por voz de Dios las sugerencias del demonio o de mi imaginación; mientras que es moralmente imposible que yo me engañe, tomando como ordenado por Dios lo que me prescribe la obediencia. ¡Qué paz tan grande y cuánta tranquilidad no infunde en el alma semejante seguridad!

Este modo de proceder, como ya dijimos antes, comunica incomparable mérito a las cosas más pequeñas hechas por el motivo formal de la obediencia; porque aun en las cosas mí-

nimas se encuentra algo realmente grande, a saber: el sacrificio de la propia voluntad. Donde quiera no se interponga de por medio nuestra propia voluntad, Dios ve la suya; y allí donde ve la suya ¿podrá haber nada que no le sea sumamente agradable?

Esta es también la senda que nos conduce al propio anonadamiento, por la cual se llega a adorar a Dios en espíritu y en verdad, y al perfecto holocausto de nosotros mismos. En efecto; ¿que le queda al hombre después que ha renunciado a su juicio y voluntad para conformarla con la de su superior? ¿Que reserva para sí? Nada; todo queda sacrificado, todo queda inmolado. Dios lo posee todo, porque posee la libertad de su criatura y dispone de ella como de un bien propio.

El mérito de obedecer al hombre, en cuanto es representante de Dios, es tan grande, que sobre puja al de obedecer al mismo Dios en persona; por que si yo viese a Dios, si El me intimase inmediatamente su voluntad, no tendría el mérito de la fe, y no me costaría nada sin duda el someter mi juicio y mi voluntad a la de Dios.

Ademas el ejercicio de la obediencia encierra en sí, de un modo eminente, la práctica de todas las demás virtudes; nos vuelve invencibles al demonio, nos eleva por encima de todas las tentaciones y de todas las pruebas y atrae sobre nosotros las gracias, del cielo. Dios no rehusa nada a un alma obediente; se complace en ella y la colma de sus más preciosos dones.

La obediencia es, por consiguiente, el camino abreviado de la perfección. Aficionémonos a ella de una manera especial. No despreciemos nada de lo que ella nos prescribe. Guardémonos mucho de discutir, y menos aun reprobar interiormente, lo que nos manda la santa obediencia: no pretendamos jamás traer la voluntad del superior a la nuestra, porque, como nota San Bernardo, "quien quiera que, descubierta o mañosamente, procura que su padre espiritual le ordene lo que el quiere, él mismo se engaña si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al Prelado, sino el Prelado a él". Cautivemos y sujetemos nuestro entendimiento, como aconseja San Ignacio de Loyola; "y presuponiendo y creyendo, en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe, que todo lo que el superior ordena, es ordenanza de Dios

nuestro Señor y de su santísima voluntad, a ciegas, sin inquisición alguna, procedamos con el impetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que se nos manda. Este modo de sujetar el juicio propio, es usado de los santos, y debe ser imitado de quien quiera perfectamente obedecer en todas las cosas donde pecado no se viese manifestamente. Con esto no se quita, añade el mismo santo, que si alguna cosa se os representase diferente de lo que al superior, y haciendo oración os pareciese, en el divino acatamiento, convenir que se le representádes, que no lo podáis hacer. Pero si en esto quereis proceder sin sospecha del amor y juicio propios, debeis estar en una indiferencia, antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata; pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare”¹

Imitemos, finalmente, a nuestro divino modelo, Jesucristo, el cual fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz ². No bajé del cielo para hacer mi voluntad, nos dice el mismo Jesucristo ³ sino la de mi Padre celestial: y desde su nacimiento hasta su último suspiro no se apartó un punto de la voluntad de su Eterno Padre, sino que le complació, en todo. Quae placita sunt ei facio semper ⁴. ¡Ojala pueda decirse otro tanto de nosotros, a contar desde el momento en que nos hemos entregado enteramente al servicio de Dios!

1 Carta sobre la obediencia
2 Philip 2, 8.

3 Jn. 6, 38.
4 Jn. 8, 29.

XXVIII

De la humildad

Aprended de mí que soy
manso y humilde de corazón
y hallaréis descanso para
vuestras almas.

Mt. 11, 29..

La mansedumbre es fruto de la humildad cristiana; y por esto Jesucristo junta aquí estas dos virtudes, porque la una es consecuencia de la otra. Todo hombre humilde de corazón, es manso; y todo aquel que carece de humildad, carece también de mansedumbre, que es madre de la humildad. Así como el orgullo es madre de la presunción, dice San Bernardo, así la verdadera mansedumbre sólo puede proceder de la humildad verdadera ¹.

¡Cosa singular! Jesucristo no nos dice que aprendamos de Él otras virtudes que estas dos: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. ¿Por qué esto? ¿Hay acaso alguna virtud que no podamos aprender de Jesucristo? Indudablemente que no; pero quiso enseñarnos con esto en cuánta estima tenía la humildad, puesto que nos la presenta como el compendio y consumación de toda su vida y doctrina y de toda perfección evangélica. No dijo como observa San Agustín²: “aprended de mí a fabricar los cielos y la tierra; aprended de mí a hacer maravillas y milagros, sanar enfermos; echar demonios y resucitar muertos, sino aprended de mí a ser mansos y humildes de corazón”. Como si dijera: Esta es mi virtud predilecta mi propia virtud y la que prefiero a todas las demás.

Toda la vida de Cristo en la tierra fué una lección elocuentísima de todas las virtudes, pero especialmente de la humildad. Siendo

¹ Sicut mater praesumptionis est elatio, sic mansuetudo vera, non nisi ex vera humilitate procedit. Serm. 2, in Apoc. XII.

² De verbis dominis, sec. Math.

Dios por naturaleza, abajóse y anonadóse tomando la forma de siervo; vivió toda su vida humillado y abatido, y murió rodeado de afrentas, humillaciones y desprecios en un madero infame, como si fuera el peor de los malhechores. Quiso, dice San Basilio, nacer de madre pobre en un establo, ser envuelto en unos pobres pañales, reclinado en un pesebre: quiso ser circuncidado como pecador, venir a Egipto como flaco, y ser bautizado entre publicanos y pecadores como uno de ellos; después, en el decurso de su vida, quiérenle honrar y levantar por Rey, y escóndese; y cuando le quieren afrentar y deshorrar, entonces se ofrece; ensalzanle los hombres, aun los endemoniados, y mándales callar; y cuando le escarnecen y dicen injurias, no habla palabra. Y al fin de su vida, para dejarnos más encomendada esta virtud de la humildad, la confirmó con aquel maravilloso ejempló de lavar los pies a sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz, como una víctima voluntaria de todas las iniquidades del mundo.

Es imposible que nosotros seamos humildes en el mismo sentido en que lo fué Jesucristo, el cual, siendo digno de toda honra y excelencia, se abajó y anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo. En nosotros la humildad consiste en colocarnos en el lugar que nos corresponde en la presencia de Dios, o sea en tenernos en lo que somos, ni un punto más ni un punto menos; porque, como observa agudamente Santa Teresa de Jesús: " la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino miseria y ser nada: y quien esto no entiende anda en mentira" ¹. Siendo, pues, nada de nosotros mismos, no podemos abajarnos ni ponernos en un lugar inferior al que nos corresponde. Pero si a la nada que somos de nosotros mismos añadimos el pecado original y los pecados personales, no sólo no somos nada, sino que además nos hemos hecho dignos de la maldición de Dios y de los suplicios del infierno, dignos de todo desprecio y de toda humillación y como tales inmensamente más bajos que la nada. ¿Cuál será, pues, el estado, por humillante que sea, que no lo hayamos merecido? Poniéndonos al nivel de la nada, no conse-

¹ Moradas 6, c. 10.

guiríamos más que hacernos justicia, aún cuando no fuéramos culpables de pecado alguno. Aceptando el ser tratados por Dios y por las criaturas como lo merece un pecador, nos haríamos también justicia, aunque sólo hubiésemos cometido un pecado mortal. ¿Cómo, pues, nos atrevemos a ensoberbecernos y engreimos con nuestra propia estimación, siendo, como somos tal vez, responsables de una muchedumbre innumerable de pecados mortales? Reconozcamos humildemente que estamos tan bajos, que es imposible bajarnos más. Reconozcamos que en el orden natural y en el orden sobrenatural, en esta vida y en la otra, no hay confusión, desprecio, ni ignominia que no sea inferior a lo que hemos merecido. Y cuando hayamos reconocido esto, con toda la rectitud de nuestro corazón; cuando hayamos soportado todas las humillaciones que merece una criatura culpable; cuando nos hayamos reconocido por muy dignos de tales humillaciones, todavía nos veremos constreñidos a confesar que al someternos a todo esto, no hacemos otra cosa que aceptar lo que merecemos en justo castigo de nuestras faltas y pecados.

Y si todo esto es verdad, si nada hay tan evidente, según los principios de la fe, ¿de dónde proviene ese desmesurado orgullo que no puede sufrir ni de parte de Dios, ni de parte de los hombres, la menor sombra de desprecio, ni el menor desaire aparente? La sola idea de ser despreciados y humillados nos subleva, nos turba y nos saca de quicio; no llegamos a persuadirnos que el despreciarnos es devolvernos lo que se nos debe, y que cuantos menosprecios y humillaciones puedan sobrevenirnos, serán siempre inferiores a las que hemos merecido. Evitamos con exquisito cuidado todo aquello que pueda hacernos perder la vana estimación de los hombres, sacrificamos nuestros deberes, las divinas inspiraciones y las más vivas y más seguras luces de la conciencia, al temor de una burla, de un falso y despreciable juicio que se forme sobre nosotros. Nos parece que el más penoso esfuerzo de la virtud consiste en aparecer a los ojos del mundo tales cuales somos interiormente a los ojos de Dios, y nos creemos impotentes para realizar este esfuerzo, faltando en mil ocasiones a nuestras más firmes promesas y resoluciones. ¡Cuanto orgullo! ¡cuánta

injusticia e insensatez la nuestra, en no poder llevar en paciencia que los demás nos tengan en lo que somos y formen el mismo concepto que en nuestro interior hemos formado de nosotros mismos! Y si al menos nos ruborizáramos de esta soberbia y nos humilláramos al re flexionar sobre ella, menos mal; pero sucede todo lo contrario: que nos vanagloriamos de ella y nos creemos dotados de sentimientos nobles y elevados; tratando de bajeza, de locura y de extravagancia, la estimación que los santos hicieron de las humillaciones, y la santa emulación con que las abrazaron.

Si fuéramos verdaderamente humildes, no nos vana-gloriaríamos en manera alguna, ni por la nobleza de nuestro nacimiento, ni por las riquezas, honores y dignidades, ni por el talento, ingenio, belleza corporal u otros dones naturales: y jamás los convertiríamos en títulos de vana ostentación, ni nos preciaríamos tanto de tales vanidades, ni mucho menos tomaríamos de ellas pie para despreciar a aquellos que carecen de las mismas. Porque todos estos bienes no son nuestros, que solamente poseemos la nada, sino que Dios nos los ha dado por pura liberalidad, y su intención no pudo ser que nos envaneciéramos con ellos. Además, esos bienes, en manera alguna nos servirán de nada para la salvación. A más de que tal vez hemos abusado de ellos y han sido para nosotros ocasiones de pecado. No tenemos, pues, motivo para gloriarnos por tales naderías, sino que antes al contrario, deberían servirnos de estímulo para humillarnos.

Si fuéramos verdaderamente humildes, nos creeríamos indignos de la estima de los hombres y referiríamos a Dios todas las alabanzas que nos tributan, sin quedarnos nada para nosotros, puesto que lo consideraríamos como un robo hecho a su gloria. No temeríamos ciertamente sus desprecios, porque bien los hemos merecido, a lo menos por nuestros pecados. Más aún, nos alegraríamos de ser humillados y despreciados con la mira de satisfacer a la divina justicia. No debe hacerse nada que merezca la crítica, pero no conviene tampoco tomar exageradas precauciones para sustraerse a los juicios de los hombres; y cuando el ejercicio de la virtud nos diere ocasión de sufrir algunas calumnias, burlas o desdenes de parte de los

mundanos, deberíamos más bien alegrarnos por ello y compadecerles.

Si fuéramos verdaderamente humildes, serviríamos a Dios con mayor generosidad, convencidos de que nada merecemos y que es pura gracia de Nuestro Señor el que se digne aceptar nuestros servicios. Recibiríamos sus gracias con reconocimiento, y lejos de apropiárnoslas y complacernos en ellas, nos servirían para humillarnos, a vista de nuestra indignidad, y se las devolveríamos con la misma pureza de intención con que Él nos las dispensa.

El que es verdaderamente humilde no se desconcierta ni desasosiega al ver que Dios al parecer no atiende a sus peticiones y súplicas, sino que más bien las rechaza al parecer para probar su fidelidad y constancia; no tiene celos de que Dios dispense a otros sus favores y gracias, sino que más bien piensa, a imitación de la Cananea, que no es razonable arrojar a los perros el pan de los hijos; y se considera dichoso en recoger las migajas que caen de la mesa de su Señor. Si Dios le muestra rostro severo y le hace sentir algunos efectos de su justicia, se somete a Él con humildad diciendo con el Profeta David¹ : “Antes que me viniese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo había hecho porqué; ya había yo delinquido: por eso callo y no me oso quejar, porque es mucho menos de lo que había de ser, conforme a mis culpas.”

Así que, al alma humilde nada le acontece, por más penoso y humillante que sea, que no crea merecer todavía más. Lo único que pide es la gracia de poderlo sobrellevar con mérito y que Dios sea con aquello glorificado.

Por lo que respecta a sí, consiente gustosa en su propio anonadamiento, y toma lo que le acontece no sólo como una prueba, sino también como un castigo harto suave, en comparación de lo que merecen sus pecados. Aceptando así todo lo que Dios le envía que padecer, halla la verdadera paz de su alma en el continuo ejercicio de la humildad; preocupada de que Dios quede satisfecho, desea que recupere a expensas suyas lo que se debe a su justicia.

¹ Ps. 118 67.

Mas, ¿de qué medios podremos valernos para conseguir esta humildad? Santa Teresa de Jesús propone uno muy principal y eficaz, que es el conocimiento propio, pero acompañado del conocimiento de Dios. “Jamás nos acabaremos de conocer, dice, si no procuramos conocer a Dios. Mirando su grandeza acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes.”

“Hay dos ganancias en esto. La primera, claro está que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra; y al contrario, la negra cabe la blanca. La segunda, es porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejada para todo bien, tratando, a vueltas de sí, con Dios. Si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente; porque nunca saldremos de temores, de pusilanimidad y cobardía; de mirar si me miran o no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si seré soberbio, si me tendrán por mejor, y otras muchas cosas. Todo esto parece a algunos humildad, y viene de no acabar de entendernos. Tuerce el demonio el propio conocimiento. Por eso digo que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad; y en los Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no será el conocimiento rastrero y cobarde. Terrible son los ardidés y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos” ¹. Del propio conocimiento nacerá, pues, en nuestro corazón, la humildad verdadera, profunda, generosa, apacible e inalterable, que por una parte nos mantendrá en el lugar que nos corresponde, en calidad de pecadores, y por otra nos elevará por encima del mundo y sus vanidades, del demonio y sus astucias, y de nosotros mismos, haciéndonos grandes con la grandeza de Dios, fuertes con la fortaleza de Dios y santos con la santidad de Dios. Y esta humildad, lejos de enflaquecer y desalentarnos, crecerá más y más, y se robustecerá con las tentaciones, desprecios y humillaciones, porque el que es de verdad humilde, se huelga

¹ Moradas I, cap. 2º

con los desprecios y le son como una música muy suave, como observa Santa Teresa de Jesús¹. “El verdadero humilde ha de desear ser tenido en poco, perseguido y condenado sin ser culpable. Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni nada de nadie, sino de Dios”².

Mas como hay una humildad verdadera, puede haber otra falsa e inspirada del demonio. “La humildad verdadera, dice la misma Santa, aunque en ella se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, y se sienten con verdad, no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece, ni da sequedad; antes, la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz.”

“En la humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo le parece lo pone Dios a fuego y sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia, es de manera que no con suela... antes le ayuda a mayor tormento. Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas”³.

“Guardaos de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud; la gravedad de los pecados, si merezco llegarme al Sacramento, si me dispuse bien; que no soy para vivir entre buenos. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma que por ser tal la tiene Dios tan dejada que casi pone en duda su misericordia. Todo le parece peligro... y sin fruto lo que sirve... Dale una desconfianza que se le caen los brazos.’.. Cosas de estas viniendo con sosiego, regalo y gusto, como le trae el conocimiento propio, son de estimar; mas si vienen con alboroto e inquietud y apretamiento del alma, creed que es tentación. Alguna vez podrá ser humildad y virtud tenemos por ruines, y otras será grandísima tentación”⁴.

“Mirad mucho, mirad mucho en este punto que os diré: porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenemos por tan ruin, y otras grandísima tentación; porque yo he pasado por ello lo co-

1 Ibid. IV, 1º

2 Camino de Perfección, cap. XXII.

3 Autobiografía, cap. XX.

4 Camino de Perfección, cap. LXVIII.

nozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma por grande que sea, sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno de verse ruín entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflija y le parece con justicia todos le hablan de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no queríamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir a Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo que pretende el demonio que pensemos tenemos humildad; y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios”¹.

XXIV

Providencia de Dios sobre sus hijos

Dice el Apóstol San Pablo, que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios ². Como esta máxima es de continua aplicación en la vida espiritual, no será fuera de propósito fijar con toda claridad su significado, exponer las razones en que se funda y examinar las consecuencias que de ella se siguen.

El Apóstol dice: todas las cosas: luego nada exceptúa. Todos los acontecimientos ordenados por la Divina Providencia, prósperos o adversos; todo lo concerniente a la salvación del alma, bienes de fortuna, reputación; todas las condiciones de la vida humana y todos los diversos estados interiores por los cuales tenemos que pasar sucesivamente; privaciones, sequedades, disgustos, tedios, tentaciones; todo esto se convierte en bien para aquellos que aman a Dios : todo, absolutamente todo, hasta las faltas y los mismos pecados.

Claro está que debemos permanecer firmemente resueltos a no ofender jamás a Dios; pero si, por desgracia, llegáramos a ofenderle, las faltas y los mismos pecados graves, pueden conver-

¹ Camino de Perfección, cap. XXXIX.

² Rm. 8. 28 Dios

tirse en ventajas de aquellos que le aman. Testigos David, San Pedro, San Agustín y tantos otros cuyos pecados contribuyeron a hacerles más santos, esto es, más humildes y reconocidos a la bondad de Dios y más ardientes en su amor.

Todas las cosas se convierten en bien. No se trata aquí de bienes temporales, sino espirituales: y esto no según la manera de ver y apreciar que tienen los hombres, sino según los designios amorosos de la divina Providencia.

Si hay alguna materia en la que nos hallamos expuestos a engaño, es ciertamente en la que hace referencia a nuestros intereses espirituales. A menudo nos formamos acerca de ellos ideas muy falsas: nos sucede con frecuencia mirar como nocivo a nuestra alma lo que le es útil, y como ventajoso lo que en efecto le daña. Nuestro amor propio nos hace forjar acerca de esto extrañas ilusiones. Debemos, pues creer con firmeza inquebrantable, y sin fiarnos de nuestro propio juicio, que aun los acontecimientos más adversos y opuestos a nuestras miras naturales, dirigidos y encaminados por la Providencia de Dios, pueden contribuir al bien espiritual de nuestras almas, por más que nada comprendamos de sus de signios para con nosotros e ignoremos el término al cual nos han de conducir.

Mas todas estas trazas divinas no son un bien sino para aquellos que aman a Dios, esto es, para aquellos cuya voluntad está unida y sumisa a la divina, y que procuran ante todo los intereses y la gloria de Dios y el cumplimiento de su beneplácito divino; para aquellos que están dispuestos a sacrificarlo todo sin reserva, bien persuadidos de que nada hay tan ventajoso a la criatura como el ponerse en las manos de Dios, en todo lo que le plazca ordenar, y que en esto principalmente muestra que ama a Dios en verdad y de todo corazón. Esta verdad quiso darnos a entender Jesucristo cuando dijo: *El que ama desordenadamente su alma, la perderá; mas el que aborrece y mortifica su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna* ¹.

Aquel que ama a Dios de esta manera, puede estar seguro, pero con una seguridad absoluta, que todo lo que Dios disponga o

.....
¹ Jn. 12., 25.

permita respecto a él, se le convertirá en bien y aun en mayor bien de su alma. No lo comprenderá tal vez mientras dure la presente vida, porque Dios quiere que permanezca oculto a sus ojos a fin de poder ejercitar mejor su fé, pero cuando llegue el día de las eternas recompensas, admirará la sabiduría y la bondad infinita de Dios en la manera cómo conduce a las almas que son del todo suyas; entonces verá con pasmo que lo que pensaba debía perderla sin remedio, era precisamente lo que aseguró para siempre su salvación.

A decir verdad, no es muy difícil comprender el fundamento de esta máxima de San Pablo. Sólo Dios posee el verdadero secreto de la santidad; sólo El conoce y tiene a su disposición los medios que a ella conducen. El solo conoce además perfectamente nuestra alma, nuestros sentimientos, nuestro carácter y los obstáculos que en nosotros existen para alcanzar la santidad; sólo El conoce los secretos resortes que es preciso poner en juego, para conducir nuestras almas a las más elevadas cumbres de la perfección, sin violentar en lo más mínimo nuestra voluntad. El sabe perfectamente qué efecto producirá en nosotros tal acontecimiento, tal tentación, tal prueba; y de su parte todo lo tiene preparado para el buen éxito. Dios nos ama desde toda la eternidad; nos ha amado El primero, y no hay en nosotros nada bueno, ora sea en el orden de la naturaleza, ora en el de la gracia, que no nos lo haya dado. Nos ama con un amor infinitamente sabio é infinitamente perfecto: nos ama no con relación a la vida presente, que no es más que un viaje a la eternidad y una prueba, sino con relación a la vida futura, que es nuestro destino y nuestro fin. Siendo, pues, verdad innegable que cuanto acontece acá abajo, lo ordena y dispone Dios, con amorosa y sabia providencia, para que contribuya a la eterna salvación de los que les sirven, síguese de aquí que sólo la culpa podrá torcer el curso de esos amorosos desig-nios de Dios y frustrarlos: y siempre que suceda que un acontecimiento no coopere a nuestro aprovechamiento espiritual, la causa no será otra que nuestra falta de amor y confianza en Dios, nuestra falta de conformidad con la divina voluntad. Porque mientras amemos a Dios con un amor real, efectivo y práctico, es completamente imposible que nada en el mundo

pueda retardar nuestro adelantamiento espiritual, más aún, que no concurra y contribuya al mismo.

Las consecuencias de esta máxima del Apóstol se extienden a todo y abrazan todos los momentos de la vida. La primera es, que si se quiere asegurar la propia salvación tanto cuanto sea posible, es preciso entregarse y abandonarse en las manos de Dios sin reserva y para siempre: no disponer de sí mismo para nada, independientemente de la divina voluntad; no prevenir, ni ordenar, ni determinar cosa alguna que no sea conforme en todo al divino beneplácito. No dar un paso ni hacer un solo movimiento para salir de la situación actual en que Dios nos haya colocado, ni siquiera desearlo: sino más bien, dejándonos llevar por el hilo de la providencia, someternos a los acontecimientos, a medida que llegan, y en el interior permanecer tranquilos, y sin temer nada, en el estado en que Dios nos ha colocado, sin suspirar por el cambio o término de él, por penoso que sea para la naturaleza.

La segunda consecuencia es que cuando nosotros no hayamos cooperado en nada a un acontecimiento externo o a nuestra disposición interior, debemos estar bien seguros de que aquel acontecimiento y esta disposición pertenecen al orden que la divina Providencia tiene sobre nosotros; y por consiguiente que es aquello lo que más nos conviene en el momento presente. Así, pues, debemos guardarnos muy bien de admitir juicios contrarios a lo que Dios ha ordenado, ni creer que aquello es un contratiempo que impedirá nuestro progreso espiritual; o bien que Dios nos ha abandonado y no se cuida ya de nosotros. A este falso juicio nos hallamos expuestos cuando no encontramos ya gusto en los ejercicios espirituales; cuando ya no sentimos aquella paz íntima de que antes disfrutábamos; cuando nos vemos asaltados de violentas tentaciones; cuando Dios retira todo apoyo exterior, hasta arrebatarlos tal o cual criatura en quien habíamos puesto nuestra confianza. Entonces lo cree uno del todo perdido, porque se halla sin apoyo, y como desamparado enteramente. Nada más lejos de la verdad, y por esto en tales circunstancias debemos redoblar nuestra confianza en Dios, seguros de que no defraudará nuestras esperanzas y que todo aquello lo convertirá en nuestro mayor provecho espiritual.

XXX

Preciosidad del alma

Si la religión humilla al hombre recordándole que ha sido sacado de la nada, concebido en pecado y con perversas inclinaciones al mal e incapaz de bien alguno sobrenatural; al mismo tiempo le engrandece y le inspira los más altos sentimientos de sí mismo, haciéndole conocer su naturaleza, su excelso destino y cuánto ha costado a Dios su salvación.

El alma humana por su naturaleza está dotada de la facultad de conocer a Dios y de la capacidad de amarle. Su inteligencia, transportándose más allá de todos los seres creados y finitos, se eleva hasta el Sér increado o infinito, fuente de todo bien y de toda perfección; y concibe de El una idea clara, íntima e indeleble. Su voluntad fué creada para amar a este soberano bien cuyas perfecciones infinitas le propone la inteligencia. Y sus deseos, que no pueden verse satisfechos con la posesión de todo lo criado, pues se extienden más allá de los límites de la presente vida, son atraídos necesariamente hacia ese bien soberano, eterno e infinito, el único que puede labrar su entera felicidad. Si el hombre, pues, quiere ver satisfecho enteramente el deseo innato que siente de felicidad, es preciso que consagre todos sus esfuerzos y conatos a alcanzar la posesión de Dios.

Todo esto, lo lleva el alma grabado en el fondo de su naturaleza; y su razón se lo demuestra con toda claridad por poco que quiera reflexionar acerca de ello, sin que ni las preocupaciones ni las pasiones puedan ocultárselo. Todo lo que no es Dios, todo lo que no se refiera a Dios, es indigno de ocupar el espíritu y el corazón del hombre, puesto que no guarda proporción alguna con la inmensidad de sus aspiraciones y deseos, que no se contentan con menos que con la posesión de un bien infinito y eterno. Los mismos filósofos paganos comprendieron hasta cierto punto esta verdad; y por esto concibieron tan elevada idea de la dignidad del hombre y de su alteza incomparable. ¡Dichosos ellos si en la práctica hubieran seguido la luz de su razón y el instinto secreto de su corazón!

Pero no sólo está destinado el hombre a conocer y amar a Dios en la presente vida, sino también a poseerlo eternamente en la otra. Sería muy poca cosa para él poseer el don de la inmortalidad, si no estuviera destinado a juntarse un día a la fuente de la inmortalidad y a ser dichoso con la misma dicha inmensa de Dios. ¿De qué le serviría el don de la inmortalidad, si hubiera de contentarse con desearla siempre, sin llegar a conseguirla nunca? Esa natural aspiración, ese deseo constante, si no pudiera verlo satisfecho, le causaría un prolongado tormento. Tal es, pues, su último fin: el goce eterno de Dios. Sí, el hombre verá y contemplará a Dios en sí mismo; y esta vista y contemplación le llenará de una alegría inefable. La razón nos hace vislumbrar esta gran verdad; pero sólo la revelación nos la presenta a plena luz y nos instruye con toda claridad acerca de la misma. Y como este es un beneficio excelentísimo que no era debido a nuestra naturaleza, no podíamos tener conocimiento de él sino por una declaración expresa de Dios: y de aquí que no la hallemos consignada en los escritos de los más célebres sabios de la antigüedad pagana.

Mas adviértase que esta posesión eterna de Dios no se promete al hombre de un modo absoluto y sin condición alguna; preciso es que él la merezca por el buen uso de su libertad, durante su corta permanencia en la tierra. Dios por su parte, le ofrece y le da todo lo que necesita para alcanzarla. ¿Y en qué consiste ese buen uso de su libertad? En amar a Dios y servirle según la extensión de los conocimientos que le proporcionan de consuno la razón y la religión; en practicar cierto número de preceptos, cuya justicia la misma razón natural no puede menos de reconocer, hacia los cuales se siente inclinado todo corazón recto, y en cuya observancia el hombre encuentra acá abajo la paz y la felicidad.

¡Cuán grande es el hombre, considerado desde este punto de vista! ¡Cuán nobles son sus ideas, cuan elevados sus sentimientos, cuán puras sus acciones: cuán digno de la estima y amistad de Dios y de sus semejantes, cuando él piensa, habla y obra en consonancia con este sublime destino, sin perderlo nunca de vista, ni ejecutar acto alguno interno ni externo que de El pueda desviarle! ¿Qué uso puede hacer más legítimo y más

excelente de su razón y de su libertad? Y al revés, ¡cuán mezquino aparece, cuán insensato, cuán injusto y cruel contra si mismo, cuando ciñendo todas sus ideas y afectos a esa vida fugitiva, a esa vida frágil, de la cual no puede disponer ni un solo momento, se abaja y envilece codiciando unos bienes que no pueden llenarle en manera alguna, sino que siempre dejan vacío y hambriento su corazón! Y con todo, para poseer y gozar de esos bienes miserables, el hombre pisotea muchas veces la ley de Dios, exponiéndose a perder los bienes eternos que le esperan! ¿Puede darse locura comparable a ésta? ¿Puede llevarse más lejos la degradación de su sér? ¿Puede uno ser más enemigo del mismo? *Pasmaos, cielos, a vista de esto*, clama Dios por boca de su Profeta Jeremias, *y vosotras, oh puertas celestiales, horrorizaos en extremo, en presencia de semejante maldad. Porque dos maldades han cometido los hombres* (creados a mi imagen y semejanza, destinados a ser ciudadanos de mi reino y a compartir mi gloria y felicidad) *me han abandonado ami, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes rotos, que no pueden retener las aguas*¹.

Estos dos males, que parecen increíbles en un sér racional. son sin embargo muy frecuentes, aun entre los cristianos, redimidos con la sangre de Jesucristo, prevenidos con su gracia y alumbrados por los resplandores de la fe. En todas las naciones civilizadas, en el corazón mismo de los países alumbrados por la revelación, la inmensa mayoría de los hombres viven olvidados enteramente de Dios, le desprecian, le ultrajan y le miran como a su mayor enemigo; a pesar de que El les ha criado para sí y destinado a gozar de su felicidad; a pesar de que quiere hacerlos partícipes de su propia bienaventuranza, y les prohíbe aficionarse desordenadamente a esos bienes caducos y miserables, indignos de ellos e incapaces de satisfacer las aspiraciones más íntimas de su corazón. Casi todos fijan los ojos en la tierra, que es el lugar de su destierro, y desdeñan mirar al cielo, que es su verdadera patria. No desean la inmortalidad si no es para poseer siempre los bienes de este mundo; y no se consuelan ante la aterradora perspectiva de la

¹ Jerem. II, 12.

muerte sino con la esperanza de volver a la nada de donde salieron.

Más lo que pone el colmo a la grandeza del hombre y al desorden de su envilecimiento, es la consideración de lo que ha costado a Dios la salvación de su alma. El Verbo divino, el Hijo eterno de Dios, Dios como su Padre e igual en todo a El, se ha unido a la naturaleza humana, ha tomado una carne pasible y mortal, ha conversado entre los hombres, se ha dignado instruirles con sus palabras y ejemplos, y convertido en víctima voluntaria, quiso ser inmolado por la justicia divina para expiar los pecados de todos los hombres, reconciliarles con Dios, devolverles el derecho a poseer el reino de que habían sido desheredados, y procurarles todos los auxilios y medios que necesitaban por alcanzarlo. Lo que Jesucristo hizo y padeció por todos los hombres en general, lo hubiera hecho y padecido por cada uno de ellos en particular; de tal suerte, que no le hubiese parecido excesivo hacerlo por la salvación de uno solo. La salvación de un alma es, pues, el precio de la sangre de un Dios, el precio del mayor sacrificio que pudo hacer un Dios revestido de nuestra naturaleza. Esto es incomprensible, bien lo sé; y si este misterio no estuviera apoyado con todo el peso de las pruebas de la revelación, la razón humana no acertaría a darle fe. Mas siendo como es una verdad certísima que resplandece con meridiana evidencia moral, sin que lo pueda poner en duda ninguna inteligencia alumbrada por la revelación, ¿qué con secuencia deberemos sacar de ella? Que la dignidad y alteza del alma humana es realmente incomprensible a nuestra flaca razón, puesto que merece que por ella todo un Dios se abaje y anonade, que todo un Dios se sacrifique por salvarla y hacerla eternamente dichosa. ¿Cómo no concebir grande estima de aquello que el mismo Dios ha estimado en tanto? Y aunque para alcanzar nuestra salvación Dios nos exigiera un sacrificio igual al que se impuso Jesucristo a Sí mismo voluntariamente, todavía debería parecernos nada comparado con la eterna bienaventuranza.

¿Qué prueba además este misterio? Prueba que si el cristiano, a pesar de creerlo, por satisfacer una miserable pasión, consiente en perder su alma para siempre, inutiliza para sí los

sufrimientos, la muerte y el sacrificio de todo un Dios; y no sólo esto, sino que además los convierte en daño inmenso para su alma, y se fabrica un infierno mil veces más terrible y profundo que aquel de donde Jesucristo le ha sacado.

Por lo que respecta a nosotros, que creemos firmemente lo que Dios nos ha revelado, aprendamos a la vista de Jesús crucificado, cuánto vale nuestra alma, no la expongamos a perderse por nada de este mundo, ni la prostituyamos ante las criaturas; y para asegurar más y más nuestra salvación eterna, que tanto ha costado al Hijo de Dios, roguemos al mismo Jesucristo tome a su cargo el cuidado de conducirnos y guiarnos por la senda de la perfección cristiana. Un tesoro tan inestimable correría hartos riesgos en nuestras manos. Confiémosle, pues, a este Dios Salvador; hagámosle dueño de nuestra libertad, de la que tan fácilmente podemos abusar, y cuyo abuso nos traería tan terribles consecuencias. Puestos enteramente en sus manos, sostenidos por su gracia, que jamás nos faltará si no nos hacemos indignos de ella, nada tendremos que temer; puesto que El nos ama con más ardiente amor del que nos profesamos a nosotros mismos, y tiene sumo interés en nuestra salvación, a fin de asegurar por este medio el precio de su sangre y de sus padecimientos, y hacemos felices por toda la eternidad.

XXXI

De la pureza de intención

“Si tu ojo fuere sencillo, dice Jesucristo, todo tu cuerpo estará iluminado” ¹. Por el ojo entienden los Santos ² la intención, que mira y previene primero lo que quiere hacer; y por el cuerpo entienden la obra que se sigue luego a la intención, como todo el cuerpo sigue a los ojos. Pues dice Cristo nuestro Redentor, que lo que da luz y resplandor a las obras, es la intención; y así,

¹ Mt. 6., 22.

² Grag. Moral. lib. 38, cap. 3.

si el fin e intención de la obra fuere buena, la obra será buena, y si mala, mala; y si el fin fuere alto y perfecto, la obra también lo será. Si procuramos pues que nuestras intenciones sean rectas y puras, todas nuestras acciones serán santas y participarán de la verdadera luz, que es Dios.

La simplicidad en la intención supone la rectitud y la pureza de la misma. La intención es recta cuando uno procura no engañarse a sí mismo, esto es, cuando obra de buena fe y hace todo lo que puede para conocer y seguir la verdad. Semejante rectitud de intención es muy rara entre los hombres. Los errores, las preocupaciones, las pasiones, los vicios y hasta los menores defectos contribuyen a ello y falsean la conciencia en asuntos a veces muy importantes. Mientras no vivamos prevenidos y en perpetuo acecho contra las sugerencias del amor propio, que es sin duda alguna el más peligroso de los seductores, nos veremos expuestos, a todas horas, a torcer la rectitud de nuestras intenciones, buscándonos a nosotros mismos, aun en las obras más santas y que al parecer debieran estar más exentas de la polilla del amor propio.

Es pura y recta la intención cuando no anda mezclada con elementos extraños; cuando mira a sólo Dios y no está inficionada por alguna mira del amor propio. Esta pureza naturalmente tiene sus grados, pero sólo las almas muy santas, desprendidas de todo lo criado y de sí mismos, llegan a poseerla en toda su perfección; como que propiamente hablando en esta pureza de intención consiste la verdadera santidad. Mientras en el servicio de Dios buscamos, más o menos embozadamente, las satisfacciones del amor propio; mientras en nuestras obras, por más excelentes que en sí sean, nos dejemos llevar, por poquito que sea, del deseo de ser tenidos y estimados; mientras en todas nuestras acciones interiores y exteriores no pretendamos, como dice San Ignacio de Loyola ¹, puramente el servir y complacer a la divina Majestad por sí misma y por el amor y beneficios tan singulares con que nos previno, más que por temor de penas, ni esperanza de premio (aunque debemos también ayudarnos de esto); mientras no buscamos en todas las

¹ Const. S. J. P. 3, cap. I, n. 26.

cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto nos fuere posible, de nosotros mismos, el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas; a El en todas amando y a todas en El, conforme a su santísima y divina voluntad; en una palabra, siempre que el yo entre por algún resquicio en nuestra intención, ésta será, no digo mala ni perversa, pero si mancillada de imperfección y no habrá alcanzado el grado eminente de rectitud y pureza que tanto agrada a Dios.

La sencilla intención excluye absolutamente toda multiplicidad; no se dirige a varios objetos sino a uno solo, que es Dios; y en Dios mismo no mira más que a su gloria, a su beneplácito, al cumplimiento de su voluntad. La intención simple es toda para Dios; el alma no atiende a sí para nada, ni cuenta consigo para nada. No quiere decir esto, ni mucho menos, que excluya sus verdaderos intereses, pero no para en ellos su atención y está dispuesta a sacrificarlos en aras de la divina voluntad, si Dios le exigiera semejante sacrificio. Cuando se ha llegado aquí, la intención es perfectamente sencilla y pura, y esta pureza y sencillez comunica a las acciones más insignificantes un valor inestimable; Dios las acepta, las mira como suyas y se complace en ellas, como que fueron hechas con la única manera de agradarle. ¡Oh! y cuán magníficamente serán recompensadas por Dios esas puras acciones del alma en aquel feliz momento de su tránsito a la eternidad! No hay duda que la obra más insignificante hecha con esta pureza de intención es de mayor precio a los ojos del Señor, que las más excelentes acciones, aun las más penosas y sensibles a la naturaleza, si en ellas buscamos nuestro propio interés. Es que Dios no mira tanto a la materialidad de nuestros actos, cuanto al principio de donde proceden; no le glorifica tanto lo que hacemos cuanto la disposición de nuestro corazón al obrar. No acertamos tal vez a concebir esto, porque no acabamos de desprendernos de nosotros mismos y porque el maldito amor propio se desliza en todo, lo corrompe y lo envenena todo. Pero si reflexionamos seriamente acerca de ello, nos convenceremos al punto de que no puede menos de ser así; puesto que aun nosotros mismos, en los servicios que se nos hacen, seguimos la misma regla que Dios. Estimamos menos

estos servicios por lo que en sí valen que por el cordial afecto con que nos los hacen. La diferencia que hay entre Dios y nosotros consiste en que nosotros no conocemos con toda certidumbre las disposiciones del corazón y Dios las ve. Por lo demás queremos ser amados y servidos por nosotros mismos; esto es lo que nos satisface, lo que nos vuelve caras y apreciables las menores atenciones que se nos tiene; en una palabra, preferimos más la voluntad sin la ofrenda, que la ofrenda sin la voluntad.

Y eso que nosotros no merecemos ser amados y servidos por nosotros mismos; porque sería una injusticia, y además un robo hecho a la majestad de Dios, si pretendiéramos que se nos amara de esta manera: mientras que Dios lo merece y sólo El tiene derecho a semejante amor; y esto por innumerables títulos, aún cuando, por su bondad infinita, no se hubiera comprometido a recompensarnos los servicios que le prestamos.

¿Y qué deberemos hacer para alcanzar semejante pureza de intención? En primer lugar pedírsela a Dios nuestro Señor con todas las veras de nuestra alma; ponernos enteramente en sus manos y rogarle que nos rija y gobierne, no sólo en lo exterior, por medio de la santa obediencia, sino más aún en lo interior con sus divinas inspiraciones. Que se poseione enteramente de nuestro espíritu y de nuestro corazón; que nos inspire siempre los pensamientos, afectos é intenciones que sean más dignos de El; que nos purifique de esa levadura de amor propio, que tan profundamente arraigada tenemos en nuestra alma, y que por los medios que sólo El conoce y puede aplicar, nos eleve por grados a esta sublime pureza de intención.

Por nuestra parte debemos poner especial empeño, desde el punto en que nos demos cuenta de que anda algo torcida nuestra intención, en rectificarla y enderezarla de nuevo, cercenando y rechazando cuanto haya en ella de imperfecto y desordenado, según las luces que el Señor nos comunicare. Esta luz variará según sea el diverso estado de perfección en que nos encontremos. Al principio tal vez sólo nos daremos cuenta de las imperfecciones de más bulto; limitémonos entonces a corregirlas y guardémonos mucho de pretender colocarnos de un solo salto en una pureza y rectitud de intención de que no

somos capaces. Dejemos obrar a Dios; secundemos con perseverancia la acción de su gracia, aceptemos los sacrificios del amor propio que tengamos que hacer, a medida que se presenten, sin prevenir en nada la acción divina, con fervores indirectos o imaginarios, y estemos seguros de que si correspondemos a ella con fidelidad, alcanzaremos una gran pureza de intención en todas nuestras obras.

Claro está que para ello no es necesario que, en cada acto que ejecutemos, nos recojamos interiormente para renovar la intención; basta tener habitualmente la intención general de complacer a Dios, conformándonos en todo con su santísima voluntad. Esta intención persevera en nosotros mientras no la retractamos directa o indirectamente, sin que haya necesidad de renovarla a cada paso, ni de reflexionar sobre ella, ni de que nos demos cuenta, por decirlo así, de que la tenemos. Si notamos que en algo la hemos desviado, no hay sino rectificarla de nuevo, devolviendo con sencillez a Dios lo que nuestro amor propio había pretendido arrebatarle.

Esa intención general, que será bueno renovar todas las mañanas, y de cuando en cuando durante el día, contiene eminentemente todas las intenciones particulares y encierra en sí mayores perfecciones que todas ellas juntas. Y no sólo es más perfecta, sino también más ventajosa para el alma, a quien proporciona mayores bienes que todas las demás. Así, pues, no hay necesidad de proponerse, por ejemplo satisfacer por sus pecados por medio de tal obra, adquirir tal virtud por medio de tal otra, obtener tal gracia, u otras cosas por el estilo. La intención general de hacer la voluntad de Dios, comprende todo esto y tiene la ventaja de concentrar todos nuestros esfuerzos e intenciones en lo más perfecto a que podemos aspirar, que es conformar enteramente nuestra voluntad con la divina. A primera vista nos sorprende cuando leemos en la vida de Santa Catalina de Sena que no se preocupaba de ordinario en ganar indulgencias; pero mirada la cosa atentamente no hay motivo para ello. Porque ¿acaso no hacía aprecio de los tesoros de la Iglesia? Fuera una insensatez el pensarlo. ¿Es que no formaría la intención general de ganarlas? Indudablemente que sí la formaba. ¿Acaso el no pensar en esto expresamente la privaba

de esos preciosos tesoros? En manera alguna; puesto que Dios ocupaba entera mente su alma y corazón. Ahora bien ¿podría este Señor rehusar el perdón de sus pecados y la participación del mérito de los Santos a un alma que no vivía sino del amor de Dios, que no se regía sino por su espíritu, ni tenía otra mira que la de glorificarle siempre y en todo?

Procuremos pues alcanzar lo mas perfectamente que podamos esa intención pura, esa mirada sencilla a Dios, ese cuidado exquisito de procurar su mayor gloria en todas nuestras acciones; de manera que no pensemos, ni obremos, ni suframos más que por El; con lo cual, a la vez que nos iremos purificando más y más de nuestras faltas y pecados, adquiriremos todas las virtudes y obtendremos todas las gracias que necesitemos para adelantar más y más de día en día por el camino de la perfección, acrecentando de continuo nuestros merecimientos para la gloria.

XXXII

Sobre el pensamiento de la muerte

El pensamiento la muerte es sin duda terrible para aquellos que viven en pecado; por lo cual no es de extrañar que procuren apartar de sí su recuerdo. ¡Triste estratagema! Se parecen a aquel que andando por el borde de un precipicio cerrase los ojos para no ver el peligro.

Es también aterrador el pensamiento de la muerte para aquellos que viven casi del todo olvidados de los intereses de su alma; que sirven a Dios con suma negligencia y viven sepultados en la mas lamentable tibieza, indiferentes para las cosas del cielo y sólo atentos a los bienes de la tierra, y a lo que sirve de pábulo a su sensualidad y amor propio. En general es angustioso para todos los que no están completamente desprendidos de todas las cosas de acá abajo, sino que tienen pegado a ellas su corazón.

Pero este pensamiento es dulce y consolador para las almas interiores que se han entregado a Dios con toda sinceridad, y que, únicamente ocupadas en su servicio, dan de mano a todo lo que puede desviarlas del sendero de la perfección cristiana y del exacto cumplimiento de su deber.

Los primeros miran la muerte como el fin de sus placeres y el principio de una desgracia que no terminará jamás; y es natural que semejante consideración les turbe y desespere.

Los segundos consideran la muerte a través de su vida floja y descuidada en el divino servicio, y aterrados con el pensamiento de la terrible cuenta que tendrán que dar a Dios, ven en ella un instante tremendo que debe decidir de su eternidad: y la incertidumbre en que se hallan acerca de la suerte que les espera, no puede menos de consternarles; porque, de una parte no tienen bastante confianza en Dios, y de otra su conciencia les echa en cara las innumerables faltas y pecados que han cometido, el abuso que han hecho de la gracia divina y la esterilidad de todas sus obras, buenas sólo en apariencia. Pero los terceros, que del todo se han dedicado al servicio de Dios, lo esperan todo de su infinita bondad y consideran a la muerte como a su mejor amiga. Como temen el pecado más que a mismo infierno, miran con ojos serenos la muerte, considerándola como el momento feliz que fijará para siempre su voluntad en el bien, que les librá de tentaciones y miserias y les pondrá eternamente en posesión de la suma bondad, de la suma belleza, de la suma verdad y de la felicidad infinita. El amor de Dios, que constituye su principal y casi su único ejercicio, no les deja ver, en el tránsito de la presente vida, más que un dichoso trueque que les asegurará para siempre la posesión de Dios y la dicha inenarrable de amarle eternamente. No quiere esto decir que tengan certeza infalible de su salvación, sino que, apoyados en el testimonio de su buena conciencia y en los méritos infinitos de Jesucristo nuestro Señor, alientan una confianza inquebrantable de que Dios, en su infinita misericordia, les concederá la gloria como recompensa de sus servicios y buenas obras. La vista de los pecados de su vida pasada no les infunde espanto ni zozobra, porque los han detestado sinceramente y han procurado dar por ellos la debida satisfacción a la divina

justicia, según la medida de sus fuerzas; y saben además que la misericordia de Dios es infinita. Piensan que Jesucristo ha de ser su juez y se dicen a sí mismos: ¿por qué he de temer yo a quien me ha hecho tantas gracias, a aquel que me ha dispensado tantas mercedes, a aquel que me ha preservado o me ha librado del pecado, a aquel que me ha inspirado el designio de darme plenamente a El; al que amo, en fin, más que a mí mismo y a quien quiero amar hasta el postrer aliento?

A la verdad ¿qué pena ni congoja han de tener esas almas en abandonar la presente vida, tan frágil y miserable, habiendo roto ya los lazos que a ella las ataban? ¿Qué temor podrán inspirarles las consecuencias de la muerte cuando tienen la seguridad moral de que, después de ella, pertenecerán ya a Dios entera e irrevocablemente, sin que hayan de temer para nada las inconstancias de su voluntad, tan voluble y tomadiza? Mientras viven en la tierra, pueden sucumbir a las tentaciones, pecar y perder la gracia, que es lo que más temen y deploran los que de veras aman y sirven a Dios; mas este saludable temor cesará en el punto de la muerte, puesto que entonces serán confirmados en gracia y se verán en la dichosa imposibilidad de ofender más a Dios en adelante. “¡Oh Señor mío y Bien mío! exclama Santa Teresa. ¿Cómo habríamos de desear vida tan miserable? que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con la esperanza de perderla por Vos o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y, sobre todo, entender que es vuestra voluntad. Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo Santo Tomás, que no es otra cosa, sino morir muchas veces vivir sin Vos y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre”¹. “¡Oh! si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin Dios, temería el miedo a la muerte con el deseo de gozar de la vida eterna”².

El deseo de la muerte puede considerarse como una gracia especialísima; pero sólo se halla de ordinario en las almas verdaderamente sedientas de Dios, que miran la muerte, como la puerta que abrirá las mansiones eternas de la gloria. Con to-

1 Moradas, III, cap. I.

2 Autobiografía, cap. XXI.--

do, puede haber ilusión en estos deseos; la piedra de toque para apreciar la legitimidad de nuestros deseos, es si apetecemos, más bien que la muerte, ver y gozar de Dios. Claro está que es cosa perfectamente legítima y buena desear verse libre de las penas y trabajos, anejos a la presente vida; suspirar para que llegue el descanso, anhelar verse desembarazado de todo cuidado y responsabilidad, y, más aún, desear con ardor hallarse en la hermosa imposibilidad de pecar, pero todos estos deseos y otros parecidos, deben ir acompañados del deseo de ver a Dios, que debe predominar y señorear a todos los demás. Aún sería mejor que este deseo de poseer a Dios fuera el único, y a tal perfección debemos aspirar. Hay que advertir, sin embargo, que el deseo de la muerte debe ir siempre acompañado de un saludable temor, que nos preserve de toda ilusión en esta parte.

Dice el Espíritu Santo que la muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor ¹. Y Santa Teresa exclama: “¡Qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados tiene hecha penitencia! No verá en sí temor, sino todo paz”². “Los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas de esta vida, más suavemente deben morir ³. “¡Oh que Dios es muy gran pagador y paga entonces muy sin tasa ni medida!”

A la verdad, como lo que la muerte tiene de aterrador, proviene en gran parte de la imaginación y del horror que naturalmente inspira, a medida que el hombre se espiritualiza y desprende de todo lo criado, amortíguase aquel horror natural y adquiere la costumbre de mirarla como Dios quiere que la miremos. Y Dios no quiere por cierto que el pensamiento de la muerte aterre al alma que se ha entregado totalmente a El.

Por lo demás, no es por solas reflexiones naturales, ni por los motivos ordinarios de la fe, como puede llegarse a mirar la muerte con esa dulce tranquilidad. Esta seguridad es un don de Dios, que no suele conceder semejante gracia sino a aquellos que han remitido en sus manos todos sus intereses temporales y eternos, que ya no se ocupan para nada en sí mismos, y a quienes no preocupa más que una sola cosa: el cumplimiento de la

¹ Ps. CXV, 15.

² Camino de Perf. cap. LXXI.

³ Autobiogr., cap. XXXVIII.

divina voluntad. Cuando estemos absolutamente desprendidos de todo lo caduco y perecedero, entonces la muerte no tendrá para nosotros nada que pueda apenarnos.

Se exhorta frecuentemente al común de los cristianos, y con muchísima razón, a pensar en la muerte, en la incertidumbre de su hora y en sus terribles e irreparables consecuencias. No cabe duda que éste es uno de los, medios mas eficaces para estimularles a vivir bien. Mas esta práctica, tan saludable para el común de los fieles, aunque también lo es para las almas interiores, con todo no suele ser el blanco de sus reflexiones y meditaciones. El espíritu de Dios las inclina a que piensen, más bien y dirijan todos sus conatos a purificar más y más sus sentidos, a privarse enteramente de sus propias comodidades y regalos, a renunciarse a sí mismas, abdicando su propio juicio y voluntad; en una palabra, a morir del todo a sí mismas, para no vivir más que en Dios y para Dios. Esta muerte mística es el blanco principal a que encaminan sus esfuerzos; para llegar a él trabajan sin cesar, ayudadas y sostenidas por la divina gracia, y cuando han alcanzado esta bienaventurada muerte, la muerte natural no es ya para ellas más que un tránsito dulcísimo de la vida temporal a la felicidad eterna. Repitamos, pues, con el Real Profeta David: *De gran precio es a los ojos del Señor, la muerte de sus santos.*

En efecto, la muerte de un Santo es una obra admirable del divino artífice, una obra maestra, en el orden sobrenatural, que brillará en el cielo con divinos resplandores de belleza eternal. Tal vez no haya dos de estas muertes preciosísimas que se parezcan enteramente, pero todas son admirables. Nos ceñiremos a enumerar algunas verdaderamente preciosas en el acatamiento de Dios.

Ocupa el primer lugar la muerte de deseo, o mejor dicho, de amor, que es la que cortó el hilo de la vida a nuestra Santísima Madre la Virgen María. Semejante fin es propio sólo de aquellas almas para quienes Dios lo es todo, y que viven exclusivamente consagradas a El. Dios no sólo posee una parte de su corazón, sino que lo posee todo entero y soberanamente. Viven hastiadas de todas las cosas de la tierra, por no hallar en ellas a Dios enteramente; nada tiene para ellas atractivo alguno, fuera de

Dios, que se complace en llenarlas de sus gracias y dones más exquisitos: mas con todo, no por esto dejan de sufrir, porque esos dones, aunque preciosísimos, no son el mismo Dios, en quien y para quien sólo desean vivir. Tales almas son prontas y activas en todo lo que pertenece al servicio divino, pero la vida se les convierte en una perpetua agonía, sin que lo puedan remediar, como acontecía a Santa Teresa de Jesús, que exclamaba:

“Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
¡Esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida,
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
mira que muero por verte
y vivir sin Ti no puedo.”

¿Cuándo será que yo diga de veras, que muero porque no muero? Alegremente cautivas del amor divino esas almas, y enteramente absortas en Dios, arrastran las cadenas de su existencia hasta el borde de la vida, y después de un momento de plácida languidez, caen al fin en el océano de la eternidad, siendo allí recibidas en el amoroso seno de Dios nuestro Señor.

Hay otra muerte santa que consiste en exhalar el último suspiro en brazos de la humildad. Es una magnífica profesión de fe y de alabanza a su divina Majestad. Su belleza proviene en parte de que parece convenir mejor a la debilidad de la criatura. Se halla el alma en actitud de adoración, como prosternada ante la visión que en breve aparecerá ante sus ojos; no alega mérito; alguno, no se apoya en los servicios prestados; desea ardientemente todos los auxilios de la Iglesia; aspira a purificarse siempre más y más para poder presentarse purísima, todo lo más pura posible, ante la inmaculada Majestad de Dios. No confía sino en la divina misericordia. Es la muerte del hijo que muere

con los ojos fijos en el rostro de su amadísimo padre o de su carísima madre. Tal fué la muerte de muchísimos Santos.

Otra muerte preciosa es la que podríamos llamar desprendida. El desprendimiento absoluto de todo lo criado, es uno de los fenómenos de la vida espiritual más difíciles de comprender, aunque sea fácil expresarlo. Dios ama con predilección a las almas que no tienen echadas raíces en la tierra, sino sólo el cielo. Para ellas la muerte apenas merece el nombre de tal, puesto que no les queda nada que sacrificar, nada que romper, ni de que desligarse: ha precedido, pues, a la muerte física, la muerte espiritual. Una vida mortificada es sin duda el mejor camino para una muerte dichosa; y ¿qué vida más mortificada que la que supone el completo desprendimiento de todas las cosas criadas? El hombre desasido de las criaturas, más bien que morador de la tierra, viene a ser un ángel en carne humana, que vive en el cielo, por más que sus ojos no pueden contemplar todavía la visión beatífica. ¡Cuán dulce y apacible ha de ser para él la muerte y cuán magníficamente será recompensado por Dios semejante desprendimiento!

Procuremos pues despegar nuestro corazón de todo lo frágil y perecedero; soltemos una tras otra todas las ataduras que nos impiden volar hacia las cosas celestiales; acostumbémonos a mirar la muerte como a nuestra mejor amiga; y por lo que respeta al tiempo, lugar y circunstancias que la acompañarán; dolores físicos y penas morales, abandonémonos en las manos de Dios, que sabe lo que más provechoso ha de ser para nuestra alma. Lo único que nos importa muy de veras es que la muerte sea para nosotros la puerta del cielo ¹.

1 Su Santidad el Papa Pío X se dignó conceder una *indulgencia plenaria*, que se aplica al alma en el artículo de la muerte, al que rezare con afecto de amor, la siguiente Oración:

¡Señor Dios mío! ya desde ahora acepto de vuestra mano, con vuestra voluntad, cualquier linaje de muerte, que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores. (Rescrip. S.C. Indulg. 9 Maji 1904. Vid. Acta S. Sedis. Mayo de 1904)

XXXIII

Sobre el pensamiento de la eternidad

El pensamiento de la eternidad nos aterra, y con mucha razón porque realmente es aterrador en sumo grado. Pero si al menos supiéramos aprovecharnos de este saludable terror; si sacáramos de él para nuestra conducta las legítimas consecuencias que se desprenden del pensamiento de la eternidad, bien pronto nos familiarizaríamos con él, gustaríamos de refrescar su memoria y aún nos llenaría de inefable consuelo. Porque si este pensamiento tiene su lado aterrador, tiene también su lado amable y soberanamente consolador. Así, pues, ya que este pensamiento nos es natural, ya que va tan íntimamente vinculado a la idea de la divinidad y de la religión, que es imposible separarlo de ella; ya que no podemos desprendernos de él, pues a pesar nuestro nos persigue por doquier, será de suma importancia que le dediquemos algunas consideraciones, a fin de que nos inspire un saludable temor, que, lejos de turbarnos, nos infundirá valor y aun verdadero gozo.

Por de pronto el pensamiento de la eternidad aterra y debe aterrar a aquellos que, entregados a sus placeres, quieren a todo trance satisfacerlos; porque es indudable que semejante idea importuna no puede menos de amargar sus deleites y pasatiempos mundanales. Mas lejos de rechazarla, y apartar cuidadosamente de su memoria todo aquello que pueda recordársela, lo que deberían hacer esos tales sería examinar con calma los fundamentos en que se apoya, que no pueden ser más sólidos e indestructibles; puesto que la razón, de consuno con la revelación, demuestran su verdad. Y una vez convencidos de ella, sacarían fácilmente la conclusión de que, puesto que no han sido criados para el tiempo sino para la eternidad, es el colmo de la insensatez sacrificar a objetos presentes y pasajeros su destino eterno. De esta conclusión a una conversión perfecta no habría más que un paso. Porque al fin si la eternidad es real,

¿qué consiguen con aturdirse y apartar de su memoria el recuerdo de ella? Una verdad, en la cual no se piense ni se quiera pensar, ¿dejará por esto de ser verdad? Y si de ella se siguen necesariamente terribles y gravísimas consecuencias para nosotros, ¿las evitaremos acaso con sólo cerrar obstinadamente los ojos para no verlas?

El pensamiento de la eternidad aterroriza también, y con sobrado motivo, a aquellos que sin ser del todo malos ni libertinos, viven sin embargo demasiado apegados a las cosas de la tierra y a la misma vida. Mas que reflexionen un poco acerca de esto, y pronto se habrán persuadido de que, si hay objetos eternos a cuyo goce están destinados, su corazón debe tender hacia tales objetos, y que por lo tanto toda afición inmoderada a las cosas presentes encierra un desorden. Piensen cuán irracional resulta por una parte, apasionarse tanto por aquello que se les escapa sin cesar, y que necesariamente habrán de perder algún día, y, por otra, permanecer frios e indiferentes para aquello que debe durar eternamente y en lo cual está cifrada su felicidad o desdicha eterna. La eternidad así considerada, pierde mucho de su terrible aspecto y nos lleva como de la mano a hacernos esta sencilla reflexión: "Si yo no he sido criado para las cosas caducas y perecederas de la presente vida, ¿a qué viene tomar tan vivo interés por ellas? Otra vida, que no ha de acabarse jamás, debe suceder a ésta; pues ¿por qué no he de hacer todo lo que dependa de mi para asegurarme la posesión de los bienes que Dios me promete en aquella otra vida? ¿Vale la pena de afanarse tanto en adquirir una fortuna perecedera? Debo usar, pues, de los bienes de este mundo conforme a la voluntad de Dios, sin apegar a ellos mi corazón. Todos los esfuerzos de mi inteligencia, todas las energías de mi voluntad y todas mis industrias y cuidados debo encaminarlos incesantemente a la consecución de mi eterna felicidad."

Suele también la consideración de la eternidad infundir terror y espanto a ciertas almas piadosas y timoratas, que sirven a Dios con poca generosidad, más bien inducidas del espíritu de temor que de amor; por lo cual andan siempre inquietas en lo que atañe a su salvación, y ansían tener sobre este punto seguridades que no les es dado alcanzar.

Puedo condenarme, dicen esas almas, hablando consigo mismas; puedo ser eternamente desgraciada, ignoro si estoy en gracia, y si moriré en pecado mortal. Este pensamiento les hiela la sangre en las venas, las consterna y casi las arroja en brazos del desaliento y de la desesperación. Semejante manera de considerar la eternidad no es del agrado de Dios, puesto que produce en el alma efectos contrarios a los que Él pretende y desea. Hemos de estar íntimamente persuadidos de que Dios nos ama con amor infinito y que desea nuestra salvación con mayores veras que nosotros mismos; y que por lo tanto nos concederá medios superabundantes para alcanzarla. Lo que debemos, pues, procurar de nuestra parte, es aprovecharnos de las gracias que continuamente nos otorga, trabajar con todo empeño en el negocio de nuestra salvación; y hecho esto, reposar confiadamente en los brazos de Dios, seguros de que no dejará de concedernos lo que Él más ardientemente que nosotros mismos, desea que poseamos y gocemos. Persuádanse esas almas de que estos temores excesivos, en lo que mira a su salvación, proceden más bien del amor propio que del amor de Dios y deseo de poseerle; puesto que en el negocio de su eterna bienaventuranza no atienden tanto a la gloria de Dios, al amor que le es debido y al cumplimiento de la divina voluntad cuanto a su propio interés y provecho. En una palabra, miran la eternidad bienaventurada más bien en cuanto termina en sí mismas que en cuanto se refiere y termina en Dios: que ha de ser el fin y centro de todas nuestras operaciones en el tiempo y en la eternidad. Procuren, pues, corregir semejante desorden, elévense un poco más sobre sí mismas, y haciendo de su parte lo que está en su mano, subordinen todo lo demás al divino beneplácito. De esta manera al espíritu de temor sucederá el espíritu de amor filial; pondrán en Dios toda su confianza y esperarán su salvación, no de sus méritos, sino de la bondad y de la misericordia divinas; servirán entonces a Dios tranquilamente y en santa paz, de donde nacerá el pensamiento de la eternidad y ya no las infundirá tanto terror y desaliento.

Pero no basta que la idea de la eternidad no nos infunda terror y desaliento, debemos procurar además que se nos vuelva dulce y consoladora: tanto que ya el alma, lejos de alejarla de sí, halle

sabroso su recuerdo y procure no perderla de vista jamás, a fin de que le comunique vigor y aliento en las tribulaciones, adversidades y trabajos de la presente vida, sea su sostén y ayuda en las tentaciones y penas interiores, y le infunda brios para trabajar incesantemente en dilatar la gloria de Dios y atender a la salvación de los prójimos. Que *¿cómo podremos conseguir todo esto? Fijando y grabando profundamente en nuestro corazón estas palabras del Apóstol San Pablo: Los sufrimientos y penas de la presente vida no pueden compararse con aquella gloria venidera que se revelará en nosotros* ¹. *Porque las aflicciones y trabajos tan livianos y pasajeros de esta vida, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria* ².

A la verdad, ¿qué es la presente vida sino un tiempo brevísimo de prueba durante el cual podemos merecer una felicidad eterna? Dios nos ha destinado a la eterna posesión de sí mismo, que es la fuente y centro de todos los bienes. ¡Qué destino tan magnífico y sublime para una criatura tan frágil y deleznable! Sobrepuja con infinitas creces cuanto pudiéramos apetecer, ni siquiera imaginar. ¿Cómo, pues, será posible rebajarnos a las cosas miserables y caducas de la tierra ¿Cómo será posible que nos aficionemos a ellas ni que nos dignemos siquiera mirarlas? *No he nacido para las cosas de la tierra*, decía San Estanislao de Kostka, *sino para las del cielo: no para las presentes, sino para las venideras y eternas. ¡Oh! ¡cuán bajas y despreciables aparecen a mis ojos las cosas de la tierra cuando levanto mis miradas al cielo!*, exclamaba San Ignacio de Loyola.

Con todo es indudable que Dios quiere darnos la posesión eterna de sí mismo a título de recompensa. Y ¿qué nos pide para ello? Que mientras vivamos acá abajo nos ocupemos seriamente en alcanzar la felicidad de poseerle un día para siempre; y a trueque de tan inmenso beneficio y de tan sublime destino, le adoremos, le sirvamos y amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas³; amando asimismo al prójimo como a nosotros mismos. Exige además Dios nuestro Señor, que si alguna vez tuviéramos la des-

1 Rm. 8., 18.

2 II Cor. 4, 17.

3 Luc. 10, 27.

gracia de ofenderle, cuanto antes nos volvamos a reconciliar con El por medio de una sincera penitencia: que no desoigamos su voz cuando nos habla en el fondo de nuestra alma, exigiéndonos el exacto cumplimiento de nuestro deber: y que, sostenidos con la esperanza de la bienaventurada eternidad, suframos con verdadera resignación, ya que no con alegría, los males y penas de la presente vida, despreciemos los falsos placeres y mentidas alegrías mundanas, demos de mano a todo lo que nos prohíbe su ley santísima y usemos de aquello que nos permite sin apartarnos ni un punto de su rectísima voluntad. He aquí lo que Dios exige de nosotros.

Ahora bien; ¿puede haber pensamiento más dulce y consolador que el de la eternidad así considerada? ¿Hay algún otro más propio para elevar al alma sobre sí misma, librarla de las ilusiones del mundo engañoso, hacerla invulnerable a toda clase de tentaciones y volverla animosa para superar todas las dificultades que puedan salirle al paso en el camino de la virtud? Todo lo que acá tengamos que sufrir: privaciones, mortificaciones y cruces de toda especie, aunque durase cien años, mil años, no es más que un momento en comparación de la eternidad. Aunque nuestros males fuesen mil veces mayores, deberíamos considerarlos como ligerísimos, puestos en parangón con la recompensa eterna de gloria y felicidad que nos espera.

¡Aliéntate, pues, alma mía! Todo lo que pasa no merece la pena de fijar la atención, una vez que haya pasado; no debes contar como verdadero bien, ni como verdadero mal, sino el que dura eternamente. La privación de aquel placer prohibido me libra de una pena eterna. ¡Qué castigo tan horrible podría acarrearle su goce momentáneo! La práctica de esta virtud, que me cuesta tantos esfuerzos, me alcanzará un bien sin límites y sin término. ¿Hay acaso mal alguno que no quede suavizado con este pensamiento; tentación alguna que no sea fácilmente vencida, ni acto alguno virtuoso, por mucho que repugne a nuestra sensualidad, que no se nos haga fácil? ¿A qué, pues, ese miedo a la eternidad, siendo como es el más poderoso motivo de consuelo que podemos tener, mientras andamos por el camino de la vida, y el estímulo más alentador y eficaz para bien obrar?

¿De qué sirve esto para la eternidad?, solía preguntarse con frecuencia San Luis Gonzaga. ¿No sirve de nada para mi eterna felicidad? Pues fuera. Esta sí que es una regla de conducta segurísima y decisiva, que puede aplicarse a todas las circunstancias de la vida. Propongámonos, pues, seguirla con toda fidelidad, recordémosla todos los días, familiaricémonos con ella, y de este modo viviremos en la tierra como ciudadanos de la eternidad, y gozaremos anticipadamente de sus delicias; puesto que nos procurará una paz inalterable de conciencia, y la satisfacción íntima de que obramos en todo según la recta razón y la divina voluntad.

XXXIV

De la confianza en Dios

Entre todas las virtudes, una de las más necesarias al hombre es sin duda la confianza en Dios, supuesto que sin ella nada puede y con ella lo puede todo. Esta virtud ocupa, por decirlo así, el lugar medio entre dos extremos, que conviene evitar igualmente y en que tropiezan la mayor parte de los hombres. Los unos dan en el escollo de la presunción, los otros en el de la pusilanimidad. Los primeros se forman una idea falsa de la bondad de Dios y abusan de élla, ya sea para ofenderle, ya para relajarse en el camino de la perfección. Dios, dicen éstos, no me condenará por tan poca cosa; me concederá tiempo de hacer penitencia; no es Él tan exigente, no hila tan delgado como esto. Los segundos tienen formada una aprehensión demasiado viva de la justicia de Dios y del rigor de sus juicios; sin parar mientes apenas en su infinita bondad y misericordia. Este temor les hiela el corazón, abate su ánimo y a veces les sugiere pensamientos de desesperación. El amor propio de una parte, y por otra una idea falsa de la misericordia y justicia divina, son las dos fuentes emponzoñadas de la presunción y del desaliento. Es preciso guardar un justo medio, que consiste en poner de tal modo toda nuestra confianza en Dios, que jamás presumamos

de su bondad, ni tampoco desconfiemos ni desesperemos de ella. Sólo las almas verdaderamente consagradas a Dios saben guardar este justo medio; las otras se apartan más o menos de él, inclinándose hacia uno u otro extremo. Los hombres son de ordinario más propensos a la presunción; las mujeres al temor y al desaliento.

La confianza en Dios está fundada de una parte en el conocimiento del mismo Dios, y de la otra, en el conocimiento propio. El conocimiento de Dios nos pone ante los ojos cómo siendo Él infinitamente bueno en sí mismo no puede dejar de amar a sus criaturas ni de querer su bien; y que por lo tanto si se pierden, siempre es por culpa de ellas, sin que jamás pueda atribuirse a Dios. La fe nos enseña, en efecto, que Dios nos ha amado incomparablemente más de lo que hubiéramos podido nunca imaginar; hasta darnos a su propio hijo y entregarle por nosotros a la muerte: que nos previene con sus gracias, y que además está siempre dispuesto a recibir al pecador arrepentido y a perdonarle todas sus faltas, con tal de que se convierta sinceramente a El: y no sólo esto, sino que además no cesa de solicitarle con su gracia, aun en medio de sus extravíos, para reducirlo otra vez al buen camino. Por poco que entremos dentro de nosotros mismos y reflexionemos sobre los diversos acontecimientos de nuestra vida pasada, no podremos menos de reconocer que Dios ha usado, respecto a nosotros, de una misericordia verdaderamente infinita; a unos les ha preservado del pecado, apartando de ellos las ocasiones; a otros ha sufrido por largo tiempo, a pesar de sus frecuentes recaídas: y siendo así que hubiera podido justísimamente condenarles después del primer pecado, no lo hizo por su infinita misericordia, sino que, al contrario, les proveyó de todas las gracias necesarias para volver a su amistad y perseverar en el bien empezado. Recordemos todas las gracias personales que de Él hemos recibido, y además podemos estar bien persuadidos de que son muchas más aun las que ignoramos. ¡Cuántos motivos y cuán poderosos tenemos, pues, para colocar en Dios toda nuestra confianza!

Los motivos sacados de nosotros mismos no son menos convincentes. No podemos nada, absolutamente nada, en el

orden sobrenatural. No sólo somos flacos, sino que nuestras fuerzas son totalmente nulas. Podemos, eso si, abusar de nuestra libertad y perder la gracia, pero una vez perdida, somos del todo impotentes para recobrarla por nosotros mismos, con nuestras propias fuerzas. Necesitamos para ello el socorro de la gracia, que Dios nos ofrece continuamente y que concede de una manera especial a los que acuden a Él con amorosa confianza. Si caemos en pecado, nos es imposible levantarnos si Dios no nos tiende la mano; aunque por otra parte es verdad que jamás deja de tenderla a los que invocan su protección y auxilio. Tampoco podemos contar con solas nuestras fuerzas en el cumplimiento de nuestros buenos propósitos y resoluciones, como nos lo enseña a cada paso la experiencia. En cuanto a los peligros y tentaciones que nos asedian por todas partes, mientras vamos andando por el camino de la virtud, sería insigne ceguera y locura manifiesta pensar que podemos con solas nuestras industrias y esfuerzos triunfar de todas ellas.

En una palabra, toda la obra de nuestra salvación, desde los comienzos hasta su consumación, depende principalmente de Dios. El solo tiene en sus manos los medios infalibles para conseguirla; y a pesar de nuestra suma debilidad, a pesar de nuestras miserias y de nuestra perversa inclinación al mal, la alcanzaremos infaliblemente si no perdemos jamás nuestra confianza en El, si lo esperamos todo de El y somos fieles en corresponder a las incesantes gracias que nos dispensa. Es además cierto, que a la medida que crece en nosotros la humildad, crece también la confianza en Dios. Ahora bien, una confianza cuyo fundamento es la humildad no será nunca presuntuosa. Por otro lado, la confianza que tenga por base la bondad infinita de Dios, su extremado amor y su omnipotencia, no debe ser jamás tímida ni pusilánime. En efecto; ¿qué puede temer quien pone toda su confianza en Dios? *Arrojaos en sus brazos*, dice San Agustín, *que no los retirará para dejaros caer*. Ahora bien, estando en los brazos de Dios ¿qué enemigo podrá dañarnos? ¿qué tentación será bastante poderosa para derribarnos, si nosotros no queremos?

La justicia de Dios es terribilísima, dicen algunos, y hay que temerla siempre. Es mucha verdad; mas ¿para quién es terrible?

¿Lo será acaso para los hijos que adoran a Dios, que le aman y le sirven como a su padre? ¿Lo será tal vez para aquellos que están firmemente resueltos a no rehusarle nada, a no disgustarle en nada? No, por cierto; porque si esos hijos aman a Dios, Dios les ama aún más a ellos; conoce muy bien, además, que sus faltas no proceden tanto de malicia cuanto de la nativa fragilidad de su naturaleza corrompida; y por esto a la primera mirada amorosa y arrepentida que le dirigen, se las perdona; y si tiene que castigarles por ellas, lo hace en este mundo y de un modo muy ventajoso para su salvación.

¿Pero será tal vez terrible la justicia de Dios para los pecadores que se vuelven sinceramente a El? En manera alguna; antes vemos a cada paso que éstos experimentan los más tiernos efectos de su misericordia, y a menudo son acogidos con tanta bondad y cariño que casi podrían inspirar celos a los mismos justos. Buen ejemplo tenemos de ello en el hijo pródigo y en la Magdalena.

La justicia divina sólo es terrible para aquellos que se obstinan en no recurrir a su misericordia, ora sea por presunción, ora por desesperación; es terrible para aquellos que aman el pecado y no quieren salir de él; para aquellos cuya voluntad no es recta y que al parecer desearían engañar al mismo Dios. Ahora bien, claro está que todos los pecadores, mientras permanezcan obstinados en la culpa, no tienen ni pueden tener verdadera confianza en Dios; claro está que no tienen derecho alguno a semejante confianza, puesto que ésta no puede brotar del corazón del pecador sino en el punto y hora en que él desea renunciar a sus pecados y concibe una saludable vergüenza y arrepentimiento de haber ofendido a Dios. El temor mismo de la divina justicia viene a ser, en tal caso, como el aguijón que le impele a la confianza.

Dios quiere que temamos su justicia, a fin de que evitemos el pecado, o salgamos de él cuanto antes si lo hubiéremos cometido, y procuremos expiarlo por medio de una saludable penitencia; quiere además que no nos gloriemos vanamente de haberle dada condigna satisfacción por los pecados cometidos ni presumamos con arrogancia del perdón.

Mas, al propio tiempo, nos manda que confiemos en El, que lo

esperemos todo de su misericordia, y que nos volvamos a El más bien inducidos por el amor que por el temor; quiere, en fin, que nadie se abandone a terrores vanos e injuriosos a su divina Majestad, y que no producen en el alma otro efecto que consternarla y desalentarla sin provecho alguno. Más ¿hasta dónde deberá extenderse nuestra confianza en Dios? Hasta donde alcance su poder y su bondad infinita: es decir, que debe ser ilimitada; puesto que es inmensa nuestra debilidad y miseria, e infinita su misericordia. Así que por grandes que hayan sido nuestras iniquidades e ingratitudes, por muchas que sean las dificultades y estorbos que nos salgan al paso en el camino de la perfección; aun que nos veamos agobiados de trabajos, tentaciones, sequedades y penas interiores, jamás hemos de consentir que penetre en nuestro corazón la desconfianza ni el desaliento. Es cierto que, atendiendo sólo a nuestra flaqueza y miseria, no podemos menos de confesar con el autor de la *Imitación de Cristo*: “Nada soy, nada puedo, nada tengo, nada valgo; sino que en todo falto y tiendo a la nada”; pero escudados y sostenidos por la divina omnipotencia, podemos y debemos confiadamente exclamar con San Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta ¹. “Es muy necesario a este nuestro flaco natural, dice Santa Teresa, tener gran confianza en Dios y no desmayar; pensemos que si nos esforzamos, no dejaremos de salir con victoria.” *Hijos míos*, nos dice Jesucristó, *en el mundo tendréis que sufrir grandes tribulaciones, pero no temáis, tened confianza; que yo he vencido al mundo* ². Sí, le venció en su persona y le vencerá también en la nuestra. ¿Será acaso más encarnizada la guerra que el mundo nos haga, que la que hizo a los mártires y santos? ¿Y qué fortaleza tenían por sí mismos aquellos santos y mártires? La misma que nosotros, pero con todo eran fuertes con la fortaleza de Dios y nosotros podemos serlo igualmente que ellos.

Tampoco hay que temer las asechanzas del demonio por muy sutiles y engañosas que sean. El demonio nada puede contra un alma humilde y con fiada. No presumamos de nosotros mismos, esperémoslo todo de Dios, y todos los esfuerzos del infierno se-

¹ Ad. Philip. IV, 13.

² Jn. 16, 33.

rán impotentes para dañarnos ni derribarnos. Ande el alma confiada en el Señor, que es fiel y no permitirá que el demonio la engañe.

Finalmente no deben en manera alguna acobardarnos ni desalentarnos las tentaciones que provienen de nuestra naturaleza corrompida, porque como advierte San Juan de la Cruz, a más impureza e indecencia lleva el alma para ir a Dios, si conserva en sí el menor apetito desordenado de cosa del mundo, que si va cargada de todas las feas y molestas tentaciones y tinieblas que se pueden imaginar, con tal que su voluntad racional no las quiera admitir; antes el tal puede entonces confiadamente llegar a Dios que dice: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os recrearé* ¹.

Pero es que el amor propio, dirá alguno, todo lo corrompe y emponzoña, y hay que andar continuamente recelosos de sus insidiosas maquinaciones, por muchos que sean los progresos que se hayan hecho en la virtud. Por esto precisamente debemos estar siempre en guardia contra las emboscadas del amor propio y de la propia voluntad, pero en manera alguna debemos caer en el desaliento. Crezca de día en día en nuestros corazones el amor de Dios, y a medida que éste se vaya robusteciendo, iráse debilitando y enflaqueciendo el amor propio, hasta que lleguemos a alcanzar sobre él completa victoria.

Desconfiemos enteramente de nosotros mismos y pongamos toda nuestra esperanza en el auxilio divino, con lo cual nos haremos superiores al mundo, al demonio y a nuestra naturaleza corrompida. *En la caridad no hay temor*, dice San Juan ², *antes la perfecta caridad, arroja fuera al temor*, es decir, cualquier clase de temor, excepto el de ofender a Dios o desagradarle, rehusándole alguna cosa de cuantas El nos pida.

¹ Mt. 11, 28.

² I. Jn. 4, 18.

XXXV

Del amor de Dios

Es cosa extraña que haya tenido Dios necesidad de imponer al hombre el precepto de amarle, puesto que El es su primer principio, su último fin y la única fuente de su felicidad. El amor que nos tenemos a nosotros mismos ¿no es acaso motivo más que suficiente para impulsarnos al amor de Dios, siendo así verdad que en él se halla cifrado todo nuestro bien y toda nuestra felicidad temporal y eterna? “¡Oh Dios mío! exclama San Agustín, Vos me ordenáis que os ame; ¡como si no fuera para mí la mayor de las desdichas el dejar de amaros! Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Dios ha impuesto al hombre el precepto de amarle, siendo éste el primero y el mayor de todos los preceptos y al que se reducen todos los demás. He aquí las formales palabras con que Dios lo formuló en el Sinaí y fué ratificado por Jesucristo Nuestro Señor en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas con toda tu mente* ¹. Explicaremos primero el sentido de estas palabras, e indicaremos después las señales por las cuales podremos venir en conocimiento de si lo cumplimos o no, en toda su amplitud y perfección.

Amarás al Señor, con un amor apreciativo superior a todos los demás amores, puesto que Dios excede infinitamente en bondad y perfección a todos los objetos que puedan solicitar el amor del hombre. Amarás, no por algunos instantes o a intervalos, sino siempre y en todos los momentos de tu existencia; desde el punto y hora en que haya despuntado en tu inteligencia el uso de la razón y conozcas a Dios, hasta el último suspiro de tu vida. Este amor ha de ser la disposición actual y habitual, fija y permanente de tu corazón.

Amarás con un amor proporcionado al conocimiento que Dios te comunicare de sus divinas perfecciones; con aquel amor so-

--- -----
¹ Lc. 10, 27.

sobrenatural que se te infundió en el alma por medio del santo bautismo: y para ello conservarás siempre, con gran diligencia, la gracia santificante a la cual está vinculado este amor. Si no posees esta gracia, a causa de haberla perdido por el pecado, procurarás recobrarla cuanto antes, con toda diligencia, puesto que Dios la ofrece continuamente a cuantos la desean, y con ella; su santo amor.

Amarás al Señor tu Dios. Los principales motivos que deben impulsarnos al amor de Dios están contenidos en estas palabras. Aquel a quien debemos amar es Dios, o sea, el sér infinitamente perfecto e infinitamente amable; amable en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo; fuente de todo lo amable y perfecto que se halla esparcido en todos los seres creados. Merece, pues, el amor más puro, el más desinteresado y el más excelente de todos los amores. Y no sólo es Dios, sino tu Dios; tienes por consiguiente con El todas las relaciones de que eres capaz. El te ha sacado de la nada; ha puesto en tí todo cuanto eres y te ha dado todos los bienes de que gozas; El te los conserva y te conserva a tí mismo en cada instante. Esto por lo que mira sólo al orden de la naturaleza; en el de la gracia ha hecho por ti mucho más, inmensamente más. La revelación pone ante tus ojos y te instruye acerca de la inmensa extensión de estos beneficios; medítalos atentamente y comprenderás al punto cuánto amor y reconocimiento le debes. Y no es esto sólo, sino que todavía tiene preparados para ti otros bienes mucho mayores en el orden de la gloria; puesto que no te ha criado, ni te ha redimido, sino para hacerte eternamente dichoso con la posesión del sumo bien, de sí mismo. El amor eterno con que Dios te ha amado, ha sido el único móvil que le ha impulsado a crearte, a redimirte y destinarte a tan excelsos bienes: y en cambio de todo esto únicamente te pide que le ames como a tu Criador, a tu Salvador y a tu Remunerador. ¿Puede darse cosa más puesta en razón? ¿No sería una incalificable ingratitud rehusarle este pequeño homenaje de reconocimiento? Pero además de esto Dios es el Señor, el Soberano, el único Señor nuestro; principio, fin y centro de todo lo criado. Nada es amable sino por El y con relación a El; tú no puedes rehusarle tu homenaje sin rebelión manifiesta, ni compartirlo con algún

otro objeto, sin evidente injusticia. Su principal dominio, aquel de que se muestra más celoso, quiere ejercerlo sobre tu corazón; quiere reinar en él por el amor; no le basta que le temas, lo que El desea, lo que te manda sobre todo es que le ames. Exige de ti este amor y te conmina con la mayor de las desgracias, con una desgracia eterna e inevitable, a la cual nada podrá substraerte si no le obedeces en esto. Todos los motivos de justicia, de reconocimiento, de esperanza y de temor tienden pues a sujetarte a esta ley del amor.

Amarás, pues, al Señor tu Dios. ¿Y cómo? Con toda tu inteligencia, que no te ha sido concedida sino para conocerle. Lo tendrás siempre presente en tu inteligencia, por manera que estés siempre resuelto a arrojar de ella todo pensamiento que pudiera disiparte y aficionarte desordenadamente a cualquier criatura, en perjuicio del amor que le debes. Esta ley de amor te prescribe que te instruyas y te ocupes en las cosas de Dios y en todo lo que tiende a su servicio; en los deberes de tu estado, en llevar, en una palabra, una vida seria y digna de una criatura hecha únicamente para Dios.

Amarás al Señor con todo tu corazón. Tus principales afecciones serán para Dios y todos los demás afectos los referirás a El solo. Renunciarás a cualquier otro afecto, por poco que tienda a separarte de El. Dios quiere poseer enteramente todo tu corazón sin compartirlo con nadie, puesto que lo ha formado para sí solo: y no le amarías como merece, si amaras juntamente con El alguna otra cosa criada que te desviara de su amor, o no la amaras en Dios y por Dios.

Le amarás con toda tu alma; esto es, que debes estar dispuesto a sacrificarlo todo por El; tus bienes, tu honra y tu misma vida: estando aparejado y resuelto a renunciarlo todo, a sufrirlo todo y a perderlo todo antes que conculcar el precepto del amor de Dios. Para esto es necesario que el amor te eleve por encima de todos los deleites de los sentidos, de todo respeto humano, de todas las promesas y de todas las amenazas, de todas las ventajas y comodidades que el mundo pudiera ofrecerte o de que pudiera privarte. Es preciso que estés constantemente persuadido, en la práctica, de que es ganarlo todo el perderlo todo por tu Dios.

En fin, *le amarás con todas tus fuerzas*; esto es, no pondrás límite alguno a este amor, porque la medida del amor de Dios es amarle sin medida. Te aplicarás pues a acrecentarlo más y más de día en día en tu corazón; todos tus actos, todas tus intenciones tenderán a este fin, y éste debería ser ante todo, el objetivo de tus plegarias y de tus prácticas piadosas. ¡Oh! ¡Cuán noble es esta intención, cuán digno de Dios y del hombre el hacer la oración, frecuentar los sacramentos, ejercitar las obras de caridad, sufrir todas las penas de esta vida únicamente con la mira de aumentar en nosotros este santo amor! ¡Esto sí que sería amar a Dios con todas nuestras fuerzas!

Mas ¿qué indicios nos manifestarán si amamos a Dios de esta manera? Porque es muy ordinario, aun en personas muy buenas y santas, que se vean torturadas con la duda de si aman a Dios cual conviene, y acerca de esto es a veces muy difícil tranquilizarlas. Pondremos aquí algunas señales, bastante seguras; aunque no infalibles, para conocer si la caridad mora en nuestros corazones. En primer lugar, el temor de no amar bastante a Dios, esa inquietud y zozobra que asalta al alma acerca de este particular, junto con el deseo que experimenta de amarle más y más, suele ser una prueba nada equívoca de que nuestro corazón pertenece a Dios todo entero. Hay que advertir, sin embargo, que procede de amor propio todo lo que este temor e inquietud tenga de excesivo. Debemos, pues, en esto atenemos a las decisiones de un prudente confesor, y no turbar la paz de nuestro espíritu examinándonos excesivamente y con ansiedad acerca de este particular.

No debemos en manera alguna, juzgar de la realidad del amor a Dios por el sentimiento que de él experimentamos, sino por los efectos que en nosotros produce. Los consuelos y las afecciones sensibles no dependen de nosotros; Dios las da ó retira según le place. Estos consuelos sensibles, por otra parte, se prestan a engaño; pueden a veces proceder de la imaginación, de una complexión tierna o de esfuerzos indiscretos; es peligroso apegarse a ellos, y el demonio nos los procura a veces para seducirnos. En este apego a la devoción sensible no tanto busca uno a Dios y le ama, cuanto a sí mismo. Por esto, pues, debemos juzgar por los efectos, de la realidad de nuestro

amor. Si uno se muestra animoso para emprenderlo todo y sufrirlo todo por Dios; si para nada tiene en cuenta la propia consolación cuando se trata del servicio de su divina Majestad; si en nada se busca uno a sí mismo; si persevera fielmente en su santo servicio, a pesar de las tentaciones, sequedades, repugnancias y aparente abandono que experimenta; todas éstas son pruebas nada equívocas del verdadero y sólido amor de Dios. No está el amor de Dios, dice Santa Teresa, en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. El amor que tenemos a Dios no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado con obras; y no penséis que El ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad”¹.

En general no es por medio de reflexiones y muy subidas consideraciones como se adquiere y se conserva el amor, sino poniendo bien fija nuestra mirada en Dios, buscando en todo, con rectísima intención, el cumplimiento de su divina voluntad; y, descartando toda mira propia, seguir siempre con fidelidad constante los movimientos de la gracia, sin dar oídos en nada a nuestro espíritu propio.

El amor tiene su manantial en Dios: El es quien lo infunde en nuestro corazón, El solo le da incremento, conoce su naturaleza y su perfección. Dejémosle hacer pues a El, que como nos dió los principios, nos concederá su progreso, con tal de que permanezcamos constantemente unidos a El y nos dejemos guiar por su espíritu. Jesucristo dijo: *Yo he venido a poner fuego en la tierra y ¿qué he de querer sino que arda?* ² Presentémosle - nuestros corazones, a fin de que haga prender en ellos este fuego divino: una vez encendido, no se apagará jamás por sí mismo, su llama consumirá todo lo que haya de terrestre é impuro en nuestra alma y la inflamará más y más de día en día, hasta transformarla enteramente en el amor de Dios.

No quiero cerrar este capítulo sin trasladar aquí algunas señales que pone Santa Teresa para conocer cuándo el alma se

¹ Moradas 3, cap. I.

² Lc. 12, 49.

halla verdaderamente poseída del amor de Dios. "El natural del amor, dice, es obrar siempre de mil maneras. Un alma que ama a Dios de veras, entendiendo que una cosa es más perfección y servicio divino, con el contento que siente de contentarle, luego la hace ¹. Quien de veras ama a Dios, todo lo bueno ama, todo lo bueno quiere, todo lo bueno favorece, todo lo bueno loa; con los buenos se junta siempre y los defiende; todas las virtudes abraza, no ama sino verdades y cosas que sean dignas de amar ². El verdadero amor se ha de ver no en los rincones, sino en la mitad de las ocasiones; jamás está ocioso, y así el dejar de ir creciendo será harta mala señal ³."

"Esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así, que, aunque sean grandísimos los trabajos, entendiendo contentamos a Dios, se nos hacen dulces; y de esta manera aman, los que han llegado aquí, en las persecuciones, deshonras y agravios. ¿Cómo se adquirirá este amor? Digo que determinándose un alma a obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere ocasión para ello ⁴.

"Dijome el Señor: ¡Ay hija! qué pocos me aman en verdad; que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme en verdad? Entender que es mentira todo lo que no es agradable a mi"

"Plegue a su Majestad nos dé a probar qué es el amor de Dios, antes que nos saque de esta vida; porque será gran cosa, a la hora de la muerte, entender que vamos a donde creemos haber amado sobre todas las cosas al Señor que nos ha de juzgar; seguros podemos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia. Y pues hablar en amor de Dios es cosa tan sabrosa, ¿qué será tenerle? ¡Oh, Señor mio, dádmele Vos; no vaya de esta vida hasta que no quiera cosa de ella, ni sepa qué cosa es amor fuera de Vos".

1 Autob. cap. XXXV.

2 Camino de Perf. cap. LXX.

3 Morad. VI, cap. IV.

4 Fundaciones, cap. V.

XXXVI

Del reposo en Dios

Venid a mi todos los
que andais trabajados
y oprimidos, que yo
os recrearé y hallaréis
el reposo para vuestras almas.

Mt. 11. 28, 29

Esta dulce invitación la dirige a todos los hombres, y nadie más que El pudo hacerla jamás. Mientras andamos peregrinando por el destierro de la presente vida, todos, quien más quien menos, tenemos que soportar, ora sean penas y aflicciones de espíritu, ora dolores y molestias del cuerpo, ora ingratitudes y murmuraciones que lastiman nuestro corazón. Y sin embargo, todos vamos suspirando por el reposo, le buscamos con la mayor ansiedad y nos fatigamos toda la vida en esta investigación sin que lleguemos a conseguir muchas veces el objeto de nuestros ardientes deseos. ¿Dónde hay que buscarlo? Cuestión interesante como la que más.

Unos, la inmensa mayoría de los mortales, buscan el reposo en el goce de las riquezas, de los placeres, de los honores mundanos. ¡Cuántos cuidados no se toman para procurárselos, para conservarlos, para acrecentarlos y multiplicarlos! Pero ¿hallan de veras en ellos el tan suspirado reposo y descanso? Indudablemente que no. ¿Cómo podrían hallar reposo en esos bienes frágiles y perecederos, incapaces de satisfacer a las pasiones mismas que los solicitan? ¿Cómo hallar saciedad en unos bienes que no guardan proporción alguna con las aspiraciones del corazón humano, al cual dejan siempre vacío, siempre devorado por una sed cada vez más ardorosa de poseerlos en mayor abundancia, y que le son disputados continuamente y pueden serle arrebatados a cada instante? ¿Qué reposo puede hallarse en cosas esencialmente movedizas y perecederas? Si el fundamento sobre el cual establecemos

nuestro descanso está en continuo movimiento, ¿puede acaso esperarse otra cosa que perpetua inestabilidad e incesante agitación? La experiencia propia, la de todos los hombres y en todos los siglos, nos demuestra con meridiana claridad que todos los bienes de la tierra no pueden en manera alguna saciar las aspiraciones del humano corazón. ¿Qué hombre ha gozado de completo reposo aunque poseyera los más ricos tesoros, aunque gozara de los placeres más embriagadores y se viera encumbrado a los honores más halagueños? No está pues el reposo, en estas cosas, nadie lo ignora, y sin embargo en ellas precisamente van a buscarlo casi todos los hombres. Se desviven en procurárselas, trazan proyectos y se lanzan a toda clase de empresas, sin que jamás lleguen a conseguir un instante de verdadero descanso; y si consultan su razón, ésta les contestará que no lo conseguirán jamás. ¡Cuánta ceguedad y locura!

Otros buscan el descanso y la felicidad en sí mismos y por esto se creen más sabios que los anteriores. ¿Pero lo son efectivamente? ¿Es tal la constitución y naturaleza del hombre que pueda bastarse a sí mismo? ¿Puede acaso hallar en sí el principio de su reposo que sus ideas cambian a cada momento, su corazón está en continua agitación, imagina sin cesar nuevos sistemas de felicidad, sin que logre dar con ella en ninguna parte. Si se halla solitario, el tedio lo devora; la compañía, por selecta que sea, no tarda en aburrirle; sus reflexiones le fatigan y atormentan; el estudio y la lectura podrán distraerle y divertirle un instante, pero no llenan enteramente su corazón. Y con todo, éste es el único reposo y felicidad que puede proporcionar a sus secuaces, la humana sabiduría; mas para alcanzarla obligales a renunciar a todo lo demás, a aislarse y concentrarse en sí mismos. Descanso engañoso que no está exento, por otra parte, de las más violentas agitaciones de espíritu, y que por lo menos fatiga tanto al hombre como el tumulto de las pasiones.

¿Dónde hallar, pues, el reposo, si no podemos encontrar ni en los bienes de este mundo, ni en nosotros mismos? Lo hallaremos en Dios y sólo en Dios. Jesucristo ha venido a enseñárnoslo, siendo ésta una de las más excelentes lecciones que dió a los mortales. Mas ¡cuán pocos hay que se aprovechen de ella cual conviene!

“Hicístenos, Señor, para tí, exclama San Agustín, y nuestro corazón andará siempre inquieto hasta que descanse en Ti.” Las enseñanzas de la fe, admirablemente concordes con los dictados de la razón natural y de la experiencia, demuestran bien a las claras cuánta verdad encierran estas palabras del sabio Obispo de Hipona:

Ahora bien, ¿qué se requiere de nuestra parte para alcanzar ese dulce reposo en Dios? Entregarnos totalmente en las manos de su divina Majestad y sacrificarle todas nuestras cosas. Si no le entregamos más que una parte de nuestro ser, reservándonos las demás, por insignificantes que sean; si conservamos alguna afición desordenada a las criaturas, claro está que nuestra paz y reposo no podrá ser entero y perfecto, sino que andará siempre mezclado con alguna turbación; la cual se introducirá en nuestra alma por aquellos resquicios, en los cuales no está perfectamente unida con Dios nuestro Señor. Y ésta es sin duda la causa principal porque hay tan pocos cristianos que disfruten de una paz constante, llena e inalterable. No establecen su reposo en Dios solo, no se lo confían todo, no se lo abandonan todo, siendo como es certísimo que no hay, ni puede haber verdadero y sólido reposo sino en este perfecto abandono y conformidad con el beneplácito divino.

Cuando el alma ha llegado a esta perfecta conformidad, su reposo y descanso es inmutable como el mismo Dios, en quien se funda, haciendo al alma superior a todas las cosas criadas. La paz que la proporciona es verdaderamente íntima, puesto que llega hasta los pliegues más recónditos del corazón: es un reposo completo, porque Dios llena y sacia al alma, sin que haya en ella deseo ni sentimiento que no quede satisfecho, puesto que quien posee a Dios nada tiene que desear fuera de El. Este reposo aquietta las pasiones, tranquiliza la imaginación, calma el espíritu y fija la inconstancia del corazón. Este reposo subsiste aún en medio de los mayores reveses de fortuna, de las calamidades de toda especie y de las mismas tentaciones y pruebas; porque nada de todo esto llega hasta el centro, donde el alma descansa en Dios. Los mártires sobre los ecúleos y atormentados con los más horribles suplicios; los confesores viviendo en la más extremada indigencia, en las cárceles, en el

destierro y en las persecuciones, gozaban de este reposo y se creían dichosos. Los santos lo han gustado en la soledad, entregados a los ejercicios de la más rigurosa penitencia, en medio de los trabajos más penosos y asiduos, en las calumnias, en las humillaciones, en las enfermedades y en las dolencias de toda especie. Una multitud innumerable de cristianos lo ha gustado en el cumplimiento de los más penosos deberes anejos a su estado, en las cruces y trabajos con que el Señor los ha ejercitado y en medio de las calamidades y trabajos de la presente vida. Por lo que respecta a nosotros, en nuestra mano está el gozarlo igualmente que ellos, puesto que no se perderá por parte de Dios si nosotros lo deseamos y procuramos con todas las veras de nuestro corazón. Sólo una cosa nos exige, y es que pongamos toda nuestra confianza en El, conformándonos en todo con su divina voluntad y que no busquemos nuestro reposo, y felicidad fuera de El.

La experiencia cotidiana nos da certidumbre completa acerca de este particular. Desde el momento en que uno se haya entregado a Dios de corazón y puesto en orden los negocios de su conciencia, tomando toda clase de precauciones para evitar el pecado, sin distinción de venial o mortal; desde el instante en que el alma haya resuelto firmemente estar atenta y ser fiel a las inspiraciones de la gracia, sin rehusar nada a Dios de cuanto El la exija; ora sea directamente, ora por medio de su director espiritual o superior, gozará indefectiblemente de esa paz interior, de esa serenidad de espíritu que antes jamás había experimentado, ni tenía siquiera noticia de ella. De ordinario a los principios, este reposo y paz espiritual es sumamente dulce y consoladora: el alma la saborea a su placer, la siente y goza de ella, sin que nada al parecer sea capaz de turbarla. Entonces nada la enoja y fatiga de cuanto concierne al servicio de su Divina Majestad. Las situaciones más penosas y difíciles se le vuelven agradables: los demás placeres, cualesquiera que sean, le parecen insípidos, y evita diligentemente todo lo que pueda arrebatarse tan dulce y sabrosa tranquilidad de espíritu. No hay avaro que tema tanto perder su tesoro, como teme ella todo aquello que pueda arrebatarse o alterar su paz y reposo interior. Es una especie de regalado sueño del alma, durante el cual sólo

está despierta para las cosas de Dios, y profundamente dormida, por decirlo así, para todo lo demás.

Todo esto parecerá, sin duda, pura fantasía e ilusión a aquellos que no lo hayan experimentado. Y no sólo los mundanos piensan de semejante manera, sino que también todos aquellos que no han gustado jamás de esta tranquilidad interior de espíritu, porque nunca se han entregado plenamente a Dios: la consideran como una quimera y extravío propio de una imaginación exaltada. En cambio los santos, que hablan de ella por experiencia propia, la consideran como un bien inestimable. San Pablo ¹ pondera las delicias de esta paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento. Y Jesucristo nuestro divino Redentor, quiso dejar a sus apóstoles, como uno de sus más preciados tesoros, esta paz interior, y así les dijo²: *La paz os dejo, la paz mía os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. A decir verdad no puede el mundo comunicar al alma semejante paz: es un don de Dios, el cual lo concede como recompensa de la entrega absoluta e irrevocable que le hacemos de nosotros mismos.*

No hay duda que esta paz interior se ve sujeta a pruebas y tentaciones, a las veces, sumamente penosas; pero estas, lejos de quebrantarla, contribuyen a afianzarla más y más en definitiva, si el alma permanece fiel; porque todas estas pruebas y tentaciones sólo consiguen turbar y alborotar el exterior, sin llegar hasta el fondo del corazón, el cual permanece tranquilo e inalterable, a pesar de todas las borrascas. De aquí que se considere tan dichosa el alma en medio de sus padecimientos, que no cambiaría su estado, por doloroso que sea para la naturaleza, por los más deliciosos placeres que el mundo le pudiera ofrecer. Tal es la vida de cristiano perfecto que va a Dios por medio de Jesucristo, que adora a Dios en espíritu y en verdad, que lo sacrifica todo, y a sí mismo, al beneplácito divino. Nada es capaz de alterar el reposo y la paz interior de su corazón, que viene a ser como una especie de preludio de la paz y descanso eterno de que gozará en el cielo.

¡Que espantoso desatino es, por lo tanto, obstinarse en no que-

¹ Philipp. 6, 7.

² Jn. 14, 27.

rer probar la verdad de las promesas de Jesucristo, y atormentarse vanamente acá abajo para ser despues eternamente atormentados en el otro mundo!

XXXVII

De la vida del alma

Buscad a Dios, dice la Escritura¹, y *vuestra alma vivirá*. He aquí expresado en dos palabras el principio de los deberes del hombre y la fuente de su felicidad. La vida del alma, su verdadera vida consiste en la felicidad: preferiría no existir a ser desgraciada; y mientras no goza, al menos en esperanza, de lo que cree ha de labrar su felicidad, le es insoportable la vida. Ahora bien; ¿dónde está la felicidad? ¿Dónde la hemos de buscar? La Escritura nos enseña que está en Dios y que no la hallaremos sino en Él. Según esta regla, que es infalible, fácil nos será colegir cuan efímera es la felicidad a que aspira la inmensa mayoría de los mortales y cuan alejados andan los mundanos del sendero que ha de conducirles a la verdadera y solida felicidad. Para que se entienda esto de raíz, requiérese más detenida explicación.

El cuerpo tiene una vida que le es propia, aunque la recibe del alma. De suerte que, por más que el cuerpo esté admirablemente organizado, si no se halla informado por el alma, es sólo una máquina que no puede conservarse largo tiempo en el estado de cuerpo, sino que se disuelve bien pronto en podredumbre. Solamente por su unión con el alma vive el cuerpo; y mientras dura esta unión, su vida subsiste. Más aún, el alma es la que sostiene y conserva la vida del cuerpo, dándole oportunamente el alimento y el sueño que le son necesarios, preservándole de los accidentes que le amenazan y curándole de las enfermedades, a las cuales está sujeto. Y si el cuerpo no tuviera en sí mismo principios de corrupción, cuyos disolventes efectos no

¹ Ps. 68, 33.

puede evitar el alma a pesar de todos sus esfuerzos, ésta le comunicaría su propia inmortalidad, permaneciéndole constantemente unida.

Ahora bien, lo que es el alma para el cuerpo, lo es Dios para el alma, aunque con diferencias muy notables. Porque el alma tiene en sí un principio de vida natural, que consiste en las facultades de conocer y de amar y en el ejercicio de estas mismas facultades. Con todo, el alma no se basta a sí misma; y si se viera reducida a no conocer ni amar mas que a si misma, no podría vivir. Así es que toda la perspicacia de su entendimiento y todos los deseos de su voluntad la arrastran fuera de sí hacia los objetos que juzga a propósito para satisfacer su avidez de conocer y de amar. El alma es, pues, dichosa cuando está plenamente satisfecha en su conocimiento y en su amor; esto es, cuando por el entendimiento y la voluntad, posee un objeto que no le deja nada que desear, ni por el lado del conocimiento, ni por el del amor. Entonces reposa en la posesión de este objeto, y si esta posesión le esta asegurada para siempre, queda también ella plenamente segura acerca de su eterna bienaventuranza. Todo esto no admite duda, y por poco que uno reflexione sobre sí mismo, no podrá menos de reconocerlo.

Mas ¿cual será ese objeto cuyo conocimiento y amor pueden hacer al alma enteramente dichosa? No son por cierto las criaturas sensibles, puesto que estas no tienen otra relación con el alma que la que ella adquiere por medio del cuerpo, al cual anima; y, por lo tanto, sólo pueden proporcionarle un conocimiento y amor subordinado al mismo cuerpo. Ahora bien, la facultad que tiene el alma de conocer y de amar le pertenecen en cuanto es substancia espiritual e independientemente de su unión con el cuerpo: de donde se sigue que esta facultad debe tener su objeto propio, sobre el cual pueda ejercitarse inmediatamente y sin dependencia alguna del cuerpo. Además, los objetos sensibles son evidentemente inferiores al hombre y fueron criados para su uso, para satisfacer las necesidades y exigencias de su cuerpo: las del alma son muy diversas, y por lo mismo no puede ésta hallar la plenitud de su conocimiento y amor en los objetos sensibles.

¿Cuál será, pues, el objeto en cuya posesión hallará el alma su

verdadera vida y cuyo goce labrará su perfecta y perpetua felicidad? ¿Acaso nuestros semejantes? Evidentemente que no: porque su alma se halla en el mismo caso que la nuestra; y así como ella no puede hallar en nosotros su felicidad, tampoco puede hallarla la nuestra en ellos. A más de que las relaciones que con ellos tenemos sólo son accidentales, puesto que ni ellos han sido creados para nosotros, ni nosotros para ellos. Todos tenemos igualmente el mismo principio de nuestra existencia; nuestras almas tienen las mismas necesidades, aspiran a la misma vida; preciso es, por lo tanto, que vayan a buscarla todas en el mismo manantial.

Ese manantial de la vida de las almas es Dios, y no puede ser otro que Él. Conocer a Dios, amar a Dios: he aquí la plenitud de la vida y de la felicidad.

Pero ¿acaso podemos conocerle y amarle cual se merece por nuestras solas fuerzas? No: porque nuestra inteligencia carece de luz suficiente y nuestra voluntad no es bastante recta para ello. Es necesario que el mismo Dios nos ilumine y dirija para que aprendamos a conocerle y amarle cual conviene. Necesitamos, pues, una luz sobrenatural que ilumine nuestra inteligencia, y una moción sobrenatural que excite nuestra voluntad. En esta luz y en esta moción consiste precisamente la gracia; la cual es para nuestra alma, lo que el alimento es para el cuerpo. Este deseo y esta necesidad de conocer y de amar a Dios, es lo que constituye por decirlo así el hambre del alma; hambre que Dios solo puede satisfacer. El Señor ofrece a todos la gracia necesaria para sustentar el alma y acrecentar su vida; pero exige para concedérsela que se la pidamos, y nos concede por de pronto la gracia de la oración e impetración, con la cual podemos obtener todas las demás.

El alma está, pues, muerta cuando se halla separada de Dios, como el cuerpo cuando está separado del alma. Pero la muerte del alma no consiste en no existir, sino en no conocer ni amar a Dios sobrenaturalmente. Consiste en haber perdido la amistad de Dios y con ella la paz y la dicha verdadera: consiste en hallarse continuamente agitada e inquieta y en experimentar un hambre permanente de conocer la suprema Verdad y de amar al soberano Bien, sin que pueda ver satisfecha jamás esa hambre

mientras permanezca apartada de Dios. Con el fin de distraer y engañar en algún modo esa hambre de felicidad, los hombres que viven a merced de sus pasiones, arrójanse con ímpetu furioso sobre los diversos objetos que se les presentan: su inteligencia va saltando de idea en idea y su corazón de afecto en afecto; mas el hastío, el tedio, la inconstancia y continuas mudanzas que experimentan, prueban bien a las claras que no podrán hallar en parte alguna fuera de Dios, nada que les satisfaga y sacie enteramente sus aspiraciones. Su alma anda siempre errante y vagabunda en sus deseos; busca con afanosa solicitud algo que fije sus aspiraciones y calme sus ardorosas ansias; pero cuando se figura haberlo hallado, disíbase al punto como el humo, viendo perpetuamente frustrados sus anhelos. Así se pasa la vida hasta que la muerte viene a arrebatarse al alma todos los objetos creados que sirvieron de pábulo a sus pasiones e ilusiones, y no le queda ya mas que Aquel objeto increado que es la suma verdad y la suma belleza, a la cual no quiso ella conocer ni amar, y que en adelante ya no lo podrá amar, por más que se verá constreñida a conocerlo para su eterna desdicha. ¡Qué vacío tan espantoso para esa alma! ¡Qué tormento tan inexplicable! ¡Qué hambre tan devoradora! ¡Qué remordimiento y desesperación, tan inmensa como irremediable!

Por el contrario, si el alma busca sinceramente a su Dios en la presente vida, le hallará, se aficionará a El y le amará sobre todas las cosas, y vivirá unida con Él por medio de la gracia. En esta unión sobrenatural hallará la verdadera vida: no una vida plenamente dichosa, sino sólo el principio de ella; gozará de una paz y reposo independiente de todas las agitaciones, de todas las tentaciones y de todos los sufrimientos; una paz íntima aun en medio del tumulto y del combate de las pasiones; una estabilidad imperturbable aun en medio de los diversos accidentes de la presente vida. Tal es la vida que Dios ha prometido al alma acá en la tierra: vida en la cual tropezará sin duda con toda suerte de cruces y tribulaciones que el Señor le enviará para aquilatar su amor y fidelidad. Lejos de temer esas cruces, el alma las desea, las abraza y las lleva con valor, porque le sirven para conocer mejor y amar más perfectamente a Dios. Le sería insoportable la vida si no tuviera algo que sufrir por aquel a

quien ama, pues creería que su amor no era del todo puro y acrisolado, por faltarle el distintivo principal de los que de veras aman a Dios. Semejante disposición de espíritu parecerá cosa increíble tal vez a los que se rigen por miras interesadas y egoístas, pero es muy real y verdadera. No cabe duda que cuanto uno ha muerto más perfectamente a sí mismo por medio de los sufrimientos y de las humillaciones, más exuberante es su vida sobrenatural, más sale de sí mismo para engolfarse y perderse en el piélagos insondable de la divinidad.

Mas después de esa pérdida pasajera, que sólo durará el breve tiempo de la presente vida, volverá a hallarse a sí misma en Dios, al traspasar los umbrales de la eternidad; y será tanto más perfecto el hallazgo, cuanto más profunda haya sido su pérdida. Verá entonces cuánta verdad encierran estas palabras de la Sagrada Escritura: *El Señor es el que da la muerte y devuelve la vida, el que conduce al sepulcro y libra de él*¹. El quiere que muramos nosotros mismos a fin de comunicarnos después su propia vida. Nos hace morir a nuestros sentidos, a nuestras pasiones, a nuestro amor propio y a nuestra propia voluntad, para que vivamós en Él y por Él. Vida de conocimiento, vida de amor, vida de gloria y de felicidad. Todo esto será común a todos los elegidos. Mas ¡cuán inmensa será la diferencia en los grados de conocimiento y de amor, de gloria y felicidad! En el conocimiento y amor de Dios puede haber infinitos grados: puede aumentar Dios indefinidamente la capacidad que tiene la criatura inteligente para conocerle y amarle, y la acrecentará de hecho en los elegidos a proporción de cómo hayan conocido y amado acá abajo con amor sobrenatural. La vida de la gloria corresponderá perfectamente a la vida de la gracia.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh vida de mi alma! Enseñadme a conoceros y amaros con todas las veras de mi corazón. Mi elección está hecha, no quiero aficionarme más que a Vos, no deseo aplicarme más que a conoceros y amaros. Pero ¡ay! que ignoro los medios y me faltan las fuerzas que para ello se requieren. Me entrego, pues, en vuestras manos para que iluminéis mi espíritu y excitéis mi voluntad. Para tener la dicha inefable de

1 Reg. 2, 6.

vivir en Vos, es preciso morir a mí mismo. Conozco esta gran verdad; pero Vos solo podéis hacerme pasar por esta dichosa muerte que me procure la verdadera vida. Enseñadme, Señor, a morir a mí mismo, a renunciarme en todo, mientras dura la presente vida, para hallaros a Vos y poseeros por toda la eternidad. Así sea.

XXXVIII

De la paz del alma

Gozan de suma paz los
amadores de tu Ley;
sin que hallen tropiezo alguno.

(Sal. 118, 165).

Para alcanzar esa paz abundante de que nos habla el Real profeta David, no basta observar como quiera la Ley de Dios, es preciso amarla y observarla perfectamente. Observarla por sólo el temor de incurrir en la condenación eterna si la quebrantáramos, porque nuestra salvación está vinculada a su observancia, aunque en sí sea cosa buena y recomendable, con todo más parecería que servíamos a Dios por propio interés que por el amor debido a su divina Majestad; seríamos fieles a la ley, con la fidelidad del esclavo o mercenario, no con la del hijo. Con tal observancia de los divinos preceptos, que es la más ordinaria entre los cristianos, no hay que esperar esa paz llena y abundante tan sólo prometida a aquellos que observan la ley de Dios por espíritu de amor. Este espíritu de amor, que es propio y peculiar de los hijos, les enseña a mirar a Dios como a Padre amoroso, a considerar su ley como un yugo muy suave y ligero. Procurar en todo la gloria de Dios y cumplir fielmente su santísima voluntad, es la mayor y más vehemente de sus aspiraciones; su mayor dicha y contento consiste en agradar a Dios y complacerle todo lo más posible. Esta disposición no excluye ciertamente el temor del infierno, ni el deseo del cielo;

pero eleva al alma sobre todo interés propio, y la impulsa a que sirva a Dios por motivos más perfectos.

Después que el alma, mediante un generoso esfuerzo de su voluntad, se halla bien decidida a corresponder fielmente a las inspiraciones de la gracia y a no rehusar nada a Dios de cuanto le pida: después que se ha entregado enteramente a El, para que disponga de ella y de sus cosas en el tiempo y en la eternidad; Dios derrama en ella una paz inefable, una paz dulcísima, de la cual nunca había gustado hasta entonces, una paz que llena enteramente sus deseos, inspirándola profundo desdén a todas las cosas de la tierra. Esta paz es el efecto propio de la presencia de Dios en su corazón, y mientras la conserve puede estar segura de mantenerse también en la amistad de Dios. En esta paz halla el alma todo su consuelo, su fuerza, su luz y la garantía más segura de su adelantamiento en el camino de la perfección. Cuanto más íntima, inquebrantable e inaccesible a todo lo que pueda turbarla, sea esta paz, más crecerá en perfección; de manera que el colmo de ella y el de la perfección, vienen a ser una misma cosa.

Todo el secreto consiste en saber conservar y acrecentar esta paz interior, aun en medio de todas las vicisitudes a que se halla sujeta la vida espiritual indicaremos aquí algunas reglas para conseguirlo.

La primera es que procuremos gozar de esta paz como solemos gozar de la salud, sin fijarnos en que la poseemos. Es indudable que si alguno anduviera a todas horas tanteándose el pulso para ver si estaba enfermo, no tardaría mucho tiempo en ponerse realmente malo. De igual suerte se expondría a perder la paz del alma aquel que anduviera sin cesar escudriñando su interior para cerciorarse de si posee o no la paz. Confúndese muchas veces la paz con el sentimiento de la misma, y se figura uno haberla perdido porque no la siente como de antes. Nada más lejos de la verdad. En los principios la paz interior del alma suele ir acompañada de un sentimiento delicioso que nos la hace saborear a todo nuestro placer, porque hasta entonces nunca la habíamos experimentado. Pero con el tiempo, como vamos habituándonos a ella paulatinamente, aquel sentimiento disminuye y aun a veces queda del todo extinguido, sin que por ello la paz

haya sufrido ninguna alteración real. Al contrario, se ha vuelto entonces más sólida y perfecta. A la manera que un enfermo, cuando se halla en la convalecencia, siente cómo va recobrando las fuerzas y la salud; y después, al hallarse completamente restablecido, ya no siente nada, sino que goza de ella sin sentirlo; así acontece al alma con la paz interior. No debe pues preocuparse al echar de menos el sentimiento de la paz, del mismo modo que no echa de menos el sentimiento de que va recobrando la salud, el que ha salido de la convalecencia y goza ya de la plenitud de la vida.

Lo segundo que debe procurarse para conservar la paz interior del alma, es hacer todas las cosas con suma rectitud y sencillez, sin reflexionar demasiado acerca de ellas ni al hacerlas ni después de hechas. Toda investigación excesiva e inquieta acerca de la vida pasada tiende a turbar la paz del alma. Estamos persuadidos de que mientras la conciencia no nos reprenda, es inútil y contraproducente molestarla y torturarla con preguntas y quisquillosidades. Eso sí debemos estar siempre atentos a su voz, y cuando nos hable, seguir fielmente sus dictámenes. Pero si ella guarda silencio, para qué preguntarla sin cesar: —¿Hice bien o mal en aquello? ¿Tuve buena o mala intención?— Todo esto no sirve más que para torturar el espíritu y sumirlo en dudas y perplejidades.

Tercera regla: Todo pensamiento o temor vago y general, sin objeto fijo ni determinado, es parto de la imaginación o sugerido por el demonio. Teme uno, por ejemplo, no haberlo dicho todo al confesor, haberse explicado mal, no haber tenido verdadera contrición, haberse acercado a la sagrada mesa sin las disposiciones necesarias para comulgar; y lo mismo se diga de otros temores y miedos vagos e indeterminados que fatigan y atormentan no pocas veces a las almas timoratas. Entiendan que nada de todo esto viene de Dios. Cuando el Señor tiene que echarnos en cara alguna cosa, no se anda con vaguedades sino que versan sus reproches sobre algo preciso y determinado. Conviene, pues, despreciar esta clase de temores y pasar decididamente por encima de ellos.

Cuarta regla: Dios no turba jamás la paz interior de un alma que con toda sinceridad le busca. La amonesta, tal vez la

reprenda con severidad, pero nunca la turba con miedos infundados. Si el alma ha cometido alguna falta, la reconoce humildemente, se arrepiente de ella y la repara; pero todo ello, con paz y tranquilidad de espíritu: si se agita y desasosiega, esa turbación proviene o del demonio o del amor propio, y así debe hacer cuanto esté en su mano para desecharla.

Quinta regla: No hay que cambiar nada absolutamente en la conducta ordinaria mientras dura la turbación. Así es que la comunión, la oración, las lecturas y los demás ejercicios deben seguir su curso ordinario. De este modo recobrará la paz infaliblemente y el demonio no habrá conseguido nada de lo que pretendía.

En fin, la regla más acertada y práctica será siempre seguir en todo la dirección de la obediencia, sin apartarse en nada de la voluntad de su director espiritual, claramente conocida.

En conclusión, si queremos de veras alcanzar y fomentar en nuestra alma la paz interior, es preciso seguir con toda fidelidad las inspiraciones de la gracia, no rehusar a Dios nada de cuanto nos pida, atenerse fielmente a los consejos de un prudente y sabio director, y cerrar los oídos a las sugerencias del amor propio y de la imaginación.

No debemos tampoco turbarnos jamás, ni perder la paz por las faltas en que a cada paso caemos, por efecto de nuestra fragilidad. Humillémonos en la presencia de Dios, arrepintámonos de ellas y reparémoslas en la medida de nuestras fuerzas, pero guardémonos muy bien de turbarnos y desalentarnos por ellas. Semejante inquietud y desaliento proceden del amor propio; querríamos vernos pulcros y hermosos y nos vemos desaseados y feos, lo cual subleva nuestro orgullo. Así que es manifiesta sugestión del amor propio andar siempre inquieto, so pretexto de que somos siempre los mismos, de que no hacemos progreso alguno en el camino de la perfección, ni nos corregimos de nuestros defectos. Nos engañaríamos miserablemente si tomáramos esos sentimientos como pruebas de humildad. El alma verdaderamente humilde no se turba por sus defectos y caídas, sino que trabaja con tesón en corregirse de ellas con calma y serenidad de espíritu.

XXXIX

Verdades fundamentales referentes a la vida interior

PRIMERA VERDAD

Dios ha concedido al hombre la libertad para que la consagre al divino servicio: el mejor uso que puede hacer de ella es ponerla en las manos de Dios, renunciar a gobernarse por sí mismo a fin de que el Señor disponga de todas las cosas, según su beneplácito; puesto que todo lo que nos sucede por disposición de su providencia se encamina a nuestra salvación eterna. San Pablo lo ha dicho: *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios*¹. Si pretendiéramos guiarnos a nosotros mismos en la vida espiritual, primeramente sería muy de temer que nos extraviáramos; y además seríamos responsables de las tristes consecuencias que de ahí podrían seguirse y que tal vez fueran después irremediables. Si al contrario, nos dejamos gobernar por Dios y por los que tienen sus veces y autoridad, no corremos peligro de errar, antes estamos seguros de andar por el buen camino y que no nos sucederá nada que no sea para nuestro mayor bien; porque Dios nos ama más que nosotros mismos y además és infinitamente más sabio y más previsor que nosotros: por lo tanto si le dejamos a El todo el cuidado de dirigirnos y nos ponemos en sus manos, es absolutamente imposible que nada ni nadie impida la realización de sus designios sobre nosotros, llenos de bondad y misericordia. Esta primera verdad es de toda evidencia y nadie que tenga juicio podrá ponerla en duda.

¹ Rm. 8, 28.

SEGUNDA VERDAD

La segunda verdad no es menos cierta y comprobada por experiencia, a saber: que la fuente de la paz en el hombre está en la entrega que él hace de sí mismo a Dios. Cuando esa entrega de sí mismo en las manos de Dios es entera, absoluta, generosa e irrevocable, la paz interior que nos trae consigo es verdaderamente inalterable y se va acrecentando y confirmando más y más de día en día, aun por los mismos sucesos al parecer más a propósito para alterarla. La verdadera felicidad de la presente vida; la única que podemos procurarnos mediante el buen uso de nuestra libertad, consiste en la paz del corazón. *No hay paz para los impíos*, dice Dios en la Escritura¹. La que gozan las personas devotas, que no están plenamente entregadas al servicio de Dios, es muy endeble y vacilante; vese a menudo turbada, ora por escrúpulos de la conciencia, ora por los juicios erróneos que se forman acerca de Dios, ora en fin por los diversos accidentes a que está sujeta la vida espiritual. ¿Qué deberemos hacer pues para conseguir que eche hondas raíces en nuestra alma esa paz íntima, sólida e inalterable? Ponernos en las manos de Dios para que disponga de nosotros mismos, y de todas nuestras cosas, según su divino beneplácito, conformándonos enteramente con lo que el Señor disponga, ya sea próspero ya adverso. Haciéndolo así seremos en cierto modo participantes de la paz y reposo inalterable de Dios: porque es cosa sabida que el alma participa de la naturaleza de los objetos a los cuales se junta, y por lo tanto si se junta a cosas que se hallan en continuo movimiento, experimenta la misma agitación que ellas, pero si se une íntimamente con Dios, que es inmutable, participa en cierto modo de su inmutabilidad, sin que nada ni nadie sea capaz de quebrantarla, ni alterarla en lo más mínimo, mientras no se aparte de El.

¹ Isaí, 58, 21

TERCERA VERDAD

Aunque es indudable que nosotros mismos y con solas nuestras fuerzas e industrias nada podemos hacer, ni grande ni pequeño; con todo, por lo que a nosotros respeta, debemos más bien desear las cosas pequeñas y de ningún lustre exterior, dejando a Dios, cuando lo juzgue oportuno, el hacernos subir a las mayores. Las cosas pequeñas se presentan todos los días y cada instante; las grandes se ofrecen raras veces. las cosas pequeñas no son menos propias para santificarnos que las grandes, y aun tal vez lo son más; porque nos conservan en la humildad y no dan pábulo al amor propio. La fidelidad en las cosas pequeñas, la atención de agradar a Dios hasta en las menores bagatelas, prueban la delicadeza del amor. Se pueden hacer las cosas pequeñas con disposiciones tan relevantes, que sean mucho más gratas a los ojos de Dios que las grandes, practicadas con disposiciones menos perfectas. Volvamos los ojos a la casita de Nazaret y al punto nos convenceremos de ello. En fin, es indudable, como nos lo avisa el Espíritu Santo, que el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes ¹. El que es fiel en lo poco, dice San Lucas ², también será en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, también lo será en lo mucho. Aspiremos, es, a la práctica de las cosas pequeñas, y de todo aquello que tienda a fomentar en nuestras almas el espíritu de humildad y la sencillez de corazón.

CUARTA VERDAD

El amor de Dios no tiene en nosotros más que un solo enemigo, que es el amor propio. El mismo respeto humano, que tan terrible guerra hace a muchas mas, es hijo del amor propio. Toda la economía de la divina Providencia es el gobierno de las almas, según los diversos estados de la vida espiritual en que se hallan, tiene por fin principal la destrucción del amor propio.

¹ Ecl. 19, 1.

² Lc. 16, 10

Todos los obstáculos con que tropezamos en la vida espiritual, todas las penas interiores que en ella sufrimos, no proceden de otra fuente que del amor propio. A medida que éste se debilita y va perdiendo fuerzas; a medida que renunciamos a nuestro propio juicio, y nuestra propia voluntad va plegándose mejor y es más dócil y sumisa a la de Dios, buscando en todo su gloria y beneplácito, van allanándose también los obstáculos con que tropezamos a cada paso en el camino de la virtud, cesan los combates, desaparecen las penas y se restablece y afianza en nuestro corazón la paz y la calma.

A los principios, el amor propio se manifiesta de un modo tan basto y descarado, que sería preciso estar completamente a ciegas para no verle asomar las orejas, por más empeño que ponga en agacharlas; pero a medida que vamos adelantando en la virtud, se vuelve más artero y sutil, siendo por esto mismo mucho más difícil descubrirlo, y requiriéndose mucha mayor destreza y trabajo para desarraigarlo.

No llegamos a conocer al amor propio sino a medida que Dios nos lo va descubriendo; lo cual hace por grados, según la proporción en que lo quiere destruir y desterrar de nuestra alma. A medida que lo vamos desalojando de nuestro corazón, el amor de Dios va ocupando sucesivamente los puestos que él va abandonando, en virtud de los ataques que le asestamos, secundados por la acción de Dios y de su gracia. Cuando ya hemos conseguido desarraigarlo de lo más íntimo del alma, entonces reina en ella sólo Dios sin rival alguno. Mas, ¡cuán pocos son los que llegan a conseguirlo perfectamente! ¡Cuán escasas son las almas del todo purificadas del amor propio, que no se busquen a sí mismas en nada, ni en lo más mínimo, y que sean totalmente poseidas de Dios! Con todo, es indudable que en ese absoluto desprendimiento de nosotros mismos y entrega total a Dios, se halla la más profunda paz, a pesar de las vicisitudes de la presente vida.

Para que se comprenda mejor lo que vamos diciendo, sigamos los diversos estados de la vida espiritual, y veamos sucintamente, aunque sin bajar a pormenores, cómo va persiguiendo Dios al amor propio en cada uno de esos estados, desalojándole decisivamente de los diversos castillos en que está atrincherado.

El amor propio más grosero reside en los sentidos en la afición a las cosas sensibles. Dios lo persigue purificando los sentidos, por medio de dulzuras y de consuelos celestiales que inspiran al alma hastío y desprecio de todos los placeres de la tierra.

El amor propio se apega entonces a esas mismas consolaciones, a esta paz, a este recogimiento sensible: para quitarle este apoyo, Dios va retirando poco a poco la parte sensible, dejando sólo al alma la paz y la tranquilidad racional.

Después de esto y valiéndose de diversas pruebas y tentaciones, el Señor turba aparentemente esta paz en la cual se había encastillado el amor propio.

Entonces el alma empieza ya a sentir el vacío debajo de sus pies, y no halla en sí nada en que apoyarse.

A las pruebas que vienen de parte de Dios se juntan las tentaciones del demonio. Vese el alma rudamente combatida por pensamientos contra la pureza, o contra la fe, la esperanza y la caridad; ya le parece que todo lo hace mal, que no posee virtud alguna y que Dios la ha abandonado; créese manchada por el pecado, y con suma dificultad logra su director persuadirla que no consiente en las sugerencias del maligno espíritu. Las tentaciones van aumentando de día en día, y la resistencia, no la real, sino la sensible, va disminuyendo a cada instante, hasta que al fin el alma se figura que las consiente; se ve entonces toda cubierta de pecados y por ello se cree rechazada de Dios y reprobada. Aquí es donde el amor propio se ve perdido y no le queda más remedio que rendirse a servir a Dios por sí mismo y sin esperanza de consuelo alguno sensible.

Dura semejante estado hasta tanto que el alma ha aprendido a no buscarse en nada a sí misma. Entonces el amor propio queda, por decirlo así, arrancado de lo más hondo del corazón.

Muerta así el alma del todo a sí misma, comunícala Dios una nueva vida, que tiene más del cielo que de la tierra, en la cual posee a Dios con tan firme confianza, casi diría con seguridad tan completa, que a su parecer nadie sería capaz de arrebatarla: siéntese intimamente unida a El con todo su ser y con todas sus facultades; el mismo cuerpo, a su manera, entra a participar de semejante unión. Ama el alma a Dios y se siente amada de El. Nada de temor servil, nada de turbaciones

interiores, ni tentaciones y zozobras: los mismos sufrimientos y adversidades que Dios le envía, sirven de pábulo para acrecentar su amor. En tal estado espera el alma tranquilamente la muerte, y cuando llega, se lanza alegre en sus brazos, y exhala el último suspiro con un acto de amor purísimo.

QUINTA VERDAD

En todo el curso de la santificación de un alma, la acción de Dios va siempre acrecentándose y la del alma va siempre disminuyendo hasta el punto de que su principal cuidado consiste en reprimir su propia actividad a fin de no poner obstáculo a la operación divina. El alma se vuelve, pues, poco a poco compasiva, y Dios ejerce siempre creciente dominio sobre ella, hasta que la voluntad de la criatura se transforma en la voluntad del Criador.

Así que, después que uno se ha entregado a Dios perfectamente, lo que más importa es dejarse despojar de todo; porque Dios toma todo lo que se le da, no dejando al alma ni siquiera su propio sér; entiendo su sér moral, o sea el amor íntimo que se profesa a sí misma. Pero hay que advertir que si se lo arrebatara todo al alma, es con el fin de volvérselo todo en un estado tan excelente y efecto que sobrepuja a todo cuanto pueda imaginarse ni decirse.

SEXTA VERDAD

Expliquemos con una comparación todo o que acontece al alma en el servicio de Dios. Un hijo, impulsado por su buen natural, protesta a su padre que le ama con todo su corazón y sin atender para nada a su propio interés. El padre manifiesta desde luego por medio de caricias, cuán grato le es semejante amor desinteresado. Mas al cabo de algún tiempo, para cercorarse por experiencia de la sinceridad de aquellos sentimientos, retira sus caricias al hijo y le va apartando de sí poco a poco: parece desdeñar sus servicios, no presta atención más que a los otros hijos, como si quisiera desentenderse de él.

A más de esto es muy exigente en lo que atañe al cumplimiento de su deber y le castiga severamente por las menores faltas; no sólo no le da nada, sino que le despoja de todo hasta reducirlo, por decirlo así, a la más extrema indigencia: se aprovecha de todas las ocasiones que se le presentan para pedirle los más penosos y duros sacrificios; llega, en fin, hasta el punto de hacerle creer que no le dará parte en su herencia. A pesar de todo, aquel hijo persevera hasta el fin en darle a su padre todas las pruebas de amor que están en su mano. No le escatima nada; no se busca en nada, no atiende en nada más que al gusto de su padre. Rechazado, despojado, maltratado, sigue amando a su padre con una constancia, generosidad y desinterés a toda prueba.

¿Qué no hará este padre por un hijo que le ha amado tanto? ¿No le dará acaso en vida, pero más aún después de su muerte, todo lo que pueda darle sin perjuicio de los demás? Tal es la conducta que observa Dios muchas veces con las almas generosas.

El amor que se escatima, que calcula, que atiende ante todo a sus intereses; el amor, en una palabra, que no quiere llegar más que hasta ciertos límites, no es perfecto amor: para ser verdaderamente digno de Dios, preciso es que no tenga medida alguna, que se eleve sobre la razón y la prudencia humanas, que vaya hasta la locura: sí, hasta la locura de la cruz. Así es como Jesucristo amó a su Padre y nos ha amado a nosotros. Nosotros por nuestra parte habremos ganado para la eternidad todo lo que hayamos perdido por Dios en el tiempo; y será perdido indefectiblemente para la eternidad todo lo que le hayamos rehusado a Dios en el tiempo.

XL

De la infancia espiritual

Como le presentasen a Jesucristo unos niños para que les impusiese las manos y bendijese, los discípulos reñían a las

madres que se los presentaban; mas al advertirlo Jesus, llévolo muy a mal, y les dijo: *"Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos"* ¹. Y llamando a uno de aquellos niños, le colocó en medio de los mismos discípulos, y añadió: *"En verdad os digo, que si no os volveis semejantes a los niños en la sencillez e inocencia, no entraréis en el reino de los cielos"* ².

Una de las interpretaciones que dan los doctores a estas palabras del Salvador es, que quien desee poseer en sí el reino de Dios, es preciso que sea en sus disposiciones sobrenaturales, lo que es un niño en sus disposiciones naturales: es decir, que así como hay una infancia natural, así hay también otra que podríamos llamar infancia espiritual, siendo ésta el primer paso que hay que dar en la vida interior. No es posible formarse idea exacta y cabal de esa santa infancia, sin haberla antes practicado en mayor o menor escala. Es ciertamente un don de Dios preciosísimo y, por lo tanto, no podemos adquirirla con solas nuestras fuerzas e industrias, sino que se requiere que el mismo Dios nos introduzca en ella; pero cuando se tiene la dicha de poseerla, experimenta en sí el alma un cambio incomprensible, así en sus movimientos y sentimientos interiores como en sus manifestaciones exteriores.

Para concebir en alguna manera esa deliciosa infancia espiritual o sencillez de espíritu, bastará ponerla en parangón con la de los niños.

El niño no raciocina ni reflexiona; no sabe lo que es previsión, ni prudencia, ni malicia. Lo mismo sucede en la infancia espiritual. La primera cosa que Dios hace cuando nos pone en este estado, es detener las operaciones que tuercen la dirección del espíritu. Suprime esa multitud de razonamientos y reflexiones que hormiguean sin cesar en el alma, y tienden a desviarla de la rectitud con que debe ir a Dios, y las reemplaza con operaciones sencillas, directas, inadvertidas, tal vez, a la misma alma, habituada como está a obrar y pensar con rectitud de intención; a buscar en todo el divino beneplácito, sin tener

¹ Mc. 10, 141.

² Mt. 17,2 y 3.

en cuenta para nada sus gustos, querer e intereses: imitando en esto la manera de obrar de Dios, el cual no tiene más que una sola idea infinitamente sencilla. No reflexiona, ni se preocupa inútilmente, ni acerca del pasado ni acerca del porvenir, sino sólo del presente; no forma proyectos de ninguna especie, sino que se deja regir y gobernar en cada momento; interiormente por el espíritu de Dios, y exteriormente por la voz de la obediencia. No hay malicia en sus acciones, ni en sus palabras, puesto que no piensa, ni habla, ni obra jamás con torcida intención. Despojada por decirlo así de su propia prudencia, se reviste de la prudencia divina, que la impulsa a obrar y a hablar lo que conviene, mientras se conserve fiel en no consultar a su propio juicio. La dependencia de Dios en que vive un alma tal es tan perfecta, que no se atreve a dar un solo paso, al menos conscientemente, sin que vaya regido y aprobado por la voluntad de Dios, manifestada por la obediencia.

El niño tampoco sabe lo que sea doblez. Si fuera capaz de disimulo, ya habría dejado de ser niño. Nada hay que tanto se parezca a la candorosa ingenuidad del niño como la manera de proceder del alma que obra con sencillez de espíritu. No pone estudio alguno en componer su exterior: su recogimiento nada tiene de afectado; sus acciones, sus palabras, toda su manera de proceder revela sencillez y naturalidad. Lo que dice, eso piensa; lo que ofrece, quiere darlo; lo que promete, tiene sincera voluntad de cumplirlo. Nunca busca parecer otro de lo que es, ni trata de ocultar sus defectos; dice de sí el bien y el mal con la misma sencillez; y no gasta reserva alguna con aquellos que tienen el cargo de dirigirle en el camino de la perfección.

El niño manifiesta sus afectos con expansiva y encantadora sencillez; todo en él descubre los sentimientos de su corazón; y es tanto más conmovedor y persuasivo su amor, cuanto menos tiene de estudiado. Lo mismo le acontece al alma ingenua y sencilla en las demostraciones de su amor para con Dios y para con los prójimos. Acude a Dios en todas sus necesidades, con la sencilla ingenuidad de un hijo a su padre, le expone, sin formalismos ni palabras aliñadas y compuestas, todo lo que su corazón le inspira.

En sus meditaciones y ejercicios piadosos no pierde de vista a

Dios, y procede siempre como quien está íntimamente convencido de que el Señor tiene fija su mirada en él y penetra los más ocultos repliegues de su corazón. Escucha lo que el Señor le habla en su interior, le manifiesta todos los sentimientos y afectos de su alma, y todas sus penas y trabajos: a veces con palabras, las más sin hablar. Ama al prójimo sincera y cordialmente, no le tiene envidia alguna, ni murmura de él, ni le critica, ni lo desprecia: jamás le engaña, pero tampoco le adula: hasta llega a perder el uso de esos vanos cumplimientos, que raras veces parten del corazón: no toma de la cortesía más que lo que el Evangelio autoriza, supliendo con creces los vanos cumplidos con la caridad y la cordialidad.

No ama menos cuando reprende que cuando alaba, cuando condena que cuando aprueba; hace el bien a los demás sin afectación, sin ostentación, a la vista de Dios y sin esperar gratitud y recompensa de las criaturas, sino sólo de su divina Majestad.

El niño es además docil y obediente; siente su inferioridad con respecto a sus padres, a cuyos mandatos debe someterse. Lo propio acontece con el que se ha vuelto niño en el espíritu. Lo primero a que renuncia es a su propia voluntad, la cual somete enteramente a la de Dios y a la de todos los que tienen sus veces y autoridad. No pretende gobernarse por sí mismo en nada; en lo que atañe a su conducta interior, se abandona sin reserva al espíritu de Dios y a la dirección de sus ministros, en quienes ha puesto su confianza: y en su conducta exterior, sujétase docilmente a todos los que tienen alguna autoridad sobre él. En las cosas indiferentes prefiere acomodarse a la voluntad de los otros más bien que a traerlos a la suya propia. En fin, no quiere nada por ser voluntad suya, sino en todo caso si desea algo, lo desea únicamente por que cree ser la voluntad de Dios; de aquí que sea firme e inquebrantable en sus resoluciones y quereres.

Otra de las cualidades del niño consiste en no reflexionar sobre sí mismo, ni escudriñar lo que pasa en su interior. Se presenta tal cual es, y va siempre de frente hacia lo que es el blanco de sus deseos. Del propio modo en la infancia espiritual, el alma no es curiosa en querer pesar y aquilatar el valor de sus obras

delante de Dios, ni anda a todas horas haciendo actos reflejos sobre las disposiciones interiores de su espíritu. Toma lo que Dios le da, contenta y satisfecha con lo que el Señor se digna concederle en cada momento de su existencia. No juzga nunca del mérito y bondad de sus oraciones, comuniones y demás ejercicios piadosos por los sentimientos pasajeros que ha experimentado en ellos, sino que lo remite todo al juicio de Dios; y con tal de que la disposición íntima de su alma no cambie un punto, se eleva sobre todas las vicisitudes y altibajos de la vida espiritual. Sabe muy bien que ésta tiene sus primaveras e inviernos, sus nublados tempestuosos y sus huracanes; esto es: sequedades, arideces, penas, congojas, desabrimientos interiores y tentaciones. Arrastra con invicta fortaleza todas esas pruebas, y espera con serenidad de espíritu la vuelta del buen tiempo. Nunca anda inquieto y turbado por lo que mira a sus progresos en la virtud; no vuelve la vista atrás para observar cuanto camino lleva andado, sino que va siguiendo siempre hacia adelante, sin reflexionar si quiera que va adelantando más y más de día en día en el camino de la perfección. En manera alguna se turba ni desalienta por sus faltas e imperfecciones: si da algún tropiezo y cae, no se queda perezosamente tendido en el suelo, sino que al punto se levanta, humillase en la presencia de Dios, pídele perdón de su falta y emprende de nuevo la carrera con mayor fervor que antes.

Finalmente el niño es débil y siente esa debilidad, la cual le mantiene en perpetua dependencia de aquellos que cuidan de él: se olvida enteramente de sí mismo, puesta toda su confianza en aquellos que sabe por experiencia se interesan por él. Durante la infancia espiritual siente también el alma que es la misma debilidad, que nó puede sostenerse por solas sus fuerzas, ni dar un solo paso sin tropezar y caer. Así es que no se apoya jamas en sí misma; no cuenta nunca con sus fuerzas, sino que pone en Dios toda su confianza; se mantiene siempre unida con El, le tiende las manos, a fin de que la sostenga y libre de caer, sobre todo en los pasos peligrosos que se le ofrecen en el camino de la perfección. Lejos de vanagloriarse, ni de atribuirse el bien que hace y las victorias que alcanza, todo se lo devuelve íntegramente a Dios, quedándose con la nada que tiene de si propia.

No se prefiere en nada a los demás, porque está íntimamente convencida de que si Dios la abandonara, caería en los mayores crímenes; y que si los demás hubieran recibido las mismas gracias, se habrían aprovechado de ellas mucho mejor de lo que ella supo aprovecharse. Por la misma razón, como siente su profunda debilidad y miseria, no se admira de sus caídas, pues su amor propio no queda con ellas despechado: y al verse impotente para evitarlas y repararlas, clama a Dios desde el fondo de su corazón, suplicándole que venga en su auxilio. El sentimiento de su debilidad es el principio de su fortaleza, puesto que ha puesto en Dios toda su confianza; y asegurada con la protección divina, nada hay que pueda intimidarla o abatirla. Por su propia iniciativa, no se atreve a emprender cosa alguna, ni exponerse a ningún peligro, pero desde el punto y hora en que Dios le manifiesta su voluntad, se lanza a cualquiera empresa por difícil y peligrosa que sea, en la completa seguridad de salir con ella, a pesar de todos los esfuerzos y maquinaciones con que los hombres o el infierno pretendan estorbarla.

La inocencia, la paz, la alegría pura, son el único patrimonio de los niños; viven dichosos sin pensar que lo son; no saben lo que son quebraderos de cabeza. Los padres, las nodrizas, ayos e institutrices cuidan de todo lo que a ellos se refiere. Viven en un estado de continua alegría; he aquí una pálida imagen de la infancia espiritual. La felicidad que goza en ella el alma, es íntima y profunda, y aunque a veces pasa inadvertida, por decirlo así, al mismo que la disfruta, no por esto deja de ser muy real y efectiva. Dios mismo se complace en difundirla sobre toda su alma; El piensa en todo y la provee de todo. Y esta felicidad inalterable la disfruta el alma aun en medio de las mayores tempestades de la vida espiritual, puesto que se ha hecho inaccesible a las complejas vicisitudes y cambios de la vida humana. No queremos significar con esto que el alma se haya vuelto insensible, sino que como se ha puesto del todo en las manos de Dios y sólo desea y aspira al cumplimiento de la divina voluntad, esa disposición le comunica una paz imperturbable y que sobrepuja todo sentido, como nos lo certifica San Pablo cuando dice: "*La paz de Dios que sobrepuja*

a todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo nuestro Señor” ¹

XLI

El interior de María

**María conservaba todas estas palabras
en su corazón.
(Lc. 2.)**

Para penetrar en el interior de María y barruntar algo de las preciosidades que allí se encierran, consideremos brevemente lo que Dios hizo por la Virgen y lo que ella hizo por Dios. Habiéndola el Señor predestinado a ser madre de Jesucristo: 1.º La preservó del pecado original. 2.º La enriqueció con las más excelsas prerrogativas, ya en el primer instante de su concepción. 3.º La concedió muy pronto el uso de la razón, quizás desde el primer instante de su existencia en el seno materno. 4.º La elevó a la altísima y sin par dignidad de Madre de Dios, dándole una participación especialísima y del todo singular en la Cruz de su divino Hijo y en su gloria inefable. María correspondió a estas gracias preciosísimas e incomparables: 1.º Viviendo con tal recato y precaución y tan asiduamente atenta sobre sí misma y sobre todos los impulsos de la naturaleza, como si tuviera que temer algo de la concupiscencia y de sus perniciosos efectos. ¿Cuál deberá ser, pues, nuestra vigilancia sobre nosotros mismos, habiendo experimentado tantas veces las funestas consecuencias de la concupiscencia?

2.º Aplicóse además la Virgen a seguir todos los movimientos de la gracia con tanta fidelidad, que nunca cometió el más ligero pecado ni la más mínima imperfección; y no sólo esto, sino que en todos los instantes de su vida iba duplicando sus méritos y adquiriendo sin cesar nuevos aumentos de gracia; por manera

¹ Philipp. 7. 7.

que, desde el primer instante de su concepción hasta el último suspiro, no hubo ni un solo pensamiento, ni una sola palabra, ni un solo afecto, ni acto alguno interno o externo, que no se encaminara a unirla más íntimamente con Dios nuestro Señor. ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para las almas, que se han entregado sin reserva al servicio de su divina Majestad!

3.º De aquí se sigue, en tercer lugar, que la Santísima Virgen hizo siempre perfectísimo uso de su libre albedrío, sometiénolo en todo a las luces e ilustraciones de la fe y sacrificándolo constantemente al divino beneplácito. Jamás se le ocurrió escudriñar los designios de la divina Providencia en la disposición de sí misma y de sus cosas; nunca pretendió averiguar vanamente la razón de por qué ordenaba el Señor, esto o aquello, de esta o de la otra manera: acataba y sometíase humilde y confiadamente a la divina voluntad, por más que la conducta que Dios observada con ella estuviera casi siempre preñada de misterios, anomalías y aun aparentes contradicciones. Tengamos la firme persuasión de que jamás adelantaremos cual conviene en la vida interior y en nuestro aprovechamiento espiritual, si no imitamos en esto a la Santísima Virgen. Dios conduce a las almas por vías opuestas a todas las miras humanas, y se complace muchas veces en trastornar nuestros planes, en desconcertar nuestras previsiones y desbaratar nuestros cálculos mejor combinados. No nos queda pues sino un solo partido que tomar, que consiste en no escudriñar ni discutir jamás la conducta de Dios sobre nosotros, y sobre los acontecimientos que ordena o permite nos sobrevengan, guiándonos en todo por los dictámenes de la fe y de la obediencia.

Finalmente la Virgen dispúsose a la maternidad divina por aquel medio precisamente que según las miras humanas debía privarla de aquel honor. Todas las hijas de Judá se apresuraban a contraer matrimonio con la esperanza de contar al Mesías en su descendencia. La esterilidad era considerada entre ellas como un oprobio. María creyéndose indigna de pretender la dignidad de madre de Dios, desde la más tierna infancia se presenta en el templo, donde consagra a Dios su virginidad; lo cual, según las ideas de su nación, equivalía a renunciar para siempre a la más alta pretensión de las personas de su sexo y de su tribu.

No es por cierto aspirando a cosas grandes, concibiendo grandes proyectos y formando vastos designios, como se llega a conseguir la santidad; no es esta la manera de disponernos a que se realicen en nosotros los designios de Dios, que, a decir verdad, son harto diferentes de los nuestros; sino más bien humillándonos, hundiéndonos en nuestra propia bajeza y en nuestra propia nada, reconociéndonos indignos de toda gracia, mirando con recelo todo lo que tienda a nuestra propia elevación, y rechazándolo como una sugestión del amor propio.

En cuanto a la participación que tuvo María en la cruz de Jesucristo, fué tan extraordinaria e intensa que desde el nacimiento de su divino Hijo hasta su muerte, repercutieron en el corazón de la Virgen todos los dolores y afrentas que sufrió Jesús, no sólo de parte de los hombres sino también de parte de Dios. Para formarnos alguna idea de este, sublime misterio, basta considerar que María tuvo para con su hijo un amor tan tierno, intenso y abrasado que en su comparación hubiera parecido hielo el de los más ardientes serafines. Amaba a Jesús incomparablemente más que a sí misma, estaba íntimamente unida con El y era tal esa unión, que ni el mismo Dios puede crear otra mayor; por manera que la Virgen no vivía en sí ni para sí, sino sólo en Jesús, por Jesús y para Jesús. Así que todos los sentimientos que experimentaba Jesucristo se comunicaban al corazón de su madre con toda la fuerza y extensión de que es capaz una pura criatura. Ahora bien, ¿qué entendimiento podrá comprender, ni barruntar siquiera, lo que sentiría el alma de Jesucristo al ver la gloria de su Padre ultrajada por los hombres, su santidad vilipendiada por el pecado, escarnecida su justicia, de la cual era El víctima inocente: en fin, tantos y tantos millones de almas para quienes su sangre debía ser inútil, y aun funesta, por el abuso sacrílego que de ella habian de hacer? Pues bien, puede asegurarse con toda verdad, que el alma de María experimentaba en la debida proporción las mismas impresiones y sentimientos.

Jesucristo se sacrificó sobre la cruz, entregándose a todo el rigor de la justicia divina. María se sacrificó a sí misma, y más aun que a sí misma, sacrificando a Jesucristo y consintiendo en el cumplimiento de los designios de Dios acerca de la redención

del género humano: de tal suerte que los más grandes sacrificios de la vida interior son incomparablemente menores que el suyo, no sólo por razón de su extensión e intensidad, sino también por el dolor incomprensible que destrozó su purísimo corazón. Por grandes y penosas que sean las pruebas y tribulaciones que el Señor nos envíe, siempre resultarán inmensamente inferiores a las que afligieron y torturaron el delicadísimo corazón de María. El común de los cristianos no ve en la pasión de Jesucristo mas que los tormentos del cuerpo, y en la Virgen al pie de la cruz sólo considera el dolor que experimentó y la compasión que tuvo de los padecimientos de su divino hijo; pero no hay duda que las penas interiores que atormentaron al Hijo y a la Madre fueron sin comparación mas acerbos e insufribles. El interior de María fué, pues, una copia la más parecida posible del interior de Jesucristo. Como Jesús se inmoló continuamente a su Padre durante todo el curso de su vida, así María inmoló continuamente a Jesús en su corazón y con él se inmoló a sí misma al Padre celestial.

Así como Jesús se humilló y anonadó, hasta el punto de salir fiador y considerarse a sí mismo como cargado con todas las iniquidades del universo; de la misma manera también María se humilló y anonadó, considerándose a sí misma como la madre de este pecador universal, de este objeto de la maldición divina, y entró voluntariamente, en la medida que le era posible, a participar de las disposiciones de su Hijo.

Así como Jesús amó a los hombres hasta darles, no sólo la vida de su cuerpo, sino la vida de su alma, así también María amó a los hombres hasta darles en Jesucristo lo que le era más caro que su vida y que su alma.

¿Y que diremos de la oración de Maria y de sus éxtasis realmente sublimes e inenarrables? ¿Quien podrá hablar dignamente de semejante asunto? Jesucristo fué el único objeto de su amor. Después de su resurrección, la Virgen no permaneció en la tierra más que con el cuerpo; su alma siguió a Jesús en su ascensión a los cielos. Desde entonces hasta el fin de su vida no hizo más que desfallecer de amor hacia su divino Hijo y aspirar constantemente hacia El con deseos tan vivos e impetuosos, que no hay lengua humana capaz de expresarlos.

Su única distracción, si así puede llamarse, fue rogar por la Iglesia naciente e interesarse en su propagación.

Y con ser tan excelsos y sublimes los sentimientos que albergaba el corazón de la Virgen Santísima, ¿que fue su vida en lo exterior. La de una mujer ordinaria, de una mujer pobre que vivía de su trabajo, ocupada durante treinta años en los quehaceres domésticos, en su modesta casita de Nazareth, confiada después a San Juan, que compartió con ella las poblaciones de los fieles. Pasó por el mundo casi inadvertida, sin que llevara a cabo alguna de esas empresas que excitan la admiración de los hombres. Nada brillante y aparatoso advertimos en todo el discurso de su vida; nada que llamara la atención de los hombres. Vivió siempre oculta y desconocida para el mundo, sin que exteriormente hiciera nada para la propagación del Evangelio. Y sin embargo era la Madre de Dios, la más pura y santa entre todas las criaturas, la que tuvo mayor participación en la redención del género humano y la que trabajó más eficazmente en el establecimiento de la religión cristiana. ¡Oh! ¡Cuán diferentes son de los nuestros los pensamientos de Dios! ¡Cuán apartados de los nuestros son los caminos que El toma para llegar a sus fines! ¡Cuán agradables son a sus ojos la obscuridad, el retiro, la soledad, la oración y el silencio! No se requiere ciertamente llevar a cabo empresas de mucho brillo y esplendor para ser grande a los ojos de Dios; ni consiste en esto la verdadera santidad, sino en sujetarnos en todo al divino beneplácito; en amar mucho a Dios y sufrir mucho por El. ¡Oh! ¡qué ciencia tan sublime y preciosa la de aquellos que sólo procuran agradar a Dios, que nada son a sus propios ojos, ni pretenden cosa alguna para sí, ni aspiran a otra cosa que a ser ignorados, despreciados, confundidos y tratados como si fueran lo más vil y abyecto de cuanto hay en el mundo! Si la vida de la Virgen Santísima no nos persuade esta gran verdad, si no nos la hace amar, si no sofoca y arranca de nuestro corazón todo deseo vano de ser tenidos y estimados de los hombres; si no nos convence, en fin, de que para hallarlo todo en Dios, es menester que nos renunciemos enteramente a nosotros mismos, ¿qué otro ejemplo más palpable, qué otra lección más elocuente será capaz de persuadirnosla? La vida de Jesús y María nos

demuestran con meridiana evidencia que Dios no reporta para sí verdadera gloria de sus criaturas, acá en la tierra, sino mediante su perfecto anonadamiento. El ejemplo de Jesús y María nos persuaden también que cuanto más anonadados hayamos sido en la tierra, más grandes, felices y poderosos seremos en el cielo.

¿En qué consistirá, pues, la sólida devoción a la Santísima Virgen? En imitarla lo más perfectamente que podamos en su vida interior; en los humildes sentimientos que fomentaba en su purísimo corazón, en su amor a la obscuridad, al silencio y al retiro; en la perfección con que practicaba las cosas pequeñas, en su fidelidad a la gracia, en la sublime sencillez de todo su porte exterior, en su recogimiento y espíritu de oración, cuyo único objeto fué Dios y su santísima voluntad, Jesucristo y su amor. Debemos imitarla además en el sacrificio continuo que hizo de sí misma y de lo que ella más amaba y debía amar más que a sí misma. Pidámosle, pues, a la Virgen Santísima todos los días que nos sirva de guía y de modelo en la vida interior, y que nos obtenga las gracias que nos son necesarias para corresponder a los designios que Dios tenga sobre cada uno de nosotros.

XLII

El pesebre

El pesebre y la cruz son, a no dudarlo, dos escuelas de vida interior a cual más excelente. En ella se empieza por el pesebre y se termina en la cruz; el uno contiene las primicias y la otra su consumación. Y como en toda ciencia los elementos o principios fundamentales son lo más importante y necesario, bueno será que hagamos aquí un estudio detenido del pesebre para aprender las enseñanzas en él contenidas y reducirlas a la práctica en nuestra vida interior. Contemplemos al Verbo hecho carne, al Hijo de Dios convertido en un niño. Veamos cuáles son

sus disposiciones interiores al nacer, consideremos el aparato exterior de su nacimiento y a quiénes congrega alrededor del pesebre que le sirve de cuna.

El amor a su Eterno Padre y a los hombres es lo que le ha traído a la tierra. El sentimiento más íntimo y profundo que alberga y llena su purísimo Corazón, no es otro que el de ofrecerse en perfecto holocausto a su Padre, para reparar su gloria y salvar al género humano. El Apóstol San Pablo, siguiendo las huellas del real profeta David, nos lo declara expresamente con estas palabras: *"Al entrar en el mundo el hijo de Dios, dijo a su Eterno Padre: Tu, Padre mío, no has querido los sacrificios y ofrendas de la antigua ley; mas a mí me has apropiado un cuerpo mortal. Los holocaustos ofrecidos por el pecado no te han complacido. Entonces dije: Heme aquí que vengo, oh Dios mío, para cumplir tu voluntad"* ¹. Ahora bien, ¿cuáles eran los designios de la voluntad del Padre con respecto a su unigénito Hijo? No otros que los de que tomara sobre sí todos los pecados e iniquidades del mundo y se ofreciera a dar por ellos la condigna satisfacción que exigía la divina justicia. Jesús, pues, al nacer acepta libérrimamente esta voluntad de su Padre con todas sus terribilísimas consecuencias y se somete a ella con amor. Nace en un miserable establo, pero con vistas al calvario; el primer acto de su voluntad y el primer deseo de su corazón fue abrazarse con la cruz y morir en ella, para desaguiar a su Padre y rescatar al linaje humano de la esclavitud de Satanás.

Nada tiene pues de extrañar que el primer objeto que divisa el alma ante sus ojos, al penetrar en las vías de la vida interior, lo primero que exige de ella Jesús, al invitarla a que vaya en su seguimiento, es la perfecta renuncia de sí misma y la aceptación de la cruz. *Si alguno quiere venir en pos de mí, dice, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame* ². Quien dice cruz, dice trabajos, humillaciones, sacrificios, perfecta renuncia de nosotros mismos y de nuestros intereses, en aras de los intereses y voluntad de Dios. Sólo El sabe hasta dónde habrá de llegar

¹ Hebr. X. 5, 5.

² Mt., 16. 21.

este sacrificio, puesto que sólo El es quien nos lo propone, El quien nos inspira el valor de aceptarlo y nos ha de comunicar las fuerzas necesarias para llevarlo a feliz término. De parte nuestra no debemos ponerle límite alguno; es necesario aceptarlo en toda su integridad y sin restricción alguna; es preciso no perderle jamás de vista y suspirar por su cumplimiento, a imitación de Jesucristo.

Mas ¿por qué quiso Jesús aparecer en forma de niño? ¿Como no vino al mundo, a semejanza de Adan, bajo el aspecto de hombre perfecto y en toda la plenitud de su desarrollo? No hay duda que hubiera podido realizarlo así, con sólo querer; pero tuvo poderosísimas razones para venir al mundo bajo la forma de humildísimo niño. Por lo que hace a nuestro propósito, la principal fué querer enseñarnos que, desde el instante en que nos entregamos al servicio de Dios, debemos renunciar enteramente a nuestro juicio y voluntad, desconfiar de nuestras fuerzas y reducirnos a la pequeñez, a la debilidad e imbecilidad propia de un niño: es menester que nuestra vida mundana y pecadora sea enteramente aniquilada para dar comienzo a un estado nuevo? a una vida nueva, cuyo principio sea sólo Dios. ¿Y en qué ha de consistir esta vida? En una perfecta dependencia de la gracia, imitando la sencillez, obediencia y sujeción de los niños.

Contemplemos a Jesucristo en su nacimiento. Estando reclinado en el pesebre o en los brazos de su Madre, rendía a su Padre celestial tan perfecta adoración como cuando estaba clavado en la cruz; mas esta adoración era puramente interna. Nada habla, ni obra el niño Jesús; se halla como anonadado, pero precisamente este anonadamiento realza más la perfección de su homenaje. Mediten atentamente sobre esto aquellas almas que andan sin cesar lamentándose de que no saben tener consideraciones ni afectos en la oración; de que se hallan en la presencia de Dios como si fueran unos pobres animalitos sin razón ni juicio, y entiendan que la buena y perfecta oración no consiste en tener grandes consideraciones, sino en humillarse y anonadarse en la divina presencia. *Estuve delante de tí, dice el real profeta David, como una bestia de carga, mas no por esto me aparté de tu presencia*¹. Estarse quieto y sosegado delante de

Dios; anonadarse en la divina presencia, no hay duda que es perfecta adoración en espíritu y verdad. ¿Acaso tiene Dios necesidad de nuestras consideraciones y afectos sensibles, que a veces sólo sirven para fomentar en nuestro corazón cierto secreto orgullo o vana complacencia de nosotros mismos? Cuanto más sencilla sea nuestra oración, y más se parezca a la de Jesús Niño; cuanto menos satisfechos de nosotros mismos salgamos de ella, con tal de que no se haya perdido por nuestra culpa, tanto será más elevada y agradable a los ojos de su divina Majestad.

Fijémonos ahora en el aparato exterior que rodea a Jesús en su humilde nacimiento. Después de haber buscado en vano un pobre albergue entre sus parientes y conocidos: rechazada también de todas las hospederías de Belén, la Virgen Santísima vióse obligada a retirarse a un establo; allí fué donde quiso nacer el Hijo de Dios, en el seno de la pobreza, de la humillación y del sufrimiento. Un pesebre aderezado con unas pobres pajas, le sirve de cama donde le reclina su purísima Madre, envuelto en unos pobres pañales. Como es de noche, en la estación más cruda del año y el lugar abierto a todos los vientos su cuerpecito tierno y delicadísimo es expuesto a todas las inclemencias del aire y del frío. Nadie asiste a su nacimiento, no se le presta ningún auxilio, ningún alivio, fuera del que le proporciona el seno purísimo de su santísima Madre.

¡Qué entrada en el mundo para el Hijo de Dios ¡Para aquél que viene a rescatar al género humano y que desde el origen de los tiempos fué anunciado a nuestros primeros padres como libertador del linaje de Adán! ¡Quién hubiera jamás imaginado que eligiera para sí un nacimiento tan pobre, tan oscuro y penoso? ¡Oh, cuán sublimes enseñanzas se deprenden de ese humildísimo nacimiento para aquellos a quienes el Espíritu Santo hace nacer a la vida interior! En este divino Niño les presenta un modelo acabadísimo de las tres virtudes principales que han de ser siempre sus compañeras inseparables, a saber: desprendimiento perfecto de todos los bienes de la tierra, hasta abrazarse con la más extrema pobreza de espíritu, y aun con la

1 Ps. 72, 23.

pobreza real, Dios se lo exige; desprecio soberano de todos los honores mundanos y vanos, hasta desear no sólo ser ignorado del mundo, sino verse convertido en blanco de todas las humillaciones y desprecios; renuncia absoluta de todos los placeres de la tierra, hasta entregar su cuerpo ; a todo género de mortificaciones. He aquí lo que Jesucristo nos enseña en su sagrado nacimiento. Esto fué lo que Él eligió en el pesebre, lo que amó y practicó durante toda su vida.

En efecto, toda la vida de Jesús fué pobre, humilde y mortificada; vivió siempre del trabajo de sus manos, ocupado en un oficio humilde, sujeto en todo a la voluntad de sus padres y enteramente desconocido de los hombres. Durante los tres años de su vida pública, casi siempre fué el blanco de las calumnias, desprecios y persecuciones de sus implacables enemigos. Así en su vida privada como en su vida apostólica, abstuvo de toda clase de placeres y sufrió todo género de privaciones, penas y trabajos; finalmente en su muerte acerbísima y afrentosísima practicó, en el grado mas sublime y perfecto, las tres virtudes que habian sido compañeras inseparables de toda su vida mortal: la pobreza, la humildad y la mortificación; todas tres regidas y sublimadas por la más perfecta obediencia. Abracémonos también nosotros con estas mismas virtudes, desde los comienzos de la vida espiritual, y no las alejemos jamás de nuestra compañía, si queremos seguir de veras las huellas de nuestro divino capitán y Maestro.

Antes de poner fin a este capítulo, observemos quiénes fueron los llamados a adorar al Niño Jesús, nacido en el establo de Belén. Es muy de notar que sólo fueron a rendirle los homenajes de la adoración aquellos a quienes alumbró Dios con luz celestial, bien por la voz de los alados mensajeros, bien por la señal milagrosa de una estrella. De aquí podemos entender que para entrar en las vías espirituales de la vida interior, cuyo fin es conocer, amar e imitar perfectamente a Jesucristo, se requiere luz del cielo y especial vocación divina. De nuestra parte lo único que podemos y debemos hacer es preparar nuestros corazones a fin de que se hagan aptos para recibir esta luz y vocación de Dios; y las disposiciones requeridas para ello son las mismas con que estaban adornados los pastores y los Reyes Magos.

En primer lugar, es preciso que seamos sencillos de corazón, pobres de espíritu, dóciles a las divinas inspiraciones y humildes como los pastores; que tengamos como ellos gran rectitud de corazón; que vivamos en la inocencia y alejados enteramente de todo pecado, no sólo mortal, sino también venial deliberado. Por lo regular las personas a quienes Dios llama a la vida interior, suelen llevar una vida común y ordinaria, obscura y retirada; suelen ser personas ignoradas o despreciadas del mundo, que viven alejadas de él y abominan de sus pompas y vanidades.

Además, los pastores vigilaban sobre sus rebaños, aun durante la noche; lo cual indica que la vigilancia y la atención sobre sí mismo, el temor de Dios, la huída de las ocasiones, la delicadeza de conciencia, nos preparan a la vocación del cielo. Ellos prestaron atento oído a las palabras de los ángeles, les dieron entero crédito, a pesar de ser tan extraño y contrario a los juicios humanos lo que les anunciaban, y abandonándolo todo, al punto partieron a la cueva para ver y adorar al recién nacido infante. Del propio modo, el alma debe escuchar atentamente lo que Dios le habla al corazón, creer en su palabra, con fe sumisa y ciega, y abandonarlo todo para seguir pronta y fielmente la inspiración de la gracia.

Pero adviértase que no sólo fueron llamados al pesebre los humildes y pobres pastores, sino también los Reyes Magos, en quienes están representados los sabios, los grandes y poderosos de la tierra, que, a pesar de su grandeza y sabiduría, son humildes de corazón, desprendidos de todo lo terreno y están prontos a sacrificarlo todo para responder al divino llamamiento: que son grandes o sabios, pero sin altanería ni presunción, dóciles en seguir la luz divina, ante la cual hacen enmudecer todos los humanos razonamientos. Tales fueron un San Luis, un San Agustín, un Tomás de Aquino, una Isabel de Hungría y cien y cien otros santos y sabios de uno y otro sexo, tan distinguidos por el brillo de su nacimiento y elevada alcurnia, como por la elevación de su genio y eminente sabiduría.

El carácter de Herodes, ambicioso y cruel, y el de los fariseos y doctores de la ley, envidiosos y soberbios, nos revela cuáles son aquellos a quienes Jesús rechaza de su compañía; porque

de su parte no sólo no son dóciles a la gracia, sino que, pagados de sí mismos, desprecian las inspiraciones que Dios les envía para conocer y practicar la vida interior. Por esto nos avisa el espíritu Santo, en el libro de los Proverbios, que Dios resiste y rechaza de su presencia a los soberbios, y da su gracia a los humildes ¹.

XLIII

Sobre Jesucristo

Yo soy el camino,
la verdad y la vida.
(Jn. 14, 6)

Estas palabras de Jesucristo contienen en resumen los motivos de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor. La vida del alma, la verdadera vida, la vida eterna es el único fin del hombre, y a él debe dirigir los deseos más íntimos de su corazón. Y Jesucristo por otra parte nos declara terminantemente que sólo en Él está la vida y que no llegaremos a ser plena, soberana y eternamente dichosos sino mediante su posesión. Jesucristo, pues, debe ser el objeto único, soberano e invariable de nuestro amor.

Ahora bien, el medio único para conseguir esa vida es conocer y abrazar la verdad, apartándose no sólo con la inteligencia, sino también con el corazón, de todo lo que sea falso y engañoso. Pero Jesucristo nos dice que El es la verdad, la verdad infalible, la verdad por esencia, y por lo mismo todo cuanto existe fuera de El, o nos aparte de El, no es más que falsedad y mentira. Debemos, pues, aplicarnos a conocerle bien y emplear en esto todas las fuerzas de nuestra inteligencia y toda la rectitud de nuestro corazón; debemos regular nuestros juicios según los suyos, y nuestras afecciones según las suyas, bien persuadidos de que nada hay estimable ni amable sino lo que El ama y aprecia. Mas ¿que camino deberemos seguir para llegar a

¹ Prov. III, 34.- Jacob. IV, 6 - I Petr. V, 5.

poseer esta verdad? El que nos traza Jesucristo cuando nos asegura que El es el camino, el único camino que puede conducirnos a la verdad y a la vida. Para instruirnos y guiarnos acerca de esto El Verbo se hizo hombre, nos dio con su persona un modelo sensible y proporcionado a nuestra flaqueza, añadiendo a sus ejemplos las enseñanzas contenidas en los preceptos y en los consejos evangélicos.

Veamos, pues, qué es lo que Jesucristo nos ha enseñado a fin de que nos apliquemos con tesón a practicarlo. Toda su doctrina se reduce al amor de Dios y del prójimo. En el amor de Dios está contenido el amor legítimo que debemos tenernos también nosotros mismos; de manera que cuanto más amemos a Dios, tanto más nos amaremos a nosotros mismos; porque amar a Dios no es otra cosa que amar nuestro verdadero bien, nuestro soberano y único bien. El verdadero amor de Dios excluye, pues, esencialmente todo afecto a las criaturas por sí mismas y consideradas como bien nuestro. Excluye, por consiguiente, también al amor propio; es decir, que ninguna criatura debe amarse a sí misma por sí misma, ni referir a sí el amor que profesa a Dios; porque esto sería trastornar el orden que prescribe amemos a Dios por sí mismo y a nosotros en Dios y por Dios. Todo nuestro amor se lo debemos consagrar a Dios y a sólo Dios. El debe ser el término de todas nuestras afecciones sin excepcion alguna. ¡Cuanto desprendimiento, cuanta abnegación, cuanto desinterés supone semejante amor, si se practica en toda su pureza! Toda clase de amor propio, cualquiera que sea su objeto, viene a ser una especie de latrocinio hecho a Dios; todo interés propio toda intención torcida en nuestras acciones, todo deseo desordenado de nuestra propia excelencia, mancha la pureza del amor que debemos a Dios. De aquí se sigue, que cuanto el alma esté más perfectamente muerta a sí misma, cuanto mejor se aborrezca a sí propia, tanto se hallará más dispuesta para amar a Dios. Así, pues, las cruces, las adversidades, las humillaciones de toda especie y todo lo que nos despoje de nosotros mismos, son como los peldaños para subir al amor de Dios. Esta sola verdad bien comprendida, arroja torrentes de luz sobre toda la doctrina de Jesucristo; ella nos hace ver palpablemente que todo el ejercicio del amor

divino consiste en sacrificios, y que tanto con más verdad nos amaremos, cuanto mejor renunciemos a nosotros mismos.

El aborrecimiento propio, que tanto nos recomienda Jesucristo, encierra el verdadero amor; y al revés, el amor desordenado de nosotros mismos, tan altamente reprobado por Jesucristo no es otra cosa que verdadero odio. Aborrecer su alma, en el sentido del Evangelio, equivale a salvarla; amar su alma es sinónimo de perderla. *El que ama desordenadamente su alma, la perderá; mas el que aborrece y mortifica su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna*¹.

En cuanto al amor del prójimo, Jesucristo nos manda que consideremos a todos los hombres como a hermanos nuestros, por los títulos de la creación y de la redención; nos enseña que todo el género humano no compone sino una sola familia, cuyo padre es Dios, cuyo único Salvador y Redentor es su Unigénito Hijo, y cuya herencia es el cielo: el cual todos llegarían a poseer eternamente, si todos correspondieran a la gracia. Así, pues, debemos amar al prójimo, porque Dios le ama, porque Jesucristo le ama, y no debemos poner otros límites a este amor que los que le ha señalado Jesucristo; esto es, hemos de estar dispuestos a soportar sus miserias y flaquezas, a perdonarle si nos ofendiere, a hacerle todo el bien que dependa de nosotros, hasta dar, si fuera preciso, nuestra vida por su salvación. Así es como Jesucristo quiere que nos amemos a ejemplo suyo.

Lo que Jesucristo nos enseñó quiso Él mismo practicarlo primero en toda su perfección; El se nos propuso como modelo e hizo incomparablemente más de lo que exige de nosotros.

Si nos recomienda el desprendimiento de los bienes de la tierra, El nació, vivió y murió en la más extremada pobreza. Jamás poseyó cosa alguna, ni tierra, ni casa, ni dinero: y vio, antes de morir, como se repartían entre sí sus vestiduras los mismos verdugos que le habían despojado de ellas y le habían crucificado. Jesús nos recomienda también la renuncia de los placeres de la tierra, pero, desde el pesebre hasta la cruz, su vida entera no fué sino un tejido de sufrimientos; sin que tuviera un sólo instante de reposo sobre la tierra.

¹ Jn. 12, 25.

Jesucristo nos recomienda la huida de los honores mundanos y vanos, mas antes El se abrazó con todo género de humillaciones. Nació en un establo; trabajó en el taller de un artesano; vivió de limosna durante su predicación; fué calumniado, ultrajado, perseguido, traicionado, renegado y condenado al más infame suplicio como blasfemo. La envidia, la malignidad, el desprecio el ridículo y la rabia, se concitaron contra El en el mas alto grado; jamás criminal alguno, ningún público malhechor fue jamás tratado de una manera tan cruel e indigna como El.

He aquí lo que fue Jesucristo mientras vivió sobre la tierra. Y nótese además que entre todas las circunstancias y acontecimientos que rodearon su vida, pasión y muerte, no hubo una siquiera que El mismo no la hubiera elegido y ordenado con su admirable Providencia. El dió la traza de todo, El lo arregló y dispuso todo, y su elección y disposición no pudo ser sino infinitamente sabia, con toda la sabiduría de un Dios. Y toda ella se encaminaba principalmente a reparar la gloria de Dios: de donde se sigue que la pobreza, los padecimientos y las humillaciones, son los medios más adecuados para procurar la divina gloria. También tenía por fin aquella elección salvar al género humano, y por lo tanto, al querernos salvar Jesucristo por aquel medio, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer para salvarnos. Nuestras cruces, unidas a las cruces del Salvador, son, por lo tanto, el medio más excelente, el medio necesario y único de salvación. En fin, aquella elección fué para Jesucristo fuente de felicidad y de gloria. Y por modo parecido lo será también para todos los escogidos sin excepcion. Cuanto más pobres de corazón hayan sido en la tierra, tanto más ricos serán en el cielo; cuanto más hayan sufrido, serán allí más consolados; cuanto hayan sido más humillados, serán allí mejor glorificados: en suma, cuanto mejor se hayan despojado de sí mismos acá en la tierra, mayor participación tendrán en la gloria de Dios allá en el cielo.

Crear todo esto, practicarlo y perseverar fielmente hasta la muerte, es, segun la expresión de San Pablo, revestirse de Jesucristo; es seguirle como camino, amarle como verdad, y poseerle, aun aca abajo, como vida.

Y nótese que este camino es único; que esta verdad es única; y que esta vida es única. El que no entra por este camino, se aparta de la verdad y jamás vivirá la verdadera vida. El camino opuesto es el de la mentira, que lleva a la muerte eterna. No hay medio, es preciso resolverse a tomar uno u otro camino. ¡Dichosos los que sigan las huellas de Jesucristo y anden siempre a la luz de sus enseñanzas y ejemplos! Llegarán infaliblemente al término feliz. El camino terminará, mas la verdad y la vida permanecerán eternamente.

XLIV

El interior de Jesucristo

Habéis de tener en vuestros
corazones los mismos
sentimientos que tuvo
Jesucristo en el suyo.
(Fil. 2, 5.)

Por el interior de Jesucristo entendemos aquí las disposiciones íntimas de su alma, que fueron el principio y regla de toda su vida. El interior es lo que da valor a las acciones, lo que constituye la verdadera santidad y lo que marca la diferencia esencial que hay de unos a otros actos entre sí, conforme al grado de pureza y elevación de los motivos que los inspiran. Si Jesucristo en toda su conducta es el modelo de todos los cristianos, con mayor razón lo es en sus sentimientos interiores; la más importante ocupación de nuestra vida debería consistir, pues, en estudiarlos atentamente, procurando imitarlos en la medida de nuestras fuerzas. Veamos, pues, en primer lugar lo que la Sagrada Escritura nos enseña acerca de ellos, y después indicaremos algunos medios por los cuales podremos llegar a reproducirlos en nuestra conducta.

Podemos considerar los sentimientos interiores de Jesucristo, con relación a su Padre, con relación a sí mismo y con relación a los hombres.

1.º Con relación a su Padre, Jesús se consideró siempre a sí mismo como una víctima destinada a reparar la gloria de su Padre celestial y a satisfacer su justicia. En el mismo instante en que hizo su entrada en el mundo, dice San Pablo, se ofreció en calidad de víctima que debía substituir a las de la antigua ley, las cuales no eran más que su sombra y figura: y perseveró en todos los instantes de su vida en esta oblación de sí mismo. La cruz fué la consumación de su sacrificio, mas su cuna fué el principio, y toda su vida la continuación del mismo. Así que la disposición de Jesucristo con respecto a su Padre fué una inmolación continuada. De aquí aquella sumisión perfecta a todas las disposiciones de su Padre. El nunca deseó nada, ni quiso nada por sí mismo y por propio impulso, aun cuando era incapaz de querer cosa que no fuera buena. *Mi comida, decia, es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra* ¹. Y así lo ejecutó sin interrupción, desde su nacimiento hasta su último suspiro, aun en las cosas más penosas y más amargas para la naturaleza; y siempre con tal alegría, con tal ardor, con tanta generosidad y exactitud, que no hay lengua humana capaz de explicarlo. De aquí aquella dependencia perfectísima a la gracia, en tanto grado que jamás el alma de Jesucristo puso en ejercicio su natural actividad que no fuera para secundar la acción de Dios, de tal forma que fue siempre en las manos de su Padre el instrumento más dócil y más obediente que jamás existió. De aquí aquel celo ardentísimo de la gloria de su Padre, que la devoraba, consumía y abrasaba. De aquí aquel amor inexplicable, aquella oración continuada, aquel arrobamiento de todas sus potencias en la divinidad, aquella sed ardentísima de sufrimientos y aquellas ansias continuas de consumir su sacrificio. *Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y ¡cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido!* ²

2.º Con relación a sí mismo. La humildad de Jesucristo, su abnegación, el odio de sí mismo llegaron a un exceso prodigioso. El mismo anonadamiento, de que nos habla San Pablo,

1 Jn. 4, 34.

2 Lc. 12,50.

no expresa todavía con bastante exactitud el estado de su alma. Jesús se consideraba como cargado con todos los pecados del universo, y en tal concepto, acreedor a todos los castigos, y a que la divina justicia descargara sobre su cabeza todos los rayos de su venganza. Pero su humanidad era santa con la misma santidad del Verbo, al cual estaba unida hipostaticamente. ¿Quién podrá concebir ese consorcio admirabilísimo de una santidad tan perfecta con sentimientos tan humildes?

Júzguese, en vista de esto, si desearía Jesús, durante su vida mortal, que su Padre le glorificase, si buscaría los favores celestiales, si se propondría en sus obras captarse la estimación de los hombres, si se atribuiría a sí gloria alguna de sus virtudes y milagros. Jesucristo nunca quiso para sí otra cosa que los desprecios, las humillaciones y los sufrimientos: Yo no busco mi gloria, dice El terminantemente ¹. Y antes había dicho por boca de su Profeta ²: Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Lo que quería Jesús, ante todo y sobre todo, lo que anhelaba con todas las ansias de su corazón, era reparar las ofensas inferidas por el pecado a su Eterno Padre, satisfacer por ellas con todo rigor de justicia, tomando sobre sí todos los castigos que ellas merecían.

3.º Con relación a los hombres, el espíritu de Jesucristo fue espíritu de caridad y mansedumbre, espíritu de paz y unión, espíritu de sufrimiento y condescendencia, de tierna compasión con los pecadores, aun con aquellos mismos que le calumniaban, que le ultrajaban y pedían a voz en grito su muerte afrentosísima. En todos los instantes de su vida puede decirse que estuvo, con el deseo, derramando su sangre por la salvación de los hombres, y por cada uno de ellos en particular; de forma que cada uno de nosotros puede repetir aquellas dulcísimas palabras del Apostol San Pablo³: Me amó Jesús y se entregó a sí mismo a la muerte por mi. El sufrió, satisfizo y murió por cada hombre en particular. La mejor prueba de caridad, dijo El, es dar la vida por sus amigos⁴. Pero Jesús hizo más, inmensa-

¹ Jn. 8, 50.

² Ps..21., 7.

³ Gal. 2, 20.

⁴ Jn. 15, 13

mente más, puesto que dió su vida por sus más encarnizados enemigos. Y no contento con dar su vida, dió por ellos también su alma Consintió, dice San Pablo, en hacerse por nosotros objeto de maldición ¹, y aunque jamás conoció el pecado, por amor nuestro quiso ser tratado como si hubiera sido el pecado mismo, con el fin de que nosotros viniésemos a ser en El justos, con la justicia de Dios ². Tal fue la extensión de la caridad de Jesucristo para con nosotros. Morir a manos de sus encarnizados enemigos, sufriendo un suplicio cruel e ignominioso, le pareció todavía poco; y por esto quiso sufrir en su alma otro suplicio más espantoso, experimentando en ella el abandono de Dios; todo el peso de la cólera y de la maldición divina. Sólo la persona de un Hombre Dios podía ser capaz de semejante sacrificio.

El interior de Jesucristo se reduce, pues, a tres puntos que lo abarcan todo: espíritu de humildad, y espíritu de caridad; pero una inmolación, una humildad y una caridad elevadas a tan alto grado de perfección, que para realizarlo se requería un hombre alumbrado con todas las luces, animado de todos los sentimientos y sostenido con toda la fuerza de la divinidad. Por esto el sacrificio de Cristo eternamente arrebatará la admiración de los ángeles y de los santos.

Ahora bien, ¿de qué medios podremos valernos para copiar en nuestros corazones esas disposiciones excelentísimas que animaban al corazón de Jesús? No hay más que un sólo medio, a decir verdad, muy sencillo: consiste en la unión íntima y perfecta de nuestras almas con Dios Nuestro Señor. Esta unión fué hipostática en Jesucristo; en nosotros sólo puede ser moral, y por consiguiente de una eficacia incomparablemente inferior a aquélla: con todo, aunque sea solamente moral esa unión, producirá en nuestras almas frutos de la más eminente santidad.

Y ¿cómo alcanzaremos semejante unión íntima y perfecta? Queriéndolo muy de veras, puesto que de parte de Dios no se perderá. Es menester entregarnos a El con toda generosidad, seguir dócilmente las inspiraciones de su gracia; y que nuestro

¹ Gal. 3, 13.

² II Cor. 5, 21.

único deseo, la única aspiración de nuestra alma sea que se realice en nosotros sólo lo que es conforme al divino beneplácito. Claro está que esto equivale a renunciar enteramente a nuestro propio juicio y voluntad, poniendo todas nuestras cosas y a nosotros mismos en las manos de Dios.

Una vez realizada esta donación, entera y perfecta de nosotros mismos, no resta sino que dejemos obrar a Dios y correspondamos fielmente a sus inspiraciones. El infundirá gradualmente en nuestro entendimiento su luz, que nos presentará los objetos tales cuales son en su divina presencia y nos enseñará a juzgar de ellos como El mismo los juzga. Infundirá en nuestra voluntad su amor, su fortaleza y sus sentimientos. Dispondrá conforme a su agrado los sucesos todos de nuestra vida y nos colocará en las circunstancias más propicias para el ejercicio de las virtudes que desea practiquemos, a fin de realizar en nuestras almas sus amorosos designios.

Mas para recibir en nosotros las ilustraciones de Dios, es evidente que necesitamos renunciar a las nuestras, en todo aquello que les son contrarias o puedan entorpecer su acción sobrenatural en nuestras almas. Para acrecentar su amor en nuestro corazón es evidente que se necesita combatir denodadamente nuestro amor propio, porque éste tiende siempre a concentrarnos sobre nosotros mismos, mientras el amor divino nos hace salir de nosotros para concentrarnos en Dios. El amor propio inficiona todas nuestras afecciones, todos nuestros deseos más íntimos; de aquí la necesidad de que el amor divino purifique todos estos deseos y afectos, a fin de que sólo busquemos en todo los intereses de Dios y encaminemos todas nuestras obras a procurar su mayor gloria.

Para recibir la fortaleza de Dios, es preciso que desconfiemos enteramente de nuestras propias fuerzas, o mejor dicho, de las que creemos tener; porque en realidad no tenemos fuerza alguna para la práctica del bien sobrenatural. Así pues es preciso que convencidos de nuestra flaqueza e impotencia, demos lugar a la acción omnipotente de la gracia divina, sin ponerle obstáculo alguno de nuestra parte, al menos deliberadamente.

La unión con Dios comprende todo lo que acabamos de decir, y abraza sin excepción alguna todos nuestros actos libres, tanto

interiores como exteriores. Viviendo así unidos con Dios iremos adquiriendo en nosotros los sentimientos de Jesucristo y Dios regulará todos los acontecimientos de nuestra vida como reguló los de Jesucristo. De este modo adquiriremos aquella semejanza con Jesucristo que Dios desea de cada uno de nosotros y llenaremos acá abajo toda la medida de la santidad a la cual Dios nos ha destinado.

XLV

Sobre los efectos de la comunión

El que come mi carne
y bebe mi sangre, en mí
morará y yo en él.
(Jn. 6, 57.)

El sentido de estas palabras de nuestro divino Redentor, es decir, esa morada recíproca de Jesús en nosotros en El por medio de la sagrada Comunión, es cosa tan excelsa, tan sobrenatural y divina que nos es imposible comprenderla perfectamente. Claro está que ese efecto maravilloso de la Eucaristía en nuestras almas, es proporcional a las disposiciones con que la recibimos, y como estas pueden cada día mejorar más y más, el efecto que de ellas se sigue, va siendo también más excelente en el mismo grado.

¿Quien sería capaz de explicar qué cosa sea esta mansión de Jesús en el alma? Esto sobrepuja a toda inteligencia creada. No nos empeñemos, pues, en quererla comprender, sino mas bien procuremos hacer todo lo que de nosotros dependa para merecerla.

Al recibir la sagrada Comunión, Jesús constituye en nosotros su morada; vive en nosotros y nosotros vivimos en El, de tal forma que no hay cosa alguna en la naturaleza que se le pueda comparar. Su cuerpo se une a nuestro cuerpo, su alma a nuestra alma, sus facultades y sus operaciones a las nuestras; pero de una manera sobrenatural y trascendente: de suerte que Jesucristo vive en nosotros y nosotros en El; nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras acciones se vuelven en

cierta manera los pensamientos, los sentimientos y las acciones de Jesús.

Esta morada es además universal; de manera que comprende todo lo que puede haber de común entre Jesucristo y nosotros; es decir, lo abarca todo, excepto el pecado y la concupiscencia que es su fuente emponzoñada.

Por su naturaleza la mansión que establece Jesús en nosotros es permanente y eterna. Tal es el deseo y la intención de Jesucristo: sólo por culpa nuestra podrá suceder que después de una Comunión bien hecha se retire de nosotros y que aquella unión, tan estable por sí misma, llegue a romperse. No es por algunos momentos pasajeros de devoción sensible como debemos juzgar de esta morada de Jesucristo en nosotros, sino por la disposición habitual de nuestra alma.

Si la sagrada Comunión va despegando poco a poco nuestra alma de los bienes de la tierra; si nos los vuelve insípidos, enojosos e insoportables; si en todos los objetos y acontecimientos de la vida humana nos hace fijar principalmente en lo que constituye la materia de nuestros deberes y nos sirve para el ejercicio de las virtudes cristianas; si nos enseña a considerarnos como a peregrinos que vamos caminando hacia el cielo, que debe ser el término de la jornada, de donde se sigue que debemos usar de las cosas que nos salen al paso, tanto cuanto nos faciliten o estorben la pronta y segura llegada a la gloria; si la Comunión nos aficiona al recogimiento, a la oración, a la mortificación de los sentidos y a la renuncia de nosotros mismos y de nuestro propio juicio; si va reformando paulatinamente nuestros pensamientos y afectos, conformándolos con los pensamientos y afectos de Jesucristo; de tal suerte, que su doctrina se nos vuelva familiar, y tan connatural a nuestro corazón, que nos aplicamos a practicarla habitualmente con suavidad y gusto; si a imitación de Jesucristo cobramos horror al mundo y a sus máximas; si despreciamos lo que el mundo estima y huimos de lo que él busca con afán; si por el contrario amamos, buscamos y abrazamos, a semejanza de Jesucristo, todo lo que el mundo rechaza y aborrece; no cabe duda que va siendo más íntima y perfecta nuestra unión con Jesús, el cual establece más y más perfectamente su morada en nosotros y nosotros en El.

En efecto, la Comunión es la que produce principalmente en nuestras almas esas santas disposiciones que acabamos de enumerar y, a su vez, esas mismas disposiciones hacen que sean de día en día más excelentes y abundantes los frutos que sacamos de la sagrada Comunión.

De esta manera nos vamos transformando poco a poco en Jesucristo y cada Comunión añade trazos más perfectos a esa transformación. Todo el secreto, pues, para sacar de la Comunión el provecho que Jesucristo se propone, está en aplicarnos, desde una Comunión a otra, a permanecer unidos con El de la manera más íntima que podamos; en dejarnos animar y conducir por su espíritu, en suplicarle no permita que pensemos, digamos o hagamos nada que El no pueda aceptar como suyo. Todo esto pide gran atención y continúa vigilancia de nuestra parte; pero adviértase que esta atención y vigilancia ha de estar exenta de inquietudes, zozobras y esfuerzos, los cuales sólo contribuirían a robarnos la paz del corazón. Hemos de procurarla pues con sencillez y naturalidad.

Persuadámonos, de una vez para siempre, de que la actividad propia lo estorba todo, cuando se ante pone a la acción de Dios y se desvía de ella, en vez de seguirla. Ahora bien, siendo indudable que por medio de la sagrada Comunión Jesucristo mora en nosotros ¿qué cosa podremos hacer mejor que ponernos del todo en sus manos y rogarle imprima a nuestra alma su divino soplo, haciendo de nuestra parte, sencilla y pacíficamente, lo que El nos dicte al corazón? Mientras el alma, determinada a seguir en todo a Jesucristo, more en paz en su interior, puede estar bien segura de que Jesucristo la conduce y la dirige. La mejor manera de prepararse a la Comunión es rogar humildemente a Jesucristo que se digne prepararnos por sí mismo. El lo hará muchísimo mejor que nosotros, y como de nuestra parte nos habremos limitado a secundarle, atribuiremos a El solo todo el honor. De este modo no se nos ocurrirá siquiera que los buenos sentimientos que en ella experimentamos sean efecto de nuestra industria, sino que reconoceremos humildemente que El los ha infundido en nuestras almas.

Lo mismo digamos de la acción de gracias, que no consiste en hacer grandes esfuerzos para manifestar a Jesús nuestra gratitud

por el incomparable beneficio que se ha dignado dispensarnos, sino más bien en recogernos cuanto podamos en su divina presencia y escuchar atentamente lo que él nos hable al corazón. Hay que evitar entonces toda agitación y desasosiego, hablar poco y presentarnos ante El con gran sencillez y crecido amor; manifestarle nuestra extrema miseria y flaqueza, y pedirle encarecidamente no permita le abandonemos jamás.

Esta sencilla manera de dar gracias después de la Comunión, rogándole a Jesucristo, a semejanza de los discípulos de Emaús, que se digne quedarse en nuestra compañía, para ser el primer móvil de todos nuestros pensamientos, afectos, palabras y obras, es sin disputa alguna el más excelente, el más conforme a los principios de la fe, el más glorioso para Jesucristo y el más eficaz para nuestro adelantamiento espiritual. De este modo nuestra vida se irá transformando en la vida de Jesucristo, puesto que este Señor será su principio, y no nos impulsará jamás sino a cosas que sean dignas de El y encaminadas a su divina gloria.

Y todavía no hemos declarado el efecto más admirable y portentoso que se sigue de esta morada inefable que establece Jesús en nuestras almas por medio de la sagrada Comunión. El mismo Jesucristo lo expresa con estas sencillas al par que sublimes palabras: *Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre; así quien me come, también él vivirá por mí y de mi propia vida*¹. Como si dijera: así como el Padre es el principio de la vida del Hijo, por modo parecido el Hijo es el principio de la vida del que come su cuerpo. El Hijo mora siempre en el Padre, porque recibe siempre la vida del mismo Padre. Este mora siempre en el Hijo, porque le comunica siempre su vida por una acción que no pasa jamás. De semejante manera el que come dignamente el cuerpo del Hijo de Dios, mora siempre en El, porque recibe siempre de El la vida sobrenatural, cuyo efecto es continuo y permanente por su naturaleza, puesto que sólo puede ser impedido o interrumpido por culpa de la criatura.

Pidamos pues a Jesucristo la gracia de poderle recibir todos

1 Jn. 6, 58.

los días, a fin de que podamos así participar mejor de su propia vida y transformarnos en El más perfectamente; comulgando de día en día con más excelentes disposiciones. De este modo cada comunión nos dispondrá mejor para la siguiente y nuestra alma irá adquiriendo incesantemente nuevos aumentos de gracia y de vida sobre natural.

XLVI

Relaciones que existen entre la sagrada Eucaristía y la Cruz

Jesucristo instituyó la sagrada Eucaristía inmediatamente antes de su pasión, como para darnos a entender el enlace misterioso que hay entre este sacramento y la cruz. Al instituirlo, transformó separadamente, y por dos acciones distintas, el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, para manifestar la efusión de su preciosísima sangre que debía realizarse sobre la cruz, hasta la última gota. Al presentar a sus discípulos el pan les dijo: *Tomad y comed, ésto es mi cuerpo. Y tomando el caliz, dio gracias, lo bendijo y dióselo, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre, la cual será derramada por vosotros, para la remisión de vuestros pecados* ¹. Quiso, pues, Jesucristo que su cuerpo en la Eucaristía conservase el caracter de víctima y su sangre el de un licor esparcido sobre el alma para la remisión de sus pecados. En fin, al comunicar a sus discípulos el poder de consagrar su cuerpo y su sangre, les recomendó que hicieran esto en memoria suya; esto es, les advirtió se acordaran de que este sacramento es el memorial de su pasión y muerte sangrienta.

Mas por otra parte dispuso tambien Jesucristo que este sacramento fuese el alimento indispensable y necesario de nuestras almas: de tal modo que éstas no pueden conservar, ni acrecentar en sí la vida de la gracia sino por este medio.

¿Que quiso significarnos con esto Jesucristo? En primer lugar

¹ Mt. 26. 28.

cuan de veras desea El que el recuerdo de su cruz se mantenga profundamente grabado en el corazón de los fieles: en segundo lugar desea que estos renueven en sí aquel recuerdo cada vez que recibieren la santísima Eucaristía; en tercer lugar que al nutrirse con su carne, se alimenten también con su cruz, se incorporen, por decirlo así, a su cruz, y se enciendan más y más en su amor; por manera que el crecimiento de la vida espiritual en las almas, por la recepción de la sagrada Eucaristía, debe manifestarse principalmente por un aumento de ardor santo que sientan hacia la cruz. Así lo entendieron los mártires de los primeros siglos, que se preparaban a los más espantosos suplicios, recibiendo la sagrada Eucaristía; y sustentados con este manjar divino, desafiaban valerosamente el furor y la rabia de los tiranos y verdugos. ¿Queremos, pues, nosotros que sean siempre provechosísimas nuestras comuniones, y corresponder en ellas perfectamente a las intenciones de Jesucristo? Comulgemos con la mira expresa de que su cuerpo adorable haga germinar en nuestras almas el amor a la cruz, esto es, a las humillaciones y sufrimientos; procurando constantemente morir a nosotros mismos a fin de ser inmolados como Jesucristo en aras del beneplácito de Dios. Esta si que es una regla muy segura para apreciar el fruto de nuestras comuniones. No debemos, en efecto, juzgar de su bondad y excelencia, por haber experimentado en ellas consolaciones y dulzuras sensibles, sino atendiendo más bien a si hemos salido de ellas con nuevos bríos para cumplir exactamente nuestros deberes, por penosos y difíciles que sean; para vencernos a nosotros mismos, combatiendo sin tregua ni cuartel nuestro amor propio; para sufrir todas las penas que Dios nos envía y aun para desearlas mayores. Cuando nuestras comuniones produzcan semejantes efectos en nuestra alma, serán sin duda excelentes; puesto que responderán perfectamente a las intenciones de Jesucristo: entonces resultarán igualmente gloriosas para Dios y provechosas para nosotros.

Hay personas timoratas que se alarman y desconsuelan cuando ven que se acercan a recibir la sagrada Comunión sin gusto ni devoción sensible, pareciéndoles que Dios no se complace en semejantes comuniones. Deben estar persuadidas que si esto

acontece sin culpa ni descuido suyo voluntario, no tienen motivo alguno razonable para estar quejasas ni desconsoladas, porque esto prueba que la Eucaristía ya no es para ellas pan de débiles, sino que se ha convertido en manjar de almas fuertes y robustas. Mientras tengamos necesidad de que la Eucaristía vaya acompañada de gustos sensibles, es que todavía somos flacos; mas cuando comulgamos sin preocuparnos de los efectos sensibles, ni los deseamos con exceso, ni perdemos la paz interior cuando Dios nos priva de ellos; es señal de que nos tornamos fuertes; comenzamos a vivir la vida del espíritu; nuestro amor a Dios se va depurando y ya no anda tan mezclado con el amor propio. Procuremos penetrarnos bien de esta verdad y convirtámosla en regla práctica de nuestra conducta.

Siendo el cuerpo de Jesucristo un alimento destinado a acrecentar y robustecer nuestras fuerzas espirituales, conviene ahora averiguar en qué consisten estas fuerzas espirituales, para que podamos juzgar mejor del buen efecto de nuestras comuniones. Todas nuestras fuerzas espirituales deben evidentemente desplegarse contra nosotros mismos, contra nuestras inclinaciones, contra nuestras aversiones naturales, contra nuestras flojidades, nuestra inconstancia y nuestra fragilidad; contra el horror que todos tenemos a lo que nos contraría, a lo que nos molesta, a lo que nos mortifica y nos humilla; contra el propio espíritu y la propia voluntad; en una palabra, contra todo aquello que en nosotros resiste a Dios y a las operaciones de la gracia. Si, pues, estas fuerzas crecen en nosotros cada día por medio de la Comunión; si vamos adquiriendo mayor imperio sobre nosotros mismos; si nos volvemos menos quisquillosos y sensibles, más generosos en nuestras empresas, más pacientes en sufrir, más constantes en nuestras resoluciones, más indiferentes a la estima o al desprecio de los hombres, más dóciles a todos los movimientos de la gracia, más dispuestos a todos los sacrificios que esta nos exija; no cabe duda que será una prueba irrefragable de la bondad de nuestras comuniones. Mas acerca de todo esto no debemos juzgar por nosotros mismos, sino que hemos de atenernos al juicio de nuestro director, y hacer, confiando en su palabra, todas las comuniones que el nos prescriba, aunque nos parezca alguna vez que no sacamos ningun provecho de ellas.

El demonio que no ignora cuán necesaria y de cuanta eficacia sea la comunión frecuente, y aun diaria, a las almas interiores, pone en juego todos los ardides imaginables para impedirse la. En primer lugar les inspira una especie de terror vago de que sean sus comuniones sacrílegas; y digo vago terror porque no estriba en fundamento alguno sino que sólo es parte de la imaginación. La conciencia no las echa en cara nada de particular; no han faltado voluntariamente en nada, o a lo menos han sido faltas ligerísimas, y a pesar de todo, siéntese el alma turbada y agitada, como si fuese a comer su propia condenación. Hay que sobreponerse decididamente a este terror y acercarse a la santa mesa sin miedo alguno. La prueba de que esto no procede de Dios y que por lo mismo hay que despreciarlo, es que muchas veces, apenas se ha comulgado, renace la paz y desaparecen aquellos vanos temores.

La otra estratagema de que se vale el demonio consiste en sugerirles la idea de que no sacan provecho alguno de sus comuniones; en especial usa de este artificio cuando el alma, privada de las dulzuras espirituales, no experimenta consuelos sensibles al comulgar. El único medio de resistir a esta tentación es atenerse a la obediencia y tomar el partido de comulgar únicamente por Dios y no por sí mismo.

Otras veces las sugiere, en el momento de la comunión, pensamientos de impureza, de blasfemia, de impiedad; les inspira dudas sobre la real presencia, con el fin de turbarlas más y más y desconcertarlas, hasta tal punto, que no parecen las mismas y casi llegan a no saber lo que se hacen. Dios permite también alguna vez que el demonio suscite entonces feas impresiones en los sentidos, ora sea por sí mismo, ora por medio de la imaginación. Todos los maestros de la vida espiritual sin excepción, están concordes en que es preciso despreciar tales pensamientos e impresiones involuntarias, las cuales son más bien una razón de más para comulgar que para abstenerse de hacerlo; porque es evidente que el objeto de tales tentaciones no es otro que apartarnos de la santa mesa, y por lo mismo hay que resistirlas y vencerlas decididamente, acercándose a ella; porque, cediendo a sus malignas sugerencias, el demonio habría conseguido lo que pretendía.

Pero ¿y si comulgo mal? Respondo que no es a ti a quien toca juzgar acerca de esto: que no debes temer comulgar mal cuando lo haces por orden de un director que conoce todo lo que pasa en tu alma; a más de que si te retraes de la comunión todas las veces que el demonio te infunda el vano temor de que comulgas mal conseguirá al fin el impedirte comulgar, privándote así de los socorros espirituales de que tienes harta necesidad para sostenerte en la virtud. Así que, absteniéndote de la comunión, lejos de adelantar en el camino de la perfección, retrocederías en él; y si dieras oídos al demonio en esto, poco a poco te iría persuadiendo a que dejaras la oración y demás ejercicios piadosos.

Y puesto que uno de los frutos más excelentes de la sagrada comunión, consiste en hacernos abrazar la cruz de Cristo y ayudarnos a morir en ella, síguese que nuestras disposiciones al comulgar y los efectos que la sagrada comunión producirá en nuestras almas, serán siempre proporcionados a los diversos estados de muerte espiritual en que se hallen; porque la comunión obra en nosotros según sean nuestras actuales disposiciones, y su efecto propio es hacernos adelantar y mejorar el estado presente en que nos hallamos. Y así sucede que unas veces va acompañada de suavidad, otras veces es fría e insensible, otras en fin, muerta y nula, por decirlo así, en cuanto a sus efectos aparentes, según sea el estado en que el alma se encuentre. Lo que importa, ante todo y sobre todo, es que nos acerquemos a comulgar con verdadero deseo de aprovecharnos de la sagrada comunión, de unirnos íntimamente con Jesús, de transformarnos en El y vivir enteramente crucificados con El, dejando en sus manos todo lo demás.

XLVII

El crucifijo

El Apóstol San Pablo se preciaba, y con sobrada razón, de no poseer otra ciencia que la de Cristo crucificado. *No me he preciado, dice, de saber otra cosa entre vosotros sino a*

Jesucristo, y éste crucificado. ¹ *Libreme Dios, añade en otra parte, de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* ².

El crucifijo es, sin duda alguna, un compendio admirable de todo lo que el cristiano debe creer y de lo que debe practicar. El crucifijo nos da a conocer la malicia inmensa del pecado, el exceso de nuestra miseria y el exceso todavía mayor de la misericordia divina. El crucifijo es la prueba más elocuente del amor de Dios a los hombres y el medio más poderoso que pudo escoger para ganar nuestro corazón. Todas las virtudes se hallan contenidas en el crucifijo y al propio tiempo se encierra en él lo más excelso y elevado de la vida interior. Digamos algo, aunque sea sucintamente acerca de cada uno de estos puntos. La gracia divina hablará interiormente con muchísima más elocuencia a las almas que están consagradas o que quieren consagrarse de veras al amor de Jesús.

En el crucifijo tenemos en primer lugar un resumen de todo lo que un cristiano debe creer. La persona del que sufre, el Hijo único de Dios concebido en el seno de María por operación del Divino Espíritu, nos recuerda los dos sublimes misterios de la Trinidad y de la Encarnación. El objeto de sus sufrimientos nos instruye en el misterio de la Redención y del pecado original. El misterio de la predestinación, el de la gracia, y la voluntad que Dios tiene de salvar a todos los hombres, están igualmente contenidos en la cruz. Esta es la fuente de todos los sacramentos, como sería fácil demostrarlo considerando cada uno de ellos en particular; y todo el culto, por medio del cual la Iglesia honra a Dios, se relaciona íntimamente con el sacrificio de la Cruz.

El crucifijo es además el compendio de todo lo que un cristiano debe practicar. Toda la moral evangélica se reduce a llevar la cruz, a renunciarse uno a sí mismo a crucificar la carne y la concupiscencia, a inmolarse a la voluntad de Dios. Jesucristo no ha prescrito ley alguna, no ha dado consejo alguno, cuyo cumplimiento y perfecto modelo no se hallen en la cruz. Esta es la expresión más viva y más admirable de toda la doctrina evangélica.

¹ I Cor. 2, 2.

² Gal. 6, 14.

El crucifijo nos dá también a conocer la malicia del pecado. En efecto, ¿qué mal puede concebirse mayor que aquel que ha causado la muerte de un Dios-Hombre? Antes de Jesucristo podía formarse alguna idea de la ofensa de Dios; mas esa idea era necesariamente muy floja e imperfecta. Los mismos suplicios eternos del infierno, aunque sobrepujan a toda inteligencia creada, no nos dan a comprender, en toda su execrable realidad, la malicia infinita del pecado; porque en el infierno puede ser castigada la culpa mortal, pero no puede ser reparada. Era menester nada menos que una persona divina para reparar dignamente, por medio de sus padecimientos y humillaciones, la injuria hecha a Dios por el pecado. Al pie de la cruz es, por consiguiente, donde hay que aprender a juzgar de la malicia espantosa del pecado y concebir todo el horror que merece. El crucifijo nos manifiesta además el exceso de nuestra miseria, tan espantosa y profunda, que nos era imposible remediarla por nosotros mismos. Todo el género humano se hallaba irremisiblemente perdido por toda una eternidad; debía verse privado para siempre de la posesión del soberano Bien, si Jesucristo con su muerte afrentosísima no lo hubiera rescatado, reconciliando a Dios con el hombre y restableciendo a éste en la posesión de sus derechos. Sólo el pecado original bastaba para ello; mas, ¿qué diremos de tantos pecados actuales, incomparablemente más graves, que nosotros hemos cometido? ¡En qué abismo de miseria no nos veíamos voluntariamente sumidos! Pero el crucifijo no sólo nos pone ante los ojos el exceso de nuestra miseria, sino que también nos da a conocer el exceso todavía mayor de la misericordia divina. Un abismo llama a otro abismo; el abismo de nuestros males ha sido absorbido y como tragado por el abismo infinito de la misericordia. ¡Oh, con cuánta razón exclamó David: *Benigno es el Señor y misericordioso, sufrido y de muchísima clemencia: sus misericordias exceden a todas sus obras!* ¹ Todo lo que hizo Dios en el orden de la Naturaleza es nada en comparación de lo que ha hecho en el orden de la gracia. La bondad del Todo poderoso se ha sobrepujado a sí misma, por decirlo así, al redi-

¹ Ps. 144, 8-9

mirnos. Jamás, ni aún en el cielo, comprenderá nuestro entendimiento la magnitud incomprensible de este beneficio, que la fe pone a nuestra vista en la imagen de Cristo crucificado. Dios con ser quien es, no podía darnos una prueba más estupenda de su amor. Cualquiera que hubiera sido esa prueba, era necesario que se hermanara con los derechos de la justicia divina, a los cuales no podía Dios renunciar. Era preciso, pues, que la justicia divina fuese satisfecha; mas ¿dónde hallar una persona capaz de hacerlo? ¿Quién podía dar entera satisfacción a la justicia de Dios, vengarla y al mismo tiempo alcanzar entero perdón para los culpables? ¡Oh invención admirable del amor divino! Dios transfiere a su propio Hijo todas nuestras iniquidades, para poderlas imponer el castigo que ellas merecen; y este Hijo adorable, consiente de todo corazón en constituirse por nosotros víctima de la cólera celeste. ¿Qué amor tan incomprensible en el Padre! ¿Qué caridad tan ardentísima en el Hijo! ¿Quién podrá reflexionar sobre esto sin sentirse arrebatado de admiración y penetrado del más vivo reconocimiento? Si Dios hubiese dejado nuestra elección el proponerle algún remedio para nuestros males, ¿hubiéramos jamás imaginado este? Y aunque se nos hubiera ocurrido, ¿habríamos osado ni siquiera proponérselo? Semejante medio de salvación tan sólo pudo ser concebido en el corazón de un Dios, que nos ama infinitamente.

¡Ah! si nuestro corazón se mostrara insensible a tanto amor, ¡cuánta dureza manifestaría! ¡Cuánta malicia y qué ingratitud tan estupenda! Dios condena a su propio Hijo, para libertarnos del infierno y abrimos el paraíso; descarga todo el peso de su cólera sobre el inocente, para perdonarnos a los criminales. No satisfecho aún con esto, nos adopta por hijos suyos en la persona de su Hijo y nos concede el derecho a su herencia, prodigándonos todos los auxilios sobrenaturales que se requieren para conseguirla. Y ¿qué nos pide en cambio? Que le amemos, que le sirvamos y que le obedezcamos. Y con todo, muchísimos cristianos, lejos de amarle y servirle, consideran este servicio como un yugo insoportable, quebrantan y pisotean sus mandamientos y pagan su tierno amor con la más negra ingratitud. Reinan por doquiera entre los cristianos los crímenes

y los escándalos, con tanta o mayor licencia que entre los paganos; la religión de Jesucristo, sus divinas enseñanzas y el misterio inenarrable de su cruz, son mirados como objetos de desprecio, de burla y de horror! ¿Quién podrá lamentar como se merece tal exceso de ingratitud e impiedad? ¿Quién será capaz de concebir la espantosa ofensa que se infiere al sacratísimo Corazón de Jesús, y cuán terribles suplicios tendrá que imponer a tantos y tantos cristianos, apóstatas declarados o encubiertos, que se pasan la vida despreciando, ultrajando e insultando su amor? ¡Ah! ¡Qué motivo tan poderoso para que las almas fervorosas amen a Dios con todo su corazón y le desagravien de tantos ultrajes por medio de la entera consagración de sí mismas!

Y ¿qué diremos de las sublimes virtudes, cuyo ejemplo nos recuerda constantemente el crucifijo? El amor de Dios, la confianza en su divina Majestad y el entero abandono a sus más rigurosos de signios, la paciencia inalterable en medio de los más atroces martirios, la caridad para con el prójimo, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la humildad, pobreza y obediencia hasta la muerte ignominiosa de cruz. Todas estas virtudes nos pone ante los ojos el crucifijo, llevadas hasta el colmo de la perfección, ejercitadas en circunstancias las más difíciles, y practicadas con una fortaleza y generosidad, dignas de un Hombre-Dios?

Y nos quejamos a veces de que la virtud nos cuesta trabajo, regateamos a Dios el sacrificio de insignificantes bagatelas, y hasta tal vez le echamos en cara que nos exige demasiado. Una ojeada al crucifijo nos bastará para avergonzarnos de nuestras quejas infundadas y de nuestra flojedad. ¿Qué hemos sufrido hasta el presente, qué llegaremos a sufrir jamás por nuestra propia salvación, que pueda compararse siquiera con los sufrimientos y humillaciones que Jesucristo sufrió a fin de alcanzárnosla? Pero El era Dios, dicen algunos, y yo no soy más que una débil criatura. ¡Él era Dios! Sí, es mucha verdad, y por esto padeció en su cuerpo y en su alma todos los tormentos de que era capaz la naturaleza humana unida a la divina. Mas si la unión hipostática comunicaba a la santa humanidad una fortaleza incomprensible, también los sufrimientos fueron propor-

cionados a la misma, y la justicia de Dios descargó sobre ella todo el peso que podía sobrellevar. Es verdad de fe que Dios no permite jamás que seamos tentados más allá de lo que sufren nuestras fuerzas. Por débiles que seamos podemos siempre llevar las pruebas que el Señor nos envía, porque la medida del socorro que nos proporciona iguala siempre y aun sobrepaja la medida de nuestros males. No tenemos, pues, razón que alegar en favor de nuestra flaqueza, ni pretexto alguno con que poder cohonestar nuestra flojedad y desidia en seguir los ejemplos de Cristo crucificado.

En fin, el crucifijo es la consumación de las vías interiores. Él nos muestra a Jesucristo, sacerdote y víctima, inmolándose a sí mismo para procurar la gloria de su Padre, inmolándose voluntariamente y entregándose a todos los rigores de su justicia. Pocas son las almas a quienes ame Dios en tanto grado que las escoja para víctimas de su justicia, a que adquieran una semejanza perfecta con Jesucristo crucificado. Mas aquellas que tengan motivos fundados para creer que Dios las destina a este honor, deben mirar como patrimonio suyo los sufrimientos y las humillaciones del Salvador; deben plantar la cruz en medio de su corazón, o más bien, deben ponerse enteramente en las manos de Jesús para que la plante en él con sus divinas manos. Jesucristo nuestro Señor, sumiso y obediente hasta la muerte, debe ser su modelo, su aliento y su fortaleza. Si alguna vez les parecen excesivas sus penas, si se ven próximas a desfallecer o les asalta la idea de que Dios las trata con excesivo rigor, dirijan sus miradas al crucifijo. Jesucristo crucificado les servirá de lección elocuentísima; a su vista se sentirán reanimadas, fortalecidas y con bríos para desear sufrir más todavía por su amor.

Que el crucifijo sea, pues, de hoy más, nuestro gran libro; no sólo el libro divino abierto constantemente delante de nuestros ojos, sino también delante de nuestro corazón. Roguemos a Jesús que nos enseñe a leer en él y que sepamos descubrir todos lo sublimes secretos que encierra, no sólo para contemplarlos en el silencio de la oración, sino para practicarlos en el decurso de nuestra vida. Entremos de veras en las vías interiores del espíritu, por medio de una consagración absoluta y sin reserva a

la voluntad de Dios: entreguémonos interiormente a su espíritu y a su gracia. Aceptemos con toda generosidad, siempre que se nos presente ocasión, los sacrificios que Él nos pida; roguémosle tome por sí mismo, y aun nos arranque a la fuerza, lo que no tendríamos ánimo para darle. En una palabra, sigamos a Jesús hasta el Calvario, y una vez allí, no ofrezcamos resistencia alguna para ser crucificados juntamente con Él, a fin de reparar en la medida de nuestras fuerzas los pecados del mundo y suplir en nuestros cuerpos lo que falta a la Pasión de Cristo ¹.

¹ Colos. I. 24.